

CRIMEN & CIA.

se

**Anthony
Berkeley**

**BAILE DE
MÁSCARAS**



Roger Sheringham, detective aficionado fiel protagonista de las obras de Berkeley, es invitado a un Baile de Máscaras ofrecido por un célebre escritor de novelas policíacas, en el que los disfraces deben estar relacionados con la historia de los crímenes más famosos. Para mejor ambientar la fiesta, se han instalado en la azotea una horca de la que cuelgan tres macabros muñecos. En el curso de la velada, uno de los muñecos es sustituido por el cuerpo de una de una desafortunada invitada a la fiesta... Con todos los huéspedes encerrados en la mansión, Sheringham tiene una buena ocasión para hacer gala de su merecida reputación... pero cuál no será su sorpresa al descubrir que el principal sospechoso es él mismo...

Publicada en Inglaterra como *Jumping Jenny*, y en USA bajo el título de *Dead Mrs. Stratton*.



Anthony Berkeley

Baile de máscaras

Roger Sheringham - 7

Crimen & Cia. - 28

ePub r2.1

Titivillus 13.09.2021

Título original: *Dead Mrs. Stratton / Jumping Jenny*

Anthony Berkeley, 1933

Traducción: Roser Berdagué

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



PERSONAJES DE LA HISTORIA

Éstos son los personajes involucrados en el caso Stratton, uno de los más curiosos lances de Roger Sheringham en el siniestro arte de la criminología.

EN LA FIESTA	DISFRAZ
Ronald Stratton, personaje que da la fiesta	<i>El príncipe de la Torre</i>
David Stratton, hermano de Ronald	<i>Otro príncipe de la Torre</i>
Ena (señora de David) Stratton	<i>Señora Pearcey</i>
Celia Stratton, hermana de Ronald	<i>Mary Blandy</i>
Margot (exseñora de Ronald) Stratton	<i>no lleva disfraz</i>
Mike Armstrong, prometido de Margot	<i>no lleva disfraz</i>
Doctor Chalmers	<i>asesino no descubierto</i>
Señora Lucy Chalmers	<i>Señora Maybrick</i>
Doctor Mitchell	<i>Jack el destripador</i>
Señora Jean Mitchell	<i>Madeleine Smith</i>
Señor Osbert Williamson	<i>Doctor Crippen</i>
Señora Lilian Williamson	<i>Señorita Le Neve</i>
Señora Lefroy, prometida de Ronald	<i>Marquesa de Brinvilliers</i>
Colin Nicolson, periodista	<i>William Palmer</i>

MÁS TARDE

Inspector Crane, de la Policía de Westerford
Superintendente Jamieson, superior suyo
Janet Aldersley, la íntima amiga de Ena
Doctor Bryce, el cirujano de la policía

NOTAS SOBRE ROGER SHERINGHAM

ROGER SHERINGHAM nació en 1891, en una pequeña ciudad inglesa de provincias cercana a Londres, donde su padre ejercía como médico. Roger, por tanto, se crió en un ambiente familiar de medicamentos y vocabulario médico. Era hijo único y fue educado de la manera que suele educarse en Inglaterra a los hijos de los profesionales liberales, es decir, primero frecuentó la escuela de la localidad, a los diez años ingresó como interno en una escuela preparatoria de Surrey, a los catorce obtuvo una beca para una de aquellas antiguas y pequeñas escuelas privadas que menosprecian Eton y Harrow con igual ahínco que ponen Eton y Harrow en ignorarlas y, finalmente, en 1910, entró en el Merton College, de Oxford, donde no obtuvo ninguna beca. En Oxford estudió filología clásica e historia, y ganó honores de segunda categoría en cada una de dichas especialidades, aun cuando se distinguió mucho más en el golf, deporte para el que fue seleccionado en el último curso; también representó a su college en rugby, si bien no descolló en la práctica de ese deporte, y además perdió la mayor parte de sus períodos académicos de verano haraganeando con una chalana a través del río Cherwell. Tuvo el tiempo justo para obtener el título antes de que la guerra, igual que un extintor, apagara todas las instituciones educativas de Oxford.

De 1914 a 1918 Roger prestó sus servicios en un regimiento de primera línea, fue herido dos veces —aunque no seriamente— y, pese a que fue recomendado en dos ocasiones para ser condecorado con la Cruz Militar y una para la medalla de la Orden de Servicios

Distinguidos, no llegó a recibir ninguno de estos honores, cosa que lo contrarió profundamente.

Después de terminada la guerra, dedicó un par de años a tratar de descubrir qué había pretendido la naturaleza que hiciera en la vida y sólo después de fugaces entre actos, en los que ejerció de maestro de escuela, decidió dedicarse a los negocios e incluso abordó la cría de pollos, hasta que la más simple de las cualidades lo empujó a comprar unas cuantas plumas, un poco de tinta y unas hojas de papel y, con enorme premura, a escribir una novela. Para gran sorpresa suya, la novela escaló rápidamente los peldaños de las ventas y se situó en los puestos más altos tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, lo que indujo a Roger a creer que había encontrado su vocación. Sustituyó las plumas por una máquina de escribir, contrató a una secretaria y se entregó de lleno al trabajo. Tuvo siempre buen cuidado de ver su actividad de escritor como un negocio y nada más que eso. Personalmente tenía muy mala opinión de sus libros, a lo que se unía el horror de convertirse algún día en una persona parecida a aquellas con las que había establecido contacto a través de su nueva actividad: escritores que se tomaban tan en serio su trabajo que se pasaban el día entero hablando del mismo y que se consideraban genios de una talla tal que, a su lado, Wells, Kipling y Sinclair Lewis no eran sino unos infelices. Éste era el motivo de que procurara siempre mantener sus aficiones constantemente vigentes y entre estas aficiones descollaba principalmente la criminología, puesto que no sólo era una materia que apelaba a su instinto teatral, sino también a su comprensión del ser humano.

Nunca se le había ocurrido a Roger que pudiese tener dotes de detective, pese a que su padre le había inculcado la afición a todo tipo de rompecabezas, por lo que cuando, en 1924, hizo una visita a una casa de campo llamada Layton Court y una mañana el amo de la misma fue descubierto cadáver en su biblioteca en unas circunstancias que parecían señalar el suicidio como causa de la muerte, al momento no se le ocurrió hacer ninguna indagación por cuenta propia y no fue hasta que ciertos detalles le impresionaron por sus particulares características que su naturaleza inquisitiva se puso en movimiento. Lo mismo ocurrió en una ciudad llamada Wychford, que vivía momentos de agitación por causas de la

detención de una ciudadana francesa, esposa de un personaje importante, acusada de haber envenenado a su marido. Roger no conocía en absoluto ni a la mujer ni al marido, pero, basándose únicamente en los hechos relatados por los periódicos, decidió que la esposa era inocente y, más para gratificación propia que por otra cosa, se lanzó a demostrarlo. Aquel caso le reportó el reconocimiento de Scotland Yard y una cierta dosis de publicidad, con el resultado de que aquella afición suya fue desarrollándose hasta que pronto estuvo en condiciones de tomar parte activa en la resolución de cualquier caso que despertase su interés.

De la misma manera que Roger-el-novelistas había decidido que no sería como los peores representantes de la profesión, Roger-el-detective tenía un gran interés en no parecerse en nada a los detectives que suelen aparecer en las novelas, presuntuosos e irritantes o, si se quiere, y para ser más exactos, a los detectives de las novelas de los tiempos en los que él empezó su carrera, ya que las tendencias en materia de detectives habían variado considerablemente. Sabía que él nunca podría pertenecer al grupo de esos detectives caracterizados por sus facciones enjutas, sus labios apretados y sus ojos de lince, aparte de que su locuacidad natural le impediría siempre mostrarse inescrutable. Como resultado de su personalidad, a veces iba demasiado lejos en el sentido opuesto y se lanzaba a deambular por el terreno de la excesiva jovialidad.

En las cuestiones relacionadas con la investigación policial, Roger Sheringham conoce sus propias limitaciones y reconoce que, pese a no estar fuera de su alcance las argumentaciones y deducciones lógicas a partir de los hechos, sus dotes de deducción a partir del personaje suponen una gran ventaja para él, si bien no ignora que no es infalible. En realidad, se ha equivocado en repetidas ocasiones, hecho que, pese a todo, no lo ha hecho disuadir de acertar en otra ocasión. En lo tocante a lo demás, tiene una confianza ilimitada en sí mismo y no teme nunca adoptar decisiones importantes, a menudo absolutamente ilegales, cuando considera que la justicia será mejor servida a través de aquel camino que a través de doce jurados, posiblemente imbéciles. Hay personas a quienes les encanta Roger Sheringham y otras que lo encuentran insoportable. Él, por su parte, se siente totalmente indiferente a

ambas facciones. Quizá esté excesivamente complacido en sí mismo... pero tampoco le importa. Dadle las tres cosas que más le interesan en la vida y lo tendréis contento: la criminología, la naturaleza humana y la buena cerveza.

I

LA HORCA

1

DE LA TRIPLE HORCA colgaban perezosamente tres figuras: una mujer y dos hombres.

En la calma de la noche sólo se oía el leve crujido de las cuerdas. Un farol de cuerno, montado sobre el triángulo formado por los travesaños, se bamboleaba movido por un ligero vientecillo haciendo que las tres sombras saltaran y corvetearan en el suelo como si participaran de una grotesca danza de la muerte, igual que una macabra parodia de una película de sombras chinescas pasada a cámara lenta.

—Muy bonito —dijo Roger Sheringham.

—Verdaderamente encantador, ¿verdad? —admitió el dueño de la casa.

—Dos peles y una pelela.

—¿Una pelela?

—¿Stevenson, en *Catriona*, no les llama peles? Pues supongo que el femenino debería ser peles.

—Sí, supongo que sí.

—Eres un diablo morbosos, ¿eh, Ronald? —comentó Roger con aire un tanto inquisitivo—. ¿Lo eres o no?

Ronald Stratton se echó a reír.

—Me ha parecido que en una fiesta de víctimas y asesinos no podía faltar una horca. Me he pasado qué sé yo el tiempo

rellenando los muñecos de paja. Tienen metidos en su cuerpo dos trajes míos y un vestido viejo que sólo Dios sabe de dónde habrá salido. Podré ser morboso, pero cuando hago algo, lo hago a conciencia.

—Es de lo más convincente —dijo Roger con toda cortesía.

—Lo es, ¿verdad? ¿Quieres que te diga una cosa? No me gustaría nada que me colgaran. Lo encuentro de lo más ignominioso, por no decir otra cosa. En serio, Roger. No creo que guarde proporción con un asesinato en sí. Bueno, vayamos abajo y tomemos una copa.

Los dos hombres se dirigieron a la puerta, metida en uno de los frontones, que comunicaba la gran azotea en la que se había instalado la horca con el resto de la casa. El pequeño frontón sobre la puerta proyectaba en ángulo recto otro más grande y, casi en el ángulo del mismo había un corto tramo de escaleras de hierro que conducía a las tejas y que, al parecer, terminaba en nada. El resplandor de la luna, que se reflejaba sobre el metal, atrajo la mirada de Roger, que volvió la cabeza hacia la luz.

—¿Qué hay allá arriba? Supongo que no habrá otra azotea.

—Pues sí, pero pequeñita. Hice construir un piso sobre la parte superior de esos dos frontones paralelos, porque eran de lo más molesto cuando nevaba o cuando había una tempestad. Pensé que un piso sería un excelente punto de observación, porque la verdad es que desde allí se tiene una vista maravillosa. Lo que pasa es que sólo subo, como mucho, una vez al año.

Roger asintió con la cabeza y los dos atravesaron la puerta y bajaron las escaleras que arrancaban del tejado. Atravesaron el rellano superior del hueco de una antigua escalera, cruzaron la puerta abierta de un inmenso salón con vigas de roble y rincones llenos de sombra en el techo de dos aguas, donde había una docena de asesinos y asesinas que bailaban sobre un suelo de madera al son de una radio gramola modernísima y se metieron en otra habitación, aproximadamente de las mismas dimensiones, al otro lado del rellano.

Así que hubieron pasado a la zona iluminada, pudo verse que el interlocutor de Roger iba pintorescamente ataviado con un traje de terciopelo negro cuyos pantalones le llegaban a la rodilla, puesto que él y su hermano más pequeño, David Stratton, hacían el papel

de Príncipes de la Torre. Roger por su parte, fiel, como la mayoría de los caballeros asistentes a la fiesta, al convencional traje de etiqueta con corbata negra, había anunciado que era el Caballero George Joseph Smith, famoso en Brides-in-the-Bath, y que ignoraba que hubiera debido presentarse vestido de frac y con corbata blanca.

Stratton se sentía hospitalario en materia de botellas.

—¿Qué vas a tomar?

—¿Qué tienes? —preguntó su invitado prudentemente.

Después de que Roger hubiera sido obsequiado con una jarra de vieja cerveza y de que su anfitrión se hubiera servido un *whisky* con soda, los dos hombres apoyaron sus espaldas en la gruesa viga transversal de roble de la enorme chimenea y, al tiempo que se calentaban agradablemente las regiones tradicionalmente masculinas, siguieron hablando jovialmente sobre el tema de las muertes repentinas.

Roger no conocía muy a fondo a Ronald Stratton. Éste era una especie de diletante: un hombre de mediana edad, relativamente rico, que se dedicaba a escribir novelas policíacas por la simple razón de que le divertía hacerlo. Sus libros eran convincentes, imaginativos, pero hacían gala de un sentido del humor más bien lamentable. La idea de aquella fiesta reflejaba exactamente el tratamiento ligero que él daba a la muerte en sus libros. Debía de haber en la fiesta un par de docenas de invitados, no más, y se suponía que cada uno debía representar a un asesino famoso o a su víctima. La idea no era original en un sentido estricto, si bien lo era, y de una manera realmente peculiar, el adorno consistente en una horca instalada en la azotea de la casa.

Nominalmente la fiesta se celebraba en honor de Roger, quien, junto con media docena de personas más, había sido invitado a pasar el fin de semana, aunque Roger pensaba para sus adentros que su presencia en la casa parecía más un pretexto que la causa real de la fiesta.

De todos modos, no pensaba dedicar sus cavilaciones a aquella consideración. Stratton le gustaba y le divertía, aparte de que la fiesta, que no hacía más que una hora que había empezado, prometía ser entretenida. Su mirada vagó por la sala y se posó en el extremo opuesto de la misma, donde una mesita baja,

exquisitamente bruñida, llena de botellas y vasos, hacía las veces de bar, aunque con escaso lucimiento. La mayor parte del resto de invitados bailaban con la música de un aparato de radio en la sala de al lado y, junto al bar, la señora Pearcey contaba la historia de su vida al doctor Crippen.

No era la primera vez que la mirada de Roger se había detenido en la señora Pearcey, puesto que ésta parecía invitar a que todos los ojos se posaran en ella, no por su aspecto físico, que no era nada relevante, ni tampoco por una razón tan vulgar como el coqueteo, sino simplemente porque era una mujer que parecía decidida a que, dondequiera que se encontrase, todo el mundo estuviese pendiente de ella. A Roger, que estaba siempre al acecho de tipos interesantes, también le interesaba. Consideraba, además, que probablemente era significativo que aquella señora hubiera escogido el papel poco lucido, pero por otra parte indudablemente interesante de la señora Pearcey, en lugar del disfraz más vistoso que hubiera requerido el de Mary Blandy. Había una Mary Blandy, pero estaba fuera de toda duda que la señora Pearcey era más efectiva que ella.

Se volvió a Stratton.

—Esa señora Pearcey que está al otro lado... me parece que todavía no me ha sido presentada... creo que es tu cuñada, ¿verdad?

—Lo es —dijo Ronald Stratton en un tono de voz despojado de pronto de su nota humorística habitual y transformado en monacorde e inexpresivo.

—Me lo figuraba —dijo Roger con descuido, si bien preguntándose por qué había cambiado de aquella manera la voz de Stratton.

Era a todas luces evidente que su cuñada no era de su gusto, pese a lo cual Roger pensó que no era motivo suficiente para adoptar aquel tono de suprema indiferencia. Con todo, era imposible hacer ninguna otra deducción al respecto.

Stratton empezó a hacer preguntas a Roger acerca de los casos que su invitado había estudiado, a las que éste respondió sin su entusiasmo habitual: sus oídos estaban prendidos de la conversación en voz baja que estaba teniendo lugar al otro lado de la habitación, monólogo más que conversación. La música que venía del salón de baile impedía oír las palabras, si bien el tono era elocuente. Las

palabras no cesaban de fluir y a Roger le pareció detectar en ellas una nota de noble resolución, mezclada con una corriente más profunda de resignación cristiana. Se preguntaba qué demonios podía estar contando aquella mujer que no dejaba un momento de hablar, aun cuando advirtiera que, fuera lo que fuera, el doctor Crippen se aburría soberanamente. Roger se confesaba sin rebozo que hubiera dado lo que fuera para saber de qué se trataba.

El baile terminó y algunos de los bailarines afluyeron al bar. Un hombre corpulento, de rostro noble y agradable, se dirigió a grandes zancadas hacia Stratton y Roger.

—¿Qué hay, Ronald?

—Hola, Philip. ¿Cumpliendo con tu deber?

—No, con el tuyo. He bailado con tu novia, y he de decir que es un encanto, mi querido amigo —dijo el recién llegado, en tono de ingenua sinceridad, igualmente encantadora.

—Exactamente lo que yo pienso —dijo Ronald con una sonrisa irónica—. A propósito, ¿conoces a Sheringham? El doctor Chalmers, Sheringham.

—¿Cómo está usted? —dijo el médico, dándole la mano con evidente satisfacción—. Su nombre me resulta muy familiar.

—¿En serio? —dijo Roger—. Bien, cosas así son las que ayudan a vender.

—Bueno, no he llegado a comprar ningún libro suyo, pero la verdad es que los he leído.

—Mejor que mejor —dijo Roger, con sonrisa más bien sarcástica.

El doctor Chalmers se quedó unos momentos más y al poco rato fue a buscar una copa para su pareja.

Roger, dirigiéndose a Stratton, dijo:

—Un hombre particularmente simpático, ¿verdad?

—Sí —asintió Stratton—. Su familia y la mía, así como la familia de su mujer, se relacionaron durante años y años, por lo que Chalmers es, de hecho, uno de mis más viejos amigos. El hermano mayor de Philip es de mi edad, mientras que Philip es más amigo de mi hermano que mío, pero es un hombre que me encanta. Es totalmente franco, siempre dice lo que piensa y es el único Philip que he encontrado en mi vida que no sea pedante. Más ya no se pedir.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Roger—. ¿Qué es eso? ¿Es música lo que oigo? Supongo que será mejor que vaya también a cumplir un poco con mi deber. Anda, preséntame a alguien con quien pueda bailar, ¿quieres?

—Te voy a presentar a mi novia —dijo Stratton, acabándose la bebida.

—¡Qué extraño! —observó Roger con aire negligente—. Yo siempre me había figurado que estabais casados.

—Lo estábamos, pero nos divorciamos. Y ahora me volveré a casar. Tienes que conocer a mi exmujer. Es una mujer estupenda. Está aquí, con su prometido. Somos la mar de amigos.

—Me parece muy sensato —aprobó Roger—. Si alguna vez me caso y debo divorciarme, estoy seguro de que quedaré tan agradecido a mi mujer que seremos lo que se dice la mar de amigos.

Se dirigieron juntos al salón de baile.

Roger, interesado, observó que la señora Pearcey estaba exactamente delante de ellos, ahora con un desconocido. Era evidente que había dejado al doctor Crippen.

—¿Qué hay, Ronald?

Una voz de entonación baja y mesurada les había asaltado por detrás. Al volverse, se encontraron con el doctor Crippen, que parecía desesperadamente aferrado a un enorme vaso de *whisky* con soda. En el bar no había nadie más.

—Hola, Osbert —dijo Stratton.

—Una cosa...

El doctor Crippen se les acercó furtivamente con aire subrepticio, como el que adoptaría una persona que no estuviera totalmente segura de si pisa o no terreno firme.

—Una cosa... —repitió.

—¿Sí?

—Una cosa —volvió a repetir el doctor Crippen, con una ligera sonrisa entre confidencial y culpable—, ¿está como una chota tu cuñada, Ronald? ¿Qué dices? ¿Lo está?

—Totalmente —dijo Ronald con aire tranquilo—. ¡Vamos, Sheringham!

La prometida de Ronald Stratton resultó una mujer sumamente agradable, aproximadamente de la misma edad que él, con el cabello muy rubio y una sonrisa encantadora, y que dijo tener dos hijos y llamarse señora Lefroy. Llevaba un vestido del siglo diecisiete, de brocado blando y con miriñaque, maravillosamente a tono con la coloración de sus cabellos.

—¿Así que ya ha estado casada? —preguntó Roger, con naturalidad, así que empezaron a bailar.

—Todavía lo estoy —replicó la señora Lefroy, sorprendida—. Eso es lo que creo, por lo menos.

Roger emitió un carraspeo a manera de excusa.

—Me había figurado que estaba prometida con Ronald —dijo con cierta torpeza.

—Sí, lo estoy —dijo la señora Lefroy con viveza.

Llegado a este punto, Roger renunció.

—Tengo concedida la anulación —explicó la señora Lefroy—, pero todavía no se ha llevado a cabo.

—Esta fiesta es de lo más moderno —observó Roger con voz suave, al tiempo que hacía un quiebro un tanto violento para evitar a otra pareja que parecía no saber por donde andaba.

Al pasar por su lado advirtió que la mencionada pareja estaba formada, por lo que a su mitad femenina se refería, por la señora Pearcey, la cual estaba hablando con tanta seriedad con su acompañante que éste apenas podía concentrarse en el baile.

—¿Moderna? —repitió como un eco la señora Lefroy—. ¿Lo cree en serio? Únicamente lo es en lo que respecta a los Stratton y a mí, me parece... Suponiendo que por «moderno» entienda usted no sólo la disposición a reconocer que uno se ha equivocado en su matrimonio, cosa que hacen la mayoría, sino también la disposición a rectificar, cosa que la mayoría no tiene el valor de hacer.

—¿Y se siente dispuesta a probar por segunda vez?

—Sí, claro. Equivocarse una vez no quiere decir equivocarse siempre. Por otra parte, yo siempre he creído que el primer matrimonio no cuenta, ¿no le parece? Una está tan atareada tratando de pescar marido que casi es inevitable una especie de resentimiento contra él al advertir que se ha equivocado. Y cuando el resentimiento está por medio, la cosa ya no tiene arreglo. De todos modos, aquí está una, a punto y entrenada para acoger al

próximo. Después de todo, con alguien hay que hacer el aprendizaje, lo cual no quiere decir que haya que cargar con el muerto para el resto de la vida, ¿no le parece?

Ella se echó a reír y Roger también.

—Pero a lo mejor el otro matrimonio se convierte en otro aprendizaje. ¿Hay que cargar con otro muerto?

—No, ¡qué va! Ya está todo aprendido. Hablando en serio, señor Sheringham, una persona no es igual a los treinta y cuatro que a los veinticuatro. Entonces, ¿por qué va a seguir aviniéndose con la persona con la cual se avenía hace diez años? Lo más probable es que tanto esa persona como uno mismo hayan evolucionado cada uno por cuenta propia y siguiendo caminos diferentes. Soy de la opinión de que hay que cambiar de pareja cuando uno ha terminado de evolucionar, salvo por supuesto en los raros casos en que resulta que los dos han evolucionado a la par.

—No es necesario que se disculpe por su divorcio, ¿sabe? —murmuró Roger.

La señora Lefroy volvió a echarse a reír.

—¡Ni en sueños! Precisamente se trata de un asunto en el que me siento muy segura. Lo que pienso es que las leyes sobre matrimonio son absolutamente lamentables. En lugar de ser el matrimonio fácil y el divorcio difícil, tendría que ser al revés. Las parejas deberían presentarse al juez y decirle: «Mire usted, señor juez, hace dos años que vivimos juntos y estamos completamente convencidos de que nos avenimos. Hemos traído a unos testigos que jurarán que estamos terriblemente enamorados el uno del otro y que rara vez nos peleamos y que, además, nos gustan las mismas cosas... y los dos tenemos buena salud. Estamos seguros de que nos conocemos perfectamente, así que tenga la bondad de casarnos. ¿Puede ser ahora?». Y entonces el juez debería casarlos de forma condicional y si, al cabo de seis meses, el procurador real no podía demostrar que no se avenían o que no se querían o que mejor estarían separados que juntos, entonces podría declararse el matrimonio pronunciado. ¿No encuentra que sería una buena idea?

—Es la mejor idea que he escuchado en mi vida en relación con el matrimonio —dijo Roger, francamente convencido— y eso que yo tengo las mías.

—Sí, claro, ya lo sé. La idea de usted es que lo mejor es no

casarse. Bueno, en cuanto a eso se podría decir alguna cosa. Por lo menos mi futuro cuñado estaría de acuerdo con usted en este punto.

—Supongo que se está refiriendo al hermano de Ronald, ¿no es así?

—Sí, me imagino que ya lo conoce. Aquel muchacho tan guapo y rubio que baila con la mujer de las mangas jamón... la señora Maybrick.

—No, pues no lo conozco. ¿Por qué estaría de acuerdo conmigo?

—¡Oh! —dijo la señora Lefroy con un cierto aire de culpabilidad—. Quizá no habría tenido que decir nada. Después de todo, yo no sé más que lo que Ronald me ha contado.

—¿Es un secreto? —arguyó Roger, con no disimulada curiosidad.

—Pues, supongo que sí, en cierta manera. En cualquier caso, no creo que esté bien comentarlo. Pero yo diría —añadió la señora Lefroy con una sonrisa— que hay secreto para rato, porque no tiene usted más que mirar a su mujer.

—La miraré —dijo Roger—. Entretanto, ¿le importaría decirme de quién se supone que va usted disfrazada?

—¿No lo ha adivinado? Y yo que me figuraba que era criminólogo —dijo la señora Lefroy bajando los ojos y mirando, no sin cierta vanidad, su ampulosa falda blanca.

—Como no entiendo de vestidos...

—Pues bien, soy la marquesa de Brinvilliers. ¿No ha reconocido el verde arsénico de mi collar? Y eso que me había parecido que era un detalle terriblemente sutil.

Y cogiendo el bolso y los guantes de terciopelo blanco que tenía sobre el piano de cola, echó un vistazo a la habitación.

—Veo que Ronald está buscándola —lamentó Roger.

Sintió la aparición de Ronald, que se presentó como si acudiera a reclamar a su prometida en respuesta a su mirada. Le pareció que la señora Lefroy era una mujer de ideas y sabía que las mujeres de ideas son raras. Como también los hombres, por otra parte.

Aquella impresión suya de que la fiesta iba a ser interesante había quedado confirmada. El hecho de que asistiera a la misma tanto la antigua señora Stratton como la futura, las dos deshechas en sonrisas y en manifestaciones de cordialidad, absolutamente llenas de naturalidad, le encantaba. Así es como debían hacerse las cosas en una época civilizada.

En el bar se encontró con Chalmers, y otro médico local, que en cierta ocasión había representado a Inglaterra jugando al rugby, un hombre de figura achaparrada. Llevaba un pañuelo rojo y blanco atado al cuello y un antifaz negro que se había levantado y colocado sobre la frente, y tenía las manos salpicadas de pintura roja. Los dos hombres estaban hablando, como es costumbre entre médicos, de las obscenas interioridades de alguno de sus desgraciados pacientes, que el doctor Mitchell se había encargado aquella tarde de sacar al exterior. Junto a ellos había una señora delgada y oscura, de aire huraño. Roger reconoció en ella a la señora Maybrick, la de las mangas jamón, que había estado bailando con David Stratton.

—¡Hola, Sheringham! —le saludó el doctor Chalmers—. Aquí nos tiene, hablando de nuestras cosas, me temo.

—¿Habláis alguna vez de otra cosa? —observó con acritud la dama oscura y delgada.

—Señor Sheringham, mi esposa —dijo el doctor Chalmers con la mayor cordialidad—. Y éste es Frank Mitchell, otro de nuestros médicos locales.

Roger se declaró encantado de conocer a la señora Chalmers y al doctor Mitchell.

—Pero usted —añadió clavando los ojos en el pañuelo que llevaba atado al cuello y en el antifaz de este último—, ¿a quién se supone que representa? Yo que me figuraba conocerlos a todos de memoria, no lo sitúo en ningún lado. ¿Son ustedes los Brown y Kennedy?

—No, yo soy Jack el destripador —dijo el doctor Mitchell, lleno de orgullo y, mostrando sus manos salpicadas de rojo, añadió—: Esto es sangre.

—¡Qué asco! —dijo la señora Chalmers-Maybrick.

—Totalmente de acuerdo con usted —dijo Roger, educadamente—. También yo prefiero los métodos de usted. Creo que usó

arsénico, ¿no es verdad? O, según opinión de otra escuela, no lo utilizó.

—Suponiendo que lo usase, es lástima que lo gastase todo —dijo la señora Chalmers con una risita—. Podría haberme guardado un poco para emplearlo con otros propósitos.

Un tanto desconcertado, Roger esbozó una sonrisa cortés, que se esfumó en seguida al observar que entre los dos doctores se cruzaba una mirada significativa, una mirada que, pese a que no pudo interpretar, le pareció que transmitía una especie de mutua advertencia. Fuera lo que fuera, los dos médicos rompieron a hablar en seguida.

—Supongo que no conoces muchos... perdón, Frank.

—Hablando de arsénico, me pregunto si... perdón, Phil.

Hubo una pausa incómoda.

Roger pensó que todo aquello era muy extraño. ¿Qué demonios ocurría en aquella casa?

Para llenar la pausa, dijo:

—Me desconcierta completamente, Chalmers. Usted no parece ir disfrazado como los demás.

—Phil no se disfrazará nunca —observó la señora Chalmers con aire resentido.

El doctor Chalmers, que parecía poseer unas dotes envidiables para ignorar paladinamente las observaciones que se permitía hacer su esposa, replicó con gran entusiasmo:

—Yo soy un asesino no descubierto y voy así para hacerle a usted un cumplido, puesto que conozco su teoría acerca de que el mundo está lleno de asesinos impunes.

Roger se echó a reír.

—A eso yo le llamo no jugar limpio.

—De todos modos —intervino la señora Chalmers—, Philip es incapaz de matar a nadie, ni siquiera para salvar su vida.

Lo había dicho como si aquello fuera un agravio que datara de antiguo.

—Pues bien, seré un médico-asesino no descubierto, si lo prefieren —dijo el doctor Chalmers, con total ecuanimidad—. Me imagino que los hay a montones por ahí, ¿no crees, Frank?

—¡Seguro!... —admitió el doctor Mitchell con candor—. Vaya, ¿ha parado la música? Pues me parece que voy a...

Y, terminándose lo que estaba tomando, se dirigió a grandes pasos al salón de baile.

—Sólo hace cuatro meses que está casado —observó la señora Chalmers, llena de tolerancia.

—¡Ah! —dijo Roger, al tiempo que los tres intercambiaban unas sonrisas y Roger se preguntaba por qué había de ser cómico que un hombre hiciera cuatro meses que estuviera casado. No entendía por qué era así, pero era indudable que así era. Roger pensó que todo lo que estaba relacionado con el matrimonio tenía que ver con la comedia o con la tragedia, y que todo dependía de si uno lo juzgaba desde fuera o desde dentro.

—¡Dios mío! —exclamó el doctor Chalmers—, pero si usted no toma nada... Sheringham, eso sí que Ronald no me lo perdonaría. ¿Qué quiere que le traiga?

—Gracias —dijo Roger—, hace un momento estaba tomando cerveza.

Se quedó esperando, lleno de agradecimiento, como siempre que alguien se encarga de abrir una botella para que nos bebamos su contenido. Sin embargo, al observar al doctor Chalmers, no pudo evitar observar con qué torpeza se encargaba de ese cometido: en lugar de sostener la botella y la jarra al nivel del pecho, como suele hacer todo el mundo, las sostenía a nivel mucho más bajo y, después de haber llenado la última, Roger observó que dejaba la jarra, que había sostenido con la mano derecha, y que daba con esta mano un empujón hacia arriba al brazo izquierdo para dejar la botella sobre el borde de la mesa. Su incapacidad era tan manifiesta que Roger no se abstuvo de hacer la siguiente observación con respecto a la misma:

—Gracias —dijo, al coger la jarra—. ¿Tiene el brazo mal?

—Sí, tengo unos pequeños problemas que datan de la guerra, ¿sabe usted?

—Philip perdió parte del hombro izquierdo —explicó la esposa de Philip, con aire aburrido.

—¿Ah, sí? Tiene que ser un verdadero inconveniente para usted, ¿verdad? Supongo que no debe de estar en condiciones de operar.

—Oh, sí —dijo el doctor Chalmers, con aire lleno de jovialidad—. La verdad es que es una merma que me plantea muy pocos problemas. Puedo conducir, puedo navegar en yate y también volar

cuando consigo despegar... y, por supuesto, puedo operar. Lo único que quedó afectado es el hombro, ¿comprende? No puedo levantar el brazo desde el hombro, pero sí el antebrazo a partir del codo. Podría haber sido peor.

Hablaba con absoluta naturalidad y sin ninguno de aquellos falsos pudores que suelen invadir a los que se ven obligados a hablar de sus heridas de guerra.

—¡Mala suerte! —dijo Roger, sinceramente—. ¡Qué se le va a hacer! Señora Chalmers, ¿no toma usted nada?

—No, todavía no, gracias. No tengo ganas de ponerme en evidencia.

—Estoy seguro de que no lo haría —dijo Roger un tanto desconcertado.

La observación parecía tan directa, que daba la impresión de que sólo podía ir dirigida contra él, si bien no comprendía por qué la señora Chalmers había considerado necesario mostrarse tan maleducada.

—No, no tengo ninguna intención —dijo la señora Chalmers, con aire siniestro y mirándole con fijeza.

Pero Roger en seguida pudo advertir que no le miraba a él, sino que su mirada pasaba por encima de su hombro derecho, por lo que se giró en redondo, para seguirla.

Acababan de entrar algunas personas procedentes del salón de baile, entre las que se contaba la cuñada de Ronald Stratton, la mujer que iba disfrazada de señora Pearcey. Era en ella que se había clavado la mirada de la señora Chalmers.

Estaba junto al bar, en compañía de un muchacho alto que Roger todavía no conocía, y era evidente que el joven le estaba preguntando qué quería tomar.

—Tomaré un *whisky* con soda, gracias —dijo con una voz lo suficientemente elevada para resultar ostentosa—. Que sea largo. Esta noche tengo ganas de coger una borrachera. Después de todo, es lo único que vale la pena, ¿verdad?

Esta vez Roger captó la mirada significativa que se cruzó entre el doctor Chalmers y su esposa.

Terminó su cerveza, se excusó con los Chalmers y se fue en busca de Ronald Stratton.

—Tengo que conocer a esa mujer —se dijo—, borracha o sobria.

Ronald estaba en el salón de baile y hacía girar ociosamente los mandos de la radio. La música al son de la cual habían estado bailando era transmitida por la Königswusterhausen y Ronald había decidido que la selección era un poco pesada, por lo que estaba buscando música francesa, que estimaba más indicada para la ocasión.

Había junto a él tres personas protestando, por ninguna otra razón especial que la basada en el curioso prejuicio que siente la mayoría de la gente al ver al propietario de un gran aparato de radio manipulando los mandos del mismo. Roger sabía que una de dichas personas era la hermana de Ronald, Celia Stratton, una chica alta, pintorescamente ataviada como una Mary Blandy del siglo dieciocho; las otras dos eran Crippen y una mujer bajita, vestida de chico, a la que no era difícil identificar como la señorita Le Neve.

De la radio salió un momentáneo alarido, emitido por la voz estridente de una soprano, acallada instantáneamente, aunque no con la suficiente rapidez para evitar las críticas que llovieron sobre el manipulador del aparato.

—Déjalo ya, Ronald —suplicó la señorita Stratton.

—La música de antes estaba muy bien —machacó la señorita Le Neve.

—Es muy curioso —declaró el doctor Crippen, con el peso que le daba su autoridad, como si aquel punto hubiera sido objeto de profundas cavilaciones por su parte—, que todos los que tienen un aparato de radio no puedan pasar dos segundos sin ponerse a mover botones.

—¡Ya está bien! —dijo Ronald mientras continuaba manipulando los mandos.

Una explosión de música de *jazz* fue el premio a sus esfuerzos.

—¡Exacto! —dijo con orgullo—. Eso está mucho mejor.

—¡Qué va a estar mejor! —le contradijo su hermana.

—Está peor —opinó la señorita Le Neve.

—¡Un latazo! —la secundó el doctor Crippen—. ¿Qué emisora es ésta?

—Königswusterhausen —replicó Ronald, imperturbable, y

haciéndole un guiño a Roger se apartó rápidamente del grupo.

Antes de que éste pudiera seguirle, una pregunta por parte de Celia Stratton le privó de esta oportunidad. ¿Conocía al señor y la señora Williamson? Roger tuvo que admitir que no conocía al señor ni a la señora Williamson. El doctor Crippen y la señorita Le Neve le habían sido presentados bajo estos últimos nombres. Roger manifestó cortésmente su admiración por lo logrado de sus disfraces.

—A Osbert no le faltan más que las gafas con montura de oro — declaró la señora Williamson—. Es el vivo retrato de Crippen, ¿no lo cree usted así, señor Sheringham?

—¡Qué insegura debes de sentirte, Lilian! —dijo Celia Stratton.

—No encontrarás extraño que tenga ganas de irme corriendo de aquí para refugiarme en otro sitio con más habitaciones. Como le diera el ataque, no sé dónde me iba a meter.

—Sabes perfectamente, Lilian —protestó su marido— que tú sólo querías que yo hiciera de Crippen para que tú pudieras hacer de señorita Le Neve. Lilian no desperdicia oportunidad para ponerse pantalones —explicó el señor Williamson, con todo candor, dirigiéndose al grupo en general.

—¿Por qué no iba a ponerme pantalones si se me antojara? —preguntó la señora Williamson con un gesto de desdén.

—Supongo que los lleva sujetos con un imperdible en la espalda —dijo Roger, en un alarde de necedad.

Todos lo miraron con aire inquisitivo, en tanto él lamentaba haber dicho lo que había dicho.

—Los pantalones de la señorita Le Neve le estaban demasiado grandes —tuvo que explicar— y ha tenido que remetérselos por detrás con un imperdible. El capitán del equipo lo ha advertido y ha considerado la cosa un poco extraña.

—La verdad es que los pantalones no le estaban grandes —dijo el señor Williamson, con una carcajada algo descortés y muy marital—, pese a que la cosa puede resultar igualmente extraña, ¿verdad, Lilian? ¿Y tú, qué dices?

—Que me gustan los pantalones ceñidos —dijo la señora Williamson, al tiempo que repetía el gesto de desdén de momentos antes.

Roger, que no estaba tan interesado en la prenda como parecían

estarlo los demás, cambió de conversación con un ademán brusco.

—Todavía no me han presentado a su cuñada, señorita Stratton —dijo, en tono conversacional, lleno de naturalidad—. No sé si querrá presentármela...

—¿La mujer de David? Por supuesto que sí. ¿Dónde para?

—Hace un minuto que estaba en el bar.

—Está loca —observó el señor Williamson con un cierto interés en la conversación.

—¡Ya está bien, Osbert! —protestó su esposa mirando a Celia Stratton.

—Por mí no os preocupéis —dijo ésta con toda amabilidad.

Roger no estaba dispuesto a dejar escapar una brecha tan prometedora como aquélla.

—¿Loca? ¿Que está loca? Me gustan los locos. ¿De qué tipo es la locura de su cuñada, señorita Stratton?

—Pues no lo sé —dijo Celia Stratton quitándole importancia a la cosa—. Supongo que está loca en términos generales, ya que es Osbert quien lo dice.

Roger se dio cuenta de que, pese a la ligereza del tono en que hablaba, en la voz de la señorita Stratton había una sombra de prevención, como si le complaciera aceptar la idea de que su cuñada estaba loca para disimular algo peor.

—Es una mujer a la que le gusta hablar de su alma —explicó Osbert Williamson con aire algo adusto.

—A Osbert no le interesan las almas —explicó la señora Williamson—. Como él no tiene alma, poco pueden interesarle las almas de los demás.

—A mí su alma me tiene sin cuidado —declaró el señor Williamson—, pero yo, en tu sitio, no la perdería de vista, Celia. Hace un momento que estaba arreándose *whiskies* a trece por docena y declarando que quería coger una curda de campeonato, porque era lo único que valía la pena en la vida... o no sé qué disparates.

—¡Madre mía! —dijo la señorita Stratton con un suspiro—, ¿así están las cosas? Entonces será mejor que vaya a echarle un vistazo.

—¿Y por qué quiere coger una curda de campeonato? —preguntó el señor Williamson, mientras ella se alejaba.

—Pues porque considera que es lo inteligente. Señor

Sheringham, mejor será que me acompañe, si quiere conocerla.
Roger la siguió con presteza.

II

UNA SEÑORA NADA ENCANTADORA

1

ERA COSTUMBRE de Ronald Stratton animar sus fiestas con charadas. Como explicaba con toda candidez, lo hacía solamente porque le gustaban las charadas y alegaba que, como la fiesta la daba él, no veía por qué no podía organizar ese tipo de entretenimientos. Por desgracia para Roger, Ronald acababa de decidir que la charada empezaría en aquel momento, antes de que pudiera hacerse la presentación. Se había reclamado la presencia de Celia Stratton para que se encargara de buscar asientos para los participantes renuentes. Como se estaban formando los bandos entre los invitados que de momento estaban a mano, y dado que la esposa de David Stratton y Roger se encontraban en dos bandos opuestos, hubo que posponer la presentación. De todos modos, a Roger le llamó la atención descubrir que el marido de la dama en cuestión estaba en su bando.

Pese a que hacía unos cuantos años que conocía más o menos superficialmente a Ronald Stratton, no había tenido nunca ocasión de conocer a David. Como sucede con tantos hermanos, éstos eran totalmente diferentes. Ronald no era particularmente alto, David medía más de metro ochenta; Ronald era corpulento, David era esbelto; Ronald era moreno, David rubio; Ronald tenía nariz chata, David aquilina; Ronald rebosaba entusiasmo y a veces era un poco infantil en materia de entretenimientos, David arrastraba un aire de

permanente desilusión y sus agudezas (puesto que la verdad es que era agudo) tenían un cierto cariz de cinismo. Se habría dicho que Ronald era el más joven y David el más viejo, en lugar de ser al revés.

Celia Stratton, que había sido nombrada capitana de su bando, se tomaba las cosas muy en serio. Le correspondía empezar, por lo que, sacando a su rebaño de la sala de baile, pidió a Roger que le diera una palabra de dos sílabas capaz de dar origen a una obra teatral. Roger se encontró con la mente totalmente en blanco y lo único que se le ocurrió fue contemplar el bar con una mirada de profunda ansiedad. Fue, por fin, a David Stratton a quien se le ocurrió la palabrita, al igual que un breve drama en tres actos que encajaba con ella, lo cual, para empezar, impresionó considerablemente a Roger.

—Su hermano está muy puesto en situación esta noche —observó a Celia, como de paso, mientras todos los demás buscaban frases apropiadas a los habitantes de Nínive antes de que a Jonás se lo tragara la ballena.

—David es la persona ideal para ese tipo de cosas —dijo la señorita Stratton.

—En efecto, me pregunto cómo no se dedica a la literatura.

—¿David? Escribía antes de casarse. Colaboraba en *Punch* y en semanarios de ese tipo. Al principio todos estábamos convencidos de que se abriría camino en ese campo e incluso empezó un libro que prometía muchísimo.

—¿Y por qué no lo terminó?

Celia Stratton se inclinó un poco más sobre el cajón que en aquel momento estaba revolviendo.

—¡Oh, se casó! —dijo y, una vez más, Roger advirtió que, bajo la aparente indiferencia del tono de voz, estaba ocultando algo.

Roger la miró lleno de curiosidad, pero no continuó insistiendo en el tema. Sin embargo, había dos cosas de las que estaba seguro: el matrimonio de David Stratton había malogrado lo que habría podido ser una carrera como brillante escritor y Celia Stratton no se sentía tan indiferente al asunto como pretendía.

«Más misterios», pensó.

Amparándose en el momento de broma general que se impuso a continuación, Roger observó más detenidamente a David Stratton. A

primera vista parecía bastante animado: en aquel momento trataba de convencer, entre risas, a una bella señora, bastante gordita por cierto, a la que todos llamaban Margot, para que personificase a la ballena, pero era preciso algo más que una mirada superficial para descubrir que, debajo de aquella excitación momentánea, existía un inmenso tedio. De hecho, el hombre en cuestión parecía mortalmente cansado y no sólo cansado sino también enfermo y, sin embargo, Roger sabía que su trabajo como administrador de la finca de su hermano no era específicamente penoso. Entonces, ¿por qué aquella cara de no haber dormido desde hacía un mes?

Roger ya empezaba a dudar de si, en realidad, no estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

La charada prosiguió su curso habitual e hilarante y Roger descubrió que, pese a lo absurdo de la situación, lo estaba pasando muy bien. Los Williamson estaban en su bando, al igual que el doctor Mitchell y su guapa y joven esposa, de quien su cónyuge estaba tan manifiesta y abiertamente enamorado como habría podido desear la más exigente consorte. Roger se sentía sentimental al contemplarlos. Jean Mitchell iba disfrazada de Madeleine Smith, con crinolina y sombrero de ala ancha por la parte delantera, lo que le daba un aire tan encantador que la hacía merecedora de todas las atenciones que no dejaban de llover sobre ella.

No fue hasta terminada su participación y cuando ya estaban todos sentados en un corro de sillas en un extremo del salón de baile esperando poder reírse de los esfuerzos de sus contrincantes, que se manifestó un indicio del drama que ya empezaba a gestarse por debajo de las tranquilas apariencias.

Roger se sentía un tanto desamparado.

A su izquierda estaba sentada Celia Stratton, con el doctor Mitchell y su esposa al otro lado de ésta; a su derecha tenía a la señora regordeta llamada Margot, con respecto a la cual Roger acababa de descubrir que se trataba nada menos que de la anterior esposa de Ronald Stratton, con David Stratton entre ella y su prometido, un joven alto y bastante silencioso acerca de quien Roger supo que se llamaba Mike Armstrong. Y casi inmediatamente Celia Stratton se había enzarzado en una conversación a media voz, pero en tono extremadamente grave, con el doctor Mitchell, al tiempo que la exesposa de Ronald Stratton, Margot, se embarcaba

en otra conversación muy similar con David Stratton. Roger trataba de disimular sus bostezos, en tanto hacía votos para que el bando contrario procediera con un poco más de rapidez.

Después, quieras que no, empezó a pescar fragmentos de las conversaciones.

—¿Está seguro de que fue Ena la responsable? —escuchó a Celia Stratton preguntar con voz preocupada.

—Absolutamente —replicó, sombrío, el doctor Mitchell—. Yo me fui derecho a hablar con la señora Farebrother en cuanto Jean me lo dijo, y ella me dijo que se lo había contado Ena. Por supuesto, en la más estricta confianza. ¡La más estricta confianza! Yo le dije a la señora Farebrother que era una espantosa mentira, desde luego, y supongo que pude impedir que la señora quedase inmovilizada en aquella dirección, pero no sé cuántos... —aquí el doctor Mitchell bajó la voz.

Roger pensó para sus adentros que Ena debía de ser la mujer de David Stratton.

De pronto advirtió la voz de David Stratton, imprudentemente alta, audible al otro lado.

—Te aseguro, Margot, que no aguanto más. Estoy tocando fondo.

—Es una verdadera vergüenza —dijo su cuñada como animándole—. Tú ya sabes lo que siempre he pensado de ella. Ronald solía decirme que le ponía las cosas muy difíciles, pero yo no podía hacer otra cosa. Después de aquel asunto de Eaves, juré que jamás en mi vida volvería a invitarla a mi casa, y desde entonces nunca la he invitado.

—Lo sé —siguió David Stratton con voz muy triste—. Fue bastante desagradable, tanto para mí como para Ronald, pero no te echo la culpa de nada. Después de todo, como me abstuve de decírselo a ella, podías haber hecho mucho más que negarte a recibirla en tu casa si realmente hubieras sido una mujer vengativa.

—Eso es lo que le dije a Ronald.

Roger movió la silla.

—Yo no tendría nada que decir si hubiera un átomo de verdad en todas esas habladurías —dijo el doctor Mitchell con repentina violencia—, pero estas condenadas mentiras...

—Lo sé. Es la forma.

—Personalmente —intervino Jean Mitchell con su vocecita cantarina—, no le veo la importancia. Todo el mundo sabe que son mentiras, pero lo que no acabo de entender es por qué lo hace.

—Hija mía, es un caso patológico. De eso no cabe la menor duda. De veras, Celia, que habría que hacer algo con ella. Es un peligro para la comunidad.

—Sí, pero ¿qué se puede hacer? Ahí está el problema.

—De momento, todavía no lo sé —dijo el doctor Mitchell cruzándose de brazos, lo que, pese a tratarse de un hombre bonachón, le infundía un aire particularmente imponente—, pero te prometo que, como se meta con Jean, lo va a sentir. Esto pasa de la raya.

Roger se sacó un bloc de notas del bolsillo y empezó a anotar nombres. Eran tantas las personas desconocidas y tan diferentes las relaciones que existían entre ellas que encontraba difícil mantener la ideas claras al respecto.

De todos modos, el otro bando seguía sin dar señales de vida. Sólo unas risitas sofocadas y alguna que otra risotada ocasional al otro lado de la puerta daban testimonio de la continuidad de su existencia.

—Pero ¿por qué no la dejas, David?

—Por dinero, claro. Si pudiera costear lo que valdría mantenerla lejos de mí, te aseguro que no lo pensaría dos veces.

—¿No puede ayudarte Ronald?

—No —el tono de David Stratton al contestar fue categórico.

—Pues es lamentable.

Margot Stratton clavó los ojos ante sí como si estuviera devanándose los sesos para encontrar alguna idea.

Celia Stratton se volvió a Roger:

—Me había olvidado completamente de preguntarle una cosa al señor Sheringham. ¿Tiene en su dormitorio todo lo que necesita?

—Todo, gracias —contestó Roger educadamente.

2

La lista de invitados y anfitriones establecida por Roger era del siguiente tenor:

Ronald Stratton	<i>(Príncipe de la Torre)</i>
David Stratton	<i>(Príncipe de la Torre)</i>
Ena (señora de David) Stratton	<i>(Señora Pearcey)</i>
Celia Stratton	<i>(Mary Blandy)</i>
Margot (exseñora de Ronald) Stratton	
Mike Armstrong	
Doctor Chalmers	<i>(Asesino no descubierto)</i>
Señora Chalmers	<i>(Señora Maybrick)</i>
Doctor Mitchell	<i>(Jack el destripador)</i>
Señora Mitchell	<i>(Madeleine Smith)</i>
Señor Williamson	<i>(Doctor Crippen)</i>
Señora Williamson	<i>(Señorita Le Neve)</i>
Señora Lefroy	<i>(Marquesa de Brinvilliers)</i>
Colin Nicolson	<i>(William Palmer)</i>

En opinión de Roger, todos formaban el círculo de los íntimos de Ronald Stratton y parecían constituir un grupo por derecho propio. Había aproximadamente una docena más de personas en la fiesta, todas ellas de la vecindad, pero se mantenían más o menos a distancia y Stratton no hacía nada para amalgamar los dos grupos. Los médicos eran, por supuesto, vecinos de la localidad y constituían una especie de vínculo entre los dos grupos. Stratton había dicho a Roger que era probable que el grupo de los vecinos se fuera temprano y que entonces la fiesta seguiría.

El grupo de gentes de la localidad estaba compuesto por unas seis personas. Los Williamson, que vivían en Londres, se quedaban a pasar la noche en la casa, al igual que Colin Nicolson, que era editor ayudante de un semanario en el que colaboraba Stratton, al que Roger conocía desde hacía muchos años y con el cual simpatizaba. También se quedaba la señora Lefroy, además de Celia Stratton, que era la encargada de hacer los honores de la casa en nombre de su hermano. A Roger también le habían rogado que se quedara.

Cuando, por fin, terminaron las charadas, Roger trató una vez más de establecer contacto con Ena Stratton, intento que volvió a resultar frustrado. El propio Ronald había sacado a bailar a su cuñada, con la sana intención de que se reanudara el baile. Roger, mirando a su alrededor con aire desconcertado, observó que Agatha

Lefroy estaba sola, sentada en un diván situado en uno de los extremos de la habitación y se dispuso a hacerle compañía.

—¿Le importa que no bailemos? —le preguntó—. Antes de la guerra era considerado un buen bailarín pero, desde entonces, mi antigua afición se ha perdido bastante.

—No me importa en absoluto —dijo la señora Lefroy con una sonrisa—. Estamos muy bien aquí sentados, aparte de que yo prefiero hablar que bailar. ¿De qué podemos hablar?

—De Ena Stratton —le espetó Roger, abruptamente.

Quedó bastante sorprendido al ver que, incluso la señora Lefroy, reaccionaba como todo el mundo a la sola mención de aquel nombre. No es que se atenuara su sonrisa, ni tampoco que su rostro palidciera pero, así que Roger hizo aquella observación, adoptó aquel mismo aire precavido tan habitual en todo el mundo, pese a lo cual respondió con viveza:

—¿Le interesa acaso?

—Sí, en efecto. Francamente me interesa y todavía no me la han presentado. Infórmeme.

—No creo que haya mucha cosa sobre la que pueda informarle, ¿sabe usted? ¿En qué aspecto quiere que le informe?

—En el aspecto que sea. No haré preguntas sobre su matrimonio, puesto que usted ya me ha dicho que era un secreto. Dígame simplemente por qué le tiene miedo.

—¿Miedo yo? —repitió la señora Lefroy como un eco, esta vez indignada—. No le tengo ningún miedo.

—Sí, se lo tiene —dijo Roger con toda calma—. ¿Por qué? ¿O prefiere que se lo pregunte a Ronald?

—No, no le pregunte nada a Ronald —dijo con presteza la señora Lefroy y añadió, en un alarde de inconsecuencia—: Por otra parte, tampoco le diría nada.

—¿Y usted tampoco? —siguió Roger, mitad en broma y mitad en serio.

—Usted es un poco inquisitivo, señor Sheringham, ¿no le parece?

—Terriblemente. No lo puedo remediar. Mire usted, aquí huelo un misterio y no aguanto los misterios.

—¡Ah! —dijo lentamente la señora Lefroy—, sepa entonces que en Ena no hay ningún misterio.

—Pese a lo cual —se arriesgó a decir Roger— hay en esta habitación una serie de personas que la detestan cordialmente.

—No me extraña en absoluto —sonrió la señora Lefroy—, puesto que se trata de una mujer realmente peligrosa.

—¿Cómo puede ser que una persona tan insignificante como ella sea peligrosa? —preguntó Roger mientras seguía con los ojos a través de la habitación las evoluciones de la mujer en cuestión—. Sin embargo, es la segunda persona en media hora a la que oigo hacer esta afirmación: supongo que no debo preguntar qué le ha hecho esa persona al doctor Mitchell y, en cambio, me gustaría mucho preguntárselo.

—¡Ah, eso se lo digo ahora mismo! Se dedicó a propagar una mentira ridícula en relación con su esposa.

—¿Por qué?

La señora Lefroy se encogió de hombros.

—A lo que parece, le divierten ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? ¿Mentir por mentir o hacer una mala pasada a una persona inofensiva?

—Ninguna de las dos cosas exactamente. Yo creo que aprovecha la oportunidad para ponerse en evidencia, puesto que ésta es su idea fija. Le gusta ser el centro de todo, el objeto primordial en el que confluyen todas las miradas. Como dice Philip Chalmers, ya sabe a quien me refiero, al gran amigo de Ronald, es una ególatra redomada. Sin duda que le cuadra este calificativo, como podría cuadrarle otro cualquiera.

—Williamson le aplica otro mejor. Se limita, a decir que está loca.

La señora Lefroy se echó a reír.

—En cierto modo, creo que lo está. En cualquier caso, ¿es eso todo lo que quería usted saber?

—Todo no. Y usted, ¿qué agravio tiene contra ella? No me lo diga, por supuesto —añadió cortésmente Roger—, si no quiere.

—No me gusta nada tener que decírselo, pero en realidad no me importa viendo que le interesa tanto. No me fío de ella, eso es todo.

—¿No se fía de ella?

—Ronald se ha mostrado un poco indiscreto diciendo a todo el mundo que estamos prometidos —explicó la señora Lefroy—. Por supuesto que la cosa no tiene la más mínima importancia si se

limitase a la familia y a los más íntimos, o por lo menos no debería tenerla, pese a que, como le he dicho antes, todavía no estoy oficialmente divorciada. Pues bien, David ha prevenido a Ronald esta tarde con respecto a que Ena había insinuado que, si ella quisiera, podría meter cizaña con el procurador real.

Roger emitió un silbido.

—¿Y qué saca ella con meter cizaña?

La señora Lefroy se mostró algo inquieta.

—Pues..., según su punto de vista, tiene sus razones.

—¿Razones para meter cizaña?

—Razones para que pueda molestarle que Ronald vuelva a casarse.

—¡Ah, bien! Ya comprendo.

Roger no precisaba de una gran perspicacia para adivinar cuáles podían ser esas razones. Ronald y Margot Stratton no habían tenido hijos. David y Ena tenían un hijo pequeño. Como sabía Roger, este hijo era el ahijado de Ronald. Ronald, que tenía tan buen olfato para los negocios como para escribir novelas policíacas, había ganado el dinero que poseía, no lo había heredado. Parecía probable que, tal como estaban las cosas, dejara su fortuna a su ahijado, posiblemente con intereses vitalicios para David. Si volvía a casarse, en cambio, podía surgir otro heredero. Era, pues, vital para los intereses de Ena que su cuñado no volviera a casarse.

—Sí ya comprendo —repitió Roger—. Una trama perfectamente adecuada para una de las historias policíacas del propio Ronald, ¿no cree?

La sonrisa de la señora Lefroy le reveló que no andaba errado en sus deducciones.

—Es lo que dice Ronald. El encuentra la cosa graciosa —añadió—, pero en realidad podría ser bastante seria. Una mujer sin escrúpulos podría hacer cosas que un hombre con la misma falta de ellos dudaría en hacer.

—Sí, en eso no le falta razón. ¿Así que es una mujer sin escrúpulos?

—Yo diría que sí —dijo la señora Lefroy con aire resignado.

Hubo un breve silencio, después del cual Roger adoptó un aire perplejo.

—La verdad es que sé muy poco acerca de este tipo de cosas

pero ¿de veras preocuparía mucho al procurador real saber que usted piensa casarse con Ronald cuando esté libre? Ya sé que el procurador real se preocupa por un montón de cosas, pero habría que ser supersensible para llegar a tales extremos.

La señora Lefroy parecía encontrarse al borde de su aguantante.

—Si empezase a hacer indagaciones, sabe Dios qué podría encontrar —dijo crípticamente.

—La confabulación, como el gusano se alimenta de la col, podría alimentarse de sus mejillas de raso, como diría mi amigo Lord Peter Wimsey.

Y al tiempo que asentía con la cabeza, Roger, con aire de comprensión absoluta, añadió:

—Estrangulo a la señora de su parte.

—Me encantaría que alguien se encargara de hacerlo —dijo la señora Lefroy, con repentina amargura—. Nos encantaría a todos.

Roger se examinó un momento las uñas.

—Si yo estuviera en la piel de la señora Ena Stratton —reflexionó, como hablando para sus adentros—, vigilaría mis pasos.

Por fin tuvo lugar la presentación, que se hizo con total naturalidad.

—¡Oh, Ena! —dijo Ronald Stratton—, me parece que todavía no te he presentado a Roger Sheringham, ¿verdad? Roger Sheringham, mi cuñada.

Ena Stratton miró a Roger con unos grandes ojos que nadaban en aquella sumisión, aquel *Weltschmerz*, aquel recatado orgullo y aquella serie de cosas más en que los ojos de una mujer joven y espiritual deben nadar cuando encuentran los de un autor de éxito. Roger observó que aquellas apreciables emociones eran generadas en su honor de una manera prácticamente automática.

—¿Cómo está usted? —dijo Roger sin ningún asomo de *Weltschmerz*.

Ena Stratton era una mujer de unos veintisiete años, no era muy alta, tenía una figura agradable, de características atléticas y un cabello muy oscuro, casi negro, que llevaba peinado con un flequillo que prácticamente le cubría toda la ancha frente. Sus pies y manos eran más bien grandes. Su rostro no era exactamente feo ni exactamente bonito, si bien ofrecía una expresión angustiada, pensó Roger, dados aquellos grandes ojos grises cuyas promesas quedaban

contrarrestadas por una boca ancha, de labios finos y crueles. Era curioso que, cuando sonreía, las comisuras de los labios, en lugar de ascender, se proyectasen hacia abajo. Tenía innumerables arruguillas junto al rabillo de los ojos y dos pliegues profundamente marcados debajo de la nariz. Su piel era cetrina.

Roger pensó que se trataba de una persona de apariencia nada simpática y se preguntó por qué David se habría casado con ella, si bien consideró que era muy probable que cuando lo hizo tuviese un aire más simpático. La gente neurótica imprime marcas muy tempranas en su rostro.

—¿Quiere bailar? —dijo Roger.

—Prefiero una copa. Hace por lo menos media hora que no tomo nada.

Hablaba con lentitud y su voz no era desagradable, sino más bien profunda y con una articulación particularmente clara. Quería dar a entender con aquella frase que, para una mujer dotada de las complejidades que ella poseía, era una ridiculez haber pasado media hora sin tomar una copa.

Roger la acompañó al bar y le preguntó qué quería tomar.

—Un *whisky*, por favor. Y nada de agua.

Roger le sirvió un *whisky* con soda muy cargado.

—Me parece que falta *whisky*. Me gusta casi solo, ¿comprende?

«¡Condenada mujer! —pensó Roger—, ¿por qué se imaginará que lo inteligente es que a uno le guste el *whisky* solo y, encima, que el trago sea largo?».

Pero le pasó la bebida rectificada.

—Gracias, así está mejor. Esta noche me gustaría emborracharme.

—¿De veras? —dijo Roger con gran escepticismo.

—Sí, no suele ocurrirme normalmente, pero esta noche es así. De veras que a veces emborracharme parece lo único que vale la pena en la vida. ¿No le ha ocurrido nunca?

—Sólo en privado —dijo Roger, más bien pudibundo.

Roger advertía que la mujer estaba repitiendo una serie de observaciones que él ya había escuchado con anterioridad, casi palabra por palabra. Era evidente que la señora Stratton se sentía extremadamente orgullosa de su intemperancia.

—¡Ah! —objetó ella—, pero emborracharme en privado no tiene

ninguna gracia.

«Dicho en otras palabras —pensó Roger—, admite que es una exhibicionista».

Sí, probablemente era exactamente esto: una exhibicionista. Y más bien vulgar.

En voz alta, manifestó:

—A propósito, señora Stratton, tengo que felicitarla por su disfraz. Es extremadamente acertado: exactamente igual que la señora Pearcey del museo de Madame Tussaud. La he reconocido al momento. Ha sido muy valiente presentándose como una criada, con gorro incluido, en un certamen como éste.

—¿Un certamen? ¡Ah, bueno! Usted está refiriéndose a Celia y a la señora Lefroy. Lo que pasa es que no soy una actriz de carácter. Los papeles en los que hay que ponerse propiamente un disfraz no me interesan en absoluto. Cualquiera está en condiciones de disfrazarse, ¿no le parece?

—¿Usted cree?

—Yo lo creo así. He de decir, de todos modos, que uno de mis mejores papeles fue un disfraz. ¿Ha visto *Sweet Nell of Old Drury*? ¿No? Era un papel maravilloso, pese a tratarse de un verdadero carácter, es decir, que no era cosa simplemente de ponerse un vestido y ya está.

—No sabía que usted hubiera sido actriz.

—Pues sí... —dijo la señora Stratton con un suspiro muy teatral—. Durante un tiempo fui actriz.

—Antes de casarse, imagino.

—No, después. Pero había estudiado arte dramático antes. El matrimonio —dijo la señora Stratton con aire de profunda gravedad— no me llenó de la manera que yo esperaba.

—¿Y el teatro, sí?

—Durante un tiempo, sí. Pero aquello tampoco llegó a colmarme, pese a que al fin conseguí la satisfacción que buscaba. ¿Se le ocurre qué fue lo que me colmó? Supongo que no me fallará, señor Sheringham.

—Pues no se me ocurre.

—Yo me estaba figurando que era un buen entendedor. Las mujeres de sus novelas son siempre auténticas... Pues, un hijo. Es la única cosa que puede colmar realmente a una persona, señor

Sheringham —dijo la señora Stratton con gran intensidad.

—Entonces debo decir que lo que a mí me gusta es mantenerme insatisfecho —dijo Roger, no sin cierta procacidad.

La señora Stratton sonrió llena de tolerancia.

—Estaba refiriéndome a una mujer, por supuesto. Los hombres tienen ocasión de satisfacerse de mil maneras, ¿no cree?

—Naturalmente que sí —admitió Roger.

Roger empezaba a preguntarse qué significaba realmente para una persona como la señora Stratton aquélla palabra tan ambigua como satisfacción suponiendo que significase alguna cosa. De todos modos, de momento todavía no había notado la urgencia de verse satisfecho a través de alguna de las mil maneras posibles de conseguirlo.

—La literatura, por ejemplo —añadió la señora Stratton, como pretendiendo echarle una mano.

—Sí, sí, claro. La literatura me colma. ¿Quiere que vaya a llenarle nuevamente el vaso?

—Si no accediera, sería perder una oportunidad, ¿no cree? —dijo la señora Stratton con acusada coquetería.

Mientras Roger le servía un generoso trago, pensó en la decisión con que la señora Stratton había introducido en la conversación lo que ella consideraba los dos acontecimientos más importantes de su vida: que había hecho teatro y que había tenido un hijo. Era evidente también que, en opinión de Ena Stratton, aquellos dos acontecimientos reflejaban el mayor motivo de orgullo para Ena Stratton.

Pero lo que pensaba Roger, en realidad, con respecto al mayor motivo de orgullo que podía tener Ena Stratton era la cantidad de *whisky* que evidentemente había absorbido durante aquella velada sin dar muestras de aproximarse ni siquiera un ápice a lo que era para ella lo único que valía, la pena en la vida.

—Gracias —dijo Ena, mientras él le daba el vaso nuevamente lleno—. Subamos a la azotea ¿quiere? Toda esta gente me ahoga. Tengo ganas de contemplar las estrellas. ¿Piensa que es una temeridad?

—Me encantaría contemplar las estrellas —dijo Roger.

Con los vasos en la mano, subieron por la escalerilla que conducía a la azotea. En medio de ella todavía se bamboleaban las

tres figuras, rellenas de paja, pendientes de la sólida horca. La señora Stratton les dirigió una tolerante sonrisa.

—En serio que Ronald a veces es de lo más infantil, ¿no cree, señor Sheringham?

—Ser infantil es a veces una gran cosa —sentenció Roger.

—Sí, ya sé. Yo también, cuando me da por ahí, puedo ser absurdamente infantil.

El borde del tejado estaba rodeado por una robusta barandilla. Apoyaron los codos en ella y clavaron la mirada en la negrura que cubría la parte trasera de la casa, donde estaba la cocina. A lo que parecía, la señora Stratton había olvidado que tenía intención de mirar para arriba, es decir, de contemplar las estrellas.

La noche de abril era tranquila y hermosa.

—¡Ah, amigo! —suspiró la señora Stratton—. Supongo que no soy más que una imbécil.

Roger caviló un momento para decidirse entre un educado «¡Oh, no!», un contundente «¿Por qué?» o un no muy acertado, pero alentador, «¿Ah, sí?».

—¡Me siento tan terriblemente introspectiva esta noche! —prosiguió su compañera, antes de darle tiempo a optar por una de aquellas respuestas.

—¿En serio? —dijo él débilmente.

—Sí. ¿Y usted? ¿Suele sentirse introspectivo, señor Sheringham?

—Generalmente, no. Por lo menos, procuro no fomentar esa tendencia.

—¡Es terrible! —exclamó la señora Stratton con sombría fruición.

—Debe de serlo.

Hubo una pausa, dedicada a lo que de terrible tenía la introspección practicada por la señora Stratton.

—Una no puede por menos de preguntarse, ¿sirve de algo vivir?

—¡Terrible pregunta! —dijo Roger, aguantando mecha lo mejor que sabía.

—He tenido un hijo, supongo que puedo afirmar que he tenido cierto éxito en el teatro, tengo marido y tengo una casa. Aun así, ¿vale la pena vivir?

—¡Ah! —dijo Roger tristemente.

La señora Stratton se le acercó un poco más, lo que hizo que sus

codos establecieran contacto.

—A veces pienso —dijo con aire tétrico— que lo mejor que uno podría hacer sería acabar de una vez.

Roger no quiso replicarle que era muy posible que, si uno se empeñaba, encontrase un gran número de personas que comulgaban con esa misma idea, y lo único que hizo fue observar, con voz queda, como correspondía a las circunstancias:

—¡Anímese, mujer!

—Lo hago, de veras. Pero si hubiese un medio para desaparecer fácilmente...

—¡Ah! —exclamó Roger, repitiéndose.

—¿Usted lo juzgaría una cobardía?

—¡Vamos, vamos, señora Stratton! Usted sabe perfectamente que no debe decir esas cosas. Estoy convencido de que no es sincera.

—Lo soy, se lo aseguro, señor Sheringham. A veces me quedo horas despierta pensando si la solución más práctica sería abrir la espita del gas.

—¿La solución a qué?

—¡A la vida! —exclamó la señora Stratton en tono dramático.

—Bueno, no cabe duda de que es una solución. No se puede negar.

—No le importa que le hable de estas cosas, ¿verdad?

—En absoluto. Al contrario, honor que me hace.

La señora Stratton se le acercó unos centímetros.

—Toda la noche que estoy tratando de que nos presenten. Creía que no iban a terminar nunca todos esos estúpidos esparcimientos. Sabía que al fin conseguiría hablar con usted. Hoy me siento tan introspectiva... Es un alivio poder sacarlo todo.

—Debe de serlo —dijo Roger sinceramente.

—¿Usted cree en el alma? —preguntó la señora Stratton.

«¡Vaya, ya se ha disparado!», pensó Roger.

—El alma... —repitió en tono reflexivo, como si estuviera sopesando el valor que tenía como objeto susceptible de credibilidad.

—Yo creo en ella, por lo menos en relación con ciertas personas, aunque no creo que todos tengamos alma —dijo ella con una voz que la emoción hacía temblorosa.

A medida que avanzaba el discurso de la señora, Roger tuvo ocasión de percatarse de que, pese a que persistía en hablar de almas, lo que indudablemente le preocupaba eran los cuerpos. Presionaba con fuerza contra él, había posado la mano en su manga y toda su actitud no era más que una invitación al vals.

Roger pensó que aquello era muy extraño y se apartó de ella.

Inmediatamente, la señora Stratton volvió a buscarlo.

Roger, normalmente, no tenía necesidad de que le persiguieran. Si una mujer le gustaba y ésta no se hacía de rogar, no veía razón para perder un tiempo que se podía emplear en otra cosa mejor, pero resultaba que la señora Stratton no le gustaba. Es más, francamente le repelía. A Roger no se le ocurría imaginar en aquel momento otra mujer en el mundo con quien tuviera menos deseos de flirtear.

Dadas las circunstancias, decidió poner fin a la entrevista. No estaba en vena de seguir escuchando más cosas sobre el alma de la señora Stratton, de la presencia de la misma o de su ausencia, de los singulares poderes de introspección de la mencionada señora ni de otras consideraciones con respecto a su tendencia a la inmolación de su propia persona. Por otra parte, en cuanto a esto último, estaba seguro de que no podría dar nunca una buena noticia como aquélla a los que habrían acogido con agrado la posible inmolación de la señora Stratton. Es un hecho comprobado que aquellos que hablan de suicidio se abstienen de suicidarse y que sólo lo hacen los que no hablan nunca de sus intenciones de dar aquel paso. No era probable que la señora Stratton gratificase nunca a la familia de su marido con la buena noticia de haber abierto la espita del gas. En cuanto a lo demás, aquella dama lo estaba aburriendo hasta límites intolerables. Aquella persona no había resultado tan interesante como él esperaba y Roger había acabado por descubrir que no era otra cosa que una ridícula y ciega personificación de la vanidad, es decir, una ególatra, tal como había afirmado el doctor Chalmers. No serviría de nada dedicarle más tiempo, puesto que incluso como tipo humano era tan exagerada que ni siquiera era de utilidad para un escritor, que debía presentar siempre un abanico de probabilidades.

Roger esperó a que terminase una frase y, de pronto, a bocajarro, le preguntó si lo que se oía era música.

La señora Stratton, rutinariamente, estuvo de acuerdo en que lo que se oía podía ser música.

—Tenemos que bajar —dijo Roger mientras se avanzaba a ella.

Al entrar en el salón, se desembarazó fácilmente de ella y se dirigió al bar. Necesitaba urgentemente tomar algo.

Allí encontró a Williamson y a Colin Nicolson enfrascados en una amigable conversación, éste con una chorrera de papel metida en el chaleco de su traje de calle y asegurando que iba disfrazado de William Palmer. Roger conocía bastante bien a Nicolson, un fornido escocés que tenía más de jugador de rugby que de ayudante de editor y mucho más de pescador aficionado que de otra cosa.

—¡Hola, Sheringham! ¿Has estado tomando el fresco?

—¡Hola, Colin! ¿Es cerveza lo que estás tomando? ¿Me alcanzas una jarra?

—Encantado. La cerveza se lo vale. De lo mejorcito. ¿Conoces a Williamson? ¿Habías visto en la vida una cosa más magnífica que su disfraz? Es Crippen redivivo. Palabra que lo es.

Williamson concedió a Roger una sonrisa furtiva y ligeramente culpable.

—Ha estado un buen rato en la azotea, ¿verdad, Sheringham?

—Sí, a mí me ha parecido larguísimo —dijo Roger, con toda franqueza.

—¿Le ha dicho, quizá, que esta noche se sentía terriblemente introspectiva?

—Sí, en efecto.

—¿Le ha dicho que el matrimonio no la había colmado o no sé qué cosa por el estilo?

—Exacto.

—¿Le ha dicho que a veces pensaba que lo mejor que se podía hacer era poner fin a todo, en caso de encontrar una manera fácil de salir de este mundo?

—Sí, así ha sido.

—¿Le ha hablado de su alma infernal?

—¡Y tanto que sí!

—Está loca —dijo el señor Williamson con la más absoluta naturalidad.

—Sí, realmente lo está —dijo Roger.

—¿De qué va la cosa? —preguntó Nicolson, desconcertado—.

¿Quién ha hablado de su alma infernal?

—No digo nombres —dijo solemnemente el señor Williamson—, lo único que digo es que el próximo vas a ser tú.

—Pero dime, por lo menos, de qué estáis hablando, hombre. Oye, Ronald, pregunta a ese par de qué demonios están hablando, ¿quieres?

Ronald Stratton estaba acercándose a ellos luciendo una gran sonrisa en el rostro.

—Oye, Sheringham —dijo con aire feliz—. ¿Qué le has hecho a mi pobre cuñada? De veras que me sorprende en una persona como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que acaba de decirme que la has atraído con engaños a la azotea y que, una vez la has tenido allí, has tratado de seducirla. Así de claro. Supongo que ella ha hecho todo lo que ha podido para mantenerte a distancia. Me ha dicho, en confianza, que eres la persona más desagradable con la que se ha tropezado en su vida.

—¡Demonio de mujer! —exclamó Roger, realmente indignado.

III

ALGUIEN TIENE QUE SER ASESINADO

1

—RONALD, baila una danza apache conmigo. ¡Ronald, por favor, baila una danza apache conmigo! David, Ronald no quiere bailar una danza apache conmigo.

—¿Que no quiere? Bueno, pues déjalo.

—Pero es que no quiero dejarlo. Yo quiero bailar una danza apache. Oye Ronald, eres un cerdo.

Todo el mundo hacía como que no veía a Ena Stratton, de pie en medio del salón.

Era cerca de la una. Hacía casi una hora que todo el contingente local, a excepción de los dos médicos y de sus respectivas esposas, se había marchado. La fiesta estaba animándose.

—Está bien, si no quieres bailar una danza apache conmigo, Ronald, me subiré a una viga. ¡David, ayúdame!

El salón de baile era atravesado de parte a parte por una gran viga de roble, situada a unos dos metros de altura desde el suelo, que formaba parte de la estructura de madera del tejado. Era costumbre de Ronald, cuando le daba por ahí, dar un salto y colgarse de la viga, dejando balancear el cuerpo e incitando a los demás a que lo imitaran. Esta vez se le había anticipado su cuñada.

—¿Está preparada para aplaudir a la atleta introvertida? —preguntó Roger secamente a Margot Stratton.

—No, no lo estoy. Lo único que quiere Ena es exhibirse, como

siempre. No le haga ningún caso, señor Sheringham.

Mike Armstrong no dijo una palabra.

—Esto de no hacerle ningún caso parece una conspiración.

—No entiendo cómo Ronald la ha invitado. Yo, en su lugar no lo habría hecho. Que yo recuerde, no hay fiesta en la que no haga su pequeña exhibición. Supongo que Ronald quería invitar a David y que éste no podía venir sin ir acompañado de su mujer. ¡Pobre David!

—Tiene muchísima paciencia con ella.

—Excesiva. Ahí está lo malo. Philip Chalmers asegura que lo que a Ena le convendría es estar casada con un hombre de verdad, que de vez en cuando le zurrara la badana. Sería la única manera de hacerla entrar en vereda. David es demasiado civilizado para ella.

Mike Armstrong no dijo nada.

—No necesito preguntarle si la persona de la que estamos hablando es de su gusto —dijo Roger con una sonrisa.

Por el rabillo del ojo veía al personaje en cuestión, pegando torpes saltos y tratando de colgarse de la viga. Todas las personas congregadas en el salón estaban agrupadas en pequeños corros procurando no mirarla. El único que permanecía a la espera acechando cerca de ella, era su sufrido esposo, por si tenía que recogerla al caer.

Margot Stratton rompió a reír.

—No la aguanto. Menos mal que no nos hablamos y esto me ahorra incomodidades.

Mike Armstrong no dijo nada.

—Debió de ser delicado para usted no aceptar a su cuñada en su casa.

—No era mi cuñada, sino la cuñada de Ronald. Y por otra parte no veo por qué tenía que ser delicado. En cualquier caso, ella se lo buscó. Cuando yo la trataba lo mejor que se puede tratar a una persona, me hizo una mala pasada, y éstas son cosas que no se perdonan.

Mike Armstrong rompió el silencio.

—¿En que consistió la mala pasada? —preguntó bruscamente.

—¡Oh, Mike, no quiero contar cosas desagradables! —dijo Margot.

Aunque hablaba en tono ligero, Roger estaba convencido de que

era perfectamente sincera.

Mike Armstrong dirigió una mirada torva a la criatura saltarina que se había atrevido a jugar una mala pasada a su amada.

Con un espasmo final, la mencionada criatura consiguió colgarse de la viga.

—¡Hola a todos! —gritó desde arriba.

Desde el otro extremo del salón, sólo Ronald se volvió para decirle:

—¡Muy hábil, Ena! —declaró con voz indiferente—. ¡Vamos a ver si ahora consigues bajar!

Alguien puso un disco en el gramófono y la gente volvió a bailar. Mientras Margot Stratton y Mike Armstrong se disponían a hacerlo, Roger atravesó a grandes zancadas el salón para reunirse con Colin Nicolson que, al igual que él, no era especialmente aficionado al baile.

—¿Qué, Colin, vas a aceptar el reto de la interfecta y te vas a colgar de la viga?

Nicolson emitió un sonido de contrariedad.

—Es lamentable ver a una mujer haciendo payasadas. Y bien, Sheringham, ¿qué tal la criminología?

—¡Ah! —exclamó Roger, después de lo cual los dos se zambulleron, felices, en una discusión acerca del asesinato del momento.

Entre sus demás aficiones, Nicolson contaba la de un profundo interés por la criminología, acompañado de un minucioso conocimiento de todos los asesinatos importantes que se habían realizado en los últimos cien años. Era frecuente que Roger acudiese a él para conseguir detalles de crímenes casi olvidados, información de gran ayuda en su trabajo.

Pese a todo, su interesante conversación no tardó en verse interrumpida por nuevas inconveniencias de la señora Stratton.

—Ronald, insisto en que bailes una danza apache conmigo. Es urgente. ¡Baila una danza apache conmigo, Ronald!

—Yo no soy tu marido, Ena. Pídeselo a David.

—Oh, David no podría bailar una danza apache aunque le fuera la vida en ello. Venga, Ronald. Como no bailes conmigo, me va a dar un ataque de locura.

Roger y Nicolson intercambiaron miradas.

—Una mujer de lo más exasperante —dijo Nicolson con voz suave—. ¿Qué le pasa?

—Exhibicionismo —explicó Roger—. El baile normal no le brinda ocasión de exhibirse. Necesita ser el centro de todas las miradas constantemente. Ya habrás observado que no se dirige a su marido.

—¿Por qué?

—Pues porque es demasiado blando para ella. Sabe que no la secunda. Ronald, en cambio, podría estar a su altura. Ronald no tiene ganas de seguirle el juego y esto a ella ya le basta.

—No tengo paciencia con ese tipo de gente. ¡Venga, Ronald! ¿La sacas a bailar o no?

Pero la profecía de Roger se cumplió. Parecía que Ronald sabía qué quería exactamente aquella mujer de él y se dispuso a dárselo.

—De acuerdo, Ena. Voy a bailar una danza apache contigo.

Inmediatamente cogió a su cuñada de la mano, la hizo girar con toda su fuerza y la soltó. La joven fue a dar de lleno en el suelo, donde quedó a gatas, pero se levantó en seguida buscando más pelea. Ronald estuvo lanzándola otros tres minutos entre los demás bailarines, que se negaban a dejar la pista a merced de la pareja. A Roger y a Nicolson, que estaban contemplando la escena, les hubiera podido parecer que Ena Stratton sufría con el trato que Ronald le dispensaba, pero por el grito de protesta que soltó cuando éste se negó a seguirla maltratando, les resultó evidente que aquel esparcimiento tan singular la divertía al máximo.

—Y pensar que es la madre de un retoño encantador... —dijo Nicolson, lleno de asco.

Roger, la única persona de la habitación que se había dedicado a contemplar aquella escena con auténtico interés, asintió gentilmente a sus palabras.

—Es muy curioso, desde luego, y además muy significativo.

—¿Significativo, de qué?

—De todo cuanto le ha ocurrido a esta mujer hasta ahora..., y de todo cuanto pueda ocurrirle en el futuro.

—¡Bueno, bueno!... —dijo el doctor Chalmers—, supongo que ya va siendo hora de que nos vayamos a casa.

—Tú siempre quieres irte a casa cuando empiezo a pasármelo bien —dijo su mujer con amargura.

—Mañana tengo que trabajar todo el día, querida mía, y es casi la una y media.

—Todavía falta —dijo la señora Chalmers con aire implorante—. Frank y Jean se quedan ¿verdad, Frank?

—¿Quieres quedarte un ratito más, encanto? —preguntó el doctor Mitchell a su esposa.

—Sí, me gustaría, lo estoy pasando muy bien.

—¿Seguro que no estás cansada? —preguntó el doctor Mitchell con ansiedad.

—En absoluto.

—Bien, entonces nosotros nos quedaremos un ratito más, Lucy.

—Perfectamente, Philip. Frank y Jean no se marchan todavía y eso que él también tiene que trabajar mañana. Nosotros también podríamos quedarnos. Es cosa sabida que las fiestas de Ronald no terminan hasta las cuatro de la madrugada.

—Pues yo lo siento mucho, tesoro —dijo el doctor Chalmers con toda sinceridad—. Es posible que Frank pueda quedarse hasta tarde, yo no. Ve a buscar el abrigo y nos vamos. ¡Anda como una buena chica!

Roger se apartó, maravillado, del grupo. No sabía demasiado acerca del matrimonio, pero sí que aquella autoridad era moneda muy rara entre los maridos. Ena Stratton hubiera tenido que estar casado con el doctor Chalmers. Seguro que éste la habría hecho formar.

Ronald subió corriendo las escaleras.

—Phil, te llaman al teléfono.

—¡Magnífico! —exclamó la señora Chalmers, con una cierta animosidad, deteniendo sus pasos cuando ya se disponía a bajar las escaleras—. Ojalá que sea una visita y que tengas que estar horas fuera.

—¡Mira que eres...! —se echó a reír el doctor Chalmers, imperturbable, bajando las escaleras.

Resultó que, efectivamente, lo reclamaban.

—Estaré fuera aproximadamente una hora —dijo el doctor

Chalmers.

—¡Estupendo! —dijo la señora Chalmers.

La fiesta continuó.

A un extremo del salón había un grupo de personas enzarzadas en amigable conversación: la señora Lefroy, Ronald y David Stratton, Roger y Nicolson. Se les acercó Ena Stratton.

—David, me estoy aburriendo. Vayamos a casa.

David Stratton vivía en una pequeña casa, situada apenas a quinientos metros de distancia de la casa de Ronald.

—¡No digas tonterías, Ena, por favor! Tú no quieres ir a casa —dijo Ronald—. Vas a estropear la fiesta.

—No lo puedo remediar. Me aburro.

—Siéntate, vida mía, y no seas descortés con tu cuñado —dijo David.

—No pienso sentarme. Además, mi cuñado no ha sido cortés conmigo: no ha querido bailar una danza apache conmigo hasta que yo le he obligado. ¡Venga, David, nos vamos!

—Pues yo todavía no quiero marcharme.

—Yo sí. Entonces, dame la llave, si es que no te vienes conmigo. Ya te he dicho que me estoy aburriendo soberanamente.

Roger pensaba si habría alguien molesto como él al escuchar aquel diálogo. Sorprendió la mirada de la señora Lefroy y se sonrieron subrepticamente y con un poco de remordimiento.

David no sabía reconocer las oportunidades ni siquiera cuando se las servían en bandeja: en lugar de darle, de mil amores, la llave que le pedía, siguió insistiendo y tratando de convencer a su mujer de que se quedase.

—¡Venga, no seas tonto, David! —dijo Ronald—. Si de veras quiere marcharse, dale la llave y en paz.

—Sí, quiero marcharme.

—Pues bien, si es eso lo que quieres, aquí tienes la llave.

Ena cogió la llave y empezó a balancearla en la palma de la mano.

—Pensándolo mejor, me parece que no me voy. Podríamos hacer algo divertido.

—¡Ena! —exclamó Ronald.

—¿Qué?

—Buenas noches.

—Pero si no me voy...

—Sí, tú te vas. Querías irte y te irás. Además, te estás aburriendo soberanamente.

—Porque estoy cansada de bailar, pero no me aburriría si hiciéramos algo más divertido.

—Mira, no vamos a hacer nada divertido, así que vete. No puedo soportar ver a invitados aburridos en mi casa. Buenas noches.

Ena se desplomó pesadamente en una silla vacía y se echó a reír, triunfante.

—Ya ha conseguido llamar la atención. Ya vuelve a ser feliz —confió Roger a la señora Lefroy.

Pero Ronald también se sentía feliz ante la perspectiva de desembarazarse de Ena.

—Buenas noches, Ena —repitió.

—No, si no me voy. He cambiado de parecer. Es privilegio de las mujeres cambiar de parecer, ya lo sabes.

—Me importa un comino, pero tú has dicho que te ibas, y te irás. —Ronald hizo como que se escupía en las manos y dijo—: Venga, David, tú por la cabeza y yo por los pies.

—Ronald está haciéndose el hombre —dijo Roger a la señora Lefroy—. ¡Mucho cuidado!

—Están bromeando.

—No del todo. Ronald hace ver que bromea, pero la verdad es que está hasta la coronilla. Y no me extraña, la verdad. ¿Qué se juega a que se libra de ella?

—Apuesto cien contra uno —dijo la señora Lefroy, aunque con escaso convencimiento.

Con grandes risas, el trío inició un forcejeo. Ronald agarró a su cuñada por los talones, mientras que David la cogía por los hombros. Aparentemente todo se hacía en broma y la propia Ena se lo tomaba como tal, pese a que hacía como que luchaba y se resistía.

Los dos hombres la transportaron a través de la sala mientras ella se retorció y pataleaba, riéndose a carcajadas.

De pronto, ya en la puerta, en Ena se operó un cambio. Dirigió un puntapié realmente malintencionado a Ronald, golpeó con los puños el rostro de David y, enderezándose, se puso a gritar:

—¡Dejadme ya, cerdos! ¡Malditos seáis, dejadme en paz!

Entonces dejaron que se fuera, soltándola de un golpe sordo sobre el suelo de *parquet*.

Ena se puso torpemente de pie, salió rápidamente de la habitación y, al salir de la casa, dio un golpe con la puerta que la hizo temblar.

—Bien, bien, bien... —dijo Roger a la señora Lefroy.

3

David Stratton se quedó mirando, indeciso, la puerta cerrada.

—¡Bah, déjala! —dijo Ronald.

David se encogió de hombros y se dirigió al grupo de personas con las que estaba sentado momentos antes.

—Perdón a todo el mundo —dijo escuetamente con un ligero rubor en su rostro normalmente pálido.

Todos empezaron a colmarle de atenciones, lo que tuvo como resultado que se creara un ambiente artificial y embarazoso para todos los presentes. Roger adoptó una actitud popular al ponerse de pie y hacer la observación de que tenía ganas de tomar algo y de que pensaba tomarlo, actitud con la que arrastró a David Stratton hacia el bar, donde aquél se sirvió un *whisky* con soda muy cargado y se puso a hablar con él de las hazañas del equipo de *cricket* M. C. C. en Australia durante la última temporada, tema que, para sorpresa suya, despertó un apasionado interés en su interlocutor.

Entretanto la fiesta, aliviada de la agobiante presencia de Ena Stratton, continuó con renovado vigor: se reanudó el baile y, los que así lo preferían formaron pequeños grupos y se pusieron a discutir, con aquella ferocidad académica que es tan propia de las dos de la madrugada, las cuestiones que más les interesaban. En el salón de baile reinaba la armonía.

A las dos y cuarto David Stratton se reunió con su hermano y con Roger, que estaban juntos en el bar, y anunció que pensaba que iba a marcharse.

—No te vayas todavía, David. Si los demás ven que te vas, se figurarán que también deben marcharse.

—Es que me parece que debo irme.

—Si estás pensando en Ena, mejor que la dejes sola un rato más.

Como no te la encuentres dormida, va a descargarse contigo, como hace siempre.

—Pese a todo —dijo David, con una sonrisa que no disimulaba su preocupación—, creo que debo marcharme, si no te importa.

—Está bien, si así lo prefieres. Entonces, ¡buena suerte!

—Gracias. Seguro que la voy a necesitar. Buenas noches, Sheringham.

—Me temo que al pobre muchacho le espera un cuarto de hora de lo más desagradable.

—Pero si no ha hecho nada...

—Eso no importa. David es siempre el chivo expiatorio cuando la maniática de su mujer considera que no ha recibido los parabienes que merece. ¡Menos mal que tengo la suerte de ser soltero!

—Pero por poco tiempo.

—Sí, muy poco —dijo Ronald, con una carcajada.

—Me da la impresión de que, cuando uno se ha casado una vez, repite —dijo Roger compasivamente—. Tú y tu hermano pertenecéis a la cofradía de los casados, ¿no es verdad?

—Sí, supongo que sí —dijo Ronald, al tiempo que tomaba un sorbo del *whisky* con soda que estaba bebiendo—. De todos modos, compadezco a David. El primer matrimonio no debería ser nunca un compromiso formal.

Roger, que ya había escuchado un punto de vista parecido aquella noche, sabía qué línea había que adoptar.

—Pero las cosas evolucionan —dijo Roger con tacto.

—Sí, por supuesto. Sin embargo, dejando aparte este aspecto, en esa fase uno todavía no se ha formado un conocimiento del otro sexo. Un hombre experimentado habría detectado a Ena durante la etapa del noviazgo y todavía habría estado a tiempo de salvar su alma. Pero David era un hombre inexperto y ahora tiene que...

—¿Qué significa eso de detectar a Ena?

—Quiero decir que habría tenido ocasión de buscar exactamente la muchacha que le convenía. Sí, David ha tenido muy mala suerte.

—¿No hay posibilidades de un divorcio amistoso?

—Ni la más mínima. Es indudable que Ena no lo aceptaría. Tiene el pájaro encerrado en la jaula y no será ella quien le abra la puerta, razón por la cual David no ha abordado la cuestión. Y la

cosa todavía sería más imposible si Ena se enterara de que David está enamorado de otra. No sé por qué te cuento todas estas cosas, Sheringham.

—Deberías beber cerveza en lugar de *whisky* —sugirió Roger.

—Tal vez tengas razón. De todos modos, te ruego que me disculpes por haberte cargado con la historia de mi familia. Es un tema que no te interesa en absoluto.

—Al contrario, me interesan todas las relaciones humanas y especialmente los líos de familia. Pero lo siento mucho por tu hermano. ¿No se podría hacer nada por él?

—Nada como no sea asesinarla —dijo Ronald, tétrico.

—Este tipo de soluciones —dijo Roger— siempre me han parecido un poco drásticas. Bueno, por lo menos tú has tenido más suerte.

—Muchas gracias —dijo Ronald, radiante—. Sí, santo cielo, yo he tenido una suerte loca, Sheringham. Agatha es verdaderamente...

La conversación amenazaba con adquirir tintes sentimentales. Decididamente, había que hacer que Ronald se pasara a la cerveza.

—Sí, tienes una razón —dijo Roger apresuradamente—. Perdona, pero ¿no te parece que deberíamos ir al salón de baile?

IV

ALGUIEN ES ASESINADO

1

EL DOCTOR Philip Chalmers metió el coche en el garaje, en otro tiempo el establo de la casa. Al volver, casi le había hervido el agua del radiador, así que ahora se disponía a llenarlo para no tener que hacer esperar a Lucy cuando emprendieran el camino de regreso. Para llegar al garaje tenía que pasar el gran semicírculo de grava que había delante de la casa, no atravesarlo, y, gracias a la luz de la luna, pudo ver que todavía quedaban tres coches, lo que quería decir evidentemente que la fiesta todavía continuaba. Sin pararse a reflexionar, el doctor Chalmers sabía que uno de los coches era el de los Mitchell, otro el de David Stratton y el tercero el que había traído a Margot Stratton y a Mike Armstrong desde Londres, lugar al que debían volver a trasladarse aquella noche. Así pues, la fiesta continuaba exactamente como la había dejado hacía tres cuartos de hora.

Al doctor Chalmers aquello no le disgustaba mucho, porque quería decir que le tocaba interrumpirla. Por otra parte, Lucy estaría contrariada porque la visita no había durado todo lo que ella esperaba que debía durar: se había pasado tres cuartos de hora, en lugar de una hora como le había prometido. Pero la cosa no tenía remedio. Además, el doctor Chalmers estaba cansado y tenía intención de irse a la cama tan pronto como le fuera posible, terminada la fiesta o no terminada, con Lucy o sin Lucy. Ya no

estaba para quedarse hasta las tantas. El doctor Chalmers envidiaba un poco a Ronald porque, pese a ser tres años más viejo que él, estaba más fresco que una rosa aun siendo tan tarde.

Mientras estaba llenando el radiador, oyó que uno de los coches se ponía en marcha y al momento observó las luces traseras del mismo que desaparecían por el camino que lo había conducido a la casa. Bueno, aquello le sacaba un peso de encima: por lo menos él y Lucy no serían los primeros en marcharse. Cuando, un minuto más tarde, de camino hacia la puerta de entrada pasó por delante de los dos coches que quedaban, el doctor Chalmers sintió la curiosidad de ver quién se había marchado. Vio que el coche que había salido era el de David. ¡Pobre David! El doctor Chalmers exhaló un suspiro. Aquella maldita Ena había vuelto a estropear la fiesta. Por enésima vez, el doctor Chalmers pensó que le habría gustado poder extender un certificado declarando que estaba loca, para que la encerraran en un manicomio. Pero esto, desde luego, era imposible.

Como el pasador de la puerta principal estaba levantado, el doctor Chalmers se introdujo en la casa sin llamar.

Mientras subía las escaleras, oyó la radiogramófono del salón de baile, lo que quería decir que todavía estaban bailando. Al girar el último recodo de las escaleras, el doctor Chalmers vio la espalda de un hombre que desaparecía a través de la puerta del salón de baile, que a él le pareció Ronald. Lo saludó en voz alta, pero por lo visto el hombre al que pertenecía aquella espalda no lo oyó, porque cerró la puerta tras él. Así que la cabeza del doctor Chalmers llegó al nivel del suelo de la habitación donde estaba el bar, echó un vistazo al interior y vio que estaba vacía. Después del trayecto a través del frío de la noche, le apetecía tomar una copa: la última. Dio uno o dos pasos por la habitación y de pronto recordó que seguía sin su pipa, que tanto había encontrado a faltar durante el viaje de regreso. Se moría por fumar. La copa podía esperar. Pensó que tal vez se había dejado la pipa en el solárium, donde había estado sentado con Margot.

El doctor Chalmers subió a la azotea. Cualquier ruido que hubieran podido hacer sus pasos al pasar por la alfombra del rellano quedó ahogado por la música del gramófono, pero el doctor Chalmers no prestó atención a este detalle.

Era evidente que no había nadie en el solárium, puesto que las

luces estaban apagadas. El doctor Chalmers las encendió y dio una ojeada alrededor por si veía la pipa. Pero en lugar de la pipa vio a Ena Stratton, tumbada en un sillón de mimbre, que lo miraba con el ceño fruncido.

—¡Hola, Ena! —dijo con la entonación agradable y simpática con la que saludaba a todo el mundo, tanto si era una persona de su gusto, como si era alguien a quien detestaba.

Dicho sea de paso, aunque al doctor Chalmers había una o dos personas que no le gustaban del todo, de hecho, sólo detestaba a dos: a Ena Stratton y a una tía de su mujer. Era un hombre tolerante.

—¡Hola, Phil! —le respondió Ena, muy directa.

El doctor Chalmers se dio un tirón al brazo que tenía inválido para poder introducir la mano en el bolsillo de su chaqueta de etiqueta y dedicó a Ena una sonrisa cordial. Cuanto menos le gustaba una persona, más se esforzaba en sonreírle con cordialidad.

—Creía que tú y David ya os habíais ido a casa. ¿No era el coche de David el que acababa de salir?

—¿El coche de David? No creo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó el doctor Chalmers, sonriendo más cordialmente que nunca.

—Pues que David y Ronald me han sacado del salón de baile así que tú te has marchado. No sé si a esto se le puede llamar «algo» —dijo Ena con voz de mártir.

—¿Que te han sacado? ¡Vamos, Ena, no es posible! Seguro que no es como lo cuentas.

El exiguo pecho de Ena se hinchó con un suspiro.

—Ha sido exactamente así. Ahora te toca el turno a ti, Phil: anda, llámame embustera.

—Mi querida amiga, no tengo la intención de llamarte embustera. Pero me cuesta creer que no estás exagerando un poco cuando dices que Ronald y David te han echado del salón de baile.

—Entonces pregunta a los que estaban allí y que lo han visto todo. Me han echado, así de sencillo. Me han cogido por la cabeza y por los talones y me han llevado a través de la sala. ¡Por Dios te lo digo, Phil, que ya he soportado bastante y que no aguantaré mucho más!

—Pero si es verdad que te han llevado así por toda la

habitación, quiere decir que lo hacían en broma.

—No, no, nada de broma. Hacían como que era en broma, pero no lo era. Querían librarse de mí, especialmente Ronald. Toda la noche me ha estado insultando públicamente. Incluso tú te habrás dado cuenta. Te lo aseguro, Phil, no estoy dispuesta a soportar este tipo de tratamiento. Que Ronald no se figure que va a librarse de mí de esta manera, y menos delante de esos monos que no saben hacer otra cosa que muecas...

El doctor Chalmers estaba cargado de buenas intenciones, pero no siempre lograba que sus dotes diplomáticas fuesen las de un verdadero diplomático.

—Me parece que esta noche todos nos hemos pasado un poco con la bebida —dijo el doctor Chalmers, sonriendo amablemente—. Mañana verás las cosas de una manera muy distinta, Ena.

—Si lo que quieres decir es que estoy borracha —dijo Ena indignada de pronto—, no lo estoy. Ojalá lo estuviera. Dios sabe que esta noche me había empeñado en emborracharme y que he hecho todo lo posible para conseguirlo, pero parece que tengo la cabeza de hierro. ¡No puedo y ya está! Así es que, Phil, no tienes razón en lo que dices.

—Pero ¿por qué demonios te habías empeñado en emborracharte?

—Porque emborracharse —explicó la señora Stratton con dignidad— es lo único que vale la pena. En una vida como la que yo me veo obligada a vivir, emborracharse es lo único que tiene verdadera realidad.

—¡Vaya estupidez! —dijo el doctor Chalmers, con excesiva contundencia.

La señora Stratton hizo girar los ojos en redondo.

—No me puedes decir una cosa así. Lo que pasa es que no me conoces, esto es todo. No conoces mi verdadera persona.

El doctor Chalmers se dejó caer sobre una silla. Sacudió la pipa, que acababa de encontrar, y la llenó.

—Escúchame un momento, Ena. ¿No hablas un poco por hablar? Yo estoy perfectamente convencido de que Ronald no tenía la más mínima intención de desembarazarse de ti, ni tampoco David. Si te han transportado por la habitación, quiere decir que la cosa era en broma y tú no debes tomártela en serio.

La voz del doctor Chalmers resultaba empalagosa de tanto jarabe que ponía en la entonación.

—Ronald descubrirá un día que le conviene tomarme en serio —dijo Ena, poniendo la boca de una manera que parecía una trampa para cazar ratas.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Pues que si yo quisiera, podría ponerle las cosas muy mal a Ronald, pero que muy mal. Y esto es precisamente lo que pienso hacer.

—¿Cómo?

—No me gusta nada la mujer con la que piensa casarse..., esa señora Lefroy.

—¿Ah, no? Pues yo la encuentro sumamente simpática.

—Sí, claro. Hay que ser mujer para clasificarla. Yo diría que no es nada bueno.

—De veras, Ena, que no deberías decir estas cosas, ¿sabes?

Ena comenzó a respirar de manera agitada.

—Yo diré lo que se me antoje. Diré lo que piense. Y lo que pienso es que la señora Lefroy no pertenece al tipo de mujer que a mí me gustaría tener por cuñada.

—Pero ¿por qué?

—Esta noche se ha mostrado extremadamente grosera conmigo.

—¡Vamos, Ena, estoy segura de que ha sido sin intención!

—¡No, ha sido con toda la intención! ¿Te figuras que no sé distinguir?

—Pero ¿qué ha hecho?

—¡Nada! Aquí está: se ha limitado a dedicarme una inclinación de cabeza, de la manera más natural de este mundo, así que hemos llegado y no me ha dirigido ni una sola palabra en toda la noche. Si se figura que a mí me puede tratar de esta manera, está totalmente equivocada.

—Ena, vuelves a exagerar.

—Te digo que no exagero un ápice, Phil, lo sé perfectamente. Margot era una mujer deplorable, pero ésta es mucho peor. De todos modos, puedo actuar, como muy pronto sabrán.

—¿Qué piensas hacer, Ena? —preguntó el doctor Chalmers, al tiempo que encendía de nuevo la pipa, que se le había apagado.

—No se trata de lo que piense hacer, sino de lo que voy a hacer:

voy a escribir al procurador real para decirle unas cuantas cosillas con respecto a los dos.

—No digas sandeces, Ena. No eres capaz de hacer una cosa como ésta.

—¿Qué no soy capaz? Dentro de muy poco tiempo sabrán si soy o no capaz. No, Phil, de nada va a servir lo que vayas a decirme. He recapacitado y estoy plenamente decidida. Es horrible su manera de conducirse. Alguien tiene que pararles los pies.

—Pero, mi buena amiga, no te basas en nada. No son más que conjeturas. No tienes pruebas de nada.

Ena soltó una risotada intempestiva.

—Lo dices tú que no las tengo. Me parece que van a tener un susto. En cualquier caso, las tengo. Tengo pruebas con respecto a cosas que no están en condiciones de justificar.

—¿Y cómo te las has arreglado para conseguirlas?

—Esto no cuenta, Phil. Las tengo y basta. Y las pienso utilizar. Si quieres, puedes decírselo a Ronald. Me importa un comino. Si se figura que puede tratarme de esa manera en público, pronto se dará cuenta de que está completamente equivocado.

El doctor Chalmers lanzó un suspiro. A lo que parecía, su intervención disuasoria no surtía efecto.

—Mañana por la mañana te sentirás diferente, Ena. Créeme, ya lo verás.

—Pues no quiero creerte, Phil —dijo la señora Stratton, tajante.

El doctor Chalmers volvió a suspirar. Tampoco él acababa de convencerse.

El pecho de la señora Stratton volvía a agitarse.

—Y en cuanto a David...

—¿Sí? —inquirió el doctor Chalmers, consiguiendo a duras penas disimular sus temores.

La señora Stratton se quedó un momento en silencio, pero su pecho seguía agitado, moviéndose tumultuosamente. Después se revolvió en el asiento y espetó al doctor Chalmers:

—¿Puedes decirme qué sabes sobre David y esa Griffiths?

—¿Te refieres a Elsie Griffiths? Pues, nada en absoluto. ¿Qué debería saber?

—En cambio sabes a cuál de las Griffiths me estoy refiriendo, ¿verdad? —le gritó Ena con amargo triunfo.

—Querida Ena, te aseguro que no sé de qué me estás hablando.

—Sí, claro que lo sabes, Phil, así es que no sigas hablándome con esa voz tal remilgada. Todo el mundo está enterado, todos salvo yo. Siempre ocurre así, ¿no crees? La esposa es la última en enterarse.

Ena se echó a reír de manera estridente.

—Ena —dijo el doctor Chalmers con aire solemne—, si lo que estás dando a entender es que entre David y Elsie Griffiths hay algo, te aseguro que estás completamente equivocada.

—¿Ah, sí? ¿Puedes asegurármelo? Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Tengo la absoluta seguridad de que es así.

—En ese caso debo decirte que te equivocas, porque sí que hay algo entre los dos. ¡Santo Dios, Phil, después de todo lo que he hecho por David!... Pero si esa gatita se ha figurado que se quedará con él... De veras, Phil, que la cosa tiene gracia si uno se pone a considerarla con un poco de atención, muchísima gracia.

—Ena, te estás poniendo histérica —dijo el doctor Chalmers, con aplomo profesional.

—Me tiene sin cuidado. ¿Por qué no he de ponerme histérica? Razones me sobran. He pasado la noche más terrible que te puedas imaginar, Phil. Tienes que haberte dado cuenta de lo grosero que ha estado Ronald conmigo toda la noche. Y después, todos esos hombres horribles que querían hacer el amor conmigo...

Al decir esto miró, expectante, al doctor Chalmers.

—¿Ah, sí? —dijo el médico, lleno de cautela.

—Sí, Phil, ¿por qué los hombres no dejan que una mujer esté sola? Te aseguro que tú eres el único hombre decente de todo el grupo. ¡Da asco!

—¿Quién ha sido el que ha querido hacer el amor contigo, Ena?

—Te digo que todos. Siempre es así. Supongo que en mí debe de haber algo que... ¡Dios mío, ojalá no tuviera ese algo! Ese señor Williamson es un ser horrible...

—¿Ah, sí? —dijo el doctor Chalmers, lleno de interés—. ¿Qué ha hecho?

—Quería que me sentara en sus rodillas, cuando estábamos los dos aquí. De lo más torpe, te lo aseguro. Y el señor Sheringham, todavía peor. De veras, Phil, que no entiendo cómo Ronald los ha invitado. Es el hombre más repugnante que me he encontrado en mi

vida. He tenido que pelearme con él para sacármelo de encima...

—Lo pasas fatal con los hombres, ¿verdad, Ena? —dijo el doctor Chalmers.

—Sí, con todos salvo contigo —dijo, muy seria, la señora Stratton—. Tú nunca has intentado propasarte, Phil. Haces que me pregunte por qué no lo has hecho.

Esta vez el doctor Chalmers desplegó más tacto.

—Resulta ser que David es amigo mío, Ena.

—Sí —admitió la señora Stratton, dolorida—. Le tienes un gran afecto, ¿verdad, Phil?

—Siempre ha sido mi mejor amigo —dijo el doctor Chalmers, con una impresionante falta de emoción.

—Tiene que ser maravilloso ser hombre y tener un amigo de verdad —se lamentó la señora Stratton.

—Sí, claro.

La conversación se interrumpió un momento, a lo que parecía ocupado por las cavilaciones de la señora Stratton en torno al hecho de padecer aquella merma propiamente femenina.

Después, inclinándose ligeramente hacia su compañero, dijo:

—No creo, Phil, que a David le importara lo más mínimo... ¿sabes, Phil? Y menos ahora.

—¿Que le importara qué?

—Que hicieras el amor conmigo —dijo Ena, en un susurro lleno de esperanza.

El doctor Chalmers advirtió que había quedado clasificado como un hombre que sentía una irrefrenable pasión por Ena Stratton. Y que lo único que impedía que lo proclamara a los cuatro vientos era la fidelidad que, como hombre, debía a su amigo. Se había metido en un lío. Sabía que Ena, normalmente, estaba dispuesta a dedicarle sus atenciones, pero sabía también que, además de respetarla, se respetaba a sí mismo. Todavía no había renunciado a la esperanza de convencerla de que no se aventurara por los dos caminos que parecían acicatear sus emociones. Sin embargo, para conseguirlo, primero debía calmarla. Ahora estaba perfectamente dispuesto a creer que Ronald se había querido desembarazar de ella y que no había tratado de disfrazar sus intenciones, porque Ronald carecía de dotes diplomáticas. El proceder de Ronald había herido profundamente el amor propio de Ena, aquella planta tan delicada.

Ahora se le ofrecía la oportunidad de ofrecerle un poco de alimento a través del procedimiento más obvio y tradicional.

Pero el doctor Chalmers era hombre prudente y nunca actuaba movido por impulsos. Antes de inclinarse por la acción, debía sopesar los pros y los contras y no una sino varias veces. Es muy posible que, de no haber sido tan cauteloso hubiera cerrado los ojos, hubiera respirado profundamente y se hubiera aprestado a administrar a aquella mujer el remedio que ella le solicitaba. Pero tal como estaban las cosas, las consideraciones que se hacía le decían que, si abrazaba a Ena Stratton, lo más probable es que se sintiera físicamente enfermo. Así es que se contentó con no satisfacerla y con levantar la mano y darle unas paternales palmaditas en el hombro, al tiempo que le decía con mentida jovialidad:

—No digas tonterías, Ena. Por supuesto que a David le importaría. Además, tú sabes perfectamente que a ti tampoco te gustaría que yo hiciese una cosa como ésta. ¿Sí o no? ¿No te das cuenta de que lo estropearía... todo?

Ena hizo una pausa momentánea y después asintió con solemnidad.

—Sí, Phil, tienes razón. No me gustaría nada. Querido amigo, ojalá todos los hombres fueran como tú...

—No digas esto —dijo el doctor Chalmers, muy animado de pronto—. No creo que sean tan malos como eso. De todos modos, Ena, me gustaría que me hicieras un favor, ¿quieres?

—¿De qué se trata, Phil?

El doctor Chalmers dejó la pipa sobre la mesa, a su lado, y habló con decisión.

—Quiero que renuncies a esa idea de escribir al procurador real acerca de Ronald y quiero que te saques de la cabeza esa otra idea que te has hecho sobre David y Elsie Griffiths y que a él no le digas nada al respecto. Lo único que conseguirías es darle un disgusto, sin que existan motivos reales para ello.

Ena movió negativamente la cabeza.

—No, lo siento, Phil. No puedo hacerlo. Considero que tengo el deber de escribir al procurador real. Después de todo, ¿de qué servirían las leyes si no estuviese la gente para hacerlas respetar?

—Está bien, de acuerdo, mañana volveremos a hablar del

asunto. De momento no hay prisas, y no puedes hacer nada sin pensarlo cuidadosamente. Y en cuanto a David...

Los delgados labios de Ena dibujaron una desagradable mueca.

—En cuanto a David —dijo con viveza—, déjalo de mi cuenta. No, lo siento, Phil. Ha sido decente por tu parte tratar de protegerlo, pero esto es algo que tengo que resolver yo sola.

—En cualquier caso, no esta noche —le suplicó el doctor Chalmers.

—Sí, esta noche. No hay razón para perder más tiempo. El caso es que me he enterado del hecho esta noche.

El doctor Chalmers se preguntó, indignado, cuál de los chismosos del vecindario le había calentado la cabeza con aquella historia sobre David.

—Pero escucha una cosa, Ena. Tú...

—Me ahogo aquí dentro —dijo Ena de pronto—. Necesito aire.

De un salto subió a la azotea.

El doctor Chalmers la siguió de mala gana. Se había figurado tenerla bien cogida y volvía a escapársele de las manos. Sabía que de nada iba a servirle querer puntualizar las cosas. Pasarían los meses, tal vez los años, y estaría siempre restregando a Elsie Griffiths por las narices a David hasta que consiguiese volverlo tan loco como estaba ella.

—¡Uf, maldita mujer! —rezongó el doctor Chalmers, que no tenía costumbre de insultar a la gente.

Siguió a Ena hasta el lugar donde se encontraba, apoyada en la barandilla.

—Vas a atrapar un resfriado, Ena —dijo mecánicamente.

—No me importa. Ojalá cogiese una pulmonía. ¿Podría coger una pulmonía, Phil, si me quedase mucho rato? A David le encantaría, porque entonces podría quedarse con Elsie.

—Por favor, no digas más sandeces, Ena.

—No son sandeces, sabes perfectamente que no lo son. A David le encantaría. Oh, Phil, ¿no encuentras que los hombres son unos brutos? Yo a David se lo he dado todo, todo lo que una mujer puede dar a un hombre. Y ahora que lo tiene todo, resulta que no lo quiere. ¿De qué sirve seguir viviendo, Phil?

—Mira, Ena, sabes perfectamente que no sabes lo que te dices.

—Sí, lo sé perfectamente. A menudo pienso qué maravilloso

sería acabar con todo. Si encontrara un camino fácil para abandonarlo todo... El hecho real es que nadie me quiere, nadie, Phil, ni siquiera tú. Estoy harta de vivir. Ahora mismo, aquí donde estoy, saltaría por la barandilla y acabaría con todo. ¿Lo hago?

Se giró en redondo y miró, desafiante, al doctor Chalmers.

—Éste no sería un camino nada fácil —dijo el doctor Chalmers con evidente sentido común.

—¡Oh, no me importaría sufrir un poco! Valdría la pena. Parece hecho que ni a medida —dijo la señora Stratton, con una carcajada hueca—, nos encontramos debajo de una horca y estamos hablando de la vida y de la muerte.

—Una horca de la que se ha caído uno de los ahorcados, a lo que veo, si esto te sirve de moraleja —dijo el doctor Chalmers al tiempo que propinaba un furioso puntapié a la cabeza desprendida de uno de los muñecos. La cabeza salió proyectada por los aires y se perdió en la oscuridad. El doctor Chalmers, algo más tranquilo, procedió a hacer lo mismo con el tronco.

—Sí, esto tendría que servir de moraleja, ¿verdad? —dijo la señora Stratton con malsano placer—. ¿A ti te parece una invitación, Phil? ¿Una invitación del Destino para que yo ocupe su puesto?

—No creo —replicó el doctor Chalmers—. Bueno, ¿quieres que bajemos, Ena? Aquí fuera hace un poco de frío, aparte de que David debe de estar preguntándose que ha sido de ti.

—Pues que se lo pregunte. Poco le importa lo que pueda ser de mí, Phil. ¿No te parece una invitación del Destino? ¡Encuentro que es una idea tan buena! Fíjate... ¡sería tan fácil!

La señora Stratton arrimó una silla a la horca y la puso debajo de la cuerda que se balanceaba en el aire, se montó en ella y metió la cabeza dentro del círculo formado por la cuerda.

—¿Dónde ponen el nudo, Phil? Conozcamos los detalles, por lo menos. Sé que hay un sitio especial para el nudo.

—Me parece que es debajo de la oreja izquierda —dijo el doctor Chalmers, fastidiado por tanta comedia, al tiempo que daba un puntapié, malhumorado, a uno de los soportes que sostenían la horca.

La señora Stratton se ajustó el nudo debajo de la oreja izquierda y apretó un poco más el lazo que le rodeaba la garganta.

—Fíjate Phil, qué terriblemente fácil sería. Lo único que tengo que hacer es saltar de la silla. ¿Lo hago? A nadie le importaría que lo hiciese. A David y a Ronald no les importaría. Tampoco a ti te importaría mucho. ¿Lo hago?

El doctor Chalmers se inclinó y puso la mano que tenía sana en el respaldo de la silla.

—Venga, Ena, que tengo frío.

—No, ¿salto de la silla, Phil? ¿Quieres que salte? Dímelo. Si me dices que lo haga, lo haré. ¿Salto?

—¡Sí! —dijo el doctor Chalmers de pronto, alejándose con la silla en la mano. Por única vez en su vida, el doctor Chalmers había actuado movido por un impulso.

2

El doctor Chalmers no oyó el ruido sordo de aquella especie de gorgoteo que se produjo tras él. Ni siquiera se volvió a mirar, por lo que, en cierto modo, pudo incluso engañarse y pensar que no había ocurrido nada. Sin pararse al hacerlo, dejó la silla en un lugar cualquiera de la azotea, cerca de la puerta, pero se cayó. Él, con las manos en los bolsillos, prosiguió su camino, silbando, un poco desafinada, una musiquilla cualquiera.

Casi no podría creer que, desde el punto de vista técnico, acababa de cometer un asesinato. Sin embargo, era de presumir que así había sido.

Ya dentro de la casa, recordó que debía tomar precauciones. Por supuesto que estaría completamente a cubierto mientras no le viera nadie bajar de la azotea. Se daría por sentado que Ena se había suicidado y no habría nada que desmintiera la hipótesis. Todos sabían que uno de los temas favoritos de conversación de Ena era su suicidio.

Mientras seguía silbando suavemente, el doctor Chalmers cerró sigilosamente la puerta tras él y se quedó inmóvil un momento escuchando. No se oían voces. Echó una ojeada a la habitación donde se había instalado el bar, oculto por un ángulo del techo. Estaba vacía. Todavía se escuchaba música, procedente del salón de baile.

El doctor Chalmers, sin hacer ruido, bajó dos tramos de escalera. Después giró y, silbando ahora audiblemente, volvió a subir las escaleras, lentamente y esta vez haciendo mucho ruido. Echó un vistazo al reloj de pulsera. Para sorpresa suya, descubrió que sólo había pasado un cuarto de hora desde el momento en que había entrado en la casa. Todo había ocurrido en quince minutos, lo que aumentaba a una hora el tiempo transcurrido fuera: una hora, como había dicho Lucy.

El doctor Chalmers seguía teniendo la suerte a su favor. En el preciso momento en que llegaba al rellano de la puerta que daba al salón de baile, ésta se abrió y dio paso a Margot Stratton, que se cruzó con él en el rellano en su camino escaleras arriba.

—Hola, Phil —exclamó—. Estoy buscando a Mike. ¿Lo has visto en alguna parte?

—No —dijo el doctor Chalmers—, acabo de llegar.

V

LA FIESTA SE TRANSFORMA EN EXPLORACIÓN

1

PASABAN UNO O DOS minutos de las dos y media cuando el doctor Chalmers hizo su aparición en la sala de baile.

—¡Oh, no! —observó la señora Chalmers, con tan poco tacto que ella misma quedó sorprendida—. De todos modos, tanto si quieres como si no, voy a terminar el baile —le gritó desde el otro lado de la habitación.

El doctor Chalmers asintió con la cabeza, complacido, al tiempo que cerraba la puerta del salón tras él.

Roger, solo en aquel momento, atravesaba a grandes pasos la habitación y se reunía con él.

—¿Una copa, Chalmers? Tiene cara de necesitarla.

—Pues es verdad —admitió el doctor Chalmers con una sonrisa—. He pasado mucho frío conduciendo. Pero me parece que esperaré a que mi mujer vaya a recoger sus cosas, de lo contrario no nos marcharemos nunca. Ya sabe usted cómo son las mujeres.

Esperaron a que terminara el baile.

—¡Vamos, Lucy! —dijo el doctor Chalmers, con firmeza, pero al propio tiempo con suavidad.

—¡Oh, no, Phil! —suplicó la señora Chalmers.

—Vamos, cariño, tenemos que marcharnos —dijo el doctor.

—Margot no está. Tengo que darle las buenas noches.

—¡Cómo eres, mujer! Margot estará de vuelta cuando te hayas puesto la ropa.

La señora Chalmers, que por fin se había enterado de que no había más remedio que irse, aceptó.

—Y ahora, Sheringham, ¿qué hay de la copa? —dijo el doctor Chalmers.

Se dirigieron a la otra habitación, donde estaban las botellas.

El doctor Mitchell y su señora también habían decidido que había llegado el momento de irse a su casa, por lo que siguieron a los Chalmers.

Los demás, viendo que la fiesta había llegado a su punto final, fueron derivando automáticamente hacia el bar.

—¡Ah, por fin te encuentro, Mike! —dijo Margot Stratton—. Te estaba buscando. Creo que será mejor que nos vayamos.

—¿Te has divertido, Margot? —le preguntó su exesposo.

—Ha sido una fiesta maravillosa, Ronald. Gracias.

—Una fiesta a lo grande —terció Colin Nicolson—. Toma otra copa antes de marcharte, Margot.

—De acuerdo. Fuera hace frío —admitió Margot.

Mike Armstrong no dijo nada.

—Esa Margot es una maravilla, ¿no encuentra? —comentó el doctor Chalmers a Roger—. Son casi las tres de la madrugada y ni un cabello fuera de su sitio. Estoy convencido de que, en un naufragio, estaría con su salvavidas puesto, perfectamente maquillada y saludando con la mano, como recién salida del estuche.

—Gracias, Phil —dijo Margot afablemente.

—¡Ja, ja! —rió Mike Armstrong de pronto, al tiempo que se ruborizaba.

—¿Qué decías hace un momento, Colin? —preguntó el señor Williamson con aire reflexivo—. ¿No habías dicho que te vendría bien otra copa? Pues yo te digo que no es mala idea, que no es en absoluto una mala idea.

—¡Qué va a ser! Es una magnífica idea, Osbert.

—Lo es, lo es —afirmó el señor Williamson, ya bastante afectado—. Es de veras una idea formidable, Colin. La mía que sea de *whisky*.

—Pero Osbert... —dijo la señora Williamson con aire vacilante —, ¿en serio que te parece... que ahora lo mejor...?

—He dicho que me voy a tomar un *whisky* —repitió el señor Williamson con firmeza—. Sí, y además doble. Gracias, Colin. Perfecto, ¡salud, Margot!

—¡Salud, Osbert!

—Osbert, eres horrible —dijo la esposa del señor Williamson, alejándose de él un poco malhumorada.

Las mujeres se tomaron el tiempo necesario para recoger sus cosas, que en ese caso fue más largo de la cuenta debido a la llegada de Margot Stratton al dormitorio, justo en el momento en el que se disponían a salir de él. Por fin hicieron acto de presencia con sus abrigos y sus pieles, y se inició el coro de despedidas.

—Perfecto, buenas noches, Ronald. Ha sido una fiesta maravillosa... Buenas noches, señor Sheringham... Buenas noches, mañana te llamo... Quizá usted, señora Lefroy, querrá cenar una noche de éstas con nosotros, ¿verdad?... Despídeme de la señora Williamson... No se olvide de prestarme el libro que me ha prometido, señor Nicolson... Bien, buenas noches, Sheringham... Buenas noches... ¡Qué fiesta tan estupenda, Ronald, encanto!... Bueno, buenas noches...

Por fin en la casa quedaron únicamente los que iban a pasar la noche en ella.

—Somos siete —dijo Ronald, echando una ojeada a todo el corro de caras que lo rodeaban—. O por lo menos deberíamos de ser siete. ¿Nos vamos a la cama o nos quedamos? Me parece que nos vamos a quedar. Servíos bebidas y disfrutad. A mí el número siete me ha parecido siempre el ideal para una reunión.

Todos los componentes del grupo accedieron a sus deseos.

—Yo no tengo más ganas de bailar —anunció el señor Williamson de pronto con aire solemne.

—No —dijo la señora Lefroy—. Podríamos apagar las luces y sentarnos alrededor de la chimenea, mientras el señor Sheringham nos cuenta sus asesinatos.

—¡Oh, sí Roger! —dijo Celia entusiasmada.

—¡Qué idea tan buena! —asintió Ronald—. No te preocupes, Roger, todo será estrictamente confidencial.

—Pues la verdad es que no debiera contar nada... —dijo Roger

con aire de absoluta felicidad.

—¡Oh, por favor, señor Sheringham! —rogó la señora Lefroy.

—¡Vamos, Roger, pórtate bien! —añadió Colin Nicolson—. La cosa no saldrá de aquí.

—Bien, de acuerdo —dijo Roger.

El señor Williamson se asomó al rellano y bramó como un toro:

—¡Lilian!

—¿Qué pasa? —gritó una voz tenue y distante.

—¡Te necesitamos!

—¿Para qué?

—¡Asesinato! —aulló el señor Williamson, sin entrar en más detalles.

La palabra tuvo la virtud de hacer acudir a Lilian inmediatamente, si bien, cuando se presentó, su marido tuvo que darle explicaciones.

Entretanto, alrededor de la chimenea se habían arrimado unas sillas en semicírculo, aprovechando los rescoldos que todavía ardían en el hogar estilo jacobino, y el grupo se disponía a pasarlo bien todavía un buen rato.

—¡Sheringham! —dijo de pronto el señor Williamson en tono confidencial.

—Dígame.

—Antes de que empiece, quiero que me prometa una cosa.

—¿Cual?

—Que si asesino a Lilian, no me delatará. ¿Me lo promete?

—Pues esto depende de si ha habido una provocación que le haya inducido a cometer el asesinato —dijo Roger.

—¡Ah, en cuanto a esto, hay toda la provocación del mundo! —confesó el señor Williamson y, en tono todavía más confidencial, añadió—: No puedo soportar que se ponga mis pantalones.

Y tras haberse descargado de aquella queja, el señor Williamson se repantingó en su sillón e instantáneamente se sumió en un profundo sueño.

—¡Adelante, Sheringham! —le pidió Ronald, interesadísimo.

Roger había carraspeado y estaba preguntándose por cuál de sus casos iba a empezar cuando una voz, desde el umbral de la puerta, frustró sus intenciones.

Era David Stratton, que se había cambiado de ropa y ahora iba

vestido con un traje de calle.

—Lamento interrumpir —dijo—, ¿podría hablar un minuto contigo, Ronald?

2

Ronald sólo estuvo un par de minutos fuera de la habitación, después de los cuales apareció con su hermano.

—David dice que Ena no está en su casa y cree que todavía puede estar aquí. Vamos a dar un vistazo a la casa.

—¡Magnífico! —exclamó Nicolson, levantándose de un salto—. Vamos a echaros una mano.

—¡Oh, no se molesten! —intervino David—. No hace falta, Ronald y yo podemos arreglárnoslas perfectamente.

—Ni lo sueñes. Os ayudaremos a buscarla. ¡Venga, Osbert, haragán!

—¿Eh? ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—Que estamos jugando al escondite —dijo Nicolson—. Y que te ha tocado el turno de buscar. ¡Venga, manos a la obra!

Movidos por tan incontenible energía, todos los presentes se pusieron en marcha.

Roger se dio cuenta de que, pasados los primeros momentos de desconcierto, todos los asistentes se tomaban la cosa a chacota. Ni siquiera el aire reservado de David era capaz de reprimir la creciente hilaridad. Indudablemente, aquélla era la mejor manera de enfocar la situación y, por lo que a David respectaba, la más atinada. De poco habría servido ir de acá para allá con caras largas, secundando silenciosamente al desgraciado David Stratton por el solo hecho de ser el marido de una loca. Después de todo, Ena era un verdadero chiste, pese a que fuera un chiste malo. Mejor era sacar a David de sus preocupaciones a golpe de bromas que echarse a llorar con él.

En pocos momentos se pasó revista a las diferentes habitaciones de la casa.

La casa en la que vivía Ronald Stratton era jacobina y muy espaciosa. Hacía casi trescientos años que pertenecía a la familia Stratton, prácticamente desde que fuera construida como residencia

para la viuda de uno de sus próceres y como heredad vitalicia de una mansión situada a casi seiscientas millas de distancia. Aun cuando había correspondido a Ronald por herencia, no había ocurrido lo mismo con las tierras y demás edificios anexos en otro tiempo adosados a la misma, ni tampoco con el dinero que habría permitido conservarla adecuadamente. Pero Ronald había conseguido ganar el dinero suficiente y había comprado las tierras.

Desde que había llegado a sus manos, Ronald había gastado un montón de dinero en ella pero, dado el estado en que se encontraba, había corrido peligro de derrumbarse. Ronald había construido un tejado nuevo, había hecho una nueva distribución de las habitaciones y puede decirse que casi la había construido de nuevo. La planta que coronaba los tres pisos, donde se había celebrado la fiesta, había sido casi completamente planificada de nuevo. Originariamente había estado ocupada por casi una docena de pequeños dormitorios, pero Ronald había sacrificado sin piedad más de la mitad de los pisos, para convertirlos en una gran sala que se extendía desde la parte delantera de la casa a la trasera de la misma, y en otra casi igual de grande que aquélla. La primera, cuyo suelo había cubierto de *parquet*, había sido convertida en sala de baile, mientras que la otra, con una de las paredes eliminada totalmente para tener acceso a la magnífica escalinata hacía la función de estudio y de salón de música. Aquella noche había hecho las veces de bar. El resto de aquella última planta a la que se accedía a través de otra escalinata, estaba ocupada por las habitaciones destinadas al servicio.

Ronald se había mostrado tan despiadado con el tejado como con el piso superior y lo único que había conservado del mismo eran los gabletes que daban a la fachada. En cuanto al resto del mismo, lo había eliminado, había puesto un pavimento de cemento recubierto de una capa de asfalto y lo había convertido en una pista de badminton. El terrado quedaba muy expuesto al viento debido a la altura, pese a lo cual Ronald se dedicaba a aquel deporte con gran entusiasmo. Para la fiesta de aquella noche se habían retirado los palos y la red y en lugar de los mismos se había instalado una tétrica triple horca. Sobre otro tejadillo subsidiario, situado a unos cuantos palmos por debajo del tejado principal y al que se accedía por un breve tramo de escaleras, se había instalado un invernadero

que Stratton utilizaba para entretener sus ocios cultivando en él algunas plantas exóticas o quizá, para ser más exactos, tratando de cultivarlas. Se daba a esta estancia el nombre de solárium, estaba amueblada con sillas y mesas de mimbre y tenía una considerable utilidad cuando se celebraban bailes en la casa.

En cuanto al resto de la casa, los dormitorios y cuartos de baño principales ocupaban el primer piso, mientras que la biblioteca y una pequeña salita estaban situadas a un lado del gran vestíbulo de la planta baja y el otro lado del mismo estaba ocupado por el salón de recepciones. Las cocinas se encontraban ubicadas en la parte trasera de la casa, tenían acceso al vestíbulo y, a través de la puerta de servicio, se comunicaban con el comedor.

Registrar concienzudamente una casa como aquélla no fue tarea fácil. Al principio la comitiva se centró en el piso superior y en la zona del tejado, pese a que era improbable que la persona a la que se estaba buscando estuviera metida en aquella parte de la casa. Hasta el propio Roger se mostró escéptico en el curso de la perquisición, sobre todo porque no abrigaba la esperanza de que la señora Stratton siguiera en la casa. Pensaba que lo más probable era que hubiera ido a despertar a algún infortunado amigo suyo y, entre sollozos y gestos dramáticos, le hubiera explicado la falacia de que su marido le había dado con la puerta en las narices.

Pese a sentirse ligeramente contrariado por haberse visto tan abruptamente interrumpido cuando se disponía a contar sus historias, su sentido del pintoresquismo le hacía apreciar lo apropiado de aquel escenario para la búsqueda que estaban llevando a cabo. Las pesadas vigas de roble que formaban la abertura de la chimenea y que resaltaban sobre las paredes irregulares, estucadas de blanco, tenían la pátina de los años y de generaciones de codos apoyados en ellas, al tiempo que reflejaban el rojo fulgor de los troncos que ardían en la hoguera, mientras que las luces eléctricas, estratégicamente situadas, dejaban los rincones del techo, que Ronald había elevado desde la altura original de dos metros y medio hasta los cuatro metros actuales para dejar al descubierto la estructura de madera del tejado, oscuros y misteriosos. En los muros exteriores, los largos batientes de las ventanas, con sus cristales romboidales verdes, raspados y emplomados, estaban abocados a la negrura que cubría una buena

parte de los terrenos situados entre la casa y la carretera principal, situada a unos cien metros de distancia. Roger abrió uno de los ventanales y se asomó al exterior. Todo estaba en calma, todo era remoto y oscuro. Costaba creer que Londres estaba sólo a treinta kilómetros.

—Roger, ya ves que Ena no está aquí. Éste es un caso que parece recaer bajo tu competencia.

Roger retrocedió con aire culpable y echó una mirada a su alrededor.

—Mira, Colin, no creo que la señora ande por aquí.

—¿Y eso que importa? —preguntó Nicolson, enérgico—. Jugar al escondite es jugar al escondite, dondequiera que se esconda la persona que se está buscando. ¡Adelante y busca como todo el mundo!

—¿Alguien ha registrado el solárium? —preguntó Roger con aire apático.

—Supongo que sí, pero los que lo han registrado no tienen tus cualidades. ¿Quién sabe? A lo mejor se ha disfrazado de guisante de olor y está plantada en un parterre de flores.

—Mejor un cactus —dijo Roger, con voz desabrida, al tiempo que se dirigía escaleras arriba.

El solárium había estado iluminado, pero se encontraba a oscuras cuando Roger entró en la estancia. Ya iba a accionar el conmutador cuando un leve movimiento en el otro extremo de la habitación le obligó a dar un violento salto. No hay nada tan desconcertante como el movimiento de una persona en la oscuridad cuando no se espera la presencia de ningún ser humano. Pero sus labios en seguida dibujaron una sonrisa.

—¡Ya te tengo! —dijo para sí.

Veía con toda claridad la figura cuyo movimiento lo había sobresaltado. Estaba asomada a una de las ventanas abiertas, exactamente igual como se encontraba hacía dos minutos en otra de las habitaciones de abajo, y era evidente que no había oído sus pasos. Era una persona pequeña y delgada y era muy evidente que se trataba de una mujer.

«Merecería que le diera un buen golpe mientras está ahí, asomada a la ventana —pensó Roger, vengativo—. De verdad que se lo merece».

Pero quien se llevó un susto fue Roger, a causa de que la figura cambió de postura y Roger pudo darse cuenta de que no se trataba de ninguna mujer. La tenue luz de la luna iluminaba lo suficiente para dejar visible la pared encalada debajo de las ventanas, por lo que Roger pudo ver un trozo de la pared blanca entre las piernas de la figura humana. Por otra parte, se dio cuenta de que aquel par de piernas estaban cubiertas por unos inconfundibles pantalones.

Roger clavó los ojos en aquella figura con una mirada llena de alarma. No había en la fiesta ningún hombre tan bajo ni tan delgado como aquél. ¿Quién demonios podía ser?

Resolvió el problema encendiendo la luz, lo que le permitió ver el hechicero rostro de la señora Williamson, justo en el momento en que se volvía por encima del hombro y exclamaba:

—¡Vaya susto que me ha dado!

—Sí, pero usted me lo ha dado antes a mí. La había tomado por un elfo, un duende u otro ser de esas características... en cualquier caso, alguien que meditaba, asomado a la ventana.

La señora Williamson se echó a reír.

—Hace una noche tan maravillosa que he sentido la tentación de apartarme de todo el mundo y de venir a saborearla.

«¡Qué curioso! —pensó Roger—, puede decir una cosa como ésta y puede aceptarse simplemente porque la dice con naturalidad, mientras que esas mismas palabras, dichas por Ena Stratton, sonarían en cambio, a falsedad».

—Siento haberla molestado —dijo Roger—, pero me envía Colin para que registre esa parte de la casa.

—No está aquí. Antes de apagar la luz, he echado un vistazo y todo lo que he podido encontrar es la pipa de no sé quién —e hizo un gesto con la cabeza para indicar una de las mesillas de mimbre sobre la cual había una pipa de brezo.

Roger la cogió.

—Alguien la habrá dejado olvidada. Mejor que se la dé a Ronald.

—¿Todavía no ha aparecido?

—No. Mejor que vaya a ayudarles a buscarla. ¿Quiere que vuelva a apagar la luz y la deje a solas con la noche?

—No, ahora ya me siento mejor. ¿Alguna vez se ha sentido de esa manera estando con la gente? ¿Ha sentido esas ganas de alejarse

de todo el mundo, de sacarse a cualquier precio el mal sabor de boca?

—No me extraña que Ena Stratton deje mal sabor de boca a todos cuantos la tratan —dijo Roger mientras se hacía a un lado para que la señora Williamson lo precediera escaleras arriba.

3

El registro de la casa estaba desarrollándose en aquellos momentos por los pisos inferiores.

Roger oía perfectamente a Colin Nicolson, en uno de los dormitorios, haciendo patentes sus temores a su anfitriona.

—No hay remedio, Celia, esta noche no voy a pegar un ojo. No hay nada que hacer. Cada vez que cierre los ojos me imaginaré que la maldita mujer va a aparecer por el rincón más impensado.

Y mientras pronunciaba aquellas palabras abrió el cajón más bajo de la cómoda e inspeccionó su interior.

—Bueno, aquí dentro seguro que no está —dijo Celia, tomándose sus palabras prácticamente al pie de la letra.

—Vete a saber dónde puede haberse metido —dijo Colin, levantando la tapadera de una polvera, que resultó ser de la señora Lefroy, colocada sobre el tocador, y abriendo a continuación la puerta de un exiguo armario, empotrado en la pared, en el que a duras penas se habría podido meter una sombrerera.

—¡Te he visto! ¡Ya estás saliendo ahora mismo! ¡Sal en seguida! ¡Uf, vete a saber dónde se habrá metido!

—¡Qué mujer más pesada!... —dijo Celia, llena de indignación —. Me muero de ganas de irme a la cama. Estoy que no me tengo en pie.

—Sí, la cosa está pasando de la raya, en serio. Además, Roger está seguro de que no está en la casa. ¿No sería mejor que lo dejásemos y que nos fuéramos todos a la cama?

—David está muy preocupado —dijo Celia, algo indecisa.

—No entiendo por qué se preocupa. Debería estar contento de haberse librado de ella durante un tiempo.

—Lo que pasa es que no sabe exactamente hasta dónde es capaz de llegar.

—¿Y esto no es seguir el juego de Ena? ¿Por qué piensas que está escondida y deja que todos la busquemos? Pues, simplemente, para darse importancia: quiere que nos preocupemos por ella y aquí nos tienes, ¡todos de cabeza! Un verdadero asco, esto es lo que es esa mujer.

—Colin, Colin ¿qué dices? —dijo Roger, entrando en la habitación—, tú no parabas de azuzarnos, ¿ahora quieres quedarte en el camino?

—Mira, una broma es una broma, pero esto es pasarse de la raya. Aquí tienes a la pobre Celia, que está que no puede más, y a todos los demás, suspirando por irnos a la cama. Te aseguro que es demasiado. Aparte de esto, estamos bailando al son que toca Ena...

—Sí, eso es lo que ella quiere, tienes toda la razón: ella tiene que ser siempre el centro del cuadro, aunque no esté presente. Estoy de acuerdo en que lo mejor que podríamos hacer sería irnos a la cama.

—De acuerdo, ¿dónde se ha metido nuestro Ronald?

—Pues nuestro Ronald está abajo, supongo... con nuestro David. Seguro que estarán inspeccionando aquella parte —dijo Celia.

—Está bien, bajemos entonces y digámosle que no podemos más. ¡Ven, Roger, ayúdame!

—Pero no seas muy duro con David —dijo Celia, mientras los dos hombres salían de la habitación—. No es culpa de él y, además, se encuentra en una posición de lo más desairada.

—Evidentemente que su posición es desairada —admitió Roger a Colin, ya fuera de la habitación—: No tiene más remedio que admitir tácitamente, ante una serie de personas extrañas, que su mujer es una imbécil. Una posición realmente desairada.

—¿Y por qué no le administra una buena zurra? Eso es lo que le hace falta. Una buena zurra y santas pascuas.

—Me encantaría encargarme de administrársela —dijo Roger con deleite, a quien también le habían entrado ya ganas de irse a la cama.

Encontraron a Ronald y a David en el vestíbulo, en la salita contigua al mismo, y los interpellaron con aire inquisitivo.

—No ha habido suerte —dijo Roger—. Sinceramente, Ronald, estoy convencido de que no está en la casa. Mejor será dejar de buscar, ¿no crees?

—Sí, soy de la misma opinión, me parece que lo hemos

registrado todo, David.

—Perfectamente —asintió David—. ¿Dejas que telefonee antes de irme?

—¿Pero a quién demonios vas a telefonar a esas horas?

—A la policía.

—¡Vamos, Stratton! —exclamó Roger con una ligera sonrisa—. ¿Cree de verdad que es necesario?

—Usted no conoce a mi mujer, Sheringham —dijo David Stratton, apesadumbrado—. Cuando se encuentra en este estado, no sabe realmente lo que se hace. Yo considero que no es responsable.

—¿Crees que sería capaz de ir al estanque de Westerford y fingir que quería ahogarse? —dijo Ronald.

—A juzgar por lo que sé de ella, podría ahogarse de verdad.

—Entonces, por el amor del cielo —dijo Ronald, con inusitada excitación—, deja que se ahogue, no levantes ni un solo dedo para impedir una obra tan meritoria como ésta.

—No lo levantaré —dijo David Stratton cándidamente—, pero tengo que ponerme a cubierto.

—¿Cómo?

—Advirtiéndole a la policía de que mi mujer anda suelta y de que no es responsable de sus actos. ¿No le parece que es lo que corresponde hacer, Sheringham?

—Sí —dijo—, pese a que no la creo ni por un momento capaz de una cosa como ésta. De todos modos, no causará ningún perjuicio avisar a la policía y si, después, cuando aparezca su mujer, le cuenta que ha considerado que éste era su deber y le explica por qué lo considera así, a lo mejor le da ese susto que parece necesitar con tanta urgencia.

—Sí —dijo David lacónicamente—, ya lo había pensado.

—De acuerdo —asintió Ronald—. Bien, ya sabes dónde tienes el teléfono, David.

David desapareció en dirección a la salita, mientras los otros se quedaban deambulando por el vestíbulo esperando que reapareciera.

—Convendría que administráramos un buen trago al pobre muchacho antes de que caiga bajo las garras de su destino —observó Ronald.

—Sí, apostaría diez contra uno a que, en cuanto llegue a casa, se

la encuentra esperándolo. Espero que esta vez le dé su merecido. ¡Ah!, ahora que me acuerdo, la señora Williamson ha encontrado esta pipa en la mesa del solárium. Por lo visto, alguien se la ha dejado olvidada. Te hago depositario de ella, Ronald.

Ronald la contempló un momento, antes de guardársela en el bolsillo.

—¡Oh, sí! Sé de quién es. Pertenece a Phil Chalmers.

4

—¿La última copa para todos? —dijo Ronald, dirigiéndose al bar—. Espero que nadie tenga nada que objetar.

Al parecer, nadie tenía nada que objetar.

—¿De veras consideras que vale la pena, Osbert? —le preguntó, vacilante, la señora Williamson.

El señor Williamson la contempló con aire desaprobador, mirándola fijamente, igual que si fuera un búho.

—¿Me estás incitando a beber, Lilian? ¿No sabes que la mejor manera de hacer que un hombre que no tiene ganas de beber beba es insinuarle que...? ¿No es verdad, Sheringham?

—Una verdad como un templo —dijo Roger.

—En ese caso, ponme un doble —dijo el señor Williamson.

5

El señor Williamson se tambaleaba ligeramente al ir a subir un peldaño inexistente, antes de ir a la azotea. Los demás estaban abajo terminándose el último trago, pero a él le había invadido un deseo repentino de respirar aire fresco: sí, aire fresco a raudales y espacio para moverse en él era lo que necesitaba el señor Williamson.

Se quedó un momento junto al umbral de la puerta que daba acceso a la azotea, la espalda apoyada en el dintel, contemplando con un cierto aire de desaprobación la horca levantada en el tejado. El farol, que antes la coronaba, se había extinguido, pero la horca con sus tres espantosos ocupantes seguía de pie, recortándose contra el cielo iluminado por la luna.

—Una idea bastante desatinada —comentó el señor Williamson, con severidad—, de lo más desatinado, vamos... Muchas personas no la aprobarían. Es una ocurrencia morbosa. Ésa es la palabra: morbosa. Y desatinada, además.

Se encaminó hacia la barandilla situada al otro lado de la azotea, la misma en la que se habían apoyado Roger y Ena Stratton en la primera hora de la fiesta. Era una barandilla que invitaba a apoyarse. Al señor Williamson le parecía que apoyarse en ella era la más admirable de las ideas. Le costaba menos que mantenerse en pie.

Para acercarse a la barandilla no era necesario que el señor Williamson se acercase a la horca ni pasase junto a ella. La habría podido contornear. Pero la cabeza del señor Williamson estaba en aquellos momentos llena de ideas brillantes y le parecía que la más brillante entre todas ellas era pasar junto a la horca levantada en plena azotea. Con aquel gesto expresaría un montón de cosas. De qué cosas pudiera tratarse, le importaba poco, pero el señor Williamson sabía que estaba en condiciones de expresarlas simplemente con aquel gesto.

Evitó cuidadosamente una silla que encontró en aquel camino hacia la expresión de sus sentimientos.

Al propio tiempo, al señor Williamson le pareció una idea igualmente excelente pararse junto a la horca e hiparle todo su desprecio. Así es que se detuvo un momento, pese a que continuó vacilante. Al tratar de enderezarse, el señor Williamson, como por casualidad, dio un ligero golpe a una de las figuras de los ahorcados, lo que hizo que se bamboleara en el aire y que, al volver a su primitiva posición, le diera a su vez un golpe a él.

—¡Cuidado! —exclamó, resentido, el señor Williamson.

El señor Williamson no estaba borracho pero, de haberlo estado, se habría quedado sobrio al instante, puesto que no tardó ni medio minuto en darse cuenta de que el golpe que había recibido era demasiado contundente para que se lo hubiera dado una figura de paja.

En consecuencia, clavó los ojos en la figura en cuestión.

Pero ni siquiera entonces perdió el aplomo. Giró en redondo y, con un máximo de cautela y extrema dignidad, bajó al bar. Ya allí, agarró a Roger Sheringham por el codo y lo apartó a un lado.

—Oiga, Sheringham, ¿quiere venir un momento? Sólo es un minuto.

—¿Adónde me lleva? —le preguntó Roger en tono festivo.

—Venga conmigo. Es sólo un momento. Acompáñeme simplemente.

Lleno de decisión, el señor Williamson lo condujo hasta el centro exacto del salón.

—Oiga, Sheringham... —le dijo, una vez allí.

—¿Qué?

—La he encontrado —dijo el señor Williamson.

VI

OLOR A RATA

1

ENA STRATTON estaba completamente muerta. De eso no cabía la menor duda.

Con una apresurada recomendación a Williamson para no alarmar a los presentes, Roger, con la normalidad que le fue posible aparentar, llamó a Ronald Stratton y subió corriendo con él a la azotea, comunicándole la noticia por el camino. Una vez allí, Ronald sostuvo el cuerpo que se balanceaba en el aire para aligerar de su peso la presión de la cuerda, mientras Roger le tentaba rápidamente las manos: estaban frías como el hielo.

—Me temo que está muerta —dijo—, pero debemos asegurarnos. Ve a buscar un cuchillo afilado, Ronald, para cortar la cuerda y descolgar el cuerpo. Y tráete a Colin, que tiene alguna idea de primeros auxilios. Entretanto yo la sostengo.

Ronald salió y volvió con el cuchillo, con Colin Nicolson y con Williamson, para mayor seguridad. Cortaron la cuerda, que era muy gruesa y dura, con lo cual no había quedado incrustada en el cuello de la mujer, y depositaron el cuerpo de ésta en el suelo de la azotea, a una cierta distancia de la horca. Nicolson se ocupó al instante de la víctima, a la que intentó hacer la respiración artificial.

El señor Williamson lanzó una mirada de horror al rostro desfigurado de la muerta y después, sintiéndose mareado, se apartó hacia la barandilla. La imagen de la señora Stratton no era una

visión nada agradable para un estómago revuelto como el suyo.

Después de cinco minutos de agotadores esfuerzos, Nicolson se sentó sobre sus talones.

—Me temo que es inútil... Está muerta.

Roger asintió con la cabeza.

—También yo estaba seguro, pero había que probar. ¿No hay nadie que haya llamado a la policía, Ronald? Pues habrá que hacerlo en seguida.

—Sí —dijo Ronald con gran solemnidad.

—¿Y tu hermano? ¿No se ha ido todavía? En ese caso, será mejor decírselo.

—¿Y no sería mejor meterla dentro de casa? —preguntó Ronald hecho un lío—. Ya sé que quizá nos interferimos en los hechos pero, como ya hemos tenido que cortar la cuerda y bajar el cuerpo, me parece que importa poco. No me parece bien eso de dejarla aquí fuera. Es por si...

—Está bien... —dijo Roger.

—Importa poco que la traslademos o no tratándose de un caso de suicidio tan evidente como éste —instó Nicolson—. Ronald tiene razón.

—Efectivamente —Roger le dio la razón—, realmente importa poco. Está bien, Colin, baja tú y di a las mujeres que esperen en el salón de baile. Mejor que no la vean. Nosotros la bajaremos así que Ronald haya llamado por teléfono.

—Mejor bajarla antes de llamar —dijo Ronald—. Yo entretanto iré a notificar el hecho a David.

Se dirigió hacia la puerta para meterse en la casa.

Roger, enarcando las cejas, miró a Colin y dijo:

—Si procedemos por orden de derechos, a quien hay que avisar primero es a la policía.

—¡Bah, qué importa eso ahora! Ronald tiene razón. Entremos primeramente el cadáver y coloquémoslo como corresponde. Aquí fuera hace muchísimo frío.

—Supongo que, dadas las circunstancias, el hecho importa poco. Ronald tendrá que dar la noticia a las señoras.

—Bajo yo y las saco de en medio —dijo Colin.

Una vez solo, Roger se acercó al señor Williamson para animarlo un poco.

—¿Está muerta del todo? —preguntó el caballero, que ahora se había recobrado un poco y estaba impecablemente sobrio.

—Yo creo que sí. Pero vamos a entrarla en la casa y la bajaremos por si hubiera alguna esperanza de recuperación, a la que podría contribuir el calor de la casa.

—¡Ah! —dijo el señor Williamson profundamente pensativo.

Roger lo miró un momento.

—¿Ocurre algo?

—Estaba pensando cuántas personas le estarían agradecidas si consiguiera devolverla a la vida. Nada más que esto.

—Pasada la primera impresión —dijo Roger—, probablemente muy pocas.

—Eso mismo estaba pensando. De nada serviría hacer que las cosas no fueran como son. ¿No le parece?

—Pero yo creo —dijo Roger cortésmente— que esas mismas personas a las que estamos haciendo referencia tendrán que cubrir el expediente delante de la policía, pese a que por dentro se sientan aliviadas.

—Sí, claro, por supuesto. La verdad es que yo —añadió noblemente el señor Williamson— no estoy aludiendo a nadie.

—¿Qué alusión podía hacer? —preguntó Roger con viveza.

—Me refería a decir que quizá no están tan disgustados como aparentan o, si lo prefiere, que están agradecidísimos a la muerte porque decidió quitarse de en medio. Suicidio en un momento de locura temporal, ¿verdad? Hoy mismo le he preguntado a Ronald si esta mujer estaba loca..., hace muy pocas horas. La verdad es que entonces estaba plenamente convencido de que lo estaba. Usted está de acuerdo conmigo, ¿no es verdad? Estaba loca, ¿no le parece? ¿Qué dice?

—De remate —asintió Roger—. Habrá que decírselo a la policía, desde luego. Esto les va a ayudar mucho.

—¿Ah, sí? Bueno, ya entiendo qué quiere usted decir. Sí, por supuesto, seguro que les va a ayudar. Sí, claro.

La llegada de Ronald Stratton y de su hermano puso fin a aquella conversación un tanto enrevesada.

Visto a la luz de la luna, el rostro de David no parecía haber experimentado ningún cambio de color y puede decirse que fue casi con mirada inexpresiva que contempló unos momentos el cadáver

de la que había sido su mujer. Era imposible decir qué sentimientos le embargaban o incluso si tenía alguno.

Ronald, por fin, le tocó suavemente el brazo.

—Bien, David. Deja ya de mirarla. Roger y yo vamos a llevarla abajo.

Igual que si de pronto se hubiera transformado en un autómatas, David se apartó obedientemente a un lado. Tampoco hizo el menor gesto de ayuda cuando su hermano y Roger levantaron entre los dos el cadáver y lo trasladaron, pasando por delante de la puerta cerrada del salón de baile, al piso de abajo, dejando al señor Williamson solo en la azotea.

—La llevaré a mi cuarto —murmuró Ronald—. En este momento no hay otro vacío.

Dejaron el cuerpo sobre la cama, mientras Ronald, con un estremecimiento que no fue capaz de evitar, cubría el rostro de la mujer con una pequeña toalla. Desde la puerta, David los miraba con aire totalmente ausente.

Ronald se volvió a Roger.

—Una cosa: una vez se haya llamado a la policía, el asunto se nos va de las manos. En menos de un cuarto de hora se plantan aquí. ¿Estamos seguros de que no hay que hacer nada más antes de que vengan?

Roger disimuló un cierto sobresalto.

—¿Qué, por ejemplo?

—Pues bien... —titubeó Ronald—, me estoy refiriendo a la fiesta. La cosa tiene un cariz un poco extraño, ¿no encontráis? Asesinos famosos y sus víctimas y una de las personas que asiste a la fiesta va y se cuelga. Posiblemente van a hacer preguntas en relación con la sugestión involucrada en el tema de la fiesta. Lo más seguro es que el *coroner* encargado de investigar el caso se sienta un poco intrigado en relación con este particular.

—Yo, de todos modos, no veo cómo puedes ocultar la realidad. Las mujeres llevan puesto su disfraz y tú lo mismo.

—Podríamos cambiarnos.

—Demasiado arriesgado —dijo Roger, decidido—. Daría la impresión de que estabas tratando de ocultar alguna cosa.

Ronald contempló un momento el traje de terciopelo con el que iba vestido.

—Bueno, de todos modos, yo voy a cambiarme, pese a que parezca lo que sea. No estoy para enfrentarme con la policía vestido de esta guisa. David también se ha cambiado de ropa. Y en cuanto a ti y a Williamson, lleváis traje de etiqueta. Colin no tiene más que eliminar la churrera de papel. ¿Por qué no decimos que las mujeres van disfrazadas y dejamos las cosas así?

—Supongo que no hay inconveniente en que te cambies, si consideras que es importante.

—Yo pienso que lo es, ya que de otro modo los periódicos meterán las narices en el caso y sólo Dios sabe cómo puede acabar la cosa.

—Sí, es posible. ¿Y la señora Stratton?

—¿Ena? Pues también iba disfrazada, como todas... de criada.

—Sí, y éste es un punto importante, ya que precisamente porque lleva ese traje negro, recto y poco llamativo, hemos tardado tanto en encontrarla. De haber llevado un vestido de noche corriente, la señora Williamson, yo o cualquier otra persona que hubiera subido a la azotea no habríamos dejado de verla. En consecuencia, esa cuestión del disfraz es un punto importante.

—Sí, ya veo. Entonces voy arriba a hablar con las señoras y a advertirles que ni una palabra sobre asesinos ni víctimas. En caso necesario, que hablen de personajes históricos a los que se adapten sus disfraces.

—¡Ah!, y no te olvides de los médicos. No creo que tenga mucha importancia hablar de todos los que han asistido a la fiesta, pero tanto Chalmers como Mitchell estaban en la casa después de que la señora Stratton saliera del salón de baile, así es que es muy posible que la policía también quiera interrogarlos. De hecho, lo mejor que podrías hacer sería llamar a uno de ellos, o a los dos si quieres, y decirles que vengan en seguida. Podrías hacerlo incluso antes de llamar a la policía. En realidad, sería necesario que un médico viera el cadáver cuanto antes. Lo mejor es que te des prisa, Ronald.

—Sí, en seguida lo hago. Date cuenta, de todos modos, que no hace más de ocho minutos que me han avisado para que subiera a la azotea —dijo Ronald, echando una ojeada a su reloj de pulsera—, y que no puede decirse precisamente que haya perdido el tiempo. Entretanto, lleva a David arriba y dale un buen trago, ¿no te parece que lo necesita? —añadió en voz baja.

Roger asintió con un gesto.

No era probable que David Stratton abrigara un gran afecto por su esposa y, disipada la conmoción brusca provocada por la noticia de su muerte, lo más seguro es que no sintiera un gran disgusto. De todos modos, parecía un poco aturullado.

—¿Subes conmigo, Stratton? —le dijo Roger.

David no le respondió.

Ronald, al pasar por su lado en el momento de atravesar la puerta de la habitación, le dio un fraternal pellizco en el brazo:

—¡Animo, David, compañero! Sube conmigo y tomemos una copa —repitió Roger.

David lo miró.

—Sí, me conviene tomarla —dijo con voz perfectamente normal. Y siguió a Roger escaleras arriba, igual que un niño.

2

—Así es que, por fin —dijo Roger, pensativo—, ha acabado por hacerlo.

—¿Por qué ese «por fin»? —preguntó la señora Lefroy.

Estaban de pie, solos en la habitación del bar, ante el fuego de la chimenea. Después de dar la noticia a las mujeres, Ronald había telefoneado a los dos médicos y a la policía y en aquellos momentos estaba abajo, cambiándose de ropa. Celia Stratton se había hecho cargo de su hermano pequeño, a quien ni siquiera el trago administrado por Roger parecía haber sacado del estado de trance en que se hallaba, provocado por la sorpresa, la incredulidad, el secreto alivio o cualquiera que fuese el sentimiento que, momentáneamente, lo embotaba. Estaban presentes en el salón de baile Colin Nicolson y los Williamson, discutiendo sobre si Lilian Williamson debía sacarse los pantalones de su marido o de si esta medida podía parecer sospechosa a los ojos de la policía local.

—¿Por qué ese «por fin»? —repitió Roger—. Pues porque, sin ir más lejos, esta misma noche ella me ha dicho lo mucho que le gustaría suicidarse y que lo haría con sumo placer si encontrase una manera fácil de «marcharse».

—Creo que le había dicho lo mismo a Osbert —dijo, asintiendo

con un gesto, la señora Lefroy.

—En efecto. Ella misma me lo ha dicho.

Hubo una pequeña pausa.

—Ésta —dijo la señora Lefroy, hablando como aquel que toma un cúmulo de precauciones antes de hablar— podría ser una información muy buena para la policía.

—Sí, pese a que yo —dijo Roger con aire meditabundo, recordando vívidamente el desfigurado rostro de Ena— no habría dicho nunca que ahorcarse fuera una manera fácil de marcharse, ¿verdad?

—Supongo que depende de la situación —dijo la señora Lefroy de una manera un tanto vaga, al tiempo que, con nerviosas sacudidas, se arreglaba los fruncidos del blanco satén que cubría su talle.

Roger se dio cuenta de que sus manos eran muy bonitas, blancas y pequeñas.

—Dicho sea de paso —continuó—, yo nunca habría pensado, ni por un momento siquiera, que dijera en serio una sola palabra de lo que decía. Esto es algo muy evidente. Suponía que hablaba para la galería, como hacía siempre. Bueno, me imagino que esto servirá para desmentir el cliché de siempre, ¿no le parece?

—¿Qué cliché?

—Pues el que afirma que los que hablan de suicidarse, no se suicidan nunca. Y sin embargo —dijo Roger con aire meditabundo— yo habría jurado que el cliché era, en el caso de ella, más válido que en el de nadie. Cuanto más pienso en ello, más me parece que hablaba por hablar, aunque por otra parte no creo que pueda tratarse de ningún accidente.

—¿Estamos asistiendo a las elucubraciones del cerebro del famoso detective, puestas al descubierto para nuestro deleite? —preguntó la señora Lefroy con una carcajada que sonó un poco forzada.

—No creo —dijo Roger con una sonrisa—, pero si gusta escuchar la opinión del famoso novelista, le diré que un caso como éste no es apto para la literatura. Para encontrar un ejemplo de intrepidez como éste hay que beber en la vida real.

—¿Qué quiere decir?

—Pues me estoy refiriendo a la coincidencia de las

circunstancias. Nos encontramos con una mujer cuya existencia es fuente de incomodidades, y acaso de algo más que de incomodidades, para diferentes personas y que el hecho es así en virtud de una serie de razones. Y precisamente en el momento en que esas personas están sintiendo con más fuerza que nunca el peso de estas incomodidades, la interesada, en un alarde de cortesía y de la manera más inesperada, va y se suicida. Hay que admitir que la coincidencia es demasiado flagrante para que pueda ser digerida por la literatura.

—¿En serio se lo parece? —preguntó la señora Lefroy mostrándose un poco en desacuerdo—. A mí no me parece tan flagrante como eso.

—Bueno... es simplemente una coincidencia, desde luego, pero nada más.

—Claro, claro —dijo Roger.

Se quedaron unos momentos contemplando el fuego.

La señora Lefroy apoyó el brazo desnudo en la viga que formaba la áspera repisa de la chimenea, mientras que con la punta de su zapato, de satén blanco hurgaba en las cenizas apagadas que rodeaban la hoguera.

—¡Ojalá la policía se apresure y llegue cuanto antes! —exclamó de pronto.

—Hace un momento que decía que temía su llegada.

—¿Eso he dicho? ¡Vaya estupidez decir una cosa así! Por supuesto que no estoy nada asustada —dijo la señora Lefroy, con una sonrisita de lo más falso.

Roger no dijo nada.

Seguramente, la señora Lefroy leyó algo en aquel silencio y en su leve reconvención, puesto que añadió:

—Sí, tiene usted razón. Temo a la policía. Sería una ridiculez fingir que no es así.

—¿Y por qué la teme?

La señora Lefroy lo miró con aire desafiante.

—Porque no hay en esta familia ni una sola persona que no esté absolutamente encantada de saber que Ena está muerta. De nada sirve andarse por las ramas. No sirve de nada. Y tengo mucho miedo de que la policía capte este sentimiento general.

—¿Pero hay alguna razón particular para que la policía no capte

ese sentimiento? Me refiero a que, como usted acaba de decir, la señora Stratton no era una persona nada agradable y, para no andarme tampoco yo por las ramas, debo decir que es mucho más útil para la comunidad muerta que viva. Pero ¿qué importancia tiene que la policía lo sepa?

—Pues, que no es una cosa... muy agradable, ¿no encuentra? —dijo la señora Lefroy, como protegiéndose.

—Una muerte súbita no es nunca una cosa agradable —dijo Roger con gran solemnidad.

La señora Lefroy hizo un movimiento de impaciencia.

—No diga lugares comunes, por favor.

—¿No estaba usted también expresando lugares comunes, señora Lefroy?

—Bien, usted sabe perfectamente lo que quiero decirle. Y supongo que usted piensa lo mismo. Si quiere que se lo diga lisa y llanamente, tengo mucho miedo de que, si la policía capta este sentimiento general, a lo mejor le da por figurarse alguna cosa descabellada.

—Sí —tuvo que admitir Roger con un suspiro—, tiene usted razón. Yo también lo he pensado.

3

El doctor Chalmers llegó antes que la policía. Subió solo las escaleras. Roger, que estaba de pie junto a la chimenea, al dar una ojeada a su alrededor, lo vio subiendo el último tramo.

—¡Hola, Chalmers! Con qué rapidez ha venido...

—Todavía no me había metido en cama. Es una cosa terrible, Sheringham.

—Sí. ¿Ha visto a Ronald?

—No, acabo de llegar y la puerta principal sigue sin estar cerrada. ¿Dónde está?

—En el cuarto de baño de su cuarto, supongo. Está cambiándose de ropa.

—¿Y... la señora Stratton?

—En la cama de Ronald. ¿Quiere que diga a Ronald que ha llegado?

—Sí, muy bien, gracias. De todos modos, yo mismo puedo ir a buscarlo.

El doctor Chalmers dio media vuelta y se fue escaleras abajo.

—¿No se ha fijado? —dijo Roger a la señora Lefroy con toda naturalidad—. ¿No se ha dado cuenta de cómo ha cambiado sus maneras? Antes no se habría dicho siquiera que era médico, a no ser por el leve olor a éter del que siempre están impregnados los de su profesión. Pero ahora no podría ser otra cosa que un médico. Incluso tiene voz de médico de cabecera.

—Sí —dijo la señora Lefroy.

Por la puerta de la sala de baile asomó Colin Nicolson.

—¿Era la policía? —preguntó.

—No, Chalmers.

Lilian ha decidido cambiarse de ropa. No tengas prisa, Lilian. No era la policía; Agatha, supongo que no te has olvidado de quién eres, ¿verdad?

La señora Lefroy lo contempló con aire ausente un momento hasta que su rostro volvió a adquirir su expresión normal.

—¡Oh, sí, por supuesto! Soy Enriqueta de Francia ¿no es eso? De todos modos, me parece que la cosa no tiene demasiada importancia.

Lilian Williamson salió a toda prisa para cambiarse, mientras su marido la seguía fuera de la habitación e iba a reunirse con el grupo que estaba en la habitación contigua. Nicolson empezó a predecir qué preguntas haría la policía.

Roger se quedó un momento con ellos con aire indeciso, después de lo cual se encaminó hacia las escaleras. De pronto le había dado el antojo de ir a la azotea a echar una ojeada más tranquila al lugar de los hechos antes de que llegase la policía.

4

Pero allí había poco que ver.

Poquísimo, en realidad: los gruesos palos que servían para la horca, alguna silla desperdigada para los dispuestos a desafiar la temperatura de una noche de abril y un pequeño emparrado, fijado en recipientes de madera llenos de tierra, en el que se veían los

troncos desnudos de una enredadera de Virginia y de un *Polygonum baldschuanicum* retorciéndose entre los palos. Nada más.

Sin embargo, a Roger le parecía que tenía que haber algo más.

Pese a que no sabía exactamente qué podía ser, no se sentía satisfecho. Le parecía demasiado perfecto, demasiado hecho a medida, demasiado oportuno que Ena se hubiera suicidado justo en aquel momento en que a todos les iba tan bien que lo hiciera.

¿Acaso sospechaba la señora Lefroy que su futura cuñada no se había suicidado, en realidad? La señora Lefroy no sólo era una mujer perspicaz, sino además inteligente. Había algo que la preocupaba. ¿Era simplemente lo que ella misma había confesado o se trataba de un temor más profundo, más inconfesable?

De todos modos, estaba fuera de toda duda no podía tratarse de otra cosa que de un suicidio. No había ninguna otra manifestación de nada más, ni el más leve signo que indicara que era otra cosa que un suicidio. Aparte de que Roger esperaba sinceramente que se hubiera suicidado. Le habría dolido extraordinariamente ver colgada a una persona decente por culpa de una excrescencia humana tan poco digna como aquélla.

Y sin embargo...

Se quedó un momento debajo del triángulo formado por la horca, contemplando los maderos transversales. Estaban altos. Sobre las cabezas de las dos figuras de tamaño natural que colgaban de la horca había tres buenos palmos de cuerda, mientras que los pies de las figuras estaban como mínimo a medio metro del suelo. Los palos transversales debían de estar a tres metros y medio o más del suelo.

Sin embargo, ¿qué importancia podía tener aquello?

Roger fue a buscar una silla, que estaba colocada entre la horca y la puerta que daba entrada a la casa, la puso junto a una de las bamboleantes figuras y se montó en ella. Su cuerpo estaba prácticamente al mismo nivel que el de la figura, puesto que los cuellos parecían encontrarse en el mismo plano. Desde allí le habría costado muy poco deshacer el lazo que rodeaba el cuello de cualquiera de las dos figuras y atarse la cuerda alrededor del propio. Seguramente la cuerda le habría caído un poco sobre los hombros, pero no tanto cuando el lazo estuviera tirante. Era indiscutible que Ena Stratton debía haberse colocado de la misma

manera que él y que había hecho sus mismos cálculos.

De un salto volvió a pisar el suelo de la azotea. La silla, empujada por sus pies al saltar, se volcó ruidosamente, provocando una imprecación de labios de Roger. Tenía los nervios alterados, lo que venía a añadirse a su sensación de frustración.

Sin embargo, no entendía por qué había de sentirse frustrado. Si allí no había nada que descubrir, de nada servía empeñarse en descubrirlo. Aparte de que él deseaba que no hubiera nada que descubrir. Entonces, ¿por qué había de sentirse frustrado si no había nada que se ofreciese a su descubrimiento?

Se metió en el solárium, encendió la luz y echó una mirada alrededor. Al no observar nada de particular, volvió a salir a la azotea.

De pronto se sintió sobresaltado por algo que acababa de ocurrírsele: ¿dónde estaba el tercer muñeco?

Tardó veinticinco segundos en encontrarlo, oculto en la sombra del emparrado.

Allí estaba, grotescamente acurrucado. Desde el lugar donde se encontraba hasta la horca no había nada, por lo que dedujo que había sido arrojado a aquel rincón, tal vez propulsado de un puntapié. Roger se arrodilló para examinarlo y descubrió que estaba decapitado. Le costó uno o dos minutos encontrar la bola de paja trenzada que se había utilizado como cabeza del muñeco, metida en un hueco en dirección al solárium. Se preguntó cómo podía haber ido a parar hasta allí.

Pero lo que se preguntaba con mayor insistencia era si la figura podía haber caído o si había sido arrancada. La respuesta a esa pregunta podía ser muy significativa, pero Roger no veía de dónde podía sacar la respuesta. En cualquier caso, el haz de mechones visibles en la parte superior del palo no indicaba ni una cosa ni otra.

Ahora bien, ¿qué importaba esto? Lo que él estaba haciendo no era otra cosa que matar el tiempo, haciendo de detective hasta que llegara la policía de verdad, tratando de ir más allá de lo que los hechos permitían. En la historia del crimen había coincidencias mucho más impresionantes que aquélla. Era indudable que Ena Stratton se había suicidado... y que el hecho resultaba beneficioso para todos, incluida la atormentada señora protagonista de los

hechos. Y no había que darle más vueltas, por lo que lo mejor que podía hacer era volver abajo y comportarse como una persona sensata y, antes de que llegase la policía, tomarse otra jarra de cerveza.

Se encaminó rápidamente a la puerta de entrada a la casa.

Sin embargo, algo hizo que detuviera allí sus pasos y que se volviera un momento para dar una última ojeada a la azotea, tal vez obedeciendo a algún residuo de aquel sentido extraordinario que se negaba a ser acallado y que, de manera automática, rechazaba cuanto de improbable había en la naturaleza humana, pese a lo plausible de las argumentaciones bajo las que pudiera presentarse. Con las manos en los bolsillos, permaneció allí un momento, dejando que sus ojos vagaran lentamente por todo el espacio que se extendía ante él, como ofreciéndoles la última oportunidad de captar algún detalle ante el cual hubieran estado ciegos hasta aquel momento.

Fue en aquel momento que Roger dictaminó, no sin incrédulo sobresalto, que sus facultades estaban menguando, puesto que el detalle en el que aterrizaron sus ojos no era de poca monta, sino que habría podido ser comparado a un enorme, deslumbrante y encalado elefante metido entre todos los detalles posibles: nada menos que aquella silla caída con la que él mismo había tropezado.

No fue hasta aquel momento cuando advirtió que allí donde ahora había una silla, antes no la había. Era a todas luces evidente que la señora Stratton no había dado un salto certero y alígero para cazar al vuelo el lazo que se le ofrecía, sino que para colgarse le había sido necesario primero ajustarse el lazo alrededor del cuello y después saltar desde una altura al vacío. Y el hecho es que allí no había ninguna.

Aquel fantasma que lo andaba pinchando en medio de las nebulosas mentales que lo envolvían tenía razón: se había cometido un crimen.

VII

REALIDADES E IMAGINACIONES

1

ALLÍ, EN LAS MISMAS NARICES de Roger Sheringham, se había cometido un asesinato.

Pese a la tragedia que encerraba el hecho, Roger apenas conseguía disimular una sonrisa ante la audacia del acto. Tenía plena conciencia de la fama de que gozaba entre los profanos en la materia y a veces incluso sentía una especie de orgullo infantil al comprobarla. Pero allí había quien la consideraba inmerecida: sí, alguien que sabía que no podía cometerse un error tan colosal como no ver que el cuerpo de un ahorcado debía estar acompañado de la consiguiente silla volcada que era su corolario natural. Y Roger tenía que admitir que el desconocido no habría cometido aquel error de no contar con la estupidez de Roger Sheringham. Sólo por azar se había dado media vuelta, justo cuando se encontraba en la puerta, para echar un último vistazo al escenario.

Roger volvió a sonreír.

Volvió a darse la vuelta, atravesó la puerta y se encaminó escaleras abajo. Había sido la enorme suerte que acompañaba al asesino la que había colocado una silla volcada allí donde debía de haber habido una silla volcada y Roger no tenía intención de interferirse en ella. Que la policía hiciera lo que quisiera con aquel hallazgo.

Roger estaba acostumbrado a mirar las cosas de frente. Era un

hecho, lamentable o no, que la señora Ena Stratton no supusiera nada para él como persona, ni muerta ni viva. No era menos realidad que, como ser humano, había espantado cualquier simpatía en relación con su destino. Es más, ella misma había precipitado el destino que le había correspondido. Roger no encontraba en su conciencia ningún impulso que lo llevara a ayudar a la policía a vengarla.

Sin embargo, tenía la impresión, de hecho reconocía, aquel reto que lo afectaba personalmente y la satisfacción sacudía de sus espaldas toda la fatiga que pudiera sentir. No, no volvería a retirar aquella silla, de la misma manera que tampoco contaría a las autoridades todo lo que sabía. Todavía no. De momento dejaría que la situación se desarrollase como una batalla de cerebros.

Se apresuró a bajar las escaleras. Antes de que llegara la policía, dadas las cosas que ahora sabía, quería dar otra mirada al cadáver, esta vez solo.

2

El doctor Chalmers todavía no había terminado su examen. Con el estetoscopio colgado del cuello, estaba inclinado sobre la cama justo en el mismo momento en que Roger asomaba por la puerta de la habitación.

—Supongo que no hay ninguna esperanza —preguntó Roger, con aire vacilante.

El doctor Chalmers echó una mirada a su alrededor y se enderezó.

—Ninguna. Un asunto terrible. ¿Qué impulso la habrá llevado a quitarse la vida de esa manera?

—Así que usted piensa que se trata de un suicidio, ¿verdad?

El doctor Chalmers clavó los ojos en Roger, con la sorpresa pintada en su amable rostro.

—¿Cómo? ¿Qué otra cosa podría ser?

—No ninguna otra, supongo que ninguna otra —dijo Roger, quitando importancia a sus palabras—. Lo que yo me preguntaba es si existía la posibilidad de que hubiera podido producirse un accidente cualquiera. Mire usted, después de haberla conocido, yo

habría jurado que no correspondía en nada al tipo de los suicidas... claro que yo apenas la conocía.

El doctor Chalmers cubrió cuidadosamente el cadáver con la colcha antes de contestar:

—¿De veras lo habría jurado? —preguntó lentamente—. Bueno, por supuesto que este aspecto entra más en su campo que en el mío, pero yo habría afirmado sin titubeos que el carácter neurótico y egocéntrico de Ena presentaba predisposición al suicidio. De todos modos, puedo equivocarme. La psicología de los seres morbosos no abunda mucho en el terreno en el que suele moverse el médico de medicina general, pero debo decir que, aunque me impresionó mucho la noticia cuando Ronald me la comunicó, para mí no fue una gran sorpresa.

—¿Esto quiere decir que está dispuesto a afirmar en sus declaraciones que, de acuerdo con su opinión profesional, la señora Stratton era una persona propensa al suicidio? —preguntó Roger mientras para sus adentros hacía votos para que Chalmers saliera de la habitación cuanto antes.

—Yo lo creo así —dijo el doctor Chalmers, interesado—, a menos que me convenza usted de lo contrario.

Daba la impresión de que estaba dispuesto a dilucidar el problema en aquel mismísimo instante.

—No claro —dijo Roger con energía—. Seguramente tiene usted razón.

A lo que veía, el escenario estaba preparándose para un ineludible veredicto de suicidio mientras Roger, por su parte, no tenía ni la más mínima intención de interferirse, especialmente dadas las circunstancias.

—Bien —añadió—, supongo que querrá ver a Ronald. ¿Está cambiándose?

—No, hace un minuto que ha estado aquí y me ha dicho que se iba arriba.

—Supongo que, como alguien debe quedarse con el cadáver —dijo Roger arteramente—, puedo ocuparme yo de este cometido mientras usted sube arriba con los demás.

El doctor Chalmers se quedó un momento sopesando, al parecer, lo oportuno de la sugerencia que se le hacía y después asintió.

—Gracias. De todos modos, no creo que tenga que esperar más

de uno o dos minutos. La policía no puede tardar.

—Deduzco que usted vive más cerca de aquí que el doctor Mitchell —dijo Roger con naturalidad, mientras su interlocutor se dirigía a la puerta.

—Sí, los dos vivimos en Westerford, pero Frank está en la otra punta.

Roger aguardó a que la puerta estuviera bien cerrada y en seguida se precipitó hacia la cama.

Después de levantar la colcha, se quedó un momento mirando el cuerpo de Ena Stratton. Todavía iba vestida exactamente como en la fiesta e incluso llevaba el gorro desgarradamente colocado sobre la cabeza. A Roger no le pareció que el vestido estuviera roto ni deteriorado en ningún aspecto. Si había habido violencia, debía de haber sido una violencia muy comedida. Le hubiera gustado mucho comprobar si el cuerpo tenía alguna señal o huella de contusiones, pero era imposible. Violentándose para observar con toda imperturbabilidad el rostro de la mujer, no detectó ninguna. Con dedos cautelosos, tentó delicadamente la cabeza por la parte de la nuca, pero su exploración no se vio recompensada con el hallazgo de ningún bulto o hinchazón.

Le levantó las manos e inspeccionó con detenimiento el espacio de piel debajo de cada uña.

Todo cuanto pudo ver sin ayuda de la lupa fueron unas minúsculas hebras que evidentemente correspondían a la cuerda de la que había estado colgado el cuerpo y algunos fragmentos de piel. Tal como Roger se esperaba, a uno y otro lado del cuello había unos rasguños largos y profundos. Antes de perder la consciencia, Ena Stratton debió de luchar desesperadamente con la cuerda que la sofocaba. También las palmas de sus manos mostraban señales inequívocas de excoiaciones.

Pero aquello no significaba necesariamente que todos los pequeños grumos de piel de debajo de las uñas procediesen de su propio cuello. O el asesino había conseguido zafarse con presteza suficiente del alcance de sus uñas o alguien en la fiesta llevaba un arañazo fresco en las manos o en la cara.

A Roger no le fue posible investigar la respuesta a tan interesante pregunta hasta que llegó la policía y lo liberó de su tarea de vigilancia.

La casa de Ronald Stratton, Sedge Park, se encontraba a unas tres millas de distancia de la pequeña ciudad de Westerford. El agente que estaba de servicio en la comisaría tuvo que cubrir aquella distancia con su bicicleta. Llegó exactamente a los trece minutos de haber telefonado Ronald, tiempo que, dado el número de cosas que el buen hombre tuvo que hacer antes de abandonar la comisaría, no estaba nada mal. Ronald, muy conocido de todos los miembros de la policía de Westerford, a todos los cuales conocía igualmente bien, lo acompañó al dormitorio, donde en seguida comenzó a hacer las preguntas de rutina.

«Trabajo totalmente inútil —pensó Roger, mientras lo dejaba ocupado en aquella tarea—, puesto que el inspector, cuando llegue, hará exactamente las mismas preguntas; pero hay que pasar por ello».

Se dirigió nuevamente escaleras arriba.

La mayoría de los invitados estaban reunidos en la gran sala que tenía uno de los laterales abiertos a la escalera principal, donde había sido instalado el bar. Casi todo el mundo estaba muy cansado y la conversación resultaba un tanto espasmódica, pero irse a la cama había quedado totalmente excluido de programa. Ronald ya les había advertido que era casi seguro que la policía querría interrogar a todo el mundo, por lo que todos, unos de pie y otros derrumbados en los grandes butacones de cuero, estaban muy comedidos contemplando con fijeza el fuego de la chimenea.

Con la llegada de Roger pareció que se veían sacudidos por una oleada de interés y el doctor Chalmers preguntó si ya había llegado Frank Mitchell.

—No —explicó Roger—, pero la policía sí ha llegado. Ha venido un agente y ha dicho que el inspector tardaría entre cinco y diez minutos en llegar.

Echó un vistazo a los circunstantes: no observó ningún arañazo visible en ninguna de las caras. Casi había esperado descubrirlo.

Se reunió con el doctor Chalmers junto al fuego e inició una conversación en voz baja.

—¿Ha llegado a alguna conclusión con respecto al tiempo que

puede hacer que esté muerta? —preguntó.

El doctor Chalmers lo miró con aire inquisitivo.

—¿El tiempo? —se limitó a repetir.

—Sí, no sé si debe de haber cometido el acto inmediatamente después de abandonar el salón de baile o si ha estado pensándolo primero.

—¡Ah, ya entiendo! Bueno, es difícil precisar cuando la diferencia es de minutos. Le he tomado la temperatura y, basándome en este dato y en algunas otras indicaciones, yo diría que, teniendo en cuenta el frío reinante en el exterior, debe de llevar muerta como mínimo dos horas.

—Dos horas... —dijo Roger pensativo—. Eso quiere decir que ha cometido el acto inmediatamente.

—Sí, me figuro que así ha debido de ser. La escena que hubo en el salón, justo después de salir yo, me la ha contado mi esposa...

—Sí —dijo Roger, distraído—, sí... A propósito, ¿cómo es el inspector?

—Es un buen hombre. No es quisquilloso, pero sí concienzudo. Por supuesto que analizará los detalles, pero en un caso tan claro como éste, me parece que tiene poca cosa que hacer.

—Claro —dijo Roger—, a mí me parece lo mismo.

Tenía los ojos clavados en la parte superior de la escalera, perfectamente visible a través de la baja balaustrada que había sustituido la pared que en otro tiempo cerraba la sala. La escalera terminaba en un pequeño rellano, a partir del cual se accedía a la sala de baile. El rellano continuaba unos cuantos metros más allá de la puerta de entrada del salón de baile y al final del mismo, a la izquierda, se iniciaba el breve tramo de escaleras que conducían a la azotea. La escalera atravesaba uno de los gabletes que todavía quedaban, por lo que su mitad superior quedaba oculta desde el bar; sin embargo, la mitad inferior y todo el rellano eran perfectamente visibles. Por tanto, cualquiera que hubiera subido a la azotea habría sido detectado por los que se encontraban en el bar.

La conversación con el doctor Chalmers fue decayendo mientras Roger reflexionaba sobre aquella desanimada conversación a dos bandas y trataba de convertirla en animado coloquio a cuatro bandas.

Cualquiera que subiera a la azotea tenía que ser visto por los que se encontrasen en el bar. Sin embargo, nadie sabía dónde había ido Ena Stratton, lo que quería decir que no había nadie en el bar cuando ella había subido porque ni la persona más entregada a la bebida habría podido dejar de darse cuenta de su salida y de su paso en dirección a las escaleras. En consecuencia, si el asesino la había seguido inmediatamente a la azotea, quería decir una vez más que en aquel momento no había nadie en el bar o, en todo caso, nadie capaz de detectar su paso. Con todo, tampoco había que olvidar que el asesino podía encontrarse ya en la azotea cuando ella había subido y que los dos podían haber coincidido allí.

Así pues, la pregunta obvia era la siguiente: ¿quién estaba en el salón de baile en aquel momento y quién permaneció en él? Ya que no era posible construir, por lo menos cabía la posibilidad de proceder por eliminación.

Sin advertir que a ojos del doctor Chalmers su forma de proceder podía parecer de lo más grosero, Roger se metió las manos en los bolsillos, se volvió de espaldas a su interlocutor y, absorto en sus pensamientos, se encaminó hacia el rellano y, una vez allí, apoyó la espalda en el sólido pilar que remataba la balaustrada y, frunciendo ferozmente el ceño, trató de forzar su memoria a retroceder y reconstruir lo ocurrido en las dos últimas horas.

El primero que quedó eliminado fue el doctor Chalmers, puesto que estaba ausente de la casa. Ronald, la señora Lefroy, Celia Stratton y la señora Williamson habían formado con él el grupo que se había dedicado a testimoniar su amabilidad a David Stratton. Sí, y también Margot Stratton y Mike Armstrong. Así pues, todos ellos quedaban eliminados. ¿Quién quedaba? Williamson, Colin Nicolson, la señora Chalmers, el doctor Mitchell y su esposa... pero los dos últimos habían sido los primeros en volver a iniciar el baile... se acordaba muy bien, porque justo antes de que él acompañara a David Stratton... ¡Claro! Había que empezar de nuevo. Él mismo había estado en el bar a los pocos minutos de haber desaparecido la señora Stratton, él mismo había estado montando la guardia en el único camino de acceso a la azotea. ¿Había pasado alguien por el rellano y emprendido el camino escaleras arriba en aquel momento? Roger sonrió al tiempo que hacía un gesto de exasperación. Ni siquiera, de haberle ido la vida en ello, habría podido asegurarlo.

¡Ésta es la prueba que puede dar un hombre puesto en situación de peligro! Era un hecho que Roger Sheringham no tenía la más mínima idea acerca de si alguien se había escabullido o no del salón de baile.

Con todo, el cariz de sus cavilaciones no había sido del todo inútil. Una cosa, por lo menos, era segura. David Stratton, que al fin y al cabo tenía más motivos que nadie para asesinar a su esposa, no había podido ser el asesino, puesto que durante el período de tiempo verdaderamente crítico había estado en compañía de Roger.

Bueno, aquél ya era un paso, y un paso importante.

Roger levantó la vista y descubrió que Colin Nicolson estaba diciéndole algo:

—¿... el gran hombre? —decía Colin.

—¿Te importa repetirlo, Colin? —dijo Roger educadamente.

—Estaba diciendo: «¿En qué cavilaciones se encuentra metido el gran hombre?». Quizá no esté del todo bien expresado, pero eso es lo que he dicho.

Nicolson levanto una mano y, con el gesto eterno del varón vestido de etiqueta, se arregló el lazo de la corbata.

Roger observó, interesado, la mano: justo más arriba de los nudillos, la mano lucía un arañazo fresco.

4

Por supuesto que era totalmente imposible que Colin Nicolson pudiera ser el asesino de la señora Stratton. Era una posibilidad que quedaba totalmente descartada. Era tan incapaz de asesinar como de robar a una viuda ciega y, por otra parte, apenas conocía a la señora Stratton... posiblemente ni siquiera había hablado con ella en toda la noche. Quedaba absolutamente eliminada la posibilidad de que hubiera hecho una cosa tan increíble como aquélla.

Pese a todo, Roger estaba buscando una persona con un arañazo fresco y visible y había encontrado un arañazo fresco y visible en la mano de Colin. Así pues, Colin debía dar una explicación que justificara el arañazo.

—¿En qué estaba pensando? —repitió Roger con aire distraído.

—Un caso de lo más interesante, qué duda cabe. Debo decir que

es un asunto sumamente curioso. Oye una cosa, ¿cuánto tiempo piensas que la policía va a retenernos?

—Pues supongo que la noche entera. Parece que te has arañado la mano, Colin —dijo Roger con voz suave.

—Sí, una buena estocada.

—Sí, realmente. Vayamos a la azotea.

—¿A la azotea?

—Quiero tomar un poco de aire fresco.

—¡Menudo aire fresco el de la azotea! Además, acabamos de bajar. No, no, si quieres aire fresco, sube solo.

—Dicho sea de paso, Colin, me gustaría hablar a solas contigo..., lejos de toda esta gente.

—¡Eres un plomo, Roger! De acuerdo, supongo que no me dejarás tranquilo hasta que te diga que voy contigo.

Roger consiguió que Colin, de mala gana, lo acompañara a la azotea.

—¡Vamos, buen chico! Tendrías que hacer algo con este arañazo, Colin. ¿Cómo te lo has hecho?

—¡Bah, no es nada! ¿Crees que me voy a desmayar cada vez que me haga un arañazo? Bueno, ¿qué tienes que decirme ahora que me tienes aquí? —preguntó Colin levantándose el cuello de la chaqueta—. Por el amor de Dios, date prisa y acaba de una vez.

Roger cogió la mano de su amigo y examinó el arañazo. Era ancho, pero no profundo.

—¿Cómo te lo has hecho, Colin? —repitió.

—¡Vamos, hombre, y eso qué importa!

—Simplemente quiero saberlo.

Colin lo miró fijamente.

—Te encuentro muy suspicaz. ¿Qué es lo que llevas entre manos?

Roger se echó a reír, como quitando importancia al asunto.

—Me limito a ejercer mis conocidos poderes. Sea lo que fuere lo que haya podido causarte este arañazo, querido Colin, no puede tratarse, por ejemplo, de un alfiler. Obsérvalo tú mismo.

—¿Qué maldita importancia tiene lo que haya podido causarlo?

—Ninguna importancia. Sólo se trata de mi irreprímible curiosidad. No me lo digas si se trata de una cosa de carácter personal.

—¿Y por qué ha de tratarse de una cosa de carácter personal, quieres decírmelo, maldito cotilla?

—Bueno, yo diría que es un arañazo causado por las uñas de alguna persona. En realidad, si no te conociera tan bien como te conozco, Colin, diría que te has puesto pesado con alguna señora y que ella ha recompensado tus desvelos.

Por fin la insistencia de Roger se vio premiada.

—Bueno, pues te equivocas de medio a medio —dijo Colin, indignado—, y nadie que no tuviera una mente tan retorcida como la tuya pensaría en lo que me acabas de decir. Ya que eres tan curioso, te diré que me lo he hecho con un cristal roto.

—¿Y dónde has estado jugando con cristales rotos?

Colin, a regañadientes, dio los detalles pertinentes: había roto un vaso en el bar y había escondido los trozos debajo de la mesa.

VIII

LAS COSAS SE VUELVEN CONTRA ROGER SHERINGHAM

1

—ACEPTO TUS EXPLICACIONES, Colin —dijo Roger juiciosamente, apoyándose en la barandilla que bordeaba la azotea.

—Me tiene sin cuidado que las aceptes o no, Roger. ¡Cuánta amabilidad por tu parte!

—No te excites. Lo único que estaba pensando es que ha habido muchos hombres que han sido colgados porque no se aceptaban sus explicaciones. ¡Muchos hombres, Colin, muchos!

—¿Me has traído hasta aquí para que pasase frío y sólo para decirme esto?

—Bueno, vayamos al solárium, si lo prefieres —dijo Roger en tono amable.

—Por supuesto que lo prefiero. Estoy en una edad en la que se aprecian las comodidades.

Colin Nicolson era un provector y desilusionado joven de veintiocho años.

Bajaron los escalones que llevaban al solárium, encendieron las luces y buscaron dos sillas.

—Y ahora dime qué te ronda por la cabeza, Roger —preguntó Colin, así que se hubieron acomodado.

—¿Por qué ha de rondarme algo por la cabeza?

—Conozco los signos. Eres como un caballo de guerra cuando huele la pólvora. ¿Seguro que no estás pensando en transformar este caso en un asunto serio?

—A mí me parece que no es preciso transformarlo; es de por sí bastante serio —dijo Roger con voz suave.

—¡Uy! —exclamó Colin dando a la palabra una inflexión a la que era posible dar cualquier interpretación, a gusto del oyente que se terciara.

Roger tenía en la cabeza un pequeño experimento.

—No, no es que pensara esto en realidad. Estaba pensando en los escasos asideros de que dependen casos como éste. Una simple prueba basta para transformar un caso de suicidio, aparentemente obvio, en un caso de asesinato, más obvio todavía, o bien un accidente en un suicidio o lo que a uno se le antoje. Como estudioso que eres del delito, Colin, ¿detectas la prueba vital demostrativa del hecho ocurrido?

—¿Quieres decir vital para probar el suicidio?

—Sí.

Colin se quedó pensativo.

—¿Pues que la interfecta se ha pasado la mitad de la fiesta hablando de que quería matarse?

—No, no, no. Eso demuestra precisamente lo contrario, suponiendo que demuestre algo. No, me estoy refiriendo a una prueba material.

Colin prosiguió en sus reflexiones.

—No, que me cuelguen si lo sé.

—Bueno, pues aquí todo el mundo da por sentado que se trata de un suicidio. Pero ¿por qué? Te lo voy a decir. Pues porque hay una prueba que demuestra que se trata de un suicidio, pero que probablemente nadie ha advertido de una manera consciente. La han visto y la han asimilado, pero, como formaba parte del cuadro general del suicidio, la han dado por sentada. Igual que tú, nadie podría nombrarla. ¿Puedes nombrarla, Colin? Se trata de algo perfectamente evidente.

—¿Te refieres a que no hay ningún signo de violencia?

—No, pero desde luego éste también es un rasgo demostrativo —tuvo que conceder Roger.

—Bueno, dime de qué se trata entonces.

—Pues me refiero a la silla caída a su lado, ¿qué duda cabe? ¿Recuerdas que había una silla a un lado, debajo de la horca?

—Sí.

—Pues bien, la presencia de aquella silla demuestra que no ha habido nadie que la levantara para colgarla de la cuerda y demuestra igualmente que ella ha puesto voluntariamente la cabeza en el lazo. ¿No te parece?

—Sí, claro, ya te comprendo. Muy interesante, Roger. Sí, es una prueba sumamente importante, no cabe duda.

Roger asintió con la cabeza y encendió un cigarrillo.

Su experimento había tenido éxito. La mente humana acepta lo que cree debería existir y lo hace con una resolución tal que incluso llega a elaborar y a grabar en la memoria imágenes perfectamente detalladas cuyos originales, de hecho, no han existido nunca. Es indudable que Colin, ahora que estaban en la azotea, había mirado varias veces la horca levantada en la misma. Debajo de aquella horca había una silla volcada. Era una silla volcada que habría constituido un detalle indispensable en un escenario preparado para un suicidio. En consecuencia, Colin se acordaba perfectamente de ella como de un objeto presente mientras dispensaba los primeros auxilios a la señora Stratton hacía veinte minutos. La imagen estaba claramente impresa en su cerebro: una horca con sólo dos figuras en lugar de tres y una silla caída en el suelo debajo del tercer palo transversal. Era imposible que aquella silla no hubiera estado allí hacía veinte minutos, puesto que Colin recordaba perfectamente su existencia. Habría jurado, sin faltar a la sinceridad, no sólo que él pensaba que la silla estaba allí la primera vez que había subido a la azotea sino que estaba allí realmente en aquel momento.

Y lo mismo los demás asistentes a la fiesta.

Roger no se había visto en ningún momento preocupado por la duda de si la incorporación de aquella silla al cuadro general sería detectada por alguna persona.

—¿Y tú piensas —prosiguió Colin— que si la silla no hubiera estado donde está, el caso podría haber olido a asesinato?

—Voy a decírtelo con mayor contundencia. Yo diría que, en tal caso, el asesinato habría sido perfectamente obvio.

Roger disfrutaba de la ironía de hablar de una realidad como si se tratase de una hipótesis. Era una lástima que Colin no pudiera

saborear aquella ironía.

—¿Quizá porque no habría podido meter el cuello en el lazo sin que alguien la levantara o sin subirse a un lugar suficientemente alto?

—Exactamente. ¿No coincides conmigo?

—Sí, desde luego. Es sumamente interesante, Roger.

—Un buen ejercicio para valorar la importancia de las nimiedades —dijo Roger con cautela.

—¿Y éste es el motivo de que estés tan interesado en el rasguño que tengo en la mano?

Roger se echó a reír. Si Colin hubiera sabido qué cerca estaba el viento que lo hacía navegar...

—Mira, podríamos decir que me divertía pensar, a manera de ejercicio, que la silla no estaba donde está y que, por tanto, se trataba de un caso de asesinato, y allí estabas tú, con tu magnífico araño en la mano, exactamente como el que yo habría buscado en los invitados a la fiesta dado el caso.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero ¿qué motivos podría tener yo para sacar de en medio a esa desgraciada? Motivos los hay, lo confieso, pero no en lo que a mí respecta. Antes de hoy, no la había visto en mi vida.

—¿Pero no te das cuenta de que eso precisamente haría que el crimen fuera perfecto? —dijo Roger entusiasmado—. Es el móvil, en el noventa y nueve por ciento de los casos, lo que lleva a colgar el asesinato de una determinada persona. De no existir el móvil en cuestión, la sospecha jamás recaería en él.

—Sin un móvil, no habría asesinato.

Colin se había metido en aquella discusión casi con tanto interés en el asunto como el propio Roger, aun cuando a él todo aquello le sonaba a disertación ridículamente académica.

—Cuando digo sin un móvil, me refiero, por supuesto a que no existe un móvil evidente. Pero toma este caso. En apariencia, puedes no tener un móvil para matar a la señora Stratton, es decir, puedes no tener un móvil material. Pero ¿es que el móvil tiene que ser forzosamente material? ¿Y si fuera un móvil espiritual?

—¿Y qué pasa con un móvil espiritual? —le espetó Colin, un tanto agresivamente.

—*De mortuis nil nisi verum*. No veo la razón de que no haya

que decir la verdad al hablar de la muerta. La mujer en cuestión era una calamidad. Se ponía pesada prácticamente con todas las personas con las que se relacionaba, era una auténtica amenaza a la felicidad como mínimo de dos personas presentes esta noche en la fiesta y estaba convirtiendo en un infierno la vida de su marido. Para cortarle el paso únicamente se podían hacer dos cosas: encerrarla en un manicomio o sacarla de en medio. Por desgracia, no estaba lo suficientemente loca para darla por tal, así es que sólo quedaba la segunda alternativa. Sin embargo, ninguna de las personas que tenía motivos materiales para eliminarla, tenía coraje suficiente para hacerlo.

»Y he aquí que aparece en escena Colin Nicolson, un joven sensato, comprensivo, resuelto y perspicaz, capaz de captar las consignas y con suficiente valor para seguir los dictados de su conciencia. Sabe que los hombres están regidos por unas leyes, pero sabe también que algunos hombres se colocan al margen de esas leyes. Tiene una mentalidad lo bastante social para creer que la seguridad de la mayoría exige el sacrificio del individuo. Es también lo bastante inteligente para comprender que es muy improbable que las sospechas recaigan sobre él y que el riesgo que corre es, realmente, muy pequeño. Lamenta, desde luego, que lo que él considera su deber exija una acción tan drástica como aquélla y lo lamenta asimismo por la señora Stratton, pero más importante que aquel sentimiento es la compasión que siente por aquellas personas cuyas vidas podrían quedar arruinadas si se dejara que la señora Stratton continuase viviendo. Así es que...

—Está bien, está bien —dijo Colin con calma—. Pero no me has captado tan bien como eso. No soy tan noble como crees, Roger. Ese retrato se acomoda más a tu persona.

—A mí también me lo parece —dijo Roger, no sin cierta sorpresa—. De todos modos, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Sí, claro —dijo Colin lentamente—, lo entiendo perfectamente.

Se quedó sentado un momento, sumido en silenciosas cavilaciones y, de pronto, levantó de la silla su pesado corpachón.

—¿Vuelves abajo? —preguntó Roger.

—No, vuelvo en seguida.

Colin salió del solárium y se dirigió a la azotea. Roger, a través

del panel de cristal, lo vio atravesar el terrado y detenerse debajo de la horca. Con las manos en los bolsillos, parecía contemplar la silla, causa de aquella conversación. Después Roger vio que se sacaba del bolsillo de la chaqueta un gran pañuelo de seda de color blanco que frotaba cuidadosamente con él el respaldo, los brazos y el asiento de la silla, después de lo cual, con pasos lentos, volvía al solárium.

—Pero ¿qué demonios?... —dijo Roger, desorientado y no sin ciertos recelos.

Colin lo miró con severidad.

—Lo malo que hay en ti, Roger —dijo—, es que te vas de la lengua.

—¿Que me voy de la lengua?

—Sí y, dadas las circunstancias, si yo estuviera en tu pellejo, tendría la boca cerrada. ¿Qué sabes tú si soy una persona de confianza? Podría no serlo.

—Mi querido Colin, ¿de qué demonios estás hablando? Aparte de esto, ¿qué hacías con esa silla?

—Pues borrar de ella tus huellas —dijo Colin, con toda calma—, por si has olvidado hacerlo.

—¿Borrarle mis...?

—Sí. Mira, da la casualidad de que sé que esa silla no estaba debajo de la horca la primera vez que hemos subido a la azotea. Estaba por ahí, no sé dónde... Lo sé porque por poco me caigo sobre ella y porque me he pegado un golpe tremendo en la espinilla. Si yo estuviera en tu lugar, no diría a nadie más que la has cambiado de sitio. Podrían pensar que hay gato encerrado.

—Pero si yo no...

—Sí, tú lo has hecho y, además, hablas mucho. Te lo aseguro, Roger, hablas demasiado. Si yo estuviera en tu lugar, no hablaría con nadie de si suicidio o de si asesinato. Mira, en realidad, creo que ni siquiera hablaría del caso. ¡Es demasiado peligroso, hombre de Dios! Comprendo que sientas la necesidad irreprimitible de hablar del asunto, pero lo mejor es estar callado. Yo no diré nada, por supuesto, y supongo que, si lo has hecho, ha sido llevado por una buena intención, pero mejor que no confíes en nadie más, ¿sabes?

—No me parece que haya ningún riesgo, de verdad —dijo Roger en un hilo de voz, un tanto sorprendido ante tanta severidad y

maldiciéndose a sí mismo por haber subestimado la sagacidad de Colin.

—¡Ningún riesgo! —le soltó Colin—. Está muy bien eso de hablar de móviles espirituales, de que no existen sospechas y de otras cosas por el estilo, pero si te figuras que puedes salir bien librado de un asesinato y no correr ningún riesgo, después de irte jactando por ahí de haberlo cometido, no tardarás en poner tu cuello en el mismo sitio en que has puesto el de la señora Stratton.

2

—No sé si puede servirte de algo —dijo, desesperado, Roger— que siga repitiéndote que yo no he asesinado a la señora Stratton.

—Estoy totalmente convencido de lo que me dices —dijo Colin, sin el menor rastro de credulidad en su voz.

—Gracias, Colin —dijo Roger con amargura.

—Y, en cualquier caso —añadió Colin—, lo que quiero decirte es que no te delataré.

Roger volvió a insistir.

—Está bien, pero, digas lo que digas —dijo Colin, adoptando una actitud en extremo sensata—, alguien la habrá asesinado.

—Sé que alguien la ha asesinado. ¡Dios mío, ojalá no hubiera tocado esa maldita silla! Eso es lo que pasa cuando uno pretende que las cosas se resuelvan para bien.

—Aun así —dijo Colin, como complaciéndose en sus palabras—, es muy serio eso de tomarse libertades con las pruebas... tú lo sabes de sobra.

—¿Quieres callar, hombre? Esa mujer merecía que alguien la asesinara. Sé de sobra que, teóricamente, está muy feo eso de tratar de proteger a un asesino. Pero este caso es excepcional. Quienquiera que sea la persona que ha cometido el asesinato, merece que la protejan. Tú habrías hecho lo mismo.

—En absoluto —dijo Colin con decisión—. Ya te he dicho que me guardaré mucho de decir nada, pero no pienso contribuir en nada más. No voy a enmascarar la realidad. La cosa no se lo vale. No estoy dispuesto a arriesgar el pellejo para sacar a quien sea del atolladero en que pueda encontrarse.

—¿Arriesgar el cuello, dices?

—Sí, porque si obrara de otra manera me convertiría en encubridor, ¿no te parece? Y ya sabes que la pena por ese delito es la misma que para el asesinato. De todos modos —añadió Colin, no sin cierta ansiedad—, supongo que ahora ya me he convertido en encubridor. ¿Por qué demonios no pudiste quedarte con la boca cerrada, Roger? A mí no se me habría ocurrido nada, de no haber sido tú quien lo contara. De todos modos, también yo me he portado como un estúpido al revelarte que me había dado cuenta de todo.

—En cualquier caso, yo sigo insistiendo en que no he asesinado a esa mujer.

—Lo sé —dijo Colin—, y yo sigo insistiendo en decirte que no te delataré.

—¡Dios mío! —exclamó Roger.

Hubo un breve silencio, incómodo para ambos.

—Amigo Colin, no puede ser que pienses que las cosas se han puesto contra mí —dijo Roger, con voz casi implorante.

—¿Quieres que te demuestre que las cosas están contra ti?

—Sí, me gustaría mucho —dijo Roger, con amargura.

—Mira, tú mismo me has revelado el móvil. Era una estupidez pretender que había un móvil en mi caso, puesto que no era así. No soy tan magnánimo como para correr un riesgo como éste por una persona que apenas conozco. Y por otra parte, tampoco soy tan oficioso como para meterme en camisa de once varas. Pero tú sí lo eres, Roger, puesto que pretendes que soy así de cándido. Eres la persona más oficiosa que conozco, la más segura de sus propios recursos. Si hay alguien en este mundo capaz de cometer un asesinato por motivos estrictamente espirituales, altruistas y asquerosamente oficiosos, esa persona eres tú.

—Gracias, Colin —dijo Roger, sin asomo de gratitud.

—No hago más que aplicar tus propios métodos.

—Y no pruebas otra cosa que ésa: que podría afirmarse de mí que tengo un móvil por el solo hecho de que no lo tengo en realidad. ¿A eso le llamas prueba? Supongo que el detalle de que no he tenido oportunidad de cometer ese asesinato no te interesa lo más mínimo, ¿verdad?

—¡Oportunidad! —exclamó Colin—. Pues mira, si tú no has

tenido esa oportunidad, no la ha tenido nadie.

—¿Cuándo la he tenido? —preguntó Roger, atónito.

—La señora Stratton ha sido encontrada en la azotea, ¿no es verdad? Esto quiere decir que es lógico inferir que, desde el momento en que ha salido del salón de baile, ha estado todo el tiempo en la azotea o metida ahí dentro. De hecho, puesto que nadie ha vuelto a verla, la deducción de que se ha pasado todo el tiempo aquí es más que razonable. Podría decirse incluso que se trata de una certidumbre indiscutible. Supongo que hasta aquí estás de acuerdo...

—Sí, lo estoy —dijo Roger, desafiante ahora—. ¿Y bien?

—Pues, que yo sepa, la única persona que, durante todo el tiempo en que ella ha estado ausente, se encontraba aquí arriba, eres tú.

—¿Cómo?

—Después de estar consolando a nuestro pobre David en el bar, ¿no has venido directo hacia aquí, justo en el momento en que yo me he reunido con vosotros? —preguntó Colin con toda calma.

—¡Dios santo! ¡Dios mío! —exclamó Roger, como herido por el rayo.

El hecho era indiscutiblemente cierto. La llegada de Colin había dado a Roger un motivo plausible para escabullirse de David. Dadas las circunstancias, la conversación con David había sido un poco forzada, aparte de que Roger había notado que la enorme hoguera de troncos de la chimenea no sólo hacía agobiante la estancia, sino que la estaba llenando de humo. Había optado por subir a la azotea y por quedarse unos minutos al aire libre, fumándose un cigarrillo y dejando que el humo de abajo saliera a través de la puerta de la azotea, que había dejado abierta. Se había olvidado por completo del hecho, pero Colin tenía toda la razón.

No había visto a nadie en la azotea, donde debía de haber permanecido cuatro o cinco minutos a lo sumo, y era evidente que en aquel espacio de tiempo Ena Stratton había estado en el solárium sola, o... con el asesino.

La cosa se ponía terriblemente desagradable.

—Y como es natural —siguió Colin—, una vez el pobre David te ha contado todas sus penalidades, tú te has sentido vengativo y has decidido actuar.

Roger dirigió a su acusador un rostro lleno de desesperación.

—David no me ha contado sus penalidades —fue lo único que consiguió decir—. Ni siquiera me ha hablado de su mujer. Hemos estado hablando de campeonatos de *cricket* y de teorías deportivas. Puedes preguntárselo.

—Ni por asomo —dijo Colin con aire severo.

Roger no dijo nada.

—Has sido tú quién ha hablado de pruebas —dijo Colin.

—¿Y tú crees —dijo Roger con voz cargada de emoción— que en los escasos minutos en que he permanecido aquí arriba, he trasladado a la señora Stratton hasta la horca y la he colgado de ella bonitamente?

—Alguien ha tenido que hacerlo. Si no has sido tú, Roger, ¿quién ha sido?

—Por lo menos deberías concederme el crédito de no considerarme tan chapucero como para olvidarme de dejar la indispensable silla debajo.

—Ha sido un descuido de la persona que sea, un error imperdonable, por supuesto. Pero el asesino, si se descubre, es siempre porque ha cometido algún error grave. Y yo supongo —dijo Colin, mientras contemplaba la punta de su cigarrillo— que una persona tan involucrada en asesinatos como tú, no acostumbra verlos con ojos tan serios como nosotros, lo cual puede haber contribuido a que te hayas mostrado un poco descuidado en lo que a los detalles se refiere.

A Roger le parecía que se ahogaba.

—Desde luego, ha sido el hecho de que hablaras de la silla lo que ha revelado toda la cosa —prosiguió Colin, con la imperturbabilidad más absoluta—. No sé qué perseguías. Ha sido después que me he dado cuenta de todo. Estabas preocupado por la dichosa silla. Sabías que se te había olvidado ponerla al principio y, pese a haberte dado cuenta del error y de haberlo enmendado después, te asustaba un poco la idea de que alguien pudiera haberse dado cuenta de que la silla no estaba antes en su sitio. Así es que has tratado de infundirme la idea para poder tener un testigo que declarara que la silla siempre había estado en el mismo sitio, por si las moscas. Ha sido muy inteligente por tu parte, Roger.

—Pero no ha dado resultado, ¿verdad?

—No, porque has exagerado la nota —dijo Colin con toda franqueza—. Pese a lo cual, no puede negarse que se trata de una gran idea eso de pretender que habías puesto la silla donde está para proteger a alguien, una vez te has delatado. Una idea inteligente de verdad aunque, por desgracia, escasamente verosímil.

—Y en cambio resulta que es la verdad absoluta y que no hay nada más detrás de ella.

—Y como has hecho bastantes meteduras de pata —prosiguió Colin, como si Roger no hubiera dicho nada—, he pensado que a lo mejor eras tan asno que incluso eras capaz de haber dejado las huellas en la silla y que lo mejor que podía hacer era borrarlas primero y escuchar después lo que tuvieras que decirme. A propósito ¿habías dejado huellas en la silla? —preguntó Colin, interesado.

—Sí —dijo Roger furibundo.

—Lo suponía —dijo Colin, con insoportable complacencia.

—Resulta ahora que soy un asesino torpe además, ¿no es eso?

—Supongo que la cosa requiere práctica —dijo Colin, tratando de calmarlo.

Volvió a producirse una pequeña pausa.

—Bueno, ¿hay algo más?

—¿No es bastante? —preguntó Colin.

—¿Y piensas ir a la policía con el cuento?

—Ya te lo he dicho: no te delataré. Pero lo que debes hacer es estar muy atento para no delatarte tú.

—A mí me gustaría que fueras a la policía —protestó Roger.

—No, gracias, prefiero no verme mezclado en el asunto.

—Entonces iré yo mismo y les diré exactamente lo que tú has dicho.

—Si lo haces, querrá decir que eres un perfecto imbécil —dijo Colin con frialdad.

Pese a la indignación que sentía, a Roger todavía le quedaba el suficiente buen sentido para advertir que, si iba a la policía con toda aquella historia, quería decir que era un perfecto imbécil.

Una vez más, se produjo un tenso silencio.

De pronto se oyeron unos pasos en la azotea y apareció en la puerta Ronald Stratton.

—¡Ah, estás aquí, Roger! Te he estado buscando por todos lados.

Ha llegado el inspector y quiere hablar contigo. Está en el comedor.

Roger se levantó, contento de poder escapar a aquella situación en la que se encontraba.

Antes de salir, sorprendió la mirada de Colin.

Pero éste le hizo un gesto con la cabeza, como tranquilizándole.

IX

LAS COSAS SE VUELVEN CONTRA EL DOCTOR CHALMERS

1

El INSPECTOR CRANE, de la policía de Westerford, era un hombre alto, un tanto desgachado, que no encajaba lo más mínimo con el tipo corriente del inspector de policía con graduación de sargento instructor. Tenía un rostro agradable y, por lo menos en casa de Ronald Stratton, daba a todo el mundo un trato sumamente deferente; por lo menos no se daba aquellos aires de importancia que adoptan algunos agentes de policía. Ronald Stratton lo conocía muy bien, porque había podido exponerle las circunstancias del caso sin aquel sentimiento de inoportuno encogimiento que habría podido inducirle la presencia de un extraño.

Al enterarse de que Roger Sheringham formaba también parte del grupo de invitados, el inspector había manifestado que él sería el primero al que le gustaría interrogar.

—Encantado de conocerle, señor —saludó a Roger—. He oído hablar de usted, por supuesto. Un asunto muy feo éste, señor, y desgraciadamente no cae dentro de los casos en los que usted está especializado, imagino.

—No —dijo Roger con decisión—, desde luego que no figura entre ellos.

—No; bien señor, si tiene la bondad de sentarse, le diré que me

gustaría mucho saber a través de usted cualquier cosa que pudiera arrojar un poco de luz a esta tragedia o ser de ayuda al agente que se ocupará del caso.

El comedor era el lugar que había sido elegido para que el inspector realizara los interrogatorios, por lo que los dos hombres se encontraban sentados a un extremo de la larga mesa, el inspector con su cuaderno de notas abierto ante él y en actitud expectante. Roger se dio cuenta en seguida de que los acontecimientos no tendrían carácter oficial, puesto que también estaban presentes los dos hermanos Stratton: Ronald sentado en el borde de la mesa y con el pie sobre el asiento de una silla y David silencioso y apoyado en la repisa de la chimenea.

—Debe hacerse cargo, inspector, de que yo apenas conocía a la señora Stratton —empezó Roger, al tiempo que procedía a dar cuenta del contacto que había tenido con ella la noche de autos.

—¡Ah! —dijo el inspector, aguzando los oídos y lamiendo el lápiz, lleno de esperanza—. ¿La señora Stratton hizo, en su conversación, alguna referencia a su intención de quitarse la vida?

—Referencias más a la posibilidad que a la intención —le corrigió Roger—. Sí, en efecto, las hizo.

—Y pese a ello, ¿usted no hizo nada? —dijo el inspector, como pidiéndole excusas a pesar de decir lo que había dicho.

—¿Qué podía haber hecho? Ella se refirió simplemente a una posibilidad futura, no dijo nada con respecto a que pensara hacer realidad sus intenciones en aquella noche en particular.

—¿Y por esto usted no ha dado ningún paso en este sentido?

—Por esto.

—Querría hacerle otra pregunta —dijo el inspector con una actitud mediante la cual parecía pedirle nuevamente excusas—, ¿por qué no ha considerado necesario hacer nada?

—Pues porque no me había creído ni una sola palabra de todo lo que me había contado. Debo decirle que pensaba que lo decía simplemente para causar sensación.

—O sea que no consideraba que sus intenciones fueran serias —dijo el inspector, poniéndose a escribir afanosamente—. ¿Eso es lo que usted quería decir, señor Sheringham?

—Exactamente —admitió Roger, tratando de evitar la mirada de Ronald.

—¿Y no ha hablado con nadie de lo que ella le había dicho? ¿Con el señor Stratton, por ejemplo?

—No, como usted dice, yo no me lo había tomado en serio. Pero ha habido alguien más que me ha hablado de lo mismo.

—¿Dice usted?

—Sí, que ha habido otra persona que me ha preguntado si esa señora me había hablado de que pensaba acabar con su vida. Deduzco —dijo Roger con sequedad— que la señora había hablado con otras personas, aparte de mí, de esa posibilidad.

—¿Ah, sí? Es muy interesante. ¿Tiene la amabilidad de decirme quién le ha hecho esa pregunta?

—Por supuesto que sí: el señor Williamson.

—«El señor Williamson me ha preguntado, en un momento dado, si...» —repitió el inspector.

—El señor Williamson me había preguntado a mí, en presencia del señor Sheringham —intervino Ronald Stratton—, si mi cuñada estaba loca. ¿Lo recuerdas, Sheringham? Al principio de la fiesta.

—Sí —asintió Roger—. Lo recuerdo perfectamente. En aquel momento la observación me dejó un poco desorientado.

—¿Desorientado con respecto a qué, señor?

—Con respecto a si la señora Stratton podía estar o no algo desequilibrada.

—¿Y estoy en lo cierto si pienso que la conversación que posteriormente ha sostenido usted con la señora Stratton lo ha llevado a esta conclusión? —preguntó el inspector, dirigiendo una mirada inquieta a David Stratton.

—Así ha sido. Considero que no hay duda de que la señora Stratton estaba un poco desequilibrada. Si bien entonces no me he figurado que lo estuviera hasta tal punto que llegara a suicidarse.

Roger no añadió que ahora tampoco se figuraba que lo estuviera hasta ese punto.

El inspector, con aire de comprensión, se dirigió a David Stratton:

—¿No coincide con la suya esta opinión, señor Stratton?

—No —dijo David lacónicamente—, y éste es el motivo por el que les he telefoneado a ustedes. Yo tenía a mi mujer por totalmente responsable de sus actos.

—Sí, sí —dijo el inspector un poco aturdido—. Dispongo del

informe. Pero es muy curioso que esto haya tenido que ocurrir la misma noche que... Es muy posible que el agente encargado haga, algunas preguntas al respecto.

—Pero yo encuentro que todo encaja perfectamente, inspector, ¿no lo ve usted así? —dijo Ronald, muy tranquilo—. Me refiero a que se trata de una prueba extremadamente corroboradora del estado mental de la señora Stratton. ¿Por qué van a hacernos más preguntas al respecto?

—Pues lo que pasa es que el señor Stratton no nos había llamado nunca como lo ha hecho hoy, ¿verdad señor Stratton?

—No.

—No había habido motivo —amplió la respuesta Ronald.

—¿Acaso ha estimado que esta noche la señora Stratton se estaba comportando..., cómo diría yo..., de una manera más irresponsable que de costumbre? —preguntó el inspector a David.

—Sí, creo que así era.

David Stratton estaba hablando con voz curiosamente cortante, como si quisiera sacarse de encima las palabras que pronunciaba y acabar de una vez con el asunto.

—Después de todo —volvió a intervenir Ronald—, mi hermano no les ha llamado hasta después de un rato de que la señora Stratton faltara de su casa y, tal como le he dicho a usted, hasta después de que nosotros hubiéramos registrado toda la casa. Como es natural, estaba alarmado. Y supongo, además, que la señora Stratton no se había comportado nunca de esta manera, ¿verdad, David?

—Nunca.

—Así es que, dada la irresponsabilidad demostrada por ella durante toda la noche, observada por otras personas además de nosotros, ha pensado que lo mejor era avisarles a ustedes, por si acaso, pese a que, en el fondo, no creo que se figurara que había ocurrido nada serio. ¿Lo pensabas, David?

—No, la verdad es que no. Pensaba que lo mejor era asegurarse, pero nada más.

—¿No se figuraba que la señora Stratton podía haberse suicidado, señor?

—No, realmente, no. Mi mujer hablaba a menudo de suicidarse y tenía tendencia a la depresión pero yo, como el señor

Sheringham, no creía que hubiera que tomársela en serio.

—Ya entiendo. ¿Qué eran las cosas que inducían a la depresión a la señora Stratton?

—Nada.

—La señora Stratton padecía de una especie de melancolía, para darle algún nombre —volvió a intervenir Ronald, con la misma tranquilidad que antes—. En realidad, no tenía motivos para preocuparse; habría tenido que ser feliz pero, como usted sabe muy bien, esa clase de personas exageran las cosas más banales y deforman las cosas más insignificantes convirtiéndolas en cosas gigantescas. Esto formaba parte de sus males. De nada serviría tratar de ocultar la realidad, inspector —dijo Ronald en un tono lleno de franqueza—, y no decirle que mi cuñada no era una persona normal. Me parece que los médicos estarán en situación de darle alguna información útil con respecto a este punto, en el caso de que no se la hayan dado ya.

—No, señor, todavía no hemos tocado ese punto, pero sin duda lo haremos. Y ahora, señor Sheringham, vamos a ver... usted me decía que...

Roger volvió a sus explicaciones.

Había estado escuchando con considerable interés aquella conversación que se había estado desarrollando desde tres ángulos, y lo que más lo desorientaba era la actitud de David Stratton. Lo que había dicho Ronald estaba muy claro: trataba de descargar de las endeble espaldas de David toda la carga que podía, aun a riesgo de recibir un punterazo en los nudillos por contestar preguntas que, en realidad, iban dirigidas a David.

Pero ¿de dónde salían aquellas maneras tajantes, agresivas casi, de David cada vez que manifestaba sus opiniones? ¿Y por qué contestaba a veces como si estuviera repitiendo una lección, pero en realidad una lección que no se sabía muy bien? A Roger no le parecía que estuviera todavía bajo los efectos de la impresión que le había producido el hecho ocurrido, sino que le parecía que con esta actitud estaba tratando de ocultar una emoción que no quería mostrar, aunque era imposible adivinar si se trataba de alegría, tristeza, miedo o alivio.

Prosiguió el laborioso interrogatorio.

Roger corroboró la información que ya había dado Ronald Stratton con respecto a la escena que se había desarrollado en el salón de baile y a la salida de la señora Stratton del mismo, y aportó su propia versión del regreso de David y del registro que había seguido a éste. El inspector seguía anotando cuidadosamente todos los datos y, pese a que Roger procuró ser lo más breve posible, parecía que el interrogatorio no iba a terminar nunca.

—¿Y bien, señor Sheringham? ¿Y qué ha pasado después de que el señor Williamson le diera la noticia?

—He llamado al señor Stratton y hemos subido a la azotea. El señor Stratton ha sostenido el cuerpo de la señora Stratton —dijo lentamente Roger, como si estuviera dictando—, mientras yo realizaba un rápido reconocimiento, que me ha confirmado que la señora estaba muerta. Después yo he sostenido el cuerpo, mientras el señor Stratton, siguiendo mis instrucciones, iba a buscar un cuchillo. Cuando ha vuelto, le he dicho que cortara la cuerda y que yo me responsabilizaría del hecho de haberla mandado cortar.

—De hecho, no sería exagerado afirmar que usted se ha hecho cargo de la situación así que ha sospechado que la señora Stratton podía estar muerta, ¿verdad?

—Sí, en vista de las experiencias que he tenido en circunstancias similares he considerado justificado hacerme cargo de la situación.

—Muy bien hecho, señor Sheringham, y ha sido una suerte para el señor Stratton que usted estuviera en la casa. Ahora bien, ¿se había formado alguna opinión, al examinar el cadáver de la señora Stratton, con respecto a cuánto tiempo podía hacer que estuviera muerta?

—No, en mi caso habría sido imposible deducirlo. No tengo los conocimientos necesarios para ello. Lo único que puedo decir es que he pensado que debía llevar muerta bastante rato... una hora como mínimo, o probablemente más, porque tenía las manos heladas.

—Que yo sepa, los doctores piensan que debe de llevar muerta no menos de dos horas y es una opinión que han manifestado ahora, al examinarla. ¿Coincide con ellos?

—Sí, claro, pero es un punto en el que yo no puedo decir nada, ¿comprende? No soy quién. ¿Así que Mitchell ya ha llegado?

—Sí, justo después del inspector, y Chalmers lo ha acompañado

en seguida a que viera el cadáver.

—¿Ha estado de acuerdo con Chalmers en relación con el tiempo que podía hacer que estuviera muerta?

—Sí.

Roger hizo una seña al inspector para que prosiguiera con sus preguntas.

El interrogatorio procedía con gran naturalidad y en un ambiente muy familiar, pero de hecho era sumamente aburrido.

Veinte minutos después, una vez el inspector hubo tratado de todos los puntos que podían ser importantes y de los que podían no tener importancia ninguna y se hubo espaciado en todos y cada uno de ellos, Roger fue autorizado a salir y Williamson a entrar. El inspector era un hombre concienzudo y era muy obvio que quería ganarse los elogios de su superior al haberse tomado las molestias que se estaban tomando. Sin embargo, era evidente que en su cabeza no se había perfilado ninguna otra idea aparte de la que atribuía la muerte a suicidio. En todo aquel cúmulo de preguntas no se había hecho a Roger ni una sola que lo obligara a apartarse de la más estricta verdad con respecto a puntos tales como los que pudieran tener que ver con sillas o con huellas dactilares.

Y en cambio Colin Nicolson estaba convencido de que, de todos los invitados, Roger Sheringham era el asesino de Ena Stratton.

Colin se había mostrado muy amable con él, pero Roger estaba seguro de que estaba convencido de aquello. Y a Roger esto le preocupaba. El delito de la falsificación de pruebas se había ido perfilando claramente dentro de él. Maldecía aquel impulso arrogante e insolente que lo había llevado a cambiar de sitio aquella silla. Aquel hecho, unido al que se sabía que había estado en la azotea durante el momento crucial del suceso, daba a Colin pie para juzgarlo como lo hacía. No es que Roger tuviera miedo de que informara contra él, puesto que estaba seguro de que a Colin ni siquiera se le había pasado por la cabeza esta posibilidad, pero que hubiera alguien que estaba tan convencido de que había cometido un asesinato que en realidad no había cometido le producía una sensación de lo más desagradable. En un acto de justicia consigo mismo, tanto como de aceptación de un reto, ahora le correspondía descubrir quién era el verdadero asesino.

¡Y en esto Colin podía ayudarlo de verdad!

Subió escaleras arriba para ir a buscar a Colin.

Roger siempre había respetado a Colin, aunque siempre como una concesión. Ahora, sin embargo, lo respetaba con sinceridad. Uno no puede por menos de respetar a la persona que, en menos que canta un gallo, puede meterte en ese lugar tan particularmente desagradable que es la celda de una cárcel.

Se encontró con Williamson, ahora intachablemente sobrio, y lo envió abajo para someterse al interrogatorio.

Colin estaba solo en el bar, dormitando delante del fuego, de la misma manera que Williamson había estado dormitando, solo, en el salón de baile. Al recobrar la conciencia, informó a Roger de que las mujeres se habían retirado, agotadas, a descansar un ratito antes de entrevistarse con el inspector. Eran casi las cuatro y media de la madrugada.

Con gesto despiadado, Roger despertó completamente a Colin sacudiéndolo con la mano.

—Esta noche te quedas sin dormir, amigo, como me quedo yo. Ven a la sala de baile. Quiero hablar seriamente contigo.

—¡Anda, déjame en paz!, ¿quieres? Ya te he dicho que lo he olvidado todo.

A las cuatro y media de la madrugada dormir se convierte en un acto más importante que un asesinato.

—¡Venga, arriba! —dijo Roger con severidad.

Colin, refunfuñando, se levantó.

—¿Dónde están los médicos? —preguntó Roger, mientras cerraban la puerta y se sentaban.

—Se han marchado cuando tú estabas abajo. Han subido para echar una cabezadita y después se han largado. Los pobres estaban desmontados, tanto uno como otro.

—Me sorprende que hayan conseguido terminar tan pronto —dijo Roger, descorazonado.

—Han presentado su informe y el inspector ha dicho que ya no los necesitaba. Después, a no sé qué hora, tendrán que ver al superintendente. Has estado mucho rato abajo, Roger. Te han cantado la caña, ¿verdad?

—Han sido muy amables, conmigo —dijo Roger con amargura—. Les he dicho que la había matado y me han dicho que me podía marchar, que de ahora en adelante me portara bien y que no lo

volviera a hacer más.

—¡Bien, bien! —dijo Colin que, evidentemente, no consideraba que la cosa fuera apropiada para bromas.

—¡Condenado Colin! Ahora tengo que descubrir quién ha sido, porque no estoy para que te pases el resto de tu vida mirándome como si yo fuera el asesino. Esto impedirá que esta noche me acueste, como también te lo va a impedir a ti. Te está bien por meterte donde no te llaman.

—¿Y yo por qué no puedo dormir?

—Porque tienes que ayudarme. Así que mejor será que empecemos en seguida.

Pero la verdad es que no empezaron en seguida, porque se quedaron unos minutos sentados en silencio, absortos en sus pensamientos.

Después Colin levantó los ojos.

—¿Sabes una cosa Roger? Pues que esto es condenadamente interesante. Es de veras un asesinato, ¿verdad? ¿Tú estás convencido?

—Totalmente. Tiene que haber sido un asesinato. El caso hipotético que te he planteado en el solárium, como un estúpido que soy de veras, es la pura verdad. La silla no estaba allí, porque he sido yo quien la ha puesto.

—Pero ¿por qué? Eso es lo que no logro entender. ¿Por qué? Roger trató de explicarla por qué.

—¿Y has ido a otro con ese cuento aparte de a mí? —preguntó.

—No —dijo Roger un tanto alarmado.

—Bien, dime qué has pensado. Voy a ayudarte. Es un caso de lo más interesante. Me gustaría que el culpable no fuese nuestro Ronald, porque le tengo simpatía.

—No —dijo Roger lentamente—. Me da la impresión de que no se trata de Ronald.

—Pero crees que se trata de otra persona, ¿no es así? Venga, Roger, desembucha de una vez. ¡Menudo caso!

—Sí, pienso ciertas cosas. ¿Recuerdas lo que te decía hace un rato en el solárium acerca de un hombre que no actuaría movido por un móvil material, sino espiritual?

—Claro que lo recuerdo. ¿Qué te llevas entre manos?

—Bueno pues resulta que lo que hacía era exponerte una teoría

sólo para ver cómo sonaba.

—A mí me ha sonado bien, por lo menos tal como tú lo has planteado.

—Pues a mí también me suena bien, Colin. Casi estoy seguro de saber quién ha colgado a Ena Stratton.

—¿Qué me dices! ¿Quién ha sido?

—El doctor Philip Chalmers —dijo Roger.

—¿Phil Chalmers? —exclamó Colin como un eco, pero con un tono lleno de incredulidad—. ¡Vamos, Roger, pero si es un tío estupendo!

—Si sospecho de él es precisamente porque es un tío estupendo —replicó Roger—. Por lo menos, en parte. Fíjate en que no hay otro motivo que éste.

—Confieso que la cosa es demasiado profunda para que yo la entienda. No comprendo nada.

—Bueno, pues procura entenderlo —explicó Roger con energía—. Chalmers es un viejo amigo de los Stratton. Y, además, es médico. Esto significa que está en mejor situación que nadie para saber cuál es la situación en lo que a Ena Stratton concierne: ha convertido la vida del hombre que la comparte con ella en un verdadero calvario y, por otra parte, no hay esperanza ninguna de que exista un remedio a la situación. En realidad, sabe que donde tendría que estar la señora Stratton es encerrada, pero esto es imposible.

»Ahora bien, el verdadero amigo de Chalmers no es Ronald, sino David. Y como tú has dicho, Chalmers es un tío estupendo. Es imposible que a Chalmers no le preocupe y no le saque de quicio que, por culpa de una mujer que es una verdadera calamidad, su gran amigo David tenga que llevar una vida de infiernos. Como es obvio, esto tiene que preocuparle sobremanera. ¿Supongo que hasta aquí me vas siguiendo?».

—Sí, hasta aquí te lo concedo. Pero ¿qué otra cosa vas a decirme?

—Pues, para decírtelo en pocas palabras, que esta noche ha encontrado la oportunidad de sacarla de en medio y la ha aprovechado.

—¡Bah!

—Espera un minuto. He dicho que ha encontrado una

oportunidad, no he sugerido ni por un momento que Chalmers planeara desembarazarse de Ena Stratton. No es de los que hacen ese tipo de cosas. No es hombre para planear un crimen y mucho menos un asesinato, pero por otra parte es un hombre de carácter, se le ha presentado la oportunidad y la ha aprovechado. Y no debes olvidar que esta noche ha visto un número suficiente de cosas para sentirse soliviantado y para notar que la indignación que sentía, en nombre de David, llegaba a límites insostenibles. La señora Stratton se ha permitido propasarse, ¿es verdad o no? Y Chalmers, como amigo de David, probablemente se ha colocado en su lugar y se ha sentido tan avergonzado como el propio David. O quizá más incluso que él, puesto que da la impresión de que David ha llegado a una especie de embotamiento que lo hace impermeable a las actuaciones en público de su mujer. No hace falta que pongas esa cara, David, porque todo es perfectamente verosímil.

—Bueno, pongamos que lo sea. Dime dónde estaba la oportunidad, entonces. ¿Cómo ha pasado a la acción?

—Supongo que habrán coincidido en la azotea. Tal vez estuvieran los dos apoyados en la barandilla y ella fuera desgranando sus singulares divagaciones, como parece haber hecho esta noche con la mayoría de los invitados... Es posible que incluso tratara de acostarse con él.

—¡Vamos, Roger! Hasta aquí podíamos llegar. ¡Por favor, no digas sandeces!

—Las mujeres hacen esas cosas —dijo Roger secamente—. En cualquier caso, digamos que lo ha estado pinchando hasta el límite de su resistencia, el límite donde termina la cordura. Se encontraban cerca de la horca. Entonces Chalmers se ha dado cuenta de que el muñeco que representaba una mujer se había desprendido... el cuello de paja era muy endeble. De pronto la idea se ha abierto paso en sus pensamientos: ¡pondrá una mujer donde había una mujer! Mira a su alrededor. Está totalmente a salvo. No es probable que suba nadie a la azotea, hace demasiado frío. Y cuando esté colgada, seguro que tardarán horas en encontrarla. Él irá a hacer aquella visita que tiene pendiente y esto lo pondrá a salvo. Ena ha estado hablando de suicidio; por tanto, atribuirán el hecho a suicidio. Y David podrá ser feliz y media docena de personas más dormirán más tranquilas por la noche. Y no habrá

nadie que la eche de menos. Será la mejor obra que habrá hecho en su vida.

—Mientras él pensaba todo esto, seguro que ella ha bajado al bar y se ha administrado unos cuantos *whiskies* dobles sin soda.

—¡No seas estúpido! Todas esas cosas cruzan el cerebro en el espacio de diez segundos. Estas cosas se hacen sin pensar porque, si se pensarán, no se harían. Bueno, él entonces la ha llevado hasta la horca y la ha colocado justo debajo del lazo. Y después... Para un hombre fuerte como él, basta un segundo para hacerlo sin que a ella le dé tiempo de darse cuenta de lo que ocurre o de empezar a chillar. ¿Comprendes?

—Bueno, supongo que se trata de una suposición, ¿no? —dijo Colin con aire juicioso.

—¿Pero no es una suposición tan fundada como la referente a mi persona?

—Te he dicho que aquello lo he olvidado. Pero mira una cosa, Roger, todo esto no son más que suposiciones. No tienes ni la más pequeña prueba. Además, como tú has dicho, él se ha ido a hacer aquella visita pendiente. Se ha marchado. No estaba en la casa. Todos le hemos visto cuando se ha ido.

—Y todos nos hemos metido en el salón de baile. Todos. Y a lo mejor Chalmers ha vuelto a entrar, ¿no es posible?

—Pero hombre de Dios, hablas por hablar... Desde luego que a lo mejor ha vuelto a entrar. Pero ¿hay alguna prueba?

—Ya que lo dices, Colin, una prueba, aunque mínima, la hay. No digo que demuestre que Chalmers haya vuelto después de que todos hemos ido al salón de baile, pero por lo menos demuestra que, en algún momento de esta noche, ha estado en la azotea: la señora Williamson ha encontrado su pipa en el solárium. Ronald la ha identificado.

—¡Vaya! Se le ha podido olvidar en cualquier otro momento.

—Sí, por supuesto. Es posible. Ahí está el detalle. No estoy diciendo que se la haya dejado entonces ni que haya sostenido la conversación con la señora Stratton en el solárium, sino que lo que digo es que ha podido dejársela olvidada antes y que, al salir de la casa, camino ya de la visita pendiente, a lo mejor, cuando todavía no se había metido en el coche, la ha buscado de la manera que se suelen hacer estas cosas y ha recordado que se la había dejado allí.

Así es que entonces ha subido a buscarla. Sabemos que la puerta principal de la casa no ha estado cerrada con la llave en toda la noche, por lo que no habrá tenido ninguna dificultad para volver a entrar. Y al entrar en el solárium, no sólo ha encontrado la pipa, sino también a la señora Stratton, con todo su resentimiento a cuestas. De todos modos, la señora Stratton era suficientemente agobiante para que volviera a olvidarse la pipa.

—Todo esto suponiendo que la señora Stratton estuviera arriba —añadió Roger astutamente—, puesto que no me sorprendería nada que no estuviera en el solárium. Sería más propio de ella que estuviera tomando el fresco en la glacial azotea, pretendiendo suicidarse por pulmonía y rezando para que llegara alguien y la sorprendiera, para mayor glorificación de su hazaña.

—Bueno, vuelves a las suposiciones.

—Sí, lo admito, pero si piensas llamar suposiciones a todas las teorías que exponga, pese a que las razone a base de hechos observados y de inferencias razonables, no llegaremos muy lejos.

—No, no. No pienso hacer tal cosa, aunque me gustaría encontrar pruebas que avalasen tus teorías. No niego que has levantado posibles sospechas contra Chalmers, pero que se tengan en pie sólo depende de una cosa, ¿no te parece?, y la cosa es que hiciera todo lo que dices que hizo antes de ir a atender la visita.

Roger estudió lo que su amigo acababa de decir.

—Efectivamente. Los hechos demuestran que la muerte se produjo a lo sumo media hora después de que saliera del salón de baile y Chalmers estuvo ausente una hora. Sí, si lo hizo él, tuvo que ser antes de que saliera.

Colin se incorporó un poco en la silla en la que estaba sentado, después se desperezó y soltó una risita.

—Una cosa, Roger, no he querido decir nada sobre esto, porque no quería estropearle la diversión, pero me temo que tu montaje se ha ido por los suelos. Apuesto cinco libras contra seis peniques que Chalmers ha salido para atender a su enfermo antes que la señora Stratton abandonara el salón de baile. ¿Qué dices a esto?

El rostro de Roger experimentó un cambio.

—¡Dios mío, sí, me parece que tienes razón, Colin! ¡Tienes toda la razón del mundo! Lo recuerdo perfectamente. La señora Stratton ha empezado a decir que tenía ganas de volver a casa cuando

Chalmers ya había salido, y esta observación ha sido la que ha desencadenado toda la escena. ¡Vaya, Colin, parece que este detalle ha mandado al cuerno todo el montaje!

—¡Ah! —exclamó Colin, complacido.

—Pero ¿de verdad que ha sido así? Aguarda un minuto. Ha sido únicamente por la hora en que se ha situado el momento de la muerte que yo he dicho que Chalmers era el autor del asesinato y que lo había cometido antes de marcharse. Supongamos que la hora de la muerte de la señora Stratton no fuera correcta. ¿Te das cuenta de que lo único que la avala es el testimonio del propio Chalmers? Si ese detalle favorecía sus planes, es fácil que Chalmers haya dicho que ha muerto a la hora que a él más le convenía.

—No, en esto vuelves a equivocarte, Roger. Mitchell ha estado de acuerdo con él.

—¿Ah, sí?

—Sí, han estado hablando del asunto cuando tú estabas abajo con el inspector.

—¡Ah! —suspiró—. Pero esto puede ser un caso de sugestión inconsciente, Colin —prosiguió Roger, lleno de excitación—. A mí me parece que el segundo médico está siempre influido por la opinión del que ha practicado primero el examen. Mitchell sabe que Chalmers es una buena persona y esto hace que se sienta dispuesto a aceptar la opinión de Chalmers, especialmente en un asunto como éste, en el que hay un cierto margen de libertad.

»Sí, cuanto más lo pienso, más me cuadra todo. La posibilidad se mantiene por un margen insignificante, pero es un hecho que Chalmers ha estado mostrándonos su coartada ante nuestras narices, ¿no te parece? Ahora recuerdo que ha saltado sobre la primera oportunidad que se le ha presentado para decirme que la escena de la sala de baile ha ocurrido después de que él hubiera salido. Podría tratarse de un comentario banal, pero también podría decirse que es un comentario gratuito.

»Y además, fíjate —prosiguió Roger muy excitado— con qué rapidez se ha presentado en cuanto Ronald lo ha telefoneado. Vive más cerca de aquí que Mitchell, eso es cierto, pero ¿por qué no se había acostado? Hacía una hora por lo menos que estaba en casa... tres cuartos de hora como mínimo. Tres cuartos de hora, a esta hora de la madrugada, y todavía no se había acostado ni, a lo que

parece, desnudado. ¿No da la impresión de que estaba esperando la llamada telefónica que él sabía muy bien que se produciría de un momento a otro? Es evidente que quería llegar aquí antes que nadie, antes que ningún médico y antes que la policía, al objeto de examinar el cadáver con luz eléctrica y eliminar cualquier resto que pudiera inducir a sospechas o resultar incriminatorio. ¿Y bien? ¿No lo ves todo perfectamente razonable?

—¡Vamos, Roger! —dijo Colin meneando la cabeza—. Tu análisis no resiste la crítica y no puedes tergiversar los hechos para encajarlos en él.

—Seguro que sigues creyendo que el asesino soy yo —dijo Roger, moviéndose con aire incómodo.

—Pues no me sorprendería nada. Pero si me dices que no lo eres, te ayudaré a buscar al interesado. De todos modos, Chalmers no encaja. No encaja en absoluto.

—Yo sigo pensando que Chalmers tiene muchas cosas que explicar —dijo Roger, obstinado—. Sí, me gustaría hacer unas cuantas preguntas al amigo Chalmers. No, ya puedes ir moviendo la cabeza como un mandarín de estantería: hay sospechas fundadas contra Chalmers. Si es la persona que buscamos, podemos admitir que ha manipulado la hora de la muerte para que pareciera que la señora Stratton había muerto media hora antes de que él llegara a la casa, ¿no crees? ¿Lo crees o no, Colin?

—Sí, pero espera un minuto Roger, Yo...

—No, quien ha de esperar un minuto eres tú. Bien, si admitimos esto, hemos de admitir igualmente que en su defensa hay una laguna muy grande. En tal caso la teoría sería que, al regresar de la visita, en lugar de ir a reunirse en el salón con el resto de los invitados, se ha ido directamente al solárium para recoger su pipa. Lo demás es igual que antes. Sabe que está perfectamente a salvo, porque no hay nadie que lo haya visto subir a la azotea y lo único que tiene que hacer es esperar a que no haya moros en la costa, volver a bajar las escaleras, subirlas a continuación y entrar saltando a grito pelado para que todo el mundo se entere de que ha llegado. Y puede saber que no hay moros en la costa porque la puerta que da a la azotea no se ve desde el bar ni desde el rellano. Lo único que tiene que hacer es colarse dentro y esperar. ¿Qué dices ahora?

—Sí, todo muy bonito, indudablemente, pero escucha una cosa. Yo...

—No, escucha tú. Estamos, pues, en que la objeción que acabas de hacerme carecía de base y que las sospechas contra Chalmers siguen siendo tan fundadas como siempre. Más fundadas incluso. Y lo que es más, sería fácil hacer la prueba. Todo lo que habría que hacer sería averiguar de dónde procedía la llamada telefónica que ha recibido y enterarnos sutilmente de la hora exacta en la que Chalmers ha salido de la casa que sea para dirigirse hacia aquí. Por supuesto que a lo mejor no saben...

—Escucha un momento, Roger —exclamó Colin—. Se me acaba de ocurrir algo...

—Perfecto, Colin —dijo Roger dándole ánimos.

—Me refiero a tu teoría de que quienquiera que sea la persona que ha matado a la señora Stratton, ha tenido que levantarla con un brazo y pasarle el lazo por el cuello con el otro. Es así, ¿verdad?

—Así es. Para un hombre fuerte...

—Dejemos aparte lo del hombre fuerte. Tú has dicho que Chalmers tenía que haberlo hecho así y que no podía haberlo hecho de ninguna otra manera, ¿no es eso?

—Sí. ¿Y qué?

—No habría podido hacerlo, por ejemplo, sin hacer uso de los dos brazos...

—No. ¿Qué pasa? ¡Oh...! —exclamó Roger en un tono que fue extinguiéndose gradualmente.

—¡Exactamente! —gritó Colin con aire de triunfo y sin la más mínima consideración—. ¡Hombre, Roger!, ¿dónde tienes los ojos? Sabes tan bien como yo que Chalmers tiene un brazo inútil. No podría levantar a una mosca si tuviera que ahorcarla y menos aún a una moza garrida como la señora Stratton. Ahora bien, quizá tendrás el buen sentido de admitir que, en el supuesto de que lo haya hecho alguien, esa persona no puede ser Chalmers. ¿No crees?

—¡Venga, Colin! —dijo Roger, un tanto molesto—, ¿vas a frotármelo todo el tiempo por las narices?

Quería tomarse la situación por el lado bueno. De todos modos, aquel análisis de los hechos no había sido totalmente inútil: Chalmers, al igual que David Stratton, había quedado eliminado.

Con todo, dadas las circunstancias, la cosa sería larga.

Colin encendió un cigarrillo.

—Bien, Roger —dijo—, ahora tendrás que demostrármelo.

—Demostrarte, ¿qué?

—Que no has sido tú quien ha ahorcado a la señora Stratton —
dijo Colin con toda calma.

X

LAS COSAS SE VUELVEN CONTRA DAVID STRATTON

1

A PESAR DE LA PROFECÍA de Roger, aquella noche él y Colin se acostaron poco después de las cinco. Cuando, por la mañana, bajó Roger, Colin ya había desayunado. Las mujeres y Williamson todavía no habían hecho acto de presencia. Roger se sentía casi indignado por haberse levantado tan temprano.

Ronald Stratton lo encontró en el comedor, jugando con aire displicente con un huevo con tocino que tenía en el plato, de aspecto muy poco apetitoso.

—Una cosa, Roger, no sé si habías pensado marcharte esta misma mañana, pero no me gustaría que se fuera nadie a menos que lo prefiriera. No creo que haya necesidad y, aunque la policía no lo haya dicho, me parece que prefiere que el grupo de invitados se mantenga intacto hasta mañana.

—Me quedaré con mucho gusto —aceptó Roger—. Pero ¿no será un poco inconveniente, con...?

—El cadáver ha sido trasladado esta mañana a casa de mi hermano —explicó Ronald—. El inspector ha dado el permiso.

—¡Ah, ya entiendo! Ha sido muy rápido, ¿verdad?, para ser un domingo por la mañana.

—Mucho. David se ha ocupado de todo. Yo le he dicho que

podía dejar el cadáver aquí hasta el entierro, considerando que en casa está su hijo... y en fin, pero David ha optado por el traslado.

—¿Y la encuesta?

—Se hará mañana por la mañana, a las once. Supongo que la policía querrá que se preste declaración.

—Sí, los interrogatorios se harán aquí, supongo. Entonces, ¿no habría sido más conveniente para...?

—¿Para Ena, quedarse aquí? Sí, yo también lo había pensado, pero David consideraba que esto podría trastornar mis planes en relación con los invitados.

—Ya comprendo. Ha sido muy considerado. ¿David está...?

Roger se dio cuenta de que todas sus preguntas terminaban en el aire.

—¿Qué si está bien? Está perfectamente. Me parece que es un secreto a voces que la muerte de Ena es un gran alivio para todos..., y para él más que para nadie. Aunque, desde luego, no divulgaremos este hecho durante los interrogatorios.

—No, claro que no. Cuando me he acostado esta madrugada, la policía todavía estaba en la casa. Supongo que no hay ningún problema —dijo Roger con voz llena de naturalidad, sirviéndose otra taza de café.

—En absoluto. Permíteme que te sirva. A propósito, ¿por qué tendría que haber problemas?

—¿Por qué, en efecto? Pero es que anoche parecías un poco preocupado acerca de la índole de la fiesta que habíamos celebrado en esta casa.

Ronald sonrió.

—Sí, debo decir que no he dicho una palabra acerca de este punto. Me he limitado a decir que algunos de los invitados iban disfrazados. No creo que este punto surja en los interrogatorios pero, si fuera así, querrá decir que era inevitable. Después de todo, no somos niños. Tampoco se pueden tomar tantas precauciones contra la aparición de la palabra «asesino» ni pensar que la imagen de una horca puede sugerirle el suicidio a uno, ¿verdad?

—La verdad es que no, pero tienes que estar preparado para un posible alarido de la prensa sensacionalista si la noticia sale a la luz. Ésta es una de las cosas que hacen las delicias de este tipo de periodismo: «Macabras diversiones en una fiesta particular»,

«Broma repulsiva que conduce a una tragedia».

Ronald hizo una mueca.

—Sí, lo sé. Todo depende del *coroner* que se encargue del caso. Por fortuna, lo conozco muy bien y lo tengo por una persona muy decente.

—Entonces no hay nada que temer. De todos modos, tendrás que dar una explicación a la presencia de la horca. ¿Qué dirás?

—Pues que la horca —dijo Ronald con una sonrisita— no era sino un sutil cumplido a la presencia entre nosotros del Gran Detective.

—De muy mal gusto, indudablemente. ¿Le ha sorprendido al policía?

—No tanto como yo esperaba. Me ha parecido que al inspector más bien le parecía divertido. Quizá ha disimulado. Es un buen hombre.

—Bien, bien.

—¡Ah! —dijo Ronald—. ¿Es el teléfono? Perdóname un minuto. Desapareció durante unos minutos.

—Era Margot —explicó brevemente al volver—, quería saber cómo estábamos todos esta mañana. Le he dado las noticias.

—Supongo que no le han impresionado demasiado.

—No —dijo Ronald sonriendo—. Parecía un poco más nerviosa que de costumbre, pero seguramente es por la sorpresa.

—¿Y tu hermana? —preguntó Roger—. ¿Cómo está?

—No he querido molestarla. La pobre estaba hundida. Por poco se desmaya mientras el inspector la interrogaba y he tenido que pedir a Agatha que me ayudara a meterla en la cama. Como no tenía nada de particular que contar a la policía, he pensado que lo mejor era que se metiera en cama. Y dejaré que duerma hasta la hora de comer.

—Sí, muy bien pensado —dijo mecánicamente, mientras cogía otra tostada.

2

Roger encontró a Colin fumando su primera pipa en el jardín, rodeado de rosas.

—¡Hola, Roger! —lo saludó Colin, añadiendo no sin una cierta intención—: ¿Qué tal has dormido?

—Los ratos en que, como culpable que soy, he podido conciliar el sueño, han sido perfectos —replicó Roger fríamente—. Espero que tu condición de cómplice no te hayan estorbado demasiado en los tuyos.

—Anoche no había nada que pudiera estorbar mis sueños —dijo Colin con naturalidad—. Me pregunto por qué Ronald ha decorado este jardín lleno de rosas igual que un templo romano en ruinas.

Roger echó un vistazo alrededor. El ovalado parterre de césped, situado en el centro, a nivel más bajo que el resto, estaba rodeado por un amplio lecho elevado, limitado por pequeños muretes de ladrillo rojo, y cercado por altas columnas de ladrillo por las que trepaban los rosales. El conjunto tenía todo el aire de un templo romano en ruinas, pero en aquellos momentos Roger no se sentía muy interesado en los templos romanos.

—Hay una cosa que olvidé preguntarte ayer, Colin —dijo Roger sentándose al sol sobre el parapeto de ladrillo—. Cuando anoche te dejé a ti con David en el bar para subir a la azotea, cosa que lamento sinceramente haber hecho, ¿qué hicisteis vosotros? Cuando bajé ya no estabais, la habitación estaba vacía. ¿Volvisteis al salón de baile?

Colin puso la cara de la persona que intenta atrapar un recuerdo que se escapa de su memoria.

—No estoy seguro. ¿Por qué lo dices? ¿Todavía andas haciendo el sabueso?

—Todavía —dijo Roger con aire sombrío—. Y es por culpa tuya. Así es que hurga en esa cosa tuya que tú llamas cerebro y contesta a mi pregunta.

Colin se rascó la cabeza, que ya empezaba a despoblarse de cabello y, con aire pensativo, dijo:

—¿Será posible? ¡No me acuerdo! ¿Es importante?

—Claro que es importante. Quiero reconstruir los movimientos de todos los presentes que tengan un móvil para matar a la señora Stratton, desde el momento en que ésta salió del salón de baile hasta que David volvió diciendo que no estaba en casa.

—¡Como si eso fuera posible! No es cosa fácil, ¿sabes? De todos modos, haré lo que pueda. Ahora espera y déjame que vuelva a

pensar.

Roger se quedó esperando mientras azuzaba una oruga que, sin la debida autorización, había creído oportuno ir a investigar el estado de las raíces de uno de los rosales.

—Si te estuvieras un rato quietecito —dijo Colin—, a lo mejor conseguiría pensar.

Roger se quedó quieto.

—Me parece que ya lo tengo. Volví al salón de baile... sí, eso es lo que hice, porque recuerdo que Lilian me preguntó cómo estaba David y yo le dije que me parecía que la copa le había sentado bien. Sí, volví al salón de baile, pero David no vino conmigo.

—¿Dónde fue?

—¿Cómo diantres voy a saberlo?

—Pues tenemos que saberlo... ¿No te das cuenta de lo importante que es? —dijo Roger muy excitado—. ¿Sabes si subió a la azotea?

—¿Por qué iba a subir?

—Oye una cosa, Colin —dijo Roger con gran paciencia—, ¿es la falta de sueño lo que te ha puesto así esta mañana o es que quieres fastidiar simplemente por narices? ¿No te das cuenta de que, después de que yo bajara de la azotea, hubo alguien que subió a ella y que ese alguien mató a Ena Stratton?

—Eso después de que bajaras tú. Sí. ¿Y bien? ¿Quién era esa persona?

—Eso es lo que te estoy preguntando. Porque, ¿no te das cuenta de que, de todas las personas que tenían motivos para quitar de en medio a la señora Stratton, quien más los tenía era su marido? En lo tocante a motivos, David Stratton les lleva mucha delantera.

3

—No, no, no. No vas a convencerme. Es inútil, Roger, quítatelo de la cabeza. En la vida conseguirás convencerme de que nuestro David ha colgado de la horca a su mujer.

—¡Colin, habla como una persona sensata!, ¿quieres? —dijo Roger, exasperado—. No quiero convencerte de nada. Lo único que te estoy pidiendo es que consideres la posibilidad y después analices

si hay alguna prueba que la avale. Si queremos llegar a alguna conclusión en lo que toca a este asunto, hemos de mantenernos abiertos a todas las posibilidades. ¡Tú estás hecho un montón de prejuicios!

—David no tiene arrestos ni para aplastar un gusano.

—Por lo que a mí me toca, te diré que sé de muchas personas sin arrestos para aplastar gusanos, pero que los encuentran para cargarse a determinadas personas.

—¡Vamos, vamos, Roger! ¿Quieres decir que estás considerando a nuestro David un asesino en potencia?

—Claro que lo considero un asesino en potencia y al hacerlo me apoyo en toda la historia de la criminología... como tú bien debieras saber. David Stratton es el tipo exacto capaz de asesinar.

—Ayer noche me había figurado oírte decir que ése era Chalmers. En cambio, son dos tipos tan diferentes como... como...

—Como la noche y el día. Sí, claro que son diferentes. ¡No estés tan espeso, Colin! —dijo Roger, mientras golpeaba con la mano el parapeto de ladrillo que tenía a su lado y se hería en la mano—. ¿No ves la diferencia en lo que digo cuando hablo de ellos? Chalmers no es capaz de cometer un asesinato para obtener un beneficio para él, mientras que David Stratton no es capaz de cometer un asesinato en beneficio de otra persona. Pero es verosímil que Chalmers hiciera por David lo que no haría para él, mientras que David, como te acabo de decir, es el hermano gemelo de centenares de excelentes y sufridos maridos que tienen esposas insoportables y que llega un día en que ya no aguantan más y ese día empuñan el cuchillo de trincar carne.

—Bueno, te lo concedo —admitió Colin—. Lo acepto. Hablas de Crippen.

—De Crippen, precisamente. Un hombre que era una perla y que, por culpa de aquella espantosa mujer que tenía, un buen día le sacó de sus casillas. Aunque, en su caso, había un motivo más en el hecho... ¡Colin! —exclamó Roger clavando en su interlocutor unos ojos que parecían querer saltársele de las órbitas.

—¿Qué ocurre ahora?

—Resulta que sé una cosa: estoy enterado de que David está enamorado de otra, aunque ya tenía motivos sobrados sin contar con éste.

—¿Cómo lo sabes?

—Anoche me lo dijeron. Alguien me lo dijo, pero no diré quién. Pero me apostaría mi salario a que es verdad.

—Una cosa, Roger —dijo Colin, no sin una cierta excitación—. No pienso seguir con esto. Si ahora quieres colgar el muerto a ese pobre desgraciado, no pienso seguirte el juego, y la cosa está más que clara.

—En cambio no te importa lo más mínimo colgarme el muerto a mí —dijo Roger con amargura.

—No, te lo colgaste tú mismo. Pero si ahora pretendes demostrar que el autor es David, no estoy para seguir por ese camino. No quiero saber si ha sido él o no ha sido él y, si ha sido él, que con su pan se lo coma y en paz. Seguro que debe de tener sus razones.

—Eso quiere decir que ya estás empezando a admitir la posibilidad...

—Eso quiere decir que no quiero oír hablar más de este asunto.

—Para que puedas pasarte el resto de tu vida dejando caer alusiones sobre si fui, yo el autor del desaguisado. No, Colin, a mí eso no me va. Aparte de que no veo en qué puede importarte tanto. ¿Tienes miedo de enterarte de que un amigo tuyo ha cometido un asesinato, como el macho del avestruz, que prefiere no enterarse de que su hembra se está pasando de lista? Ojos que no ven, corazón que no siente. ¿Así es como piensas? Lo que me sorprende es que no te afectara en lo más mínimo pensar que el autor del asesinato era yo.

—Eso era indiferente —rezongó Colin—. Tú sabes sacarte las castañas del fuego. David, no.

—¿Quieres dejar de hacer de vieja marisabidilla? —dijo Roger, impaciente—. ¿Quieres discutir el asunto de una manera razonable? Yo no he dicho que tuviéramos que actuar basándonos en todo lo que descubriésemos, aparte de que dudo mucho que consiguiéramos probarlo, por lo menos de la manera que la policía considera probadas las cosas, puesto que yo coloqué la silla donde la coloqué. Pero no tienes por qué estar tan asustado por nuestro David. Estoy dispuesto a protegerlo, si resulta que descubro que fue él quien la mató. Incluso le daré un apretón de manos para felicitarlo, si quieres. Pero tengo que saberlo.

—¿Por qué tienes que saberlo? —preguntó Colin, quejumbroso.

—Porque tú me has acusado —gritó Roger— y yo no lo he hecho, porque has ido a roer en las mismas raíces del respeto que siento hacia mi propia persona... tú, oruga, y ahora tengo que deshacer ese entuerto.

—Está bien —refunfuñó Colin—, está bien, pues sigue adelante.

4

Roger se cambió de sitio y fue a sentarse en otro murete calentado por el sol y, una vez reconfortado, siguió con la exposición.

—Es a todas luces evidente, Colin, que esta mañana no vas a estar de acuerdo con nada de lo que yo diga, así es que mejor será que ocupes tu puesto de abogado de la defensa, mientras yo ocupo el mío de fiscal. En primer lugar, me gustaría saber por qué piensas que David se comportó de la extraña manera que se comportó anoche después de que fuera descubierto el cadáver. ¿O tú consideras que no se comportó de manera extraña?

—El susto fue terrible para el pobre hombre, compréndelo. ¿Qué esperabas, pues?

—No lo que vi precisamente, a decir verdad —dijo Roger, meditabundo—. El susto tiene que haber sido mayúsculo, desde luego, pero por otro lado hay que decir que David debía de detestar a su mujer y el susto no puede ser el mismo cuando se pierde a una mujer que detestas que cuando se pierde a una mujer que amas. De todos modos, te concedo que la primera reacción que debe de tener un hombre inocente seguramente es de horror. Después de todo, una esposa es una esposa y tienen que haber ocasiones y momentos que, aunque sólo sea por instinto, seguramente se contemplan con emoción cuando se vuelve la vista atrás. Incluso en el caso de Ena Stratton debe de haber momentos así, ya que de lo contrario David no se habría casado nunca con ella. Ahora bien, por qué se casó con ella, es algo que no entiendo. Sin embargo, es evidente que se casó con ella.

»De todos modos, el comportamiento observado por David ayer no me chocó como resultado de un sentimiento tan inocente y natural como el que acabo de describir. Su estado reflejaba conmoción, pero yo diría que no era una conmoción provocada por

la pérdida. ¿Estoy influyendo inconscientemente en mí mismo si pienso que se parecía más bien a la conmoción provocada por el miedo? —preguntó Roger en tono oratorio—. Es perfectamente posible. Pero no hay duda de que aquel estado era provocado por Ronald, porque éste no paraba de cloquear a su alrededor igual que una gallina clueca. Lo que yo me pregunto es qué hay en David que hace que hombres perfectamente equilibrados como Ronald se pongan a cloquear igual que las gallinas. Yo no lo sé. No se puede negar que Ronald estaba muy preocupado por David. ¿Por qué, Colin?

—Pues no lo sé.

—Tampoco yo. Pero ¿te abalanzarías sobre mí si yo te apuntara que era porque Ronald estaba al corriente de lo que había hecho David y estaba que no daba pie con bola pensando que David podía delatarse a la policía? ¿Te saldrías de madre si yo alegara esto como razón por la cual Ronald saltaba al momento y contestaba las preguntas que el inspector dirigía a David antes de que éste tuviera tiempo de abrir la boca? ¿Qué me dices, Colin?

—¡Vaya, acabas de encontrar otro nuevo cómplice del delito al mismo tiempo que a un nuevo asesino! —dijo Colin, sarcástico.

—Eso parece —admitió Roger— y así lo espero para el bien de David. Bueno, ahora queda la cuestión de las reacciones de David, tal como han quedado expresadas a través de sus maneras. Dicho sea de paso, podría decirse que en David se han observado dos tipos de maneras: unas primeras y unas segundas maneras. En sus primeras maneras se mostraba aturdido, sin duda a causa de la conmoción... tal vez la conmoción provocada por la pérdida, tal vez no... En sus segundas maneras se mostraba exactamente al revés. Cuando Ronald le dejó que contestara a las preguntas del inspector, sus respuestas parecían ladridos. Eran tan lacónicas que rayaban en la mala educación.

»Ahora bien, en el curso del interrogatorio a mí me vinieron a las mientes dos consideraciones que estimo interesantes. Me daba la impresión de que David había ensayado lo que decía al inspector y, encima, que lo había ensayado aprisa y corriendo y de cualquier manera. Aparte de esto, parecía que reprimía alguna emoción específica. Ambas suposiciones encajaban perfectamente con la hipótesis de su culpabilidad.

—¿Qué quieres que te diga? ¡Son cosas tan vagas!... Puede ser esto y puede ser aquello. En toda esta exposición no hay nada que pueda probarse —se quejó Colin con energía.

—Sí, lo sé. Todavía no hemos llegado a la fase de las pruebas. De momento sólo estoy juntando endebles cabos y nada más. Pero pronto formaremos una gruesa cuerda...

»De momento, lo que hemos dejado perfectamente establecido es que David tenía motivos sobrados primero y que después tenía un comportamiento extraño. Y ahora, si quieres hechos, aquí tienes uno importante, acerca del cual me gustaría que me dieras una explicación: ¿por qué llamó David a la policía en relación con su mujer antes de saber si le había ocurrido algo?

—¡Venga, Roger! Sabes perfectamente por qué la llamó.

—Sé qué razón alega él para haberla llamado.

—Para poner a la policía en guardia con respecto a que había una mujer irresponsable que andaba suelta por ahí.

—Sí, eso es lo que dijo en aquel momento: *en caso de suicidio*. Y en cambio David Stratton, como hombre inteligente que es, debiera haber sabido que las posibilidades de que su mujer se suicidara eran extremadamente remotas. Debiera de haber sabido, tan bien como lo sé yo, que las personas que tratan de impresionar a los demás hablando de que van a suicidarse son precisamente las que no se suicidan. Ésta fue, de hecho, la primera cosa que me hizo entrar en sospechas en relación con la muerte de la señora Stratton. ¿Pero a ti no te sorprende, por lo que tiene de artero, que si la señora Stratton estaba (como lo estaba en realidad) muerta y bien muerta y todo el escenario estaba preparado para hacer ver que se trataba de un suicidio, que sugiriera por adelantado a la policía el temor de que podía haberse suicidado?

—No me sorprende demasiado. ¿Esto no habría hecho que la policía todavía se mostrara más suspicaz?

—No lo creo, dadas las pruebas ya preparadas para demostrar que no se trataba de suicidio. La policía no pierde el tiempo en probabilidades psicológicas. Lo que ella busca, como tú, son hechos. Y el hecho en este caso, es que la señora Stratton se había pasado la velada pregonando a los cuatro vientos su intención de suicidarse. Muy bonito.

—A mí me parece —dijo Colin—, que si David hubiera hecho

una cosa como ésta, cuando en realidad la estaba asesinando a cada momento, habría sido como aquellas novelas policíacas en las que el propio asesino sale disparado a buscar al Gran Detective para que tome el caso en sus manos, lo que sólo prueba que además de asesino, es imbécil.

—Un detalle —dijo Roger, pensativo—, pero en mi opinión, no precisamente un detalle inteligente en este caso. La policía está para investigar todos los casos, ¿comprendes? Pero el Gran Detective, no. Aunque tienes razón al decir que el propio inspector estaba un poco sorprendido ante el hecho de que David hubiera llamado a la comisaría en aquella determinada ocasión y nunca con anterioridad. Ronald intervino y dio la explicación de rigor, naturalmente. Otra confirmación de que existe connivencia entre los dos.

Roger había hablado de una manera un tanto mecánica. Estaba pensando en alguien que le había confesado el temor de que la policía pudiera sospechar «algo descabellado». Y esto había sido antes de que él hubiera descubierto que se trataba de un crimen. Pero lo había sospechado y probablemente así lo había demostrado. ¿Había soltado aquella observación a manera de sondeo? ¿Habría tal vez un segundo cómplice del hecho? Era preciso que, a lo largo de aquel día, Roger dijera unas palabritas a la señora Lefroy.

—¿Cómo dices? Repítelo, por favor, Colin. Perdona, pero estaba pensando en otra cosa.

—Pues que no creo una palabra de todo esto —repitió Colin con energía—. No hay razón para que David no llamara a la policía como persona inocente teniendo una mujer tan imbécil como la suya rondando por ahí. No veo razón en contra en absoluto. Y, en cambio, veo todas las razones para que llamara a la policía.

—Perfecto, pero yo no estoy de acuerdo contigo. Nada más. Yo creo, al igual que el inspector, que como mínimo resulta curioso que telefonara. Y ahora, ¿qué otra cosa tenemos contra David?

—¡Pues no sé!

—Suponiendo que fuera inocente, ¿es de verdad normal que volviera a esa casa y se pusiera a buscar? —preguntó Roger en actitud polemizadora—. ¿Podría pensar realmente que estaba escondida en la casa? No sé, pero me parece un poco extraño. Era mucho más probable que hubiera salido disparada hacia la casa de algún amigo o que se hubiera metido en alguna otra parte... en

cualquier sitio menos en la casa del odiado Ronald, ¿no te parece?

—Estás tergiversando los hechos.

—No, no es verdad. Todo es perfectamente razonable. Y lo mismo su corolario. Todavía más interesante, diría yo. Tienes que darte cuenta de que si David sabía que su mujer estaba muerta, y Ronald sabía igualmente que estaba muerta, ya entonces o más tarde, debían organizar su búsqueda exactamente como la organizaron en realidad, puesto que ninguno de los dos debía encontrar el cadáver, o por lo menos quedaría mejor que ninguno de los dos lo encontrase, por lo que era necesario mantenernos a todos buscando hasta que uno de nosotros diese con él. ¿No te parece que esto es sumamente interesante, Colin?

—Todo eso y nada es lo mismo, hombre de Dios.

—Te equivocas: es algo, quizá no de una gran importancia, pero algo. Sí, un conjunto de detalles que, a mi modo de ver, indican más culpabilidad que inocencia. Son detalles que, aislados, no tienen un gran peso, pero que, juntos, adquieren una importancia considerable. ¿No lo crees así? Y un detalle más es la impaciencia de David por tener el cadáver en su casa lo antes posible. Un detalle perfectamente natural en el caso de que sea inocente, pero más explicable todavía, diría yo, en caso de que no lo sea.

Colin emitió una manifestación sonora de exasperación que Roger decidió ignorar.

—Todo esto es sumamente interesante, y en cualquier caso —siguió Roger—, demuestra que la policía no abriga ningún tipo de sospechas. Esto es evidente, ya que de otro modo se habrían llevado el cadáver al depósito. Bueno, no puedo decir que lo lamente.

—Te creo —dijo Colin con intención.

Roger se echó a reír.

—¿Así que no dejo de ser sospechoso?

—En todo caso me lo pareces más que nuestro David —murmuró Colin—. Anoche, sin ir más lejos, decías que él y Chalmers eran los únicos que quedaban exonerados definitivamente de toda sospecha.

—Sí, pero eso era antes de que comprobaran que la hora de la muerte indicada por Chalmers podía no ser exacta.

—No puedes volver la frase del revés, Roger —le señaló Colin—. No ha sido hasta que has tratado de demostrar que Chalmers era la

persona implicada que has decidido que la hora de la muerte podía situarse media hora después de la que él había establecido, puesto que podía tratar deliberadamente de desorientarnos. Sólo si Chalmers es culpable, la hora de la muerte podría ser lo bastante tarde para que David hubiera cometido el crimen y, si Chalmers es culpable, David no lo es. Si Chalmers no es culpable, la hora de la muerte puede ser la que él ha dicho, cosa que excluye también a nuestro David. Te quedas sin argumento.

—La hora de la muerte no es nunca tan rígida como eso —replicó Roger—. En un lapso de tiempo de dos horas como el que hay en el caso que nos ocupa, y dado el frío que reinaba en el exterior como factor añadido para complicar todavía más las cosas, es perfectamente comprensible que los médicos hayan podido cometer un error de media hora. De todos modos, ¿no crees que estoy argumentando una tesis contra David que es merecedora de toda consideración?

—No, no lo creo —mantuvo Colin tozudamente—. Estimo que has exagerado todos los detalles en contra de él y que, en cambio, no has tenido en cuenta los que tiene a su favor.

—Efectivamente, tienes razón: no los he tenido en cuenta. No me interesan. Lo único que persigo es ver si hay argumentos contra él, y los hay.

—Podrías montar lo mismo un argumento contra cualquiera de nosotros.

—Sí, por lo menos tan bueno como el que tú has montado contra mí —le replicó Roger—. ¿Quieres que pongamos a los dos en manos del inspector? Por mi parte, estoy dispuesto.

—Supongo que no tienes intención de revolver aguas turbias, ¿verdad, Roger? —preguntó Colin con cierta alarma.

—No, no tengo esa intención, pero tu respuesta me demuestra que tú no estarías dispuesto a admitir esto: que hay razones en contra de David.

Roger se levantó de su asiento y se desperezó.

—A lo que estoy dispuesto, en cambio, es a abandonar la discusión en ese punto, si no tienes inconveniente.

—¡Qué he de tener! Ojalá pudiera abandonar este asunto y no volver a hablar más de él.

—Entonces quiere decir que estamos de acuerdo —dijo Roger,

inclinándose sobre su pipa, que no había podido mantener encendida durante toda aquella demostración de oratoria.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Colin.

—¿Yo? Pues me parece que me meteré dentro y preguntaré si me necesitan para algo. El inspector me ha gustado bastante. Creo que hablaré un poco con él. A propósito, supongo que te quedarás hasta mañana. Parece que Ronald tiene interés en que no nos vayamos.

—No —dijo Colin—. La idea no me ilusiona en absoluto. Ya se lo he dicho, y también que me iría después de la comida.

—¡Ah! Yo creo que me quedaré. ¿Y qué pasará con la encuesta?

—¿Sabes una cosa? —dijo Colin en tono confidencial—. A mí no me quieren para eso. ¿Para qué me iban a necesitar?

Roger se metió dentro.

Si no había conseguido convencer a Colin, por lo menos se había convencido a sí mismo. Ahora tenía la absoluta seguridad de que David Stratton o Ronald habían sido los responsables de la muerte de Ena, cualquiera de los dos con su hermano como cómplice. En cualquier caso, los dos estaban metidos en el fregado.

En líneas generales, Roger veía a Ronald como el candidato más probable del hecho en sí. Ronald era un hombre más decidido que David y, además, Roger imaginaba que era un hombre que podía ser terriblemente cruel si lo consideraba necesario. Aparte de esto, tenía un doble motivo: por un lado estaba la solicitud que tenía para con su hermano, al que era evidente que quería mucho, y por otra el deseo de acabar con Ena por razones personales.

Sin embargo, David tenía también un doble motivo: como marido y como amante.

«Me gustaría saber dónde se metió David cuando lo dejó Colin —iba pensando Roger para sus adentros—. ¿Subiría a la azotea entonces o no? La hora de la muerte nos deja un amplio margen, sea lo que fuere lo que puedan decir los médicos. ¿Cómo podría saberlo?».

Cuanto más analizaba aquella nueva solución, más seguro estaba Roger de que era la acertada. Antes se había dejado llevar por aquel incitante fuego fatuo representado por Chalmers, pero ahora que examinaba la situación con mirada más limpia de prejuicios, se daba cuenta de que una simple eliminación no dejaba más que a

uno de los hermanos Stratton como culpable. Colin, Williamson y él quedaban fuera de duda; estaba seguro de que el doctor Mitchell no había salido del salón de baile ni se había separado de su mujer durante todo aquel tiempo; Mike Armstrong se había mostrado igualmente solícito en relación con Margot; las mujeres quedaban todas eliminadas de un plumazo por la simple razón de que no eran suficientemente fuertes; Chalmers resultaba eximido por el mismo motivo... Así que los únicos que quedaban eran David y Ronald. Y lo que todavía venía a añadirse contra los dos era que la coartada de David no era buena y la de Ronald ni siquiera había sido examinada.

Bien, les deseaba buena suerte a los dos.

Al meterse en la casa, Roger ya tenía decidido que no quería averiguar dónde había estado David cuando Colin lo había dejado. Tanto en el caso de ser él el asesino, como en el caso de que lo fuera Ronald, Roger no tenía la menor intención de meter las narices en el asunto. Raras veces puede justificarse el asesinato, pero resultaba difícil considerar asesinato la eliminación de un ser como Ena Stratton. Y lo mejor para Roger era no saber ni quién había cometido el hecho ni nada del mismo.

Sin embargo, al atravesar la puerta principal, a duras penas pudo reprimir una sonrisa.

¿Subsistía en Colin todavía algún residuo de sospecha que pudiera hacerle pensar que él, Roger Sheringham, entre todos los invitados, había acometido la empresa de colgar a Ena Stratton? ¿O se trataba simplemente de una reacción por parte de aquel joven obstinado frente a las acusaciones de Roger contra David?

En cualquier caso, Roger no podía dejar de encontrar divertida la idea de que Roger Sheringham podía ser sospechoso de asesinato.

XI

MUCHOS CABOS SUELTOS

1

ROGER encontró al inspector Crane en la azotea, hablando con Ronald Stratton. En segundo plano pululaba un agente de uniforme.

—Buenos días, inspector —le saludó Roger cordialmente.

—Buenos días, señor. ¡Qué curioso! Ahora mismo le estaba preguntando al señor Stratton si podía hablar con usted aquí en la azotea.

—¿Ah, sí? Esto quiere decir que mi llegada es oportuna.

Roger echó a su alrededor una mirada llena de interés. No había visto todavía la azotea a la luz del día y la verdad es que no era en absoluto tal como la había imaginado en la oscuridad. Para empezar, era más pequeña de lo que creía, aparte de que la glorieta estaba casi en un extremo y no en medio como él pensaba. La horca se encontraba exactamente en el centro y de ella colgaban todavía dos muñecos de paja. Aquella imagen, a la luz del día, era más ridícula que morbosa.

El inspector y Ronald estaban de pie junto a la horca y a Roger le inquietó ligeramente observar el guiño que subrepticamente le hacía el segundo.

—Es acerca de esta silla, señor Sheringham —explicó el inspector, casi como excusándose y señalando la silla tumbada a su lado, debajo de la horca.

Roger sintió como si su pecho hubiera sido atravesado por una

súbita puñalada, si bien respondió con la mayor naturalidad del mundo.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa con la silla?

—Pues mire usted, ya ve cómo está, tumbada justo debajo mismo de la cuerda. Acabo de tomar medidas y la cosa resulta clara: la pobre señora pudo haberse montado en la silla de haber estado exactamente donde se encuentra. Lo he probado y he visto que los travesaños sostienen mi cuerpo, así es que pueden perfectamente haber sostenido el suyo.

—Sí, ya comprendo lo que usted dice. Pero es posible que haya sido movida.

—Eso es precisamente lo que quería preguntarle, señor Sheringham. ¿Sabe usted si anoche se movió la silla mientras usted y el señor Stratton cortaban la cuerda de la que estaba colgada la pobre señora?

Roger miró a Ronald todo lo significativamente que pudo, puesto que no quería que su respuesta estuviera en contradicción con lo que hubiera podido decir Ronald.

—Pues sería un poco difícil de asegurar —contestó, precavido—. ¿Recuerdas si la silla se movió, Ronald?

—No, lo ignoro. Dicho sea de paso, lo que yo estaba diciendo al inspector es que no recuerdo que la silla estuviera aquí cuando cortamos la cuerda.

Pasado el momento de estupor provocado por la estupidez de la respuesta, Roger volvió a recuperar el control:

—¿No lo recuerdas? Pues yo creo que sí lo recuerdo. Interceptaba el paso. Sí, supongo que alguien le daría un puntapié y la apartaría a un lado, inspector.

—Sí, eso lo entiendo perfectamente, señor —admitió el inspector con voz que dejaba traslucir preocupación—, ¿pero por qué se volvió a colocar aquí?

—Pues, no sé... alguien volvería a darle otro puntapié. De todos modos, a mí me parece un detalle sin importancia, ¿no cree?

—No, señor Sheringham. Puede tenerla. Lo que pasa es que, como no lo acabo de entender, esperaba que usted pudiera darme alguna información al respecto.

—Pues mire usted, inspector, es de ese tipo de cosas en relación con las cuales uno no puede mostrarse muy tajante. Seguramente

que habría debido observar la situación exacta de la silla cuando el señor Stratton y yo subimos ayer a la azotea, pero debo confesar que me interesaba mucho más saber si la señora estaba realmente muerta y en procurar salvar su vida en caso de que no lo estuviera.

—Sí, claro. Es algo que entiendo perfectamente. Por supuesto que no tiene importancia ninguna.

—Aparte de que debe tener en cuenta que aquí se formó una cierta confusión. Estábamos el señor Stratton y yo... y también el señor Williamson... y el señor Nicolson... Y estaba todo a oscuras. No, lo que me sorprende es que la silla no fuera a parar abajo, al jardín, en lugar de quedarse más o menos en el sitio donde estaba primero.

—Sí, sin duda tiene usted razón, señor Sheringham —admitió el inspector, al tiempo que escribía algo en su libretita.

Sin embargo, a Roger la voz del inspector no le sonó tan convincente como él hubiera deseado.

Ronald Stratton, que había estado escuchando aquella conversación con un aire aparentemente entre divertido y tolerante, dijo:

—Bien, ¿es esto todo lo que quería preguntar al señor Sheringham, inspector?

«Todo está muy bien, querido Ronald —pensó Roger—, pero hay una cosa que se conoce con el nombre de confianza excesiva».

Le sorprendería indeciblemente que Ronald hubiera cometido por segunda vez aquel disparate en relación a la silla. Era evidente que no se daba cuenta de la importancia vital que tenía.

—Sí, creo que sí, señor Stratton, gracias —replicó el inspector, aunque con cierta incertidumbre.

—¿Y ha terminado la inspección del terrado?

—De momento sí, señor.

—Entonces entremos y permítame que le ofrezca una cerveza. Son las doce en punto, una buena hora para tomarla.

—Gracias, señor Stratton. Me encantaría aceptar, pero tengo que ver al superintendente. Le dejo un encargo al agente y me voy en seguida.

El inspector se hizo a un lado y dijo unas palabras en voz baja al guardia. Ni Roger ni Stratton oyeron ni trataron de oír lo que decía.

—Vas a tomar una cerveza, ¿verdad, Roger? —dijo Ronald como

de paso, más como la persona que se limita a establecer un hecho que como la que hace una pregunta.

—Gracias —accedió Roger—. Con mucho gusto.

—Vuelvo en seguida entonces, así que haya acompañado a la calle al inspector.

—No —dijo Roger—, yo también bajo.

Quería tener una puerta cerrada entre ellos y el resto del mundo mientras decía unas palabritas contundentes a Ronald sobre la cuestión de su imbecilidad y la verdad es que consideraba que el bar no era un lugar suficientemente seguro.

Acompañaron cortésmente al inspector hasta la puerta principal mientras hablaban del tiempo, después de lo cual Stratton condujo a Roger a su estudio.

—Tengo un barril ahí dentro —explicó con aire feliz—. Así está más a mano. Ese armario parece hecho a propósito para esconder un barril, ¿no te parece?

—Sí —dijo Roger—. Oye una cosa, Ronald...

Ronald volvió la cabeza mientras llenaba una jarra.

—¿Sí?

—Quiero hablar contigo con palabras de una sola sílaba. No se te ocurra volver a decir nada más, cabeza de chorlito, sobre que no recuerdas que la silla estuviera allí cuando anoche descolgamos el cuerpo de la cuerda.

Ronald cerró el grifo, puso la otra jarra debajo del mismo y lo abrió de nuevo.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Pues porque —explicó Roger con furia contenida— la presencia de la silla, alma de Dios, significa suicidio, mientras que su ausencia significa asesinato. Piensa y verás.

Ronald Stratton, volviendo el rostro, repentinamente lívido, por encima del hombro, se quedó con la mirada clavada en Roger mientras el líquido se iba derramando por los bordes de la jarra.

—¡Dios mío! —se limitó a exclamar—. No se me había ocurrido.

Volvió a girar el rostro, como un autómata, cerró el grifo y avanzó hacia Roger.

—Una cosa...

—No —le interrumpió Roger—. Mejor no decir nada.

Y Ronald se calló.

Se tomaron la cerveza mientras se observaban subrepticamente. Después, Roger, en tono de gran naturalidad, dijo:

—¿Quieres que te ayude a bajar todo de la azotea, Ronald? Arriba han quedado unas cuantas cosas... sillas y demás. En este momento el día es espléndido y luce el sol, pero como estamos en abril, ¿quién puede asegurarnos que no lloverá?

Ronald sonrió de una manera forzada.

—Me parece una buena idea, Roger. Sí, te agradeceré que me ayudes.

Terminaron las jarras y subieron solemnemente al terrado.

Saludando con la cabeza al agente, que todavía estaba en la azotea, Ronald se dirigió al primer par de sillas, colocadas junto a las escalerillas que conducían al solárium. Pero, aún no las había tocado, cuando el agente dejó oír su voz:

—Lo siento, señor Stratton, ¿quería usted algo?

—Sí, vamos a entrar las sillas y demás cosas en la casa, por si llueve. Estamos en abril, ya sabe...

—Lo siento, señor —dijo el agente con aire avieso—, pero el inspector me ha encargado que no se tocara nada.

—¿Ah, sí?

Roger no habría podido afirmar si Stratton estaba realmente sorprendido o simplemente si se hacía el sorprendido. En todo caso, su voz fue de sorpresa.

—¿Por qué?

—No se lo podría decir, señor. Pero eso es lo que me ha dicho: que nadie moviera ni tocara nada. Me ha dejado aquí precisamente para esto...

—Pero ¿cómo demonios...? —exclamó Stratton enarcando las cejas y mirando a Roger.

—Seguramente el inspector Crane no ha querido decir que no se tocara absolutamente ninguna de las cosas de la azotea, ¿no le parece, agente? —intervino Roger, tratando de arreglar la situación.

—Lo lamento, señor, pero las órdenes han sido éstas: que no se mueva ni se toque nada de las cosas de la azotea.

—¡Muy bien! —dijo Roger, encogiéndose de hombros—.

Supongo que debe de haber alguna equivocación, pero tendrás que esperar a que vuelva el inspector y te lo explicará, Ronald. Si le ha dejado a usted aquí, querrá decir que el inspector Crane no tardará en llegar, ¿verdad? —añadió dirigiéndose al agente.

—Me ha dicho que alrededor de media hora, señor.

—Ya comprendo. Bien, Ronald, entonces tendremos que esperar, no queda más remedio. ¿Vamos adentro?

Mientras bajaban las escaleras, Ronald dijo:

—Lo encuentro un poco extraño, ¿no te parece, Sheringham?

—Oh, no, no creas —replicó Roger—. Es probable que el superintendente haya dicho a Crane que quería echar una ojeada al lugar de los hechos antes de que se retiraran de él las cosas y ahora Crane ha ido a buscarlo.

—Pero Crane ayer no dijo nada sobre que no se podían sacar las cosas de la terraza cuando lo acompañé arriba.

—Bueno, entonces todavía no había visto al superintendente, ¿no? —dijo Roger, muy tranquilo.

Pese a todo, se sentía un poco inquieto. Evidentemente, aquello era un poco raro.

Abajo encontraron a Colin leyendo el *Times* del domingo, sentado delante del fuego.

—¡Hola, Colin! ¿Estás solo? —dijo Ronald—. ¿Todavía no ha bajado ninguna de las mujeres?

—No, ni tampoco Osbert, el muy gandul. A propósito Ronald, te había dicho que me iría después de comer. Lo siento, pero he tenido que cambiar los planes. Me quedo esta noche.

—Muy bien, encantados de que te quedes, Colin. ¿Has decidido que, después de todo, la cita no era tan urgente como eso?

—No, no es eso. He visto al inspector cuando ha bajado y me ha preguntado si, efectivamente, pensaba irme después de comer. Yo le he dicho que así era y entonces él me ha respondido que me lo sacara de la cabeza... no sé, algo así.

—¿Te ha dicho que no te podías marchar? —preguntó Ronald, con voz incrédula.

—Bueno, no es que me haya dicho eso exactamente, sino que ha dicho que era probable que mañana me necesitaran para la encuesta y que sería conveniente que me quedara. Así es que le he dicho que me quedaría. Pero me parece que, aunque le hubiera

dicho que no podía quedarme, no habría servido de nada. La mirada que me ha echado quería decir esto.

—¡Ni que lo digas! —dijo Ronald.

3

Aquella media hora pasó lentamente y, a medida que pasaba, la inquietud de Roger iba en aumento.

Conocía los signos y estaba al tanto de los procedimientos empleados por la policía. El inspector no estaba satisfecho: eso era evidente. Pero ¿qué demonios podía haber provocado su insatisfacción? Si era simplemente el sitio donde se encontraba la silla, ya era tener mala suerte, puesto que, aun cuando todo se hubiera desarrollado de la manera más inocente de este mundo, era inevitable que la silla se hubiera desplazado un poco como resultado de algún puntapié ocasional, dado que a su alrededor había habido cuatro hombres moviéndose de un lado a otro. Difícilmente podía creer el inspector que la silla quedara incólume.

No, pese a sus maneras deferentes, el inspector Crane debía de ser un hombre entrometido. Ya que se había producido una muerte en las circunstancias en que se había producido, nada menos que en Sedge Park, ésta era una oportunidad que ni pintada para adquirir una cierta notoriedad. Como encontrase unos cuantos puntos fricativos que permitiesen plantear algunos interrogantes, he aquí que se le ofrecía la ocasión de hacerse un nombre como policía sagaz. Y lo malo del caso era que, sin saberlo, a lo mejor el inspector Crane arrimaba la cerilla al arsenal de pólvora. Como empezase a tirar de la manta, sabe Dios qué podía encontrar debajo. Roger hacía los más sinceros votos, y los formulaba con todo el fervor de una conciencia culpable, para que la cerilla que arrimase el inspector Crane estuviera mojada.

Parecía que los demás eran presa de las mismas aprensiones que él. Sumidos en lúgubre silencio alrededor de la amplia chimenea, no proferían más ruido que el crujido del periódico, si bien era bastante dudoso que estuvieran muy enfrascados en la lectura del mismo. A medida que transcurría el tiempo, Roger se sentía cada vez más a merced de aquella sensación que se apodera del colegial

antes del partido que se ha de celebrar en casa: una desagradable sensación de tener el estómago vacío. Y pensaba que, si él advertía aquellas sensaciones, ¿qué debía de sentir Ronald Stratton?

La recepción por parte de Ronald de la advertencia con respecto a la silla no había hecho sino confirmar las conclusiones de Roger. El rostro que le había mostrado Ronald había sido de miedo y, dadas las circunstancias, el miedo sólo podía ser fruto de un sentimiento de culpabilidad, ya fuera por cuenta de David, ya por cuenta propia. Bien, Roger haría cuanto estuviera en su mano para ayudarle, pero se anunciaban malos tiempos, debido a aquel diabólico inspector que se había puesto por medio, tan amante de remover el montón de estiércol. La cosa podía tomar muy mal cariz, un cariz realmente malo, si el hombre sacaba a la luz los sentimientos con que la familia Stratton en general había acogido a Ena y, a poco que removiera el estiércol, aquellos sentimientos tenían que salir forzosamente a la luz.

Pocos minutos después de las doce apareció el señor Williamson, con unas ojeras amarillentas alrededor de los ojos y, con una o dos observaciones rutinarias, se sumó al grupo de silenciosos circunstantes. Nuevamente, el crujido de los periódicos volvió a ser el único rumor que se escuchó en la sala.

En un momento dado, Ronald Stratton traicionó la ansiedad que lo invadía con una observación murmurada a media voz:

—Creía que el agente había dicho que Crane volvería al cabo de media hora. Hace ya cuarenta minutos que se ha ido.

Cuando pasaban veinticinco minutos de las doce, la doncella de Ronald hizo aparición al lado de Williamson y, con una voz monocorde que posiblemente debía enmascarar una gran excitación interna, dijo:

—Lamento interrumpir, señor, pero el inspector Crane quiere hablar un momento con usted en la azotea.

—¿Cómo? ¿Dice que quiere hablar conmigo? ¿Que yo soy la persona con quien quiere hablar? —dijo Williamson.

—Si usted tiene la bondad, señor.

—¿El inspector Crane? —repitió Stratton—. No sabía que estuviera aquí, Edith.

—Sí, señor. Hace alrededor de un cuarto de hora que ha llegado, con el superintendente Jamieson y otro señor.

—Pero... si no los he oído llegar y no me he movido de aquí.

—Han entrado por la puerta trasera, señor.

—Pero ¿por qué no me lo ha dicho?

—Han dicho que sólo subían uno o dos minutos a la azotea, señor, y que no era necesario que lo molestase, así es que he pensado que no debía decirle nada.

—Ya comprendo. Bueno, Edith, pero de todas maneras, si vienen..., si viene alguien otra vez de esa misma manera, mejor me lo dice, ¿comprendido?

—Sí, señor.

—¿Qué sucede? —preguntó Williamson, así que desapareció la doncella—. ¿Qué pasa? ¿Qué es eso de que quiere verme? Nos vimos anoche y yo ya le dije todo lo que sabía. ¿Para qué quiere volver a verme?

—Lo ignoro, Osbert, pero me parece que lo mejor es que vayas.

—Sí, supongo que sí. Bueno, me pregunto qué demonios querrá.

Williamson se dirigió a las escaleras que arrancaban de uno de los extremos del gran salón.

Roger contempló su espalda y se sintió presa de una gran angustia. Estaba completamente seguro de que había dejado de decir algo terriblemente importante a Williamson antes de la entrevista: alguna advertencia que habría servido para allanar todas las dificultades. Sí, sabía que debía decirle algo, pero parecía tener la mente como paralizada. No le era posible pensar en nada. Desesperado, contempló a Williamson mientras desaparecía de su vista.

—Y bien —murmuró Ronald—, ¿qué deduces de todo esto?

Colin observó a los demás por encima de las gafas de montura de concha que utilizaba para leer.

—¿Hay mar de fondo? —preguntó a título informativo.

—Todavía no se sabe —respondió Roger, en un tono capaz de desalentar cualquier intento de hacer preguntas delante de Ronald.

Ronald inició un movimiento, como si fuera a levantarse.

—¿Y si subo? —preguntó.

—Mejor no —dijo Roger—. Es evidente que no quieren que estés presente.

—Parece que ha venido el superintendente.

—Sí, eso parece.

—¿Quién debe de ser la otra persona?

—¡Bah!, algún policía vestido de paisano, supongo.

—Sí, será eso. Pero ¿para qué querrán hablar con Williamson?

—Quizá porque fue él quien encontró el cadáver, ¿no te parece?

—¡Ah, claro, será por eso! Éste es el motivo de que el superintendente quiera verlo... por supuesto... Seguro que se tratará de una simple rutina.

—Sí, no hay duda. Una simple rutina.

Sin embargo, Roger no creía que pudiera tratarse de una simple rutina.

Williamson estuvo veinte minutos ausente, los veinte minutos más largos que Roger había pasado en su vida.

Williamson lucía en su rostro una sonrisita de culpabilidad.

—Lo del tercer grado es pura broma comparado con esto —dijo dejándose caer en el asiento.

—¿Comparado con qué, Osbert? —preguntó Colin.

—Comparado con lo que me han hecho pasar. ¡Menuda fiestecita la tuya, Ronald! ¿No me vais a dar una copa? ¿Sí o no?

—Déjate de copas... ¿La policía todavía está arriba?

—Puedes estar seguro de que no se ha movido de allí: el superintendente, el inspector, dos agentes y...

—¿Por qué querían verte?

—¡Y yo qué sé! Me han preguntado un montón de sandeces. Querían que dijera al superintendente todo lo que dije ayer al inspector y un montón de cosas más. Que cómo había encontrado el cadáver, que hacia qué lado miraba, que a qué distancia del suelo tenía los pies, que en qué lugar estaba ésa o aquella silla, que...

Roger profirió una exclamación. Ahora se acordaba de la advertencia que había querido hacer a Williamson: ¡la silla! Hubiera debido tratar de meter en la cabeza de Williamson, de la misma manera que había tratado de meterlo en la cabeza de Colin, que la silla había estado allí desde el principio. Ahora ya era demasiado tarde.

—¿Qué ocurre, Sheringham? ¿Pasa algo?

—Nada. ¡Ah, sí! ¿Qué les ha dicho sobre la silla? —dijo Roger, tratando de evitar la mirada de Colin.

—Les he dicho que no recordaba dónde estaba, por supuesto. ¿Cómo iba a recordar una cosa así?

—¿Y ellos qué le han dicho?

—Pues que tratase de recordar. Me han dicho que procurara recordar y que hiciera retroceder mi mente hasta el momento en que había encontrado el cadáver, para así representarme la escena y tener que recordar en qué sitio estaba la silla. Todo lo que he podido recordar ha sido que la silla en cuestión no podía encontrarse debajo de la horca, porque de otro modo yo no habría podido pasar por debajo. Así que les he dicho que debía de encontrarse debajo del cadáver.

—¿Sí?

—Y entonces ellos han dicho que no podía haber estado debajo del cadáver, ya que de lo contrario la señora Stratton no habría podido servirse de ella. Así que les he dicho que debía de estar a una cierta distancia del cadáver. ¿Pero, qué? ¿Debía estar o estaba? Y entonces me han preguntado que si recordaba que la silla estaba un poco apartada del cuerpo y, como he empezado a hartarme, les he dicho que seguramente era así y entonces me han dicho si podría jurarlo y yo les he dicho que de jurarlo ni hablar, porque esto de jurar había que pensárselo dos veces, aunque seguramente la silla estaba allí, y ahora, por el amor de Dios, Ronald, dame algo de beber. Me han aplicado el tercer grado, hombre. ¿No te parece? Parece que no lo entiendes. Primero la policía, después Lilian y ahora vosotros...

—¿Lilian? —dijo Colin perezosamente.

—Me la he encontrado en las escaleras y, claro, ha habido que ponerla al corriente de todo. —El señor Williamson lanzó un profundo suspiro, muy propio, de un marido en sus circunstancias.

Roger analizó la versión del señor Williamson. Williamson había solucionado las cosas mejor de lo que esperaba. En cualquier caso, él no había negado la presencia de la silla, como podría muy bien haber hecho. Sin embargo, dada la versión de Williamson, la policía había planteado las preguntas de una manera bastante rara: parecían estar más preocupados por la posición exacta de la silla, que por la posibilidad de su total ausencia. ¿Significa esto que en realidad sólo estaban interesados en aquel detalle ridículamente insignificante del inspector Crane y que se les había escapado por completo la otra alternativa? De ser así, eran más estúpidos que lo que Roger imaginaba, pese a sentirse muy satisfecho de su

estupidez.

Williamson tomó un sorbo de la copa de jerez que le acababan de servir y prosiguió con su información:

—Bueno, no sé qué más puedo explicaros. Han estado insistiendo todo el rato sobre lo mismo y el inspector lo ha anotado prácticamente todo. ¿Que dónde estábamos? Pues en el solárium. ¿No lo había dicho? Sí, estábamos en el solárium: el inspector, el superintendente y yo. En el solárium.

»¡Ah, sí! Ahora recuerdo otra cosa que me han preguntado. Sí, fíjate Ronald, quieren saber cómo eran tus relaciones con tu cuñada. Les interesa enormemente. Mejor que pongas atención en este punto. Quiero decir que, a lo mejor, se ponen quisquillosos con esto, ¿no es posible? Empujada al suicidio, la pobre, porque se había visto desairada y no sé cuántas cosas más, ¿entiendes?

—¿A qué relaciones se refieren? —preguntó Ronald.

—Pues, querido amigo, la verdad es que todos la veáis con malos ojos. ¿Cómo? Era así, ¿no es verdad? Bueno, pues ahora les ha dado por ahí.

—¿Qué quieres decir?

—No han parado de preguntarme si anoche yo observé una cierta tirantez entre la señora Stratton y alguno de los miembros de la familia de su marido, que si yo había observado que ella no era santo de vuestra devoción o comoquiera que se diga. También, que si yo sabía que la señora Stratton era *persona non grata*, o como se llame, en esta casa, que si anoche me fijé en que la señora Stratton se peleara con su marido...

—¿Y bien? —dijo Ronald con acritud—. ¿Qué has contestado a esto?

—No, no te he delatado. Todo ha ido a las mil maravillas. Como te puedes figurar, les he dicho que todo eso me sonaba a nuevo, que yo no había observado nada, en absoluto, que si tenía que juzgar por las apariencias, a mí me parecía que tu hermano y su mujer formaban una pareja particularmente unida y, en fin, que todos os desvivíais por ella. No te preocupes —añadió el señor Williamson lleno de orgullo—, que no he metido la pata.

—Ya entiendo —dijo Roger—. ¿Y la policía sigue arriba? ¿Tienes alguna idea de lo que pueden estar haciendo, Williamson?

—Pues sí —dijo el señor Williamson, encantado—. Continúan

sacando fotografías. No han parado un momento de sacar fotografías y mientras tanto el inspector parecía un muñeco del pim-pam-pum, puesto que tan pronto estaba dentro del solárium como fuera.

—¿Dices que estaban sacando fotografías? —dijo Roger, con una voz que denotaba inquietud.

—Exactamente. Va con ellos un fotógrafo profesional de Westerford, creo, aunque no entiendo cómo han podido dar con él un domingo por la mañana. De todos modos, lo han traído aquí y lo tienen sacando fotografías de la azotea, de la horca y de Dios sabe cuántas cosas, vistas desde todos los ángulos posibles. Yo lo encuentro completamente inútil, pero supongo que ellos no piensan lo mismo. Tenéis gente muy eficiente en vuestra policía, la verdad, Ronald.

—Sí, mucho —admitió Ronald, con voz inexpresiva.

—Si me permitís —dijo Roger, con aire abstruso—, quisiera advertiros que esta habitación da a la escalera y que Williamson tiene una voz bastante poderosa.

Mientras pronunciaba estas palabras, sonó el teléfono y Ronald desapareció en el estudio para contestar.

Roger y Colin intercambiaron unas miradas. Colin, que seguía observándolo todo por encima de las gafas, levantó las cejas. Roger, a título de respuesta, se encogió de hombros. Tanto uno como otro tenían un aire grave.

—Una cosa —dijo el señor Williamson, dirigiéndose a Roger en actitud muy seria—, una cosa, Sheringham...

—¿Sí?

—Una cosa que quería decirle es que el jerez de Ronald es una maravilla. ¿Lo ha probado? Pruébalo y verá. No sé de dónde demonios lo saca. ¿Sabes tú de dónde lo saca, Colin? ¿Lo sabes?

—¡Anda, cállate ya, Osbert! —le contestó Colin.

El señor Williamson se quedó mirándolo con una cierta sorpresa, pero en absoluto ofendido.

Ronald apareció en la puerta de su estudio.

—Sheringham —le dijo—, ¿puedo hablar un minuto contigo?

—Por supuesto —le respondió Roger, levantándose de un salto, al tiempo que atravesaba apresuradamente el vestíbulo.

Ronald cerró la puerta del estudio.

Roger no se molestó en disfrazar la angustia que lo invadía.

—¿Más malas noticias? —preguntó.

Ronald asintió con la cabeza.

—Ha telefonado mi hermano. Me ha dicho que la policía se acaba de llevar el cadáver para trasladarlo al depósito. Quería preguntarte una cosa, ¿esto es serio, verdad?

—Podría serlo. Oye una cosa, Ronald. Vuelve a llamar a tu hermano y pídele que venga a comer aquí..., en seguida. No importa que llegue tarde. Será la mejor excusa para justificar su presencia. Y dile que no hable con nadie hasta que se haya visto conmigo.

—Así lo haré. Muchas gracias. David es un poco... ¿Esto qué significa, Roger? Supongo que querrá decir que la policía no está satisfecha... Vete a saber por qué, pero así es. A mí me parece que esta gente tiene algún tornillo flojo.

—¿Un tornillo? Yo creo que hay que ajustárselos todos.

4

El gong anunciando que la comida estaba servida atrajo a todas las mujeres a la planta baja.

Afortunadamente, la presencia continuada de la policía en la casa era vista por todos los invitados como un procedimiento normal, por lo que aunque difícilmente habría podido decirse que la comida transcurrió en un ambiente de franca alegría, tampoco se habría podido afirmar que reinó en él un sentimiento de desconfianza. A media comida llegó David, ojeroso y brusco en el trato, por lo que su presencia vino a añadir tensión a la reunión. Después de la comida, Roger hizo una señal a Ronald, quien dijo en voz baja unas palabras a David y lo acompañó fuera. Ronald regresó en seguida y, dirigiéndose a Roger, le indicó:

—Está en mi estudio. ¿Quieres que vaya yo también?

—No —dijo Roger y salió, solo, en dirección al estudio.

Durante toda la comida había estado pensando en la manera de advertir a David sin darle a entender que estaba al corriente de la situación y, por otra parte, sin minimizar el peligro. El término medio al que había llegado tenía el defecto de todos los términos

medios, pero había sido la mejor solución que había encontrado.

—Una cosa quiero decirte, Stratton —dijo Roger, sin andarse por las ramas—, supongo que sabes qué significa eso de trasladar el cuerpo de tu mujer al depósito de cadáveres y eso de andar hurgando por la azotea, como está haciendo la policía en estos momentos. Pues, por si no lo sabes, te diré que quiere decir que la policía no está satisfecha y que piensa que la muerte de tu esposa no está tan clara como parece a primera vista. Como yo no disfruto de su confianza, no puedo saber dónde está el problema, pero adivino que piensan que anoche hubo algún motivo especial, algún incidente o alguna escena en particular, como podría ser por ejemplo una pelea, que la condujo a quitarse la vida y éste es un punto que no ha quedado aclarado. Ahora bien, a mí no me interesa, ni sé tampoco, si se produjo ayer algún hecho de esta naturaleza, de la misma manera que tampoco quiero saber los detalles exactos de los últimos momentos de su vida. Pero, en el caso de que hubiera un hecho así, y que el hecho fuera dado a conocer, es probable que las investigaciones levantarán un gran revuelo, cosa que a todos nos interesa evitar.

»Es por esto que me gustaría que te quedara bien grabado que es esencial que tú, entre todos los asistentes a la fiesta, tengas preparada para la policía una versión muy clara de los hechos, y que esta versión esté confirmada en todos sus extremos, al objeto de que entiendan que, cuando tu esposa salió del salón donde se bailaba, después de haber discutido con ella, ni la seguiste a la azotea ni hubo nada que pudiera parecerse a esto. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, es muy sencillo —dijo David lacónicamente—. Yo...

—Espera un minuto. Déjame que te diga una cosa. Yo sé que no la seguiste, puesto que estuviste conmigo diez minutos, como mínimo, en el bar. ¿Te acuerdas? Estuvimos hablando de *cricket* y comentando lo absurdo del alboroto de los australianos, porque les dimos en las estacas y no fuera de ellas. Yo soy testigo de tu coartada en lo que se refiere a ese lapso de tiempo. Después llegó Colin Nicolson y yo subí uno o dos minutos a la azotea... donde, dicho sea de paso, no vi ni rastro de tu mujer, que debía de estar en el solárium.

—¿Por qué? —preguntó David bruscamente.

—¿Por qué? —repitió Roger.

—Sí. ¿Por qué tenía que estar en el solárium? Habían pasado diez minutos... tiempo suficiente para que ya lo hubiera hecho...

—Por supuesto —se apresuró a decir Roger.

Había olvidado completamente que su primera teoría había exonerado a David a consecuencia de aquellos diez minutos. Por supuesto que aquélla era la mejor defensa para David. El informe de los doctores en cuanto a la hora en que había ocurrido la muerte debía ser firmemente aceptado. David se había mostrado inteligente al darse cuenta de ello.

—Desde luego que no sé —repitió— por qué he dicho que tu mujer debía de estar en el solárium. Lo más probable es que ya lo hubiera hecho, en efecto. Aun así, no veo que perjudique en nada el hecho de que cuentes con un margen de seguridad, de modo que hablaremos de datos exactos. Te dejé y tú te quedaste otros tres o cuatro minutos con Nicolson. Y entonces —dijo, Roger con intención— fuiste detrás de él a la sala de baile, ¿verdad?, y allí seguro que te vería tu hermano o alguna otra persona.

—Sí, pero no fui en seguida —dijo David, con actitud obtusa—. Primero bajé al cuarto de baño.

—No, no fue así —le replicó Roger, un tanto exasperado—. No fuiste a otro sitio que al salón de baile. Seguiste a Nicolson al salón de baile. De hecho, fuisteis los dos juntos. Él lo recuerda perfectamente.

En el pálido rostro de David se dibujó una leve sonrisa.

—Sí, exactamente, ahora lo recuerdo perfectamente. Y si quieres saber más detalles, te diré que me fui derecho a Agatha y le pregunté si quería bailar conmigo, ya que todavía no habíamos tenido ocasión de bailar. No era del gusto de mi esposa —dijo David con voz hueca—, vete a saber por qué...

—Perfecto. Ella también se acordará. Y estuviste un rato con ella, desde luego y, después de esto, ya no volviste a quedarte solo en todo el rato hasta que Ronald te despidió en la puerta.

—Ronald no me despidió. Yo...

—Sí, Ronald te despidió.

—¡Ah, muy bien! A mí todo esto me parece perfectamente inútil —dijo David, con aire fatigado—, pero supongo que tienes razón.

Roger dejó escapar un suspiro.

Al salir del estudio, Roger se lanzó a la caza de la señora Lefroy, a la que encontró en la sala de estar: la separó del grupo del que formaba parte y la condujo fuera. El tiempo apremiaba y no podía andarse con rodeos.

—¿Recuerda usted cuando anoche me llevé a David, para acompañarlo a tomar una copa, después del lance con su mujer y de que ésta se hubiera marchado? Pues bien, después no regresé a la sala con él, sino que él entró en ella acompañado de Colin Nicolson. ¿Recuerda haberlo visto entrar con él?

—No —dijo la señora Lefroy, titubeante—. Recuerdo que David entró y que se sentó a mi lado, pero me parece que esto fue más tarde, ¿verdad?

—Fue exactamente quince minutos después de salir conmigo de la sala, pero usted esto no lo sabe. Lo que sí sabe es que lo vio y que Colin entró con él y que David se fue derecho hacia usted y que se pusieron a hablar.

La señora Lefroy era una mujer rara.

—Sí —dijo en seguida—. Lo recuerdo perfectamente.

—¡Fantástico! —dijo Roger—. ¿Dónde está Ronald?

Descubrió a Ronald en el estudio, en compañía de David. Estaban callados.

—Ve a casa, David —le dijo Roger—. No te quedes aquí mucho rato. No vaya a parecer que esto es una especie de confabulación, aunque quizá lo sea. Ve a casa y no te apartes de tu versión y todo irá a las mil maravillas.

David se fue.

—La policía ya se ha marchado —dijo Ronald—. Y si...

—¡Al cuerno la policía! —exclamó Roger—. No tardará en volver.

—Sí, eso me temo. De todos modos, han cambiado el lugar de la encuesta. Será en Westerford, no aquí.

Roger asintió con un gesto.

—Me lo suponía. Ahora escúchame bien, Ronald, porque voy a hablarte con la máxima claridad.

Y volvió a repetir la maniobra, que ya había empleado con

David.

—Sí, —dijo Ronald—, yo lo entiendo perfectamente, pero me parece que quién no lo entiende eres tú...

—Es que yo no quiero entender nada —dijo Roger atropelladamente—. Lo único que quiero es ocuparme de tu coartada, porque no tengo tiempo para más, y quiero que estés dispuesto a jurar que bajaste a acompañar a tu hermano hasta la puerta principal y que le viste abandonar la casa.

—Pero es que a mí mi coartada me tiene sin cuidado —dijo Ronald, con aire despreocupado—. En ningún momento salí del salón de baile desde que Ena se fue y volvió David, momento en que me encontraba contigo en el bar.

—¡Ah! ¿No saliste? —dijo Roger.

Aquello quería decir que había sido David.

—No. Son muchos los que pueden jurarlo. Pero quiero decirte una cosa, Roger —dijo Ronald lleno de ansiedad—, ¿estás seguro de que David se encuentra bien? ¿Crees que ese chico es, de verdad, de hierro colado?

—Ni por asomo. De hierro colado, no. No es tan quebradizo como eso. Es de hierro forjado. Acabo de forjarlo yo —dijo Roger, con una sonrisa.

—Ah, bien, entonces escucha, Roger —dijo Ronald lentamente—. Yo también quiero hablar claramente contigo. David no me ha dicho una sola palabra, como yo tampoco le he dicho una sola palabra a él. Estoy de acuerdo contigo en que lo mejor es no saber nada. Entiendo que ésta es tu postura y que es la adecuada. Pero lo que yo quiero decir es esto, Roger: que aquella mujer se merecía que... bueno, que se merecía lo que ha encontrado.

—Lo sé perfectamente —dijo Roger, no sin emoción—. Y ésta es la razón de que yo no quiera enterarme de nada. Sólo quiero decirte una cosa, Ronald: que todo saldrá bien.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Debes comprender que no hay ninguna prueba. No hay prueba ninguna.

Huyendo de cualquier posible manifestación emotiva, Roger se apresuró a ir en busca de Colin. La policía podía llegar de un momento a otro y Roger quería que, cuando llegara el momento, todo hubiera quedado perfectamente aclarado.

Colin estaba fumando su pipa con Williamson en la extensión de césped que había delante de la casa.

Roger lo llamó aparte y volvió a empezar:

—Colin, anoche cuando yo subí a la azotea, tú te quedaste con David y no volviste solo al salón de baile. David iba contigo.

—Pero si ya te he dicho que...

—Colin, dispongo de poco tiempo. Escúchame bien: ¡David iba contigo! La señora Lefroy recuerda que os vio entrar juntos y además —añadió, poniendo énfasis en sus palabras—, el propio David recuerda que entró contigo. Es el propio David quien lo recuerda, Colin.

—¡Oh! —exclamó Colin lentamente.

—Sí, tú estabas equivocado, supongo. De todos modos, el chico está perfectamente a salvo siempre que tú recuerdes ese detalle.

—Claro que recuerdo que entramos juntos —dijo Colin, decidido—. ¿No te lo había dicho ahora mismo?

—Entonces, menos mal que está todo arreglado —dijo Roger enarcando las cejas y soltando un suspiro de alivio.

—Pero oye una cosa, Roger, ¿qué anda buscando la policía? ¿Crees que huelen alguna rata? ¿Qué es eso de ir sacando fotografías en la azotea?

—Pues no lo sé —admitió Roger—. Pero ahora me toca descubrirlo. Poco podía pensar que el Gran Detective tendría que detectar lo que habían ya detectado los detectives de oficio. Bien, bien...

—¿Te parece que la cosa es grave?

—A mí me parece que no —dijo Roger, mientras se encaminaban hacia la casa—. Alarmante, sí, desde luego, pero no veo que pueda ser grave. La única cosa que pueden tener son sospechas indeterminadas, no otra cosa, y ya sabemos que no es posible detener a nadie, ya no digamos colgar, sin contar con alguna prueba. Pese a todo, si no hay moros en la costa, echaremos un vistazo arriba.

No había moros en la costa y la azotea no estaba custodiada. Hasta el agente había sido retirado.

—¡Vaya! —exclamó Roger echando una ojeada alrededor.

Una primera ojeada no permitía ver más que la terraza, exactamente igual como momentos antes.

—Bien, no sé qué demonios andan buscando, a menos que sigan preocupados con la silla —dijo Roger, al tiempo que se dirigía a la horca.

—¡Hombre! —exclamó, sorprendido, de pronto—. ¡La silla ha desaparecido!

Volvió a echar una mirada a su alrededor. Era indudable que la silla había desaparecido. En la azotea seguía habiendo tres sillas, pero exactamente las mismas de antes. Sin embargo, la cuarta, la que estaba debajo de la horca, había desaparecido.

—Vamos a ver si está en el solárium —dijo Roger.

No estaba en el solárium.

—Pero ¿por qué demonios la habrán sacado de aquí? —preguntó Colin, no menos desconcertado que Roger.

—Sólo Dios lo sabe —dijo Roger, que ya empezaba a sentirse preocupado de la manera que suelen preocupar las cosas cuando son inexplicables—. No me cabe en la cabeza. La única cosa que podía interesarles con respecto a la silla era su posición en relación con la horca. Como objeto aislado, no entiendo cómo puede interesarles.

Un acto tan sencillo como aquél de llevarse una silla empezaba a parecer siniestro. Roger se sentía perfectamente preparado para combatir movimientos de un contrincante, siempre que se tratase de movimientos conocidos, pero aquel movimiento era desconocido, ¿cómo podía combatirlo?

—¡Bah! —dijo Colin tratando de tranquilizar a Roger—, son imbéciles, unos imbéciles que quieren dárseles de listos.

—No —dijo Roger, preocupado—. No me lo parece. Seguro que tienen alguna razón.

Y se quedó contemplando el lugar donde antes había estado la silla.

De pronto profirió una exclamación y se desplomó en el suelo, con las manos y las rodillas en tierra, con la mirada clavada en un pequeñísimo espacio de la azotea.

—¿Has visto algo? —le preguntó Colin ávidamente.

Roger sopló suavemente en el suelo y después repitió la misma maniobra. Acto seguido, se levantó y fijó los ojos en Colin.

—Ahora comprendo por qué se han llevado la silla —dijo lentamente—. Colin, me temo que las cosas se nos han puesto de

espalda.

—¿Qué estás diciendo, hombre de Dios?

—Me equivocaba cuando decía que actuaban movidos por sospechas, que no tenían ninguna prueba que los respaldase. Tienen una prueba. ¿No ves aquí restos de polvo gris? Es polvo esparcido con un insuflador. Buscaban huellas dactilares en la silla y han visto que no las hay... ninguna... ni siquiera las de Ena.

XII

EL POCO ESCRUPULOSO COMPORTAMIENTO DE UN GRAN DETECTIVE

1

—DEBEMOS CONSERVAR la calma —dijo Roger, nada calmado—. No podemos perder la cabeza. Estamos metidos en un lío, pero debemos mantener la calma, Colin.

—¡Qué calamidad! —exclamó Colin con voz desesperada.

—Hemos de tratar de averiguar sus movimientos —prosiguió Roger, un poco más juicioso que antes—, a fin de anticiparnos a ellos. Tú eres la única persona con la que puedo hablar libremente, así es que tienes que ayudarme.

—Estoy contigo para lo que sea, Roger.

—Te conviene estar conmigo —dijo Roger con aire lúgubre—, porque los dos estamos metidos en el asunto, si se descubre el pastel. En un momento de ofuscamiento me coloqué en la postura de cómplice para proteger a alguien (supongo que se puede ser cómplice de un delito sin tener la más mínima idea de quién es el criminal, un punto de vista sumamente interesante...), pero tú has hecho lo mismo al protegerme a mí. Supongo que te habrás dado cuenta...

—Lamento decir que me parece que tienes razón. Soy cómplice

de un cómplice, suponiendo que exista esa figura. Pero miremos las cosas por el lado bueno, Roger. Si no hubiera borrado las huellas de la silla, las cosas podían haber sido mucho peor. Quiero decir, que podían haber sido peor para ti.

—Y posiblemente peor para alguien más aparte de mí —replicó Roger.

Los dos estaban hablando en el solárium, lugar al que se habían retirado después de que Roger descubriera, alarmado, lo ocurrido en la azotea. Roger había estado unos cinco minutos más andando a gatas por el suelo, arrastrándose con las manos y las rodillas por tierra, para ver si era posible leer algo más en la superficie de la azotea pero, dejando aparte una o dos cerillas quemadas que había encontrado, no le fue posible descubrir nada. Había explicado a Colin que era seguro que la policía había hecho lo mismo que él y que era de presumir que, como él, tampoco había encontrado arañazos ni otras marcas indicadoras de que había habido pelea u otra cosa por el estilo en aquel sitio. No podía afirmarse que hubieran encontrado alguna cosa de naturaleza mueble.

Roger volvió a encender la pipa y prosiguió, esta vez considerablemente más tranquilo. A diferencia de lo que le ocurre a mucha gente, Roger se sentía más tranquilo cuando discutía.

—Sí, Colin, tienes razón —le dijo—. Si no hubieras borrado mis huellas de la silla, ¿qué habrían encontrado? No hay duda de que el inspector, oficioso como es, no habría dejado la silla sin inspeccionarla a fondo y sin buscar huellas. Habría encontrado las mías y presumiblemente las de la persona que subió todas las sillas a la azotea y probablemente muchas más. Sin embargo, no habría encontrado las de Ena Stratton, lo que todavía habría complicado las cosas más de lo que lo están. En cualquier caso, me pregunto —añadió Roger con aire vago—, cómo fue a parar allí donde la encontré aquella silla en particular de entre las cuatro que había en la azotea, precisamente allí, en medio del camino. Indudablemente era la silla que volcaste tú.

—Yo no la volqué —le contradijo Colin—. Fue la silla la que por poco me vuelca a mí. Estaba de lado, por eso no la vi.

—De lado y a medio camino entre la horca y la puerta de entrada a la casa —meditó Roger—. Podía muy bien ser que ya estuviera allí cuando yo me asomé a la puerta pero, suponiendo que

así fuera, no recuerdo haberla observado. Y puedo asegurar que no estaba allí a primera hora de la tarde, cuando Ronald me hizo subir a la azotea para mostrarme la horca que había instalado en ella, puesto que recuerdo que fuimos directamente desde la puerta hasta la horca. Alguien tuvo que dejarla en aquel sitio más tarde. No sé si ese detalle puede ser de importancia.

—Bien, en el cuadro falta una silla —señaló Colin.

—Exactamente. Es posible que el asesino fuera directamente con ella hacia la horca con la intención de completar el cuadro pero que, después, porque se sintiera alarmado o porque se distrajera, la dejara en cualquier sitio antes de escapar.

—Parece bastante verosímil, Roger.

—Sí, pero lo que ocurre es que es muy fácil encontrar verosímil una explicación sin saber que es la adecuada y probablemente sin darse cuenta de cuántas explicaciones verosímiles de un hecho podría haber. Ése es el fallo de las novelas policíacas de la vieja escuela —dijo Roger en un tono algo didáctico—. De cada hecho se desprende una sola deducción y esa deducción era invariablemente la adecuada. No se puede negar que los Grandes Detectives de otros tiempos tenían suerte. En la vida real se pueden sacar centenares de deducciones verosímiles de un mismo hecho y, después, resulta que todas son erróneas por igual. Sin embargo, ahora no hay tiempo para considerar este aspecto de la cuestión.

—Hablabas de la silla —le recordó Colin.

—Sí, es curioso que estuviera donde estaba, pese a lo cual no puedo ver qué relación tiene con el crimen real. Si mi explicación es la correcta, la policía habría encontrado las huellas del asesino en la silla, pero no las de Ena Stratton. Dicho sea de paso, lamento seguir aplicando ese término al pobre tío que se vengó de ella de la única manera posible, pero parece que no hay otra palabra. Si digo brazo de la justicia suena muy pomposo.

—¿David ha admitido realmente el hecho? —preguntó Colin hablando con gran precaución.

—¡Qué va! Ni lo ha intentado siquiera, aparte de que yo tampoco le habría dejado que me lo confesara. Ha preferido admitirlo de manera tácita, sin palabras. Pero Ronald sí lo ha hecho.

—¿Ronald te ha dicho que lo habían hecho él y David?

—No, no. A lo que parece, Ronald no tiene nada que ver en el asunto. Y además, no está nada preocupado porque tiene coartada. Pero sabe que ha sido David. No sin muchas precauciones, me ha dicho que David no le había hablado palabra sobre el asunto, como tampoco él le había dicho nada a David, pero esto no quiere decir que no esté al corriente, del mismo modo que imagino que David también sabe que él lo sabe. Pese a todo, Ronald y yo tardamos un cierto tiempo en explicarnos trabajosamente uno a otro que ni él ni yo sabíamos nada y que tampoco teníamos ningún interés en averiguar nada. Así es que todo resultó perfecto.

—¿Y la policía? ¿Lo sabe?

—No, ése es nuestro gran consuelo. Y aquí es donde hay que trabajar. Nosotros debemos encargarnos de elaborar sus ideas. Es muy posible que ni siquiera sepan que se ha cometido asesinato, por lo que mucho menos han de saber quién lo ha cometido. Pueden tener sospechas remotas pero, de hecho, todo lo que pueden saber es que hay un poco de mar de fondo y nada más. Alguien que puede estar interesado en el asunto ha borrado las huellas y santas Pascuas. Y no sólo las huellas del respaldo, sino de los laterales, del asiento, de toda la silla. También limpiaste el asiento, ¿verdad?

—¡Limpí ese maldito asiento! —gruñó Colin.

—No te desespere. Hiciste bien. ¿No te das cuenta de que, en una silla con asiento de madera como el de ésta, no sólo habrían estudiado las huellas dactilares, sino también las huellas de los zapatos? La teoría del suicidio presupone que la señora Stratton tuvo que subirse de pie en una silla. Pues bien, dados los métodos modernos de detección, habría sido muy sencillo determinar si una persona había subido o no en la silla aquí en la azotea. El pavimento de asfalto está recubierto de una capa de pedernal, lo que habría hecho que se desprendiesen de él pequeñas partículas que habrían sido trasladadas con los zapatos al asiento e incrustadas profundamente en el barniz o incluso en la madera, debido al peso del cuerpo de la persona. Al tumbar la silla, se habrían desprendido algunas, pero no todas, aparte de que habrían quedado perfectamente visibles en la silla las huellas de las que se hubieran desprendido. El examen microscópico del asiento habría revelado todo lo que te he dicho con la misma claridad con que te lo acabo de exponer.

»Y no estoy del todo seguro —añadió Roger, con una cierta tranquilidad— de si el examen microscópico, incluso después del restregón que le pegaste a la silla, puede revelar que la señora Stratton no se subió nunca a ella. Es una maravilla la precisión con que operan estosartilugios. De todos modos, como puedes comprender, es mejor que la hayas limpiado que lo contrario.

—Bueno, por lo menos que haya servido de algo —dijo Colin, aunque su voz revelaba igualmente una cierta inquietud.

—Así que, ¿cómo está la situación? La policía sabe que alguien ha estado manoseando la silla, ya sea con propósitos criminales, ya sea sin ellos. Y es posible que tenga la plena certeza de que la señora Stratton no se subió a la silla. En ese caso, la cosa estaría muy fea, puesto que esa comprobación significaría asesinato. Sin embargo, aun así, mirando las cosas por su lado bueno, demostrar que ha habido asesinato no quiere decir que se sepa quién es el asesino y, aunque es seguro que habría un gran revuelo y un montón de averiguaciones, no es seguro que el cuello de David estuviera seriamente en peligro. Y aun cuando la policía tuviera la completa seguridad de que él era el autor del crimen, hay tan pocas pruebas en el caso que les sería difícilísimo demostrarlo.

»Con todo, esto sería lo peor que podría ocurrir y lo más probable es que no ocurra, o sea que lo mejor será que dejemos esa posibilidad fuera del programa y que de momento nos centremos solamente en lo que es plenamente seguro. Ahora bien, lo que hasta ahora es plenamente seguro, a mi manera de ver, es que la policía considera que existen motivos para seguir haciendo averiguaciones. Han sacado fotografías de la azotea y nos retienen a todos aquí por si es preciso seguir interrogándonos. Todo es de lo más normal y, después de todo, no hay motivos para alarmarse.

—Me alegra saberlo —dijo Colin.

—Pero lo que no me gusta tanto es el traslado del cadáver al depósito. Si la policía no estaba satisfecha, la medida era inevitable, pero esto significa autopsia... y sólo Dios sabe lo que puede revelar.

—No le des más vueltas, ¿no crees que la causa de la muerte debe ser perfectamente obvia?

—La causa de la muerte, sí. Pero no es sólo esto lo que andan buscando. Está la cuestión de las magulladuras, ¿comprendes? Anoche no le pregunté a Chalmers si había observado magulladuras

en el cuerpo. Supongo que no debió de buscarlas. Ni tampoco le dije nada a Mitchell. Si se tratara de un caso perfectamente claro, probablemente no habría que buscar magulladuras pero, dadas las circunstancias, no hay duda de que la persona que haga la autopsia las buscará... y la cosa puede resultar desagradable.

—Pero ¿por qué ha de haber magulladuras en el cuerpo?

—Considera por un momento cómo pueden haber ocurrido las cosas. Yo no me imagino que la señora Stratton escuchara apaciblemente las razones de David, que accediera a meter la cabeza a través del lazo y que dejara que éste le diera un empujoncito. No me es posible decir cómo ocurrieron las cosas en realidad, pero es indudable que se recurrió a alguna añagaza y que hubo algún tipo de forcejeo, tal vez en el último segundo. El forcejeo no debió de ser largo puesto que, a lo que se ve, nadie oyó ningún grito y, si Ena hubiera gritado, alguien la habría oído. Me pregunto —dijo Roger, abstraído en sus pensamientos— cómo demonios se las arregló para hacer las cosas de manera tan silenciosa. A juzgar por la cronología, no pudo dedicar más de tres o cuatro minutos, como máximo, a realizar el acto, pese a que haya dudas con respecto al momento en que volvió al salón de baile.

—Tú dices siempre —tanteó Colin— que el conocimiento de la psicología del asesino ayuda mucho en la reconstrucción del crimen. ¿No podría decirse lo mismo en relación con la psicología de la víctima?

—Una observación muy sagaz, Colin —dijo Roger, entusiasmado—. Y me interesa particularmente porque me recuerda una observación que hice anoche acerca de Ena Stratton que en aquel momento sonaba muy profunda pero que, después, pensé que seguramente no tenía importancia. Sin embargo, quizá era más profunda de lo que pensé cuando la hice. Dicho sea de paso, te la hice a ti, Colin. ¿Recuerdas que te dije que una determinada cosa, que en esos momentos he olvidado, no sólo era importante por lo que hasta ahora le había ocurrido a la señora Stratton, sino por todo lo que pudiera ocurrirle en el futuro?

—Sí, lo recuerdo. Y recuerdo también que entonces pensé que no sabía a qué demonios te referías.

—Si quieres que te diga la verdad, lo mismo pensé yo. Pero seguramente yo tenía en la mente alguna cosa. Supongo que no

debes de recordar la ocasión en que hice la susodicha observación.

—Sí la recuerdo. Estabas hablando de su exhibicionismo.

—¡Ah, sí! Dije entonces que su exhibicionismo era significativo por todo lo que pudiera ocurrirle en el futuro y lo que le ocurrió fue esto: que fue asesinada. Ahora bien, ¿es posible que el exhibicionismo sea el causante del hecho? La verdad, no veo la razón.

—Fue en ocasión de que se colgase de un salto de la viga. ¿No lo recuerdas? Supón que se colgó de un salto de la horca y que nuestro David saltó después de ella.

Roger soltó la carcajada.

—Esto significaría tomarse una banalidad al pie de la letra. Pero de todos modos, la suposición cae dentro de lo posible. En esto estriba el problema: tratándose de la señora Stratton, la idea más extravagante puede ser realidad. Sin embargo, me temo que, de ser verdad tu teoría, y si David hubiera deslizado la cuerda por encima de la cabeza de la señora Stratton sobre la horca y no debajo, se habría roto el cuello. Y no es así. La mujer de David murió por estrangulación. La cuerda era mucho más gruesa y más dura que las cuerdas usadas normalmente para ahorcar a una persona y las excoriaciones que la muerta tiene en las palmas de las manos demuestran que intentó agarrarse a ella y que probablemente murió lentamente, si bien es probable que sus propios movimientos fueran apretando el nudo alrededor de su cuello y acabaran con ella en muy poco tiempo.

»De todos modos, Colin, tu tiro no debe de ser tan errado como eso. Si aceptamos que el forcejeo duró poco tiempo, como creo que es el caso, es seguro que se empleó una estratagema de algún tipo y me parece indudable que debió de ser la propia señora Stratton, y más posiblemente su tendencia al exhibicionismo, la que dictó la naturaleza de la estratagema. Aun así, esto tiene muy poco que ver con el asunto que nos ocupa. El problema es que hubo que utilizar violencia de algún tipo, aunque fuera en el último segundo, y que la violencia siempre deja huellas.

»Y si hay huellas, las sospechas de la policía quedarán confirmadas, los interrogatorios serán aplazados para poder encontrar nuevas pruebas y ya veremos quién se las carga.

—¡Caracoles!

—Así —dijo Roger—, ¿qué hacemos?

2

Bueno, lo primero que hizo Roger fue ir abajo y preguntar a Ronald si sabía cuándo se haría la autopsia y qué médico la haría.

Ronald telefoneó a Chalmers y se enteró de que la autopsia se haría aquella misma tarde y que la persona encargada de hacerla sería un médico de Westerford llamado Bryce y que tanto Chalmers como Mitchell se encontrarían presentes.

—Sólo es un momento —dijo Roger, mientras cogía el auricular—. ¿Es Chalmers? Soy Sheringham.

—¿Ah, sí? —dijo a través del aparato la voz amable del doctor Chalmers.

—Se trata de ese Bryce. ¿Es bueno?

—Muy bueno. Es un veterano, con una gran experiencia.

—Todo esto es un poco extraño, ¿verdad? —dijo Roger con una cierta cautela—. Me refiero a que encuentro un poco extraño que la policía quiera ahora una autopsia tratándose de un caso tan claro como éste.

—A mí no me lo parece. Las autopsias son habituales.

—¿Es quisquilloso el que investiga el caso?

—No, en absoluto. Lo que pasa es que la policía de aquí tiene muy poco trabajo y, cuando tiene algo entre manos, se desquita.

—Ya comprendo. Usted piensa que no se trata de nada más que de esto.

—Estoy completamente seguro —dijo el doctor Chalmers en tono sumamente tranquilizador.

Roger pasó el receptor a Ronald.

—Dile que te llame así que termine la autopsia y que te comunique el resultado —dijo—, aun cuando se trate de una comunicación extraoficial. Espero que no tendrá inconveniente en informarte.

Ronald pasó el encargo y acto seguido hizo una señal a Roger dándole a entender que el doctor Chalmers había aceptado el encargo.

Roger salió cautelosamente de la habitación con aquel andar

silencioso que se siente obligada a adoptar toda persona cuando asiste a una conversación telefónica de otra.

Ahora veía claro que, de momento, mientras no se conocieran los resultados de la autopsia, no se podía hacer nada más.

Se encaminó lentamente hacia el jardín.

Aquella inacción lo llenaba de inquietud, puesto que de hecho estaba más preocupado que lo que había dejado entrever a Colin. La acción impremeditada que lo llevó a incorporar el único detalle que el asesino de Ena Stratton, estúpidamente, había omitido, podía tener serias consecuencias. Roger no pensaba tanto en el posible castigo que el hecho podía reportar como en el efecto que podía tener sobre su *hobby*. Si las cosas llegaban al extremo de obligarlo a admitir lo que había hecho, perdería para siempre la confianza de la policía y ya nunca más podría ser autorizado a realizar detecciones oficiales. Pese a todo, no lamentaba lo que había hecho. Mejor que Roger Sheringham quedara consignado para siempre en el libro negro de Scotland Yard que permitir que David sufriera lo que la ciega justicia dictaría por haber cometido un acto en un momento de loca desesperación.

De todos modos, si Roger podía impedirlo, las cosas no llegarían a aquel extremo.

Lo realmente importante era impedir que se aplazasen los interrogatorios. Aplazar los interrogatorios, dadas las circunstancias, implicaría que todos los periodistas del reino metieran las narices en el asunto. Entonces sería inevitable que se revolviera el fango y que quedaran manchadas con él las reputaciones de las personas involucradas, así como que aquella broma totalmente infantil que había sido el móvil de la fiesta fuera tergiversada para justificar las peores insinuaciones. Tanto la fiesta como los invitados a la misma se convertirían entonces en noticia de la prensa amarilla. Si era posible, pues, había que parar la rueda.

Pero ¿cómo?

¡Había tan poco tiempo! Había que convencer aquel mismo día a la policía de que no había motivos para proseguir las investigaciones y de que el caso era realmente tan claro como había parecido en el primer momento. Pero, puesto que aquella maldita silla estaba en poder de la policía, Roger no veía cómo conseguiría convencerla de lo que a él le interesaba.

Por otra parte, también contaba el hecho de que él, dadas las cosas que sabía, podía estar entre los sospechosos. En realidad, habría sido de justicia, y no simplemente de justicia poética, que él se contara entre ellos. Quiso recordar cómo se había comportado con la policía y cuál había sido la actitud de ésta en relación con él. ¿Se había mostrado, quizá, excesivamente parcial aquella mañana al descartar la posición de la silla como factor de importancia? Y sin embargo, lo irritante del caso era que no tenía importancia, ninguna importancia. ¿Había sido demasiado evidente su intención de querer conducir, anoche, al inspector por los sitios que a él le interesaba?

Roger subió la escaleras que conducían al paseo elevado que rodeaba el jardín de rosas. Tenía las manos enfundadas en los bolsillos y la cabeza hundida en las espaldas: estaba sumido en sus pensamientos.

Sí, la actitud de la policía para con él se había modificado. La noche anterior el inspector se había sentido encantado de conocerlo y se había mostrado ávido de escuchar sus consejos y de escuchar sus sugerencias. Pero esta mañana, en la azotea, era evidente que sus sugerencias habían caído en saco roto. Y más tarde, cuando se habían desarrollado todas aquellas escenas con las que él no podía por menos de estar familiarizado, ni siquiera había sido consultado. Es más, podía ser incluso que hubiera sido excluido a propósito. La llegada de la policía a través de la puerta trasera de la casa y el encargo hecho a la camarera de no advertir al amo de la casa tal vez le tenían más a él como objetivo que a Ronald.

No era agradable encontrarse entre los sospechosos. Roger, que tanto había disfrutado en su vida persiguiendo a posibles presas, sentía ahora un estremecimiento, como si un dedo helado recorriera su espina dorsal, al pensar que quizá también él se había convertido en presa. ¿Sería posible que la policía hubiera llegado incluso a hacerlo sospechoso del propio asesinato? No debía entregarse a negros pensamientos pero ¿sería posible? De ser así, el hecho unido al de que podía descubrirse que había sido él quien había colocado la silla y al de que había estado, solo, en la azotea durante el momento crucial... Bien, Colin ya lo había acusado anoche, pero ¿cómo sonaría la acusación pronunciada ante un tribunal, cómo sonaría desde el banquillo?

No, aquello era ridículo. Él era Roger Sheringham.

Sin embargo... Sheringham.

—Hola, señor Sheringham —dijo una voz que llegaba lateralmente—. Le he estado observando mientras se paseaba, igual que hace el león en la jaula. Lamento interrumpir sus divagaciones, pero me muero por saber en que está pensando.

La señora Lefroy estaba tomando el sol en una glorieta que se levantaba junto al camino.

—En ese caso no se lo diré —dijo Roger, volviendo a la realidad, aunque no sin cierta dificultad—. Me ha dado un susto de muerte. Haga usted el favor de no sorprender así a los que están sentados en el banquillo de los acusados.

—¿Estaba sentado en el banquillo de los acusados? —preguntó la señora Lefroy, llena de curiosidad.

—Lo estaba. Gracias a Dios, ya no lo estoy.

Se sentó en el banco al lado de ella. La presencia de la señora Lefroy le resultaba grata, ya que no servía de nada preocuparse.

—¿Le importaría hablar conmigo... por ejemplo... de pasteles? —preguntó cautelosamente—. Sí, los pasteles son muy sedantes.

—¿Pasteles? —repitió la señora Lefroy un tanto desorientada—. Me parece que casi no sé nada de pasteles. Si quiere puedo explicarle cómo se prepara un pollo *à la toulousaine*.

—¡Ah, pues explíquemelo! —dijo Roger ávidamente.

3

A las cuatro menos cuarto, Ronald Stratton, instigado por la impaciencia de Roger, llamó al doctor Chalmers. No, el doctor todavía no había regresado.

Roger trató de reprimirse durante unos veinticinco minutos más, aunque ciertamente con muy poca paciencia.

—¡Pero si han empezado a las tres! —gruñó—. ¡Oye, vuelve a llamar, Ronald!

Ronald volvió a llamar.

Esta vez tuvo más suerte.

—¿El doctor Chalmers acaba de llegar? En ese caso, dígame que se ponga, ¿quiere? El señor Stratton.

Durante la espera, Ronald hizo una seña a Roger.

—Si acercas la cabeza al aparato, podrás escuchar.

Roger asintió con la cabeza y se acercó al receptor.

Al hacerlo, oyó los latidos del corazón de Ronald y pensó que Ronald también debía de oír los del suyo.

Después oyó la voz de Chalmers, tan cordial como siempre.

—¿Eres tú, Ronald? Iba a llamarte ahora mismo, hombre. Sí, acabo de llegar.

—¿Ha terminado la autopsia?

—Sí, todo ha sido muy sencillo. Por supuesto que la causa de la muerte no había sido en ningún momento puesta en duda.

—No, no, pero...

—¿Qué ocurre, hombre?

—Bueno, ¿se ha encontrado algo más? ¿Magulladuras en el cuerpo o alguna cosa por el estilo?

—Sí. El cuerpo tenía algunas magulladuras. La piel estaba desgarrada en las dos rótulas, había una gran contusión en la cadera derecha y otra en la nalga derecha y una pequeña magulladura en la parte de atrás de la cabeza que ayer se nos pasó por alto. Aparte de esto, nada más.

—Ya comprendo —dijo Ronald con voz apagada.

Miró a Roger con aire interrogativo y éste movió negativamente la cabeza. No había necesidad de preguntar nada más.

—¿Es todo lo que quieres saber? Mandaremos un informe oficial. De hecho, se trataba simplemente de una formalidad. Sí. Muy bien, adiós, Ronald.

Ronald colgó el receptor y miró a Roger.

Roger lo miró a él.

«Una magulladura en la parte de atrás de la cabeza...», pensaba Roger. Esto quería decir que aquel detalle también se le había escapado a él, al igual que a los médicos, porque la noche pasada había tentado la cabeza de la señora Stratton por la parte de atrás con el propósito determinado de descubrir si había algún bulto o alguna hinchazón en la zona y no había detectado nada. La magulladura debía de estar muy alta, quizá debajo del sombrero. De todos modos, aquello explicaba muy claramente por qué no había habido lucha ni ruido alguno. David la había atontado. Lo que ahora se preguntaba Roger era con qué lo había hecho y si el objeto

estaba debidamente escondido. David la había golpeado en la cabeza y ella había caído de rodillas, desgarrándose la piel con el áspero asfalto de la azotea. Cómo se habían producido las demás contusiones, no importaba; la de la parte trasera de la cabeza era la condenatoria. Así que David lo había hecho de esa manera...

Roger se dio cuenta de que seguía mirando a Ronald y que éste tampoco le sacaba la vista de encima. Tenía la plena seguridad de que los pensamientos que acababa de arrojar lejos de sí eran los mismos que Ronald acababa de arrojar igualmente fuera de su cabeza.

En voz alta dijo:

—Es un inconveniente.

—Sí —confirmó Ronald.

4

La casa del doctor Mitchell era de alegre ladrillo rojo, con un pequeño jardín en la parte delantera, lleno de arbustos floridos, un prado cubierto de césped a un lado y rosales en la parte de atrás. Estaba situada en una avenida muy bonita, cubierta de verdor, por lo que Roger no tuvo dificultad ninguna en localizarla siguiendo las instrucciones que le había dado Ronald. Roger había pedido a éste que lo llevara en coche hasta la encrucijada de Westerford, desde donde podía dirigirse a pie a casa del doctor Mitchell, ya que consideraba poco prudente que Ronald lo acompañara hasta la misma casa. Dadas las circunstancias, Ronald podía estar entre los sospechosos, por lo que era mejor que no pareciese que trataba de intervenir en las pruebas obtenidas por los médicos.

En este aspecto, Roger podía encontrarse en el mismo caso que él, pero como a él no le conocía nadie en Westerford, podía pasar más inadvertido que Ronald o que el coche de Ronald.

Esperó la llegada del doctor Mitchell en una habitación de aire más bien severo, con un solemne escritorio en uno de los ángulos y un absurdo piano en otro.

—¿Es usted, Sheringham? ¡Vaya sorpresa! Pase a la habitación de al lado y tomaremos el té.

El doctor Mitchell, que había dejado de ser Jack el Destripador

para convertirse en un respetable médico con bata blanca, estaba evidentemente complacido de verle.

Pero Roger no tenía tiempo de tomar el té, pese a sentir remordimientos de conciencia por tratar de apartar al médico de la señora que esperaba en la habitación de al lado y que indudablemente se pasaría quince minutos maldiciéndole los huesos.

—Muchas gracias, pero tengo mucha prisa. ¿Puede dedicarme sólo un par de minutos, o está usted en pleno té?

—En absoluto. Siéntese. Supongo que no ha venido a consultarme como profesional, ¿verdad?

El doctor Mitchell se sentó ante el solemne escritorio y Roger tomó asiento delante de él.

—No. Por lo menos, no exactamente. Lo único que quería era hacerle una o dos preguntas sobre la señora Stratton.

—¿Ah, sí? —dijo el doctor Mitchell, complacido, pero con una cierta reserva.

—Seguramente usted sabe —empezó Roger— que en diferentes ocasiones he hecho algún trabajo por cuenta de la policía.

—Claro que sí, pero supongo que no va a decirme que está interesado en la muerte de la señora Stratton desde este punto de vista.

—No, no, lo que yo quería decirle es que, por el hecho de haber trabajado tanto con la policía, sé interpretar los signos y, hablando entre nosotros, tengo la más absoluta seguridad —dijo Roger francamente— de que no están nada satisfechos con la muerte de la señora Stratton.

Había planeado con toda atención la mejor manera de abordar al doctor Mitchell.

En el rostro de su interlocutor apareció la sombra de una preocupación.

—A decir verdad, Sheringham, a mí también me inquieta este aspecto. No sé qué se traen entre manos, pero eso de pedir una autopsia, etcétera, etcétera...

—Me parece que yo sí sé qué se traen entre manos —dijo Roger con aire confidencial— y es lo siguiente: sospechan que se les oculta algo y quieren saber qué es. Lo que ocurre es que les parece sumamente extraño que la señora Stratton se haya quitado la vida

en una fiesta, donde el ambiente debería ser animado y alegre y al mismo tiempo...

—Depresión alcohólica —intervino el doctor Mitchell.

—Sí, es un punto de vista interesante —dijo Roger, agradecido.

—He estado a punto de hacerlo constar en mi informe como causa coadyuvante —dijo el doctor Mitchell, un poco inquieto—. Supongo que todo esto queda entre nosotros, ¿verdad?

—Totalmente y pienso que debemos ser francos, como entenderá en seguida. La otra cosa que la policía encuentra curiosa, como me ha dicho el propio inspector —dijo Roger, sin ceñirse estrictamente a la verdad—, es que David Stratton les advirtiera acerca de la posibilidad de suicidio antes de saber que se había producido, cuando con anterioridad a esa ocasión no lo había hecho nunca. ¿Estaba usted enterado de ese particular?

—Sí, anoche oí algo de eso, pero no veo del todo la causa de la extrañeza.

—Pues esto es porque ellos sospechan que puede haber una causa directa para que la señora Stratton hiciera lo que hizo —dijo Roger sacando el as—, por algo más que por mera depresión o por melancolía, y sospechan que puede existir una conspiración por nuestra parte para desmentir esta hipótesis.

—Pero ¿qué causa directa puede haber?

—Pues un altercado violento entre ella y otra persona, probablemente su marido, o una escena de algún tipo. Una cosa así.

—Pero nosotros podemos demostrar que esto es falso.

—¡Si nos dejan! —exclamó Roger—. Usted ya conoce los métodos de la policía cuando empieza con sospechas. De momento aplaza la encuesta para después de la identificación formal de las pruebas. Y usted ya sabe lo que vendrá después: los periódicos se apoderarán del caso y...

El doctor Mitchell movió la cabeza afirmativamente.

—Ya entiendo.

—Precisamente se trata de una fiesta con respecto a la cual no nos interesa a ninguno de nosotros que se hagan comentarios, sobre todo porque ha terminado con una muerte de verdad. Ya se puede usted imaginar que empezarían a revolverlo todo y que ninguno de los asistentes quedaría incólume. A todos nos interesa que la encuesta no se aplase mañana y que todo transcurra normalmente y

con la máxima rapidez posible. Y supongo que, más aún que a nadie, a quien más interesa es a usted y al doctor Chalmers.

El doctor Mitchell lanzó un suspiro.

—Amigo Sheringham, ¿si usted supiera la de cosas ridículamente insignificantes que pueden ofender a un médico! Sí, supongo que efectivamente nos interesa.

—Muy bien, entonces. Estoy trabajando para disipar las sospechas de la policía y me gustaría que usted me prestara toda la ayuda posible.

—Haré con gusto todo lo que esté en mi mano, siempre que no se aparte demasiado de los procedimientos profesionales.

—Perfecto. Pensaba visitar al doctor Chalmers, pero he recordado que charlé ayer con él y que, en cambio, no lo había hecho con usted. Por otra parte, sé que él va a testificar sobre un punto importante, pero no estoy al corriente de la opinión de usted. Chalmers considera que la señora Stratton era una personalidad propensa al suicidio. ¿Y usted?

—Sí, no hay duda.

—Bien. ¿Y esto pese a que es una observación manida la de que la gente que habla de suicidio no se suicida? —se aventuró a decir Roger.

—Creo que es una observación que puede ser válida para toda persona normal. Por supuesto que estoy preparado a respaldar a Phil en lo referente a este punto. Es algo totalmente obvio, y estimo que hay que exceptuar a la señora Stratton de esa observación tan general. Era una persona sumamente irresponsable y dispuesta a actuar por impulso, aunque fuera desatinado.

—Perfectamente. Sus explicaciones son completamente satisfactorias. Ahora bien, ¿está de acuerdo con Chalmers en relación con la hora de la muerte? Creo que él la sitúa alrededor de las dos de la madrugada, es decir, al cabo de media hora de haber abandonado el salón de baile.

—Sí. Es muy difícil de precisar, ¿comprende?, y más en el caso de una muerte repentina y, encima, con el frío que reinaba en la azotea, pero de todos modos no hay duda de que la muerte se produjo no más de una hora después de haber dejado el salón de baile y, más probablemente aún, al cabo de una media hora.

—Cuanto antes, mejor —dijo Roger, con una cierta frivolidad.

El doctor Mitchell lo miró con aire interrogativo.

—Usted ya se daría cuenta del estado en que se encontraba Ena cuando salió del salón de baile. Sin necesidad de entrar en detalles con la policía, indudablemente podemos decirles que salió del salón furiosa, y que hasta aquel momento se había estado torturando, en realidad sin ningún motivo. Es posible que ya entonces hubiera en ella el impulso suicida. Cuanto más se retrase el momento de la muerte, más tiempo se deja para la reflexión y menor es el impulso.

—Ya comprendo lo que quiere decir —dijo lentamente el doctor Mitchell—. Sí, quizá cuando he hablado de una hora estaba exagerando un poco. Después de todo, Chalmers tiene más experiencia que yo y lo más probable es que tenga razón al reducir el tiempo a media hora.

—Esto como límite extremo, puesto que podría ser que el hecho se hubiera producido inmediatamente, ¿verdad?

—Sí, claro. Inmediatamente.

—Bien, y ahora otra cosa: usted presentó anoche su informe al inspector. ¿Lo ha presentado ya al superintendente?

—Sí, pensaba ir a verlo esta tarde, pero ha venido él directamente a verme a mí después de comer. También hemos hablado de la autopsia.

—¿Sí? ¿Y qué le ha dicho usted sobre la autopsia?

—De hecho no había que añadir nada a lo que ya había dicho al inspector. Me ha hecho un montón de preguntas.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero yo no le he podido decir otra cosa que ésta: que no podía darle más informaciones hasta después de la autopsia.

—Sí, claro. Ahora bien, he sabido esta tarde que han encontrado una serie de magulladuras en el cadáver y, más particularmente, una en la parte trasera de la cabeza.

—Sí, en efecto. No era importante y estaba cubierta por el cabello, exactamente en la parte trasera del cráneo, pero supongo que anoche no se nos habría pasado por alto si no lo hubiéramos anotado todo con tantas prisas.

—Claro.

Roger hizo una pausa. Ahora que había llegado al punto crucial de la entrevista, no se sentía del todo seguro en cuanto a la manera de abordarlo. De una manera u otra, el doctor Mitchell tenía que

ayudarlo a encontrar una explicación de aquella contusión, pero él no podía insinuarle la explicación que debía darle. Sin embargo, Roger estaba seguro de que la policía sacaría las mismas conclusiones con respecto a la magulladura que él mismo había sacado y, si las otras magulladuras del cuerpo eran ya bastante probatorias, aquella contusión, suficiente para dejar sin sentido a la víctima, podía ser fatal. Había que encontrar una explicación convincente de aquella magulladura antes de pensar en establecer nada más.

—Sí —dijo por fin, cogiendo el toro por los cuernos—, ¿y cómo explica usted la presencia de esta magulladura en la cabeza, Mitchell?

—Pues —dijo el doctor Mitchell de forma contundente— supongo que alguien le daría un golpe.

Roger lo contempló, desesperado: era lo peor que podía haber dicho.

—¿Es ésta la única explicación posible? Quiero decir que esta magulladura parece responder a una pelea que sabemos que no tuvo lugar —añadió tímidamente.

—Tiene que haberse dado un buen golpe en la cabeza para producirse una magulladura como ésta —añadió el doctor Mitchell, razonando los hechos.

—Sí, pero ¿no podía haberse dado ese golpe ella misma?

—Indudablemente, sí. Pero dígame, ¿la gente suele darse golpes en la parte de atrás de la cabeza?

—Me estoy refiriendo a un golpe con el dintel de una puerta o con algo parecido.

—A menos que caminara para atrás...

Roger sintió que estaba perdiendo los asideros.

Se sentía atado de pies y manos al advertir que no podía explicar las cosas con claridad. Le era imposible explicar que la policía, al sospechar no ya un suicidio, sino algo mucho más serio, seguramente se había preguntado si lo único que se tenía como signo de violencia era aquel golpe en la parte trasera de la cabeza, debido a la ausencia de cualquier indicación en el pavimento de asfalto de que había habido un forcejeo, puesto que es sabido que el asfalto queda marcado con mucha facilidad y es indudable que, de haber existido forcejeo, habría habido marcas en el suelo. Sin

embargo, lo único que tenían era aquel signo.

—¿Podría haberse dado el golpe de alguna otra manera que no fuera recibéndolo de otra persona? —preguntó, desesperado—. Y lo mismo en relación con las magulladuras del cuerpo.

El doctor Mitchell se había puesto serio.

—Veo perfectamente qué quiere usted decir, Sheringham, pero no hay forma de escapar de la realidad. Parece como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Bryce también lo ha dicho y con toda seguridad lo hará constar en su informe. Lo que dijo fue, literalmente, lo siguiente: «¡Vaya, vaya!, ¿quién habrá golpeado a Ena?».

—¡Maldita sea! —dijo Roger, abatido.

Pero de pronto volvió hacia su interlocutor un rostro sumamente excitado.

—¡Mitchell! ¿Tenía rotas las medias a la altura de las rodillas?

—¿Las medias? Me parece que no. No, estoy seguro de que no lo estaban, porque tenía una pegada a la rótula con una mancha de sangre seca y no había otra señal antes de que se la bajásemos. ¿Por qué?

—Pues porque esto lo explica todo —dijo Roger, radiante de felicidad—. Explica todas las magulladuras. ¿Quiere que le diga dónde se hizo la contusión de la parte de atrás de la cabeza? Pues al golpearse la cabeza con el piano de cola.

—¿El piano de cola?

—Sí, en la sala de baile. ¡Dios mío, qué estúpido he sido! Es evidente que no podía haberse hecho las contusiones de las rodillas en la azotea, porque el asfalto le habría roto las medias. Pero ¿qué puede arañar la carne que hay debajo de un tenue velo de seda sin desgarrar la seda? Pues una fricción moderada contra una superficie de madera barnizada. Dicho con otras palabras, todos nosotros vimos a la señora Stratton cuando se magullaba las rodillas y todo el resto del cuerpo... suponiendo que la estuviésemos mirando. ¿Me comprende ahora?

—¿Se refiere a la danza apache que bailó con Ronald?

—Naturalmente.

Roger clavó los ojos en el alumno. Es mucho mejor para el alumno decir con su propia voz cuál es la conclusión obvia. Esto significa que, cuando después, a solas, vuelva a pensar en aquello,

lo verá de manera clarísima, sin que haya que sugerirle la respuesta y que, en consecuencia, quedará adherido a aquella solución como si estuviera pegado a ella.

—¡Madre mía! —continuó Roger—, sí, ahora me acuerdo que la vi cuando se levantaba justo al lado del piano. ¿No lo recuerda Mitchell?

—No, la verdad es que no me fijé.

—¡Oh, sí! —dijo Roger, entusiasmado, pese a que no lo había visto, pero ya plenamente decidido a que la señora Lefroy también lo hubiera visto, al igual que Ronald y que Colin.

—Sí, se golpeó con la cabeza y dijo: «¡Uy, menudo golpe!, repítelo, Ronald», o una cosa parecida.

—Bien, entonces ahí está la explicación, no hay duda —convino el doctor Mitchell, que parecía igualmente aliviado.

—Sí, y supongo —añadió Roger, con una cierta angustia provocada por un efímero remordimiento— que todas las magulladuras podrían explicarse de la misma manera.

—Sin duda. Se cayó una o dos veces con todo su peso. Yo en aquel momento pensé que se había hecho daño, pero la verdad es que parecía gustarle.

—Precisamente, y éste es otro punto que me gustaría que fuera expuesto al jurado. Seguro que estarán dispuestos a creer que una persona a la que le encanta hacerse daño no es reacia a la idea de suicidio. Y que, en consecuencia, se suicidó. ¡Perfecto, de lo más satisfactorio! ¿No me había hablado hace un momento de una taza de té?

El doctor Mitchell se levantó con gran presteza.

5

Roger atravesó casi con pasos de baile el umbral de la puerta principal de la casa de Ronald Stratton. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Ahora sólo quedaba una dificultad y el hecho de resolverla dependía no de la policía sino de Colin.

Pero antes de llevar las buenas noticias a Ronald, Roger subió corriendo escaleras arriba y se dirigió al salón de baile. Y, una vez allí, hizo algo sumamente lamentable.

Cerrando cuidadosamente la puerta tras él, escogió una zona llena de entrantes y salientes del borde inferior del piano de cola y, poniéndose a gatas, restregó fuertemente la cabeza contra el mueble. En toda cabeza cubierta de cabello hay una cierta cantidad de grasa, por lo que Roger pudo contemplar con evidente deleite la leve mancha que habría causado en la bruñida superficie recubierta de barniz. Le habría encantado añadir al resultado un hermoso cabello negro pero, por desgracia, no disponía de aquel elemento.

Pensaba que era una muestra de escasa cortesía, sabiendo que la policía probablemente la buscaría, no gratificarla con una prueba tan hermosa.

A continuación se dispuso a ir en busca de Ronald y de la señora Lefroy para contarles todo lo que había visto. Ni le pasaba siquiera por la cabeza que una ética como la suya podía ser cuestionable..., como tampoco que Ena Stratton pudiera realmente haberse dado un golpe en la cabeza con el piano de cola.

XIII

BORRÓN Y CUENTA NUEVA

1

CUANDO FALTABAN VEINTE MINUTOS para las seis, Roger, nuevamente dueño de la situación, estaba con Colin Nicolson en el estudio de Ronald, con la puerta bien cerrada, dispuesto a emprender lo que ya se le antojaba una cuesta sumamente empinada.

—Todos los puntos han quedado aclarados —declaró—, uno tras otro. El único que queda en el aire es el de la silla. Si aclaramos este punto, no sólo no hay motivos para acusar a nadie, sino que ni siquiera estaría justificada la sospecha.

—¿Y tú quieres que yo vaya a la policía y que admita que borré las huellas de la silla?

—Sí.

—No hay nada que hacer —dijo Colin con firmeza.

—Pero si no te queda más remedio, hombre.

—Ni hablar. Si borré tus huellas de la silla fue para sacarte del atolladero, Roger, para salvarte de tu estúpida falta de prudencia. Pero no por esto voy a meterme en un lío.

—¿Pero es que no te das cuenta de...?

—De lo que me doy cuenta es de que habrías debido ser tú quien borrara las huellas. Así es que ve tú a la policía y diles que fuiste tú. ¿Qué me dices, pillín?

—¡No puedo! —se quejó Roger—. Tengo demasiada experiencia en lo tocante a destruir pruebas. En seguida se olerían algo si les

dijera que lo había hecho yo.

—¡Bah, cuentos! —dijo Colin, bruscamente—. Tienes miedo de cargar con la culpa, eso es todo. Piensas que te pondrías en mal lugar frente a la policía y que esto te perjudicaría en un futuro.

—Así es.

—Bueno, pues yo eso no te lo puedo arreglar. Tenías que haberlo pensado mejor cuando metiste las narices en el asunto. No, no, Roger, el muerto es tuyo. Conmigo no hay nada que hacer. Lo que se dice nada.

—Escucha una cosa, Colin —dijo Roger, desesperado—, si no quieres portarte como un hombre, seré yo quien diga a la policía que fuiste tú quien borró las huellas de la silla.

—Perfectamente, yo les diré que tú la cambiaste de sitio.

—¡No puedes! Esto delataría a David y nosotros queremos encubrirlo.

—Entonces, diles que tú borraste las huellas.

Roger comenzó a refunfuñar. Colin se ponía exageradamente tozudo, pese a lo cual Roger no podía por menos de admitir que su amigo tenía razón: Colin había hecho algo que él, Roger, habría debido hacer y no veía por qué había de ser él, y no Roger, quien cargara con las culpas.

Pese a ello, no podía permitir que Colin tuviera razón, porque aquello supondría para Roger terminar para siempre con la policía.

—Oye Colin, si se me ocurre una idea genial que justifique el hecho de que borraras las huellas, ¿querrás...?

—No, Roger, no querré... así de claro.

—¡Bah! ¡Vete al cuerno!

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Adelante! —ordenó Roger, malhumorado.

Bajo el dintel de la puerta apareció la cabeza de la señora Lefroy.

—Ah, señor Sheringham, lo buscaba a usted. Ronald me ha dicho que le haga saber que ha vuelto la policía, Ronald está con ellos en el salón de baile.

—Gracias. No, no se vaya, señora Lefroy. Pase y convenza a Colin de que se porte noblemente. Yo me doy por vencido.

—Estoy segura de que Colin se portará noblemente.

—No pruebes tus ardides conmigo, Agatha, porque estoy a

prueba contra ese tipo de cosas.

—Lamento decir que es así, señor Sheringham. ¿Qué es lo que quiere que haga?

—Sólo que diga la verdad.

—Bueno, alguien tiene que empezar, aunque sólo sea para variar —dijo la señora Lefroy, con maneras joviales—. Me parece que en mi vida había dicho tantas mentiras de carretilla.

Roger, mirándola con ansiedad, le dijo:

—¿Le importaría decir una más?

—Una más, entre tantas, tiene poca importancia. ¿Qué tipo de mentira sería?

Roger vaciló. En realidad, pese a lo que pudiera pensar, la señora Lefroy no sabía nada. ¿Era prudente revelarle hasta qué punto era seria la situación?

—Anda, Roger, cállate ya. ¡Menudo asno estás hecho!

Pero Roger tomó una decisión. En pocas mujeres habría confiado hasta aquel extremo, pero la señora Lefroy era un caso aparte.

—¿Sería usted capaz, señora Lefroy, de decir que anoche limpió el respaldo de la silla que estaba en la azotea y que, al mismo tiempo, borró de ella las huellas dactilares sin saberlo?

—¡Vamos, Roger!, no puedes pedirle que haga esto. Di que has sido tú, hombre.

—¿Es importante, señor Sheringham?

—Casi diría que es vital.

—¿Y Colin no quiere decirlo?

—No.

—Te aseguro que no hay ninguna necesidad, Agatha. Roger puede decir que ha sido él. No tenemos por qué meternos tú y yo en berenjenales sólo porque a él le conviene.

—A mí no me conviene —le espetó Roger—. Lo sabes perfectamente.

—El señor Sheringham debe de tener sus razones para no decir que lo ha hecho él, Colin.

—Naturalmente que las tengo, pero Colin no lo quiere entender. La policía, si yo lo dijera, todavía se mostraría más suspicaz que ahora, porque sabe que yo nunca eliminaría una prueba como ésta sin saber lo que me llevaba entre manos y esto haría que hicieran precisamente lo que no quiero que hagan, es decir, preguntarse a

qué estoy jugando. Lo que yo pretendo es que salga alguien que diga que ha sido él, alguien que posiblemente no se daba cuenta de la importancia que podía tener lo que hacía. Estoy seguro de que usted lo entiende. Colin, no.

—Sí, claro que lo entiendo, pero ellos no creerían que yo no sabía lo que hacía, porque la verdad es que yo lo habría sabido perfectamente —dijo Colin.

—Estás cambiando de tema.

—Sí, pero es la verdad.

—Bueno, no se peleen más —dijo la señora Lefroy, con aire conciliador—, diré que he sido yo. La cosa es perfectamente verosímil, porque la verdad es que anoche estuve en la azotea, poco después de que se descubriera el cadáver de Ena.

—¿Estuvo usted? —dijo Roger, sorprendido—. No lo sabía.

—Sí, estuve en la azotea. Lamento decir que anoche no se lo dije al inspector, porque me pareció que no tenía ninguna importancia, pero es así. Cuando bajó Colin para decirnos que nos quedásemos todas en la habitación, yo no estaba en el salón de baile, puesto que estaba... Bueno, da lo mismo —dijo la señora Lefroy—. Oí mucho barullo en las escaleras y me fui directamente a la azotea. Allí encontré a Osbert y me puso al corriente de lo ocurrido.

—Osbert no ha dicho nada.

—No creo que se acuerde —dijo la señora Lefroy—, pero estoy segura de que, si lo recordase, lo diría.

—Entonces, es magnífico.

—Sí. Así que dígame qué es exactamente lo que debo confesar. Era sobre una silla, ¿no?

—Es esto exactamente, señora Lefroy —le explicó rápidamente Roger—: Usted sabe que, debajo de la horca, había una silla volcada, que se supone que es la usada por la señora Stratton. Por un determinado motivo que no necesito explicarle, Colin restregó la silla con su pañuelo, con lo que borró las posibles huellas que había en ella, incluidas las de la señora Stratton. La policía ha descubierto que alguien ha restregado la silla y se ha inclinado por dar una interpretación siniestra al hecho. Es esencial que alguien confiese que fue él quien restregó la silla, pero sin dar importancia a la cosa y sin tener la más mínima idea de que la acción podría ser grave. Y esto es lo que quiero que haga usted.

—Bien, me parece sumamente fácil —dijo la señora Lefroy.

—Me gustan las mujeres que no hacen preguntas innecesarias —exclamó Roger, entusiasmado.

—Sí, pero me parece que hay una pregunta ineludible. ¿Por qué restregué la silla?

—Sí, ¿por qué? —repitió Roger, pensativo—. Sí, es esencial que exista un motivo plausible.

—Un motivo que no sólo involucre el respaldo, sino también el asiento —añadió Colin.

—Sí, el asiento. Me gustaría... ¡Por Júpiter!, acabo de acordarme de algo. A eso se le llama suerte.

—¿De qué te has acordado?

—Me preocupaba el asiento, ¿no es verdad? Pues, todo está solucionado. Fui yo quién se subió a la silla. Aunque la limpiaras un poco, tiene que verse. Y ahora que lo pienso, el restregón no es un inconveniente, porque habrá dejado las huellas de unos zapatos con algo de arena adherida, pero habrá eliminado toda diferencia entre los tacones altos y los tacones bajos. Sí, a eso yo le llamo suerte.

—Me alegra saber que alguna de las cosas que he hecho tiene utilidad —rezongó Colin.

—¿Sabe que me estoy muriendo de ganas de hacer miles de preguntas innecesarias, señor Sheringham? —dijo la señora Lefroy—. Quiero que lo sepa, porque no voy a hacerle ninguna.

—Diré a Ronald que usted es una mujer magnífica —prometió Roger—. Seguramente se lo figura, pero quizá todavía no está totalmente convencido.

—Agatha es una perla —coincidió Colin—. Pero ¿por qué limpió la silla?

Se miraron todos. Era difícil dar con una razón que explicase por qué la señora Lefroy había limpiado la silla.

—¿No podía estar untada de mermelada o de alguna cosa parecida? —preguntó la señora Lefroy, escasamente esperanzada.

—¿Quizá un pajarillo? —apuntó Colin.

Roger gruñó.

—¡La limpiaste con tanta saña!... —dijo—. ¿Por qué puede limpiar una silla una persona en una azotea?

—Porque está sucia —intervino prontamente la señora Lefroy—. Después de todo, yo llevaba un vestido blanco.

Roger la contempló lleno de admiración, pero súbitamente su rostro cambió de expresión.

—Si usted no quería sentarse en la silla... Por el motivo que sea, la silla estaba tirada en el suelo. Por otra parte, usted no tenía intención de sentarse en aquella silla en particular.

—Sí, me sentí indispueta y tuve que sentarme en la primera silla que encontré a mano.

—Si se hubiera sentido indispueta, no se habría molestado en limpiar la silla. Aparte de esto, ¿con qué la limpió? ¿Con los faldones blancos de su vestido? No me parece muy convincente, la verdad.

—No fue Agatha quien limpió la silla, sino Osbert quien la limpió por ella. Sí, con su pañuelo. El hombre llevaba una trompa como un piano. Seguro que no recuerda si limpió una silla o cincuenta.

—Colin —dijo Roger—, me parece que has dado en el clavo, pero espera un minuto. ¿Osbert la limpió, volcada en el suelo, como estaba? ¿No tuvo la mínima cortesía de levantarla?

—Sí, claro —dijo la señora Lefroy—. Pero yo la volví a volcar cuando me subí a ella.

—Entonces, ¿por qué no tiene huellas de Osbert?

—Bueno, yo la levanté antes de que él la limpiara. Y no hay huellas mías, porque yo llevaba puestos los guantes de terciopelo.

—Exactamente —dijo Roger, inmensamente feliz—. Y usted pidió a Osbert que la limpiara para no mancharse los guantes de terciopelo blanco si la levantaba.

—Por supuesto que sí. Y yo pude tenerme en pie, pese a sentirme indispueta, hasta que él la limpió. Y todo esto encaja a la perfección, porque yo estaba de veras en la azotea con Osbert, mientras usted y Ronald estaban abajo con Ena. Me parece que fue un poco morboso eso de subir arriba para examinar la horca tan pronto, pero es la verdad y no tengo por qué avergonzarme.

—Parece una obra de teatro —dijo Roger—. Lo ensayaremos una vez, para asegurarnos de todos los detalles, y después nos pondremos en contacto con Osbert. Veamos: usted, señora Lefroy, es usted, yo soy Osbert y Colin no está. La horca está aquí y la silla aquí. Nosotros tres nos hemos ido abajo y usted ha subido a la azotea, donde ha encontrado a Osbert, achispado. Él le cuenta lo

ocurrido y usted se acerca a la horca. Sí, esto es la cuerda, ¿ve usted?

—¡Qué espantoso! —murmuró la señora Lefroy—. ¿De veras que se ha...? Oh, Osbert, siento una debilidad terrible, tengo que sentarme ahora mismo —la señora Lefroy cogió la silla—. ¡Oh, mira el guante! ¿Tienes un pañuelo, Osbert? Limpia un poco la silla, ¿quieres?

Roger limpió la silla.

—Ya está.

—Gracias —la señora Lefroy se sentó—. ¡Oh, querido amigo! No, ya estoy bien, gracias. Dentro de un minuto estaré completamente repuesta. Sí, estoy mejor. Pero me parece que voy a bajar. ¿Quién va a decírselo a los demás? Oh, no sé cómo se las arreglaban antes con estas faldas, acaba de volcar la silla. Bueno, no importa. Será mejor que bajemos, Osbert. Tengo que ver si me necesitan para algo.

—¡Excelente! —aplaudió Roger—. Sí, resulta todo perfectamente natural. Colin, ¿crees que puedes localizar a Williamson y traerlo aquí?

Colin hizo un gesto afirmativo y salió a buscarlo.

—¡Pobre de mí! —dijo la señora Lefroy—, tengo la impresión de que todo esto es completamente amoral, ¿verdad, señor Sheringham?

—Completamente —dijo Roger, lleno de jovialidad.

2

El señor Williamson tenía un aire sumamente desorientado.

—¿Qué dice? ¿Que estoy liando a la policía? ¿Qué quiere decir con esto? Yo no he liado a la policía para nada. ¿Cómo? ¿En serio que la he liado?

—Quizá me equivoque —dijo Roger untuosamente—, pero me parece que los tiene muy preocupados. Y todo es porque anoche limpié aquella silla para que se sentara la señora Lefroy. De todos modos, creo que lo mejor sería decírselo a la policía.

—¿Qué limpié una silla? ¿Cómo? Yo anoche no limpié ninguna silla para que Agatha se sentara.

—¡Osbert! —exclamó la señora Lefroy, como apenada.

—Bueno, dime cuando te limpié la silla...

—En serio, Osbert... Ayer, cuando te encontré en la azotea, después de que bajaran a Ena. Tienes que acordarte.

—¿Que tengo que acordarme de haberte limpiado una silla? Pues que me maten si me acuerdo. ¿Qué es todo ese embrollo? ¿Qué quieres decir con esto?

—Bueno, recuerdas cuando subí ayer a la azotea, ¿verdad?

—¿Subiste a la azotea? Sí, creo que sí. Sí, lo recuerdo.

—Y tú me contaste todo lo ocurrido.

—Sí. ¿Y qué?

—Y a mí me dio un mareo.

—¿Ah, sí? ¿Te dio un mareo?

La señora Lefroy se volvió a Roger.

—Bueno, de poco va a servir todo esto si Osbert no recuerda nada de lo que hizo —dijo ella con legítima indignación.

Roger adoptó un aire serio.

—¿De veras que no se acuerda, Williamson?

—Recuerdo que Agatha subió a la azotea, sí. Lo recuerdo vagamente. Pero no me acuerdo de nada más. Quiero decir... En fin, ¿qué sucede?

La seriedad de Roger se acentuó.

—Pues sucede algo que puede ser grave, porque resulta que usted destruyó una prueba importante.

—¿Yo? ¿Y cómo demonios lo hice? —dijo el señor Williamson, decididamente alarmado.

—Todo esto es un poco delicado. Anoche estaba usted entre dos luces, ¿comprende?

—¿Entre dos luces? ¡Yo diría que estaba entre bastantes más luces! —apuntó la señora Lefroy, un tanto ofensiva.

—Yo no estaba bebido, si es eso lo que quiere insinuar —protestó el señor Williamson, indignado.

—No —dijo Roger, poniendo mucha entonación en lo que decía —, usted no estaba bebido. Pero, pase lo que pase, la policía no debe pensar que usted lo estaba, porque si se les metiera esta idea entre ceja y ceja, se figurarían que todos estábamos bebidos y entonces empezarían a hablar de orgías de borrachos en el curso de las cuales ocurre una muerte y a lo mejor íbamos a dar todos, con

nuestros huesos, al degolladero, ¿comprende?

—¡Y tanto que sí! —chilló el señor Williamson—. ¡Una cosa, Sheringham! Una cosa, supongo que esto no es en serio, ¿verdad?

—Naturalmente que lo es. Por esto le digo que le conviene recordar con todo detalle lo que hizo anoche y contárselo todo a la policía como un hombre. Después de todo, todo es perfectamente natural y yo me supongo que lo único que se permitirán será regañarle un poco. Ni siquiera esto, quizá.

—Pero dígame, ¿qué es lo que hice? —preguntó el señor Williamson, desesperado.

Roger se lo dijo.

—¿Lo recuerdas ahora, Osbert? —preguntó la señora Lefroy.

—Bueno, no del todo —dijo el señor Williamson, inquieto—. Lo recuerdo vagamente, ¿comprendes? Vuelve a contármelo, Agatha. Tú me preguntaste si yo tenía un pañuelo...

La señora Lefroy volvió a contárselo.

Y después se lo contó por tercera vez, para asegurarse.

Después Roger se lo repitió, desde el principio al fin.

Al final el señor Williamson ya podía recordarlo todo perfectamente sin que nadie tuviera que prestarle ninguna ayuda.

3

Roger se detuvo unos momentos junto a la puerta del salón de baile y se puso a escuchar furtivamente. Se oía una voz ronca, acompañada de otra, más fina: la de Ronald. Era evidente que estaba realizándose un interrogatorio en toda regla, si bien era imposible distinguir las palabras que componían las respuestas y las preguntas.

Roger abrió la puerta y entró en el salón. Después de él se coló en la habitación un señor Williamson con el rabo entre piernas. Más allá de Ronald y de su interlocutor estaba, de pie y un poco apartada, Celia Stratton, con aire francamente preocupado, así como el inspector Crane, cuyo aire era más bien compungido.

—¡Ah, aquí está el señor Sheringham! —dijo Ronald, con un tono de voz que revelaba un inequívoco alivio—. Él confirmará mis palabras. Roger...

—Si tiene la bondad de perdonarme, señor Stratton —le interrumpió el propietario de la voz ronca, una persona fornida tirando a gorda a la que Roger atribuyó al momento, acertadamente, el cargo de superintendente local de la policía—, si tiene la bondad de perdonarme, las preguntas las haré yo. ¿El señor Sheringham?

—Yo soy —dijo Roger con jovialidad—. Y usted, por supuesto, es el superintendente, imagino.

—Mi nombre es Jamieson, señor. Encantado de conocerle —dijo el hombre corpulento, aunque sin excesivo entusiasmo—. Estaba interrogando al señor Stratton acerca de la discusión que precedió a la salida de la señora Stratton de esta habitación. Acabamos de enterarnos a través de la señorita Stratton —dijo el superintendente mirando severamente a la aludida Celia, obviamente desolada— que hubo tal discusión. Me gustaría tener su versión de la misma.

—Celia ha exagerado —dijo rápidamente Ronald—. Ya he dicho al superintendente...

—¡Señor Stratton! —gritó el superintendente, con tal ferocidad que el inspector Crane todavía dio más la impresión de que sus deseos eran los de fundirse—. Sí, ¿señor Sheringham?

—No hubo pelea —dijo Roger, imperturbable.

El superintendente enarcó sus formidables cejas.

—Entonces, ¿cómo explica usted el hecho de que la señorita Stratton admita que aquí tuvo lugar una discusión, señor Sheringham?

—Yo no lo he admitido —dijo Celia con viveza—. Usted habla como si me tuviera en el banquillo de los acusados. Le he dicho de manera absolutamente voluntaria que...

—¡Por favor, señorita! —dijo el superintendente, levantando una mano que parecía un cuchillo de cortar pan. ¿Señor Sheringham?

—No veo por qué tanta confusión —dijo Roger en tono afable—. Lo ocurrido es perfectamente sencillo. Ni hubo pelea ni nada parecido a una pelea. El señor Ronald Stratton, el señor David Stratton y la señora Stratton se entregaron a unas cuantas bromas pero, de pronto, la señora Stratton, sin que mediara ningún signo premonitorio de esa reacción, se dejó llevar por los nervios y salió de la habitación dando un portazo. No hubo tiempo para peleas ni para nada por el estilo.

—¡Uf! —gruñó el superintendente, como contrariado.

Era evidente que aquella información coincidía en todos sus detalles con todo cuanto había oído de otra fuente y su contrariedad procedía del hecho de no poder dar mayor relieve a aquel episodio.

—Entonces —dijo de pronto, encarándose con Ronald—, ¿por qué niega usted que se hubiera producido ninguna escena desagradable?

—¡Por favor, superintendente! —dijo Ronald, muy acalorado— no sea usted tan brutalmente ofensivo. Si quiere que conteste a sus preguntas, tenga la amabilidad de plantearlas con la educación apropiada al caso.

—¡Déjalo, Ronald! —le espetó Roger, que estaba dándose cuenta, alarmado, de la creciente intensidad de los colores que iban cubriendo la ya de por sí inflamada faz del superintendente.

—Estoy pensando en telefonar al comandante Birkett para decirle que haga el favor de pasarse por aquí —dijo Ronald.

Roger dedujo que el tal comandante Birkett debía de ser el jefe supremo.

—Ya nos hemos puesto en contacto con el comandante Birkett —dijo el superintendente con un tono de voz de muy mal agüero.

—Mire usted, superintendente, lo que ocurrió realmente fue lo siguiente —dijo Roger tratando de aplacar los ánimos—: La señora Stratton se puso hecha una furia sin causa que lo justificara y abandonó la habitación. Todas las personas que presenciaron lo ocurrido podrán confirmárselo. Y por supuesto, como usted ha podido ver, se trata de algo de considerable importancia.

—¿Qué es lo que tiene considerable importancia, señor Sheringham?

—Me refiero a su estado de ánimo en el momento en que subió a la azotea. Lo encuentro sumamente interesante, ¿no cree? Bueno, de hecho estoy metiéndome en terreno ajeno —añadió Roger, arteramente, acordándose de las insinuaciones que había hecho al doctor Mitchell acerca de este punto—. Puede preguntar a uno de los médicos sobre si este hecho pudo haber influido en su manera de comportarse inmediatamente después.

—Agradecido, señor —replicó escuetamente el superintendente, en el tono del que sabe lo que tiene que preguntar a los médicos y lo que no necesita preguntarles.

Roger pensó que aquel superintendente Jamieson no era precisamente lo que se dice una persona agradable y comprendió, por fin, que él era el causante de todo aquel embrollo.

Roger estimó llegado el momento de conducir la conversación por los derroteros que la llevarían a su objetivo.

Con esta intención, espetó al inspector:

—A propósito, inspector —dijo con una voz llena de naturalidad—, creo que esta mañana estaba usted interesado en la situación de la silla que apareció debajo de la horca. Me he entretenido reconstruyendo la historia de los hechos, que le puedo exponer en caso de que todavía siga interesándole.

Roger se había dirigido a propósito al inspector y no al superintendente, como si aquella cuestión de la silla y todo cuanto estaba relacionado con ella fuera excesivamente insignificante para ser del interés de tan augusta persona, pero casi le pareció oír los crujidos del corpachón del superintendente al enderezarse movido por la atención que había despertado en él el tema.

—Naturalmente, señor —dijo el inspector ávidamente—. Sí, me gustaría mucho que me la expusiera.

—Pues la señora Lefroy la volcó con la falda al levantarse. Recordarán que llevaba uno de esos trajes de época, con los faldones en forma de globo.

—¿La señora Lefroy se sentó en esa silla? —exclamó una voz levemente reprimida detrás de Roger—. ¿Ella se sentó en la silla?

Roger se volvió en redondo.

—¿Cómo dice? Sí, ya comprendo lo que quiere usted decir... la suciedad, el vestido blanco. Se sentó en la silla después de limpiada.

—¿La-silla-fue-limpiada? —repitió el superintendente, espaciando las palabras con impresionantes pausas.

Roger lo miró con sorpresa.

—Supongo que ya lo sabe —dijo en un tono lo suficientemente desdeñoso para acicatear la curiosidad, pero sin hostigar—. Supongo que ya sabe que el señor Williamson limpió la silla para que la señora Lefroy pudiera sentarse en ella.

El superintendente se giró con tal rapidez que por poco tumba de espaldas al señor Williamson como resultado de la sorpresa.

—¿Usted limpió la silla? —rugió.

—Sss... sí. Quiero decir, ¿por qué demonios no había de

limpiarla? —replicó el señor Williamson, recobrando el coraje a medida que iba percatándose de que seguía vivo—. ¿Eh? ¿Por qué no había de limpiarla? No había de dejar que se ensuciase el vestido, ¿no le parece?

—¿Y por qué quería sentarse?

—Pues porque le dio un mareo —replicó el señor Williamson, lleno de dignidad—. Me refiero a que notó como si fuera a desmayarse. ¿Sabe? ¿No podía marearse? ¿Qué dice? Me parece que la cosa estaba más que justificada, ¿no? ¿Por qué demonios no podía marearse? ¿Eh? —seguía diciendo, agresivo, el señor Williamson.

El superintendente se volvió al inspector.

—Crane, vaya abajo y diga a la señora Lefroy que suba.

—¡Inspector! —dijo Ronald Stratton con voz suave.

—¿Sí, señor Stratton?

—Salude a la señora Lefroy de parte del superintendente Jamieson y pregúntele si tiene la amabilidad de subir un momento.

Roger movió negativamente la cabeza. No era bueno irritar a la policía.

—Y ahora, señor Williamson —dijo con aire torvo el superintendente, sin darse por aludido—, le agradeceré sobremanera que tenga la amabilidad de decirme qué diablos hizo usted con aquella silla que tantos dolores de cabeza nos está dando.

—¿Dolores de cabeza? —dijo el señor Williamson, con aire de inocente sorpresa—. ¿Por qué les da dolores de cabeza? ¿Qué ocurre con...?

—¿Qué hizo usted con ella? —ladró abruptamente el superintendente.

El señor Williamson contó la historia.

La contó a la perfección. Roger, que escuchaba admirado a su alumno, le dio una excelente nota. No hay nada como creer implícitamente en algo para presentarlo de manera convincente. El señor Williamson no abrigaba ni la más ligera duda con respecto a ninguno de los hechos que había realizado. No podía ser fingida aquella actitud indignada por el hecho de que no fuera lícito un acto tan corriente como limpiar una silla para que se sentara en ella una señora.

La señora Lefroy lo secundó perfectamente con aquel arte que

entraña arte.

—¿Qué es tanto alboroto? —preguntó a Celia—. ¿Acaso no tengo derecho a marearme?

—No me preguntes a mí —dijo Celia—, porque yo estoy hecha un lío.

—¿Huellas dactilares? —repitió la señora Lefroy, como desorientada, un momento después, advirtiéndolo que preocupaba al superintendente—. Lamento decir que no se me ocurrió pensar en las huellas dactilares. ¿Por qué debía ocurrírseme? ¿Por qué no las huellas de los pies?

—Hablando de huellas de pies —intervino Roger, con desenvoltura—, ¿han comprobado ustedes la presencia de granos de arena en el asiento de la silla, superintendente, o el señor Williamson, en su celo para que la señora Lefroy no se ensuciase el traje, los eliminó también?

—Pues parece que no consiguió eliminarlos del todo —replicó el superintendente, malhumorado.

El señor Williamson acabó de redondearlo todo diciendo con voz llena de dignidad.

—Si de veras he hecho algo que no debía, les ruego que me perdonen, pero sígo sin entender nada.

Pero correspondía a Roger dar la estocada final. Fue una estocada bajo mano y de muy mala ley, porque no sólo consiguió herir, sino que consiguió con ella transformar lo que su perpetrador debía considerar un alarde de eficiencia en una lamentable muestra de chapucería.

—He observado —dijo Roger, con aire frívolo— que han retirado la silla, pero no podía imaginar el motivo. No ha sido hasta después de haber hecho pesquisas por mi cuenta que me he enterado de que la silla había sido limpiada, lo que ha hecho que me preguntara si la ausencia de huellas dactilares podía ser el verdadero motivo de sus preocupaciones. De todos modos, ni siquiera entonces me ha parecido que el motivo lo justificara, puesto que he pensado que, haciendo las mismas preguntas elementales que yo he hecho, habrían podido enterarse como yo de lo ocurrido. Tengo que hablar de esto con Moresby, de Scotland Yard. Estoy seguro de que le divertirá horrores. Y ahora, superintendente —añadió Roger con una sonrisita—, no me irá

usted a decir que no sabe de dónde proceden todas las magulladuras del cuerpo de la víctima...

El superintendente puso cara de haber sido tocado en la línea de flotación, pero el inspector Crane todavía estuvo en condiciones de poder articular:

—¿Esperaba usted las magulladuras del cuerpo, señor Sheringham?

—¿Esperarlas? ¿Qué ocurre cuando uno se da un golpe en la cabeza contra uno de los bordes de un piano de cola? —Roger dio unas palmaditas afectuosas al piano en cuestión—. ¿Qué sucede cuando una persona es levantada por alguien y después arrojada violentamente al suelo? ¿Se causa magulladuras o no... sobre todo si la persona en cuestión resulta ser una mujer? ¿Qué opina usted, inspector?

Por el rostro adusto del superintendente pasó un efímero rayo de esperanza.

—¿Cómo? Entonces esto quiere decir que hubo lucha de algún tipo, ¿no?

—¿Lucha? —dijo Roger con refinado menosprecio—. ¡Qué va, hombre! ¡Danza apache!

4

La policía se había marchado por fin y Roger estaba con Ronald Stratton en el estudio de éste, moviendo negativamente la cabeza mientras hablaba. Como era domingo por la tarde, el grupo de invitados no se había cambiado de ropa. Los demás estaban con sus cócteles en la sala de estar. Roger, sin embargo, se había llevado a su anfitrión y se había encerrado con él en el estudio para decirle unas cuentas cosas.

—Te digo muy en serio, Ronald, que tenías que haberte dominado con el superintendente, ¿sabes? —lo reprendió, en actitud de contrariedad—. Ahora te has ganado un enemigo y tener un enemigo en la policía no sale a cuenta, especialmente en un caso tan delicado como éste —añadió Roger con intención.

—Supongo que tienes razón —admitió Ronald—, pero es que no lo he podido remediar. No puedo soportar a la gente que pretende

avasallar.

—¡Bah! —exclamó Roger.

—De todos modos, ¿crees que puedo haber perjudicado en algo la situación? —preguntó Ronald.

—Supongo que no, sinceramente. Pero el inconveniente del caso es que hasta cierto punto me he visto obligado a respaldarte y el resultado ha sido que he tenido que tratar al hombre como si fuera un contrincante en lugar de tratarlo como un posible aliado.

—¿Y eso tiene importancia?

—Espero que no. Me parece que ahora todo ha quedado arreglado.

—No pareces sentirte muy seguro, Roger —dijo Ronald Stratton, no sin una sombra de ansiedad.

—Con la policía uno no puede estar nunca seguro —replicó Roger, ensañándose en la herida—. De todos modos, me parece que ahora no deben de quedarles muchas dudas con respecto a que se trata de un suicidio. Por lo menos, no veo qué dudas pueden tener. Aunque no estaría de más —añadió Roger, pensativo—, es decir, no sería mala idea reforzar los extremos un poco más, siempre que fuera posible.

—¿Haciendo qué cosa?

—Se me acaba de ocurrir una idea. Tenemos pruebas sobradas acerca de que la señora Stratton se pasó gran parte de la fiesta hablando de suicidio, pero si la policía sigue abrigando sospechas, pueden pensar que las pruebas están falseadas. ¿No podríamos presentar algo que despejara de plano todas las dudas? Una carta, por ejemplo. La palabra escrita es mucho más convincente que el simple informe presentado a través de la palabra hablada.

—Comprendo —asintió Ronald—, pero siento decir que ella nunca me escribió ninguna carta hablando de que pensara suicidarse. A lo mejor Celia...

—Anda, pregúntaselo a tu hermana —sugirió Roger.

Ronald salió a toda prisa.

—No —informó—, Celia no tiene ninguna carta acerca de este punto. Pero ¿y David?

—Telefonéalo y pregúntaselo —dijo Roger.

Ronald llamó por teléfono a su hermano.

Resultó que David no podía presentar ningún escrito de este

tenor, si bien pensaba que, de existir alguna carta de estas características, podía tenerla una tal Janet Aldersley.

—Vive en Westerford —explicó Ronald—. Era la amiga íntima y la confidente de Ena... la que escuchaba sus explicaciones sobre la brutalidad y vejaciones de que era objeto por parte de su inicuo esposo.

—Saca el coche —dijo Roger con viveza—, todavía falta media hora para cenar. Vamos a verla.

—Voy en seguida —dijo Ronald, impresionado.

La señorita Aldersley vivía en una casa grande, en el otro extremo de Westerford. Ronald consiguió hablar con ella sin que sus padres se enteraran. La chica estaba deshecha en lágrimas, pero le halagó que su cooperación pudiera servir de ayuda.

Roger la puso al corriente del objeto de la visita.

—Si tuviera alguna carta de esas características —le dijo con voz suave—, podría contribuir a simplificar los procedimientos de la investigación y supongo que, conseguido esto, contribuiría también a reducir el escándalo, señorita Aldersley.

—¡Es espantoso! —seguía gimoteando la señorita Aldersley, que era una muchacha rubia y mansa, del tipo humano más susceptible de impresionarse con el histrionismo de su difunta amiga. ¡Pobre, pobre Ena! ¿Cómo ha podido hacer una cosa así?

—Sí, ¿pero, de todos modos, en alguna ocasión le había hablado de sus intenciones por carta?

—¡Oh, sí! A menudo, ¡pobre desgraciada! Pero yo no podía figurarme que fuera capaz de hacerlo. ¡Nunca me lo perdonaré, nunca! ¿Creen que yo habría podido evitarlo? Usted no lo cree, ¿verdad, señor Sheringham?

Roger se tomaba infinitas precauciones, pero estaba dispuesto a tomar posesión de las cartas.

La señorita Aldersley, convencida por fin de que serviría con ello los intereses de su malograda amiga, fue a buscar las cartas a regañadientes.

Roger, triunfante, se las llevó consigo.

—No las entregues a la policía —dijo a Ronald, al dárselas, un minuto después, en el coche—. No me fío de ellos. Llévaselas tú mismo, en propia mano, al *coroner* después de cenar. Es probable que, además, esté contento de intercambiar unas palabras contigo,

ya que os conocéis.

Roger, con cierta satisfacción, se dijo que las pruebas incontrovertibles a veces se apoyaban en detalles tan nimios como éstos.

Pero aquella noche, antes de meterse en la cama y al cruzar unas palabras con Colin, pudo comprobar que todavía subsistía en él cierta inquietud.

—De momento lo tenemos todo atado —dijo, sentándose en la cama y contemplando a Colin, mientras éste se cepillaba el cabello —, pero siempre puede surgir algo inesperado. No creo que ahora la policía solicite un aplazamiento de las investigaciones pero, dada la actitud de Ronald, si por una remota posibilidad nos tienen algo reservado, lo mantendrán más secreto que nunca.

Colin, que estaba sentado en el tocador, se volvió:

—Pero ¿qué demonios quieres que nos tengan reservado?

—Sólo Dios lo sabe. De todos modos, me gustaría haber actuado con más prudencia al hablar con el superintendente. Bueno, no nos queda más que mantenernos unidos e ignorarlo todo. Nada más. Si por lo menos David no nos deja en mal lugar...

XIV

PESQUISAS EN TORNO A UN CADÁVER DETESTABLE

1

EL *CORONER* revolió los papeles.

—Bien, caballeros, dada la situación, procederemos a escuchar las declaraciones. Señor Stratton, ¿quiere usted...? Quiero decir, señor David Stratton. Sí. Esto es, señor Stratton... Bien, comprendo que la situación es sumamente dolorosa para usted... verdaderamente dolorosa, ciertamente. Tenga la seguridad de que no le molestaremos más de lo necesario, pese a lo cual tengo el deber de hacerle unas cuantas preguntas. Vamos a ver... sí... quizá lo mejor sería que usted mismo nos dijese cuáles fueron las circunstancias que llevaron a tan terrible desenlace.

Roger contuvo la respiración.

Pero no tenía por qué alarmarse: David hizo sus declaraciones de una manera clara y sin titubeos. Hablaba de aquella manera tan peculiar en él, brusca, como a sacudidas, igual que cuando había contestado a las preguntas formuladas por el inspector Crane, si bien ahora daba la impresión de que la causa era el nerviosismo.

El *coroner* se mostró amabilísimo con él y condujo el interrogatorio de un modo que Roger pensó no debía de gustarle mucho al suspicaz superintendente. (La visita que Ronald había hecho al *coroner* en la tarde del día anterior había sido una

previsión excelente). Así que hubo terminado de exponer los hechos, David fue objeto de unas cuantas preguntas en relación con sus movimientos, al parecer guiadas únicamente por el deseo de saber por qué no había seguido a su esposa cuando ésta había salido del salón de baile y si, de haberlo hecho al poco rato de haberse producido este hecho, habría sido posible evitar la tragedia, a todo lo cual David respondió diciendo francamente que a menudo su esposa se comportaba de manera extraña y que, por ello, él no podía prever que en aquella ocasión en particular su forma de comportarse iba a tener las consecuencias tan serias que había tenido. En cuanto al hecho de haber llamado a la policía un cierto tiempo después, hacía bastante tiempo que sabía por el doctor Chalmers que no se podía juzgar a su esposa como una persona estrictamente responsable de sus actos y, puesto que estaba preocupado por su desaparición, había considerado oportuno tomar aquella precaución y, si no lo había hecho nunca antes de entonces, había sido simplemente porque no se había presentado la ocasión. En conjunto, pensó Roger con admiración, David no habría podido imprimir mayor sinceridad a sus palabras si hubiera sido inocente.

—Sí —cloqueó el anciano *coroner*—, perfectamente. Comprendo que esto tiene que haber sido terrible para usted, señor Stratton, pero yo estoy obligado a interrogarlo. Con respecto a lo que usted ha dicho acerca de que a veces la conducta de su esposa...

David aportó algunos ejemplos de manera concisa y a regañadientes. La señora Stratton estaba sujeta a profundas crisis depresivas; a veces, en compañía de otras personas, bebía para conseguir los efectos que son propios del alcohol, aunque no por eso podía decirse de ella que fuera alcohólica; solía perder la paciencia por fruslerías y, cuando le ocurría, se mostraba exageradamente furiosa y colérica; a veces se pasaba enfurruñada días y días por motivos en realidad insignificantes, etcétera, etcétera.

Cuando, por fin, terminó el interrogatorio de David, a Roger le dio la impresión de que lo peor ya había pasado.

Era evidente que la policía no había pedido aplazamiento, lo que posiblemente podía significar que no cabía esperar sorpresas de ningún tipo.

Ronald Stratton fue interrogado después de su hermano y tampoco él metió la pata. En confirmación de la exposición que

había hecho David acerca del comportamiento de Ena durante la fiesta y de su irritación ante la broma que ellos le habían gastado, con respecto a la cual Ronald admitió valientemente haberse equivocado dado lo delicado de la situación, habló de la ansiedad provocada por su desaparición, que había dado lugar a un concienzudo registro de la casa, y al hallazgo del cadáver. Ronald habló con sinceridad y franqueza y era evidente qué causó una excelente impresión en el jurado.

Preguntado por el *coroner*, no sólo confirmó la opinión de David en relación con la inestabilidad mental de la difunta, sino que incluso dio la impresión de que, aun sin decirlo, daba a entender que David, en una muestra de lealtad a su mujer, había minimizado su desequilibrio, en realidad mucho más acusado de lo que él había señalado.

Celia Stratton también confirmó este particular, añadiendo que algunas veces que había estado en casa de David le había sorprendido desagradablemente escuchar a la esposa de éste gritándole en el dormitorio hasta altas horas de la noche, igual que una loca.

—¿Igual que una loca? —repitió el *coroner*, como queriendo quitar hierro a la expresión—. ¿Está segura de que no emplea una expresión muy fuerte, señorita Stratton?

—Totalmente segura, señor —replicó con firmeza Celia—. Si usted la hubiera oído, lo comprendería. Lanzaba verdaderos alaridos, como si hubiera perdido el control de los nervios.

—¡Madre mía! —exclamó el *coroner*, preocupado—. Una cosa sumamente desagradable, en verdad.

Roger pensó para sus adentros que Celia había cargado excesivamente las tintas, si bien había que admitir que de ese modo el jurado se iría haciendo a la idea de que Ena Stratton no tenía nada de una persona normal.

Cuando Celia iba ya a abandonar el estrado, el *coroner* le hizo otra pregunta.

—Si usted se dio cuenta de que su cuñada estaba tan desequilibrada como dice, no entiendo cómo no aconsejó a su hermano que consultara con un psiquiatra.

—Se lo aconsejé —replicó Celia, indignada—. Naturalmente que se lo aconsejé. Tanto mi hermano mayor como yo queríamos que se

diera este paso, pero David dijo que ya había consultado con el doctor Chalmers, quien le había dicho que su mujer estaba hasta cierto punto desequilibrada, pero que no por ello podía considerársela suficientemente anormal para recluirla, aun cuando no se descartaba que algún día se impusiera aquella eventualidad.

—Comprendo, comprendo —aceptó apresuradamente el *coroner* —. Sí, el propio doctor Chalmers nos aclarará este extremo.

Roger sonrió y aplaudió interiormente los procedimientos de aquel tipo de tribunales. En un tribunal de justicia, gobernado por la norma de las pruebas, Celia no habría sido autorizada ni siquiera a terminar la declaración que acababa de hacer y era preciso decir que había sido de utilidad. Roger reflexionó y consideró que quizá no se podía decir lo mismo del doctor Chalmers, que ahora corría el riesgo de ser acusado de negligencia.

Observó también, considerablemente interesado, que hasta aquel momento no se había pronunciado ni una sola palabra acerca de sillas.

A continuación le tocaba el turno a él.

Habiéndosele pedido que describiera la participación que había tenido en la escena que siguió al descubrimiento del cadáver, lo hizo con total desenvoltura.

—Como resultado de la comunicación del señor Williamson, llamé sigilosamente al señor Ronald Stratton, quien pasó a la habitación contigua y me acompañó a la azotea, seguido del señor Williamson.

—Sí, un momento, señor Sheringham. ¿Cuál fue la comunicación del señor Williamson?

—Me dijo que acababa de encontrar a la señora Stratton —amplió Roger, considerando que había adoptado con éxito la fraseología oficial.

Y prosiguió la historia.

—Me gustaría añadir, *coroner* —dijo con una cierta suntuosidad —, que me hago totalmente responsable de haber cortado la cuerda de la que estaba colgado el cadáver antes de que llegase la policía.

—Por supuesto, por supuesto. Perfectamente. Es lógico que usted tuviera que cerciorarse de que no existía ningún indicio de vida. Es muy normal. Sí, señor Sheringham. ¿Y después?

Roger continuó.

Seguía sin decirse nada de sillas.

—Muy bien. No hay duda de que su experiencia, de la que todos hemos oído hablar, fue de gran utilidad. Tenemos la plena seguridad de que todo se hizo de manera perfectamente apropiada y correcta. Ahora bien, señor Sheringham, usted ha oído lo que se ha declarado con respecto al estado mental de la señora Stratton. ¿Usted había observado algo anormal en su conducta?

—Sí. En los primeros momentos de la fiesta me llamó la atención la señora Stratton como resultado de una observación que oí por casualidad en relación con ella hecha por el señor Williamson al señor Ronald Stratton —dijo Roger, y a continuación hizo una provocativa pausa.

—Me parece que tendría que decirnos de qué observación se trata, señor Sheringham. Usted ya sabe que aquí no estamos gobernados por las leyes estrictas de los testimonios.

—El señor Williamson dijo: «¿está loca tu cuñada, Ronald?».

Se oyó una carcajada en la sala.

—¡Ah! —dijo el *coroner*; sonriendo igualmente—. Vaya, vaya, es muy interesante. Después el señor Williamson nos lo explicará. ¿Y esto fue lo que hizo que se dedicara a observar tan de cerca a la señora Stratton, señor Sheringham?

—Sí, en efecto, con el resultado de que pude llegar a la conclusión de que la pregunta del señor Williamson, aunque formulada de manera exagerada, no carecía de fundamento.

—¿Qué fue lo que hizo que llegara a esta conclusión?

—Observé que la señora Stratton se entregaba a una cierta forma de exhibicionismo. Estaba todo el tiempo tratando de llamar la atención.

Roger habló de cuando se había encaramado a la viga, de la danza apache, referencia que se moría por hacer, a lo que añadió otra referencia más a la conversación que había sostenido con la señora Stratton en la azotea, en el curso de la cual ésta había amenazado con suicidarse.

—Debo decir, sin embargo, que no concedí gran importancia a la amenaza y que la atribuí a su deseo general de llamar la atención de los demás.

—¿Sigue siendo de la misma opinión?

—No, ahora me doy cuenta de que estaba equivocado, no tanto

por lo que ocurrió después, como porque ahora creo que la señora Stratton en realidad estaba más desequilibrada de lo que yo me figuraba y por esta razón estaba dispuesta a llevar a las últimas consecuencias su manía de darse importancia.

—¿Piensa que estaba dispuesta incluso a llevarla al extremo de suicidarse?

—En circunstancias de lo más pintoresco, además —dijo Roger, con aire lúgubre—. Sí, así es.

Roger fue autorizado a retirarse.

Seguía sin hablarse de sillas.

Roger estaba verdaderamente sorprendido. Había esperado escuchar una o dos indefectibles preguntas acerca de la posición de la silla en el momento de descolgar el cadáver o cuando menos acerca de su presencia. Pero nada.

Sintió que volvía en él la inquietud. ¿No se habría guardado la policía alguna carta en la manga en relación con la dichosa silla?

El testigo siguiente fue el señor Williamson, al que Roger contempló con mirada cargada de recelos. Aquella mañana no había tenido tiempo de hacer ensayar al señor Williamson con respecto a las declaraciones que tenía que hacer y, dejando aparte la apresurada recomendación que le había hecho en cuanto a que acudiera a la señora Lefroy si le fallaba la memoria en relación con algún detalle sobre el fregoteo de la silla, no había hablado con él desde la noche anterior. Era mucho esperar que dejaran también que el señor Williamson se retirara del estrado sin comentar nada sobre aquel particular.

Roger recordaba ahora que la respuesta que le había dado el señor Williamson al hacerle la recomendación había sido bastante curiosa. ¿Qué le había dicho exactamente? Algo sobre que estaba todo muy bien y que ya lo había hablado con Lilian. Roger sintió crecer sus temores. ¿Qué demonios había querido decir el señor Williamson con aquellas palabras? Roger había sido un poco despreocupado no averiguándolo en seguida. Tal vez irremediablemente despreocupado. ¿No habría hecho la señora Williamson un lavado de cerebro a su marido y deshecho toda la labor que con tantos trabajos él había realizado la noche anterior, informándole de que la verdad era que él no había limpiado la silla para que se sentara en ella la señora Lefroy? ¿Pero cómo iba la

señora Williamson a saber que él no había limpiado la silla?

Entretanto el interrogatorio del señor Williamson seguía en marcha.

—¿Que cómo encontré el cadáver? Pues bien, todos estábamos buscando y se me ocurrió pensar que seguramente nadie había mirado en la azotea. Así que subí y la encontré. Ya está.

—Pero ¿cómo se fijó en ella? Me parece que a la azotea habían ya subido otras personas antes que usted.

—Pues será porque ninguno chocaría con ella. Eso fue lo que me pasó a mí: choqué. Sí, me di cuenta de que era un poco pesada para ser de paja... en fin... —dijo el señor Williamson, terminando correctamente la frase—... en fin, que esto despertó mis sospechas.

El *coroner* lo interrogó brevemente acerca del susto consiguiente y de sus intentos de prestar ayuda a la muerta, para pasar a continuación a la pregunta que anteriormente había hecho a Ronald Stratton, y que el señor Sheringham había oído por casualidad, y a interrogarlo sobre las causas que la habían motivado.

—Pues mire usted, acababa de hablar con ella, ¿comprende? —dijo el señor Williamson con una cierta inquietud—, bueno, quiero decir que ella acababa de hablar conmigo.

—¿De qué naturaleza había sido la conversación?

—Pues me había estado hablando de su alma —explicó el señor Williamson, al tiempo que la leve desconfianza que parecía sentir cedía paso a la indignación—. ¿A usted qué le parece eso de tomar *whiskies* dobles a trece por docena, hablar por los codos del alma y preguntar a la gente si no sería mejor meter la cabeza en el horno, abrir la espita de gas y acabar de una vez? ¿Qué? ¿Qué me dice?

Amparándose en el alboroto causado por la risotada subsiguiente, Roger, que estaba sentado entre Ronald Stratton y Colin, murmuró a este último:

—Esto le ha salido bordado. No lo habría hecho mejor si lo hubiésemos ensayado. Ha convencido.

—Esperemos que le salga igual lo que sí ha ensayado —le respondió, en otro murmullo, Colin.

El *coroner*, reprimiendo con indulgencia la carcajada general, siguió haciendo preguntas al señor Williamson acerca de la conversación, dejando sentado el hecho indudable de que la señora Stratton había estado contemplando el suicidio como posible antes

aún de la escena ocurrida en el salón de baile.

—Ya está decidido —murmuró a Roger, feliz, Ronald Stratton—. Me parece que anoche lo decidió todo.

Por fin llegó la serie de preguntas que Roger esperaba desde hacía rato.

—Y ahora dígame una cosa, señor Williamson. Una vez hubieron bajado el cuerpo y lo hubieron trasladado al piso de abajo y usted se quedó en la azotea, ¿subió alguien más?

—Sí —dijo afablemente el señor Williamson—. Subió la señora Lefroy.

—Bien. ¿Y qué ocurrió?

—¿Que qué ocurrió? Pues, que yo se lo expliqué todo, ¿sabe usted?, y le mostré la horca y el cabo de cuerda cortada y todas esas cosas.

—¿Y entonces qué ocurrió?

—Pues que se sintió indispuesta. ¿Es esto a lo que usted se refiere? Se sintió como desfallecida, supongo. A las mujeres les ocurre a veces —explicó el señor Williamson, con amabilidad.

—Sí, es perfectamente comprensible. ¿Y qué pasó cuando se sintió desfallecida?

—Bueno, pues que levantó una silla y que yo la limpié con mi pañuelo —dijo el señor Williamson de un tirón.

—Sí. ¿Por qué la limpió?

—Porque ella me lo pidió. No tenía la más mínima idea de que no debía hacerlo —farfulló, contrito, el señor Williamson—. Lo siento enormemente.

—¿No se le ocurrió pensar que aquélla podía ser la silla en la que se había subido la señora Stratton?

—No, me temo que no lo pensé. No se me ocurrió ni por un momento. En absoluto.

—Bueno, quizá no haya motivos para que lo sienta, dadas las circunstancias, si bien le diré que, en principio, debe respetarse siempre la norma de no tocar ningún objeto que se encuentre en las proximidades de una persona víctima de muerte violenta.

—¿Cómo? Bueno, claro, ya comprendo lo que usted quiere decir.

—De todos modos, ¿dónde estaba esta silla cuando la señora Lefroy la cogió?

—¿Qué dónde estaba? —repitió el señor Williamson con aire

vago—. No sé, por allí, en medio de la azotea, ¿comprende?

Roger no se movía y la única muestra de la angustia que lo había invadido de pronto era una leve tensión de los músculos de todo su cuerpo. Tenía la impresión de que todos los presentes tenían clavados en él sus ojos, por lo que sabía que ni su aspecto ni uno solo de sus movimientos debían traicionarlo.

Pero Colin se mostró menos sensato y con una voz que Roger, estremecido, pensó que debía haber resonado en toda la sala, le murmuró:

—¡Ese chalado lo ha mandado todo a hacer gárgaras!

Era evidente que el señor Williamson no se había aprendido bien la lección.

2

La señora Lefroy y Celia estaban sentadas una junto a la otra al otro lado del tribunal. Celia había insistido en que habría sido una imprudencia que la señora Lefroy se hubiera sentado al lado de Ronald. Roger ahora maldecía aquella decisión, ya que le impedía inclinarse hacia Ronald y pasar, en un murmullo, nuevas instrucciones a la señora Lefroy. Todo cuanto podía hacer era tratar frenéticamente de que ésta interpretase su mirada.

Pero los ojos de la señora Lefroy se habían empeñado en no mirarlo y en no dejar de observar al señor Williamson con una expresión simplemente reveladora de un inteligente interés. La única esperanza que le quedaba a Roger era que fuera lo suficientemente inteligente. Si la señora Lefroy no enmendaba el tremendo disparate que acababa de cometer el señor Williamson y mantenía la contradicción, todo podía inclinar el caso hacia el asesinato.

Roger escuchó apenas las escasas preguntas que todavía se hicieron al señor Williamson, si bien advirtió vagamente que el *coroner* no sólo se abstenía de hacer ningún comentario con respecto a la posición de la silla, sino que no hacía ninguna pregunta más en relación con la misma. Roger habría preferido que se hubieran hecho algunos sondeos. El silencio era excesivamente ominoso, lo cual únicamente podía significar que el *coroner* había

sido aleccionado sobre la cuestión por la policía y que la encuesta, al final, sería aplazada. Sin embargo, lo extraño era que —Roger ahora se daba cuenta— el superintendente tampoco hubiera hecho ninguna pregunta al señor Williamson acerca de la posición de la silla, ya que lo único que le había preocupado el día anterior, durante el interrogatorio en el salón de baile, era, a lo que parecía, el hecho de que la silla hubiera sido limpiada. En cambio, pese a que era un punto clave, no había hecho mención siquiera de la posición de la misma. ¿Qué demonios estaba persiguiendo la policía?

De todos modos, Roger no tenía motivos para echar la culpa al señor Williamson, puesto que ayer había sido imposible meterle en la cabeza que la silla estaba volcada debajo de la horca, hecho al que sólo se había aludido por inferencia y de una manera más o menos fortuita, pese a que Roger, por muy casual que hubiera sido la forma en que lo había dicho, había hablado del asunto tantísimas veces que le había parecido que la cosa quedaba perfectamente clara. A lo que se veía, no había sido así. Ahora todo dependía de la señora Lefroy. Seguramente ella tendría inteligencia suficiente para comprender lo que se le había indicado por simple alusión.

—Señora Lefroy —gritó una voz desde alguna parte. Roger contuvo la respiración.

3

El *coroner* consultó sus notas. El superintendente Jamieson, que estaba sentado justo detrás de él, se adelantó y le dijo algo al oído. El *coroner* asintió con la cabeza.

—Sí. Ahora, señora Lefroy, ¿tiene la bondad de decirme qué ocurrió cuando el señor Williamson le hubo mostrado el lugar donde había sido descubierto el cadáver?

La señora Lefroy había dado una confirmación muy escueta de los hechos principales de la velada, pero como no había hablado ni una vez siquiera con Ena Stratton durante la fiesta, no había podido colaborar en cuestiones más personales.

—Sí, ciertamente —dijo ella, con voz clara y tranquila y prosiguió, perjurando galantemente en favor del hermano de su

prometido.

—Fue para mí una gran sorpresa y quedé profundamente trastornada. De pronto me sentí indispuesta y tuve la necesidad de sentarme. Había una silla volcada allí cerca y la levanté. Llevaba unos guantes blancos de terciopelo y me di cuenta de que me los había ensuciado al coger la silla. Supongo que en la azotea debía de haber mucho hollín. Como llevaba un vestido blanco, le pedí al señor Williamson que limpiara la silla para poder sentarme, cosa que él hizo en seguida. Ahora comprendo que no debíamos haber tocado aquella silla, pero en aquel momento no se me ocurrió pensarlo.

—Sí, ya habrá oído la observación que he hecho al señor Williamson con respecto a este punto. Comprenderá que, en un caso diferente de éste, la cosa habría podido ser muy seria.

—Sí, ahora me doy cuenta —admitió, compungida, la señora Lefroy.

—Así, que la silla que usted levantó, estaba volcada de lado, ¿no es eso?

—Sí, volcada de lado, en la azotea.

—¿En qué sitio de la azotea?

—Yo diría —respondió certeramente la señora Lefroy— que más o menos en el centro de la azotea.

«¡Oh, santo cielo!», rugió Roger para sus adentros, en la intimidad de su alma inmortal, al tiempo que refugiaba la cabeza en sus manos.

4

—Si te llaman —murmuró Roger, nervioso, a Colin—, di que la silla estaba debajo de la horca cuando tú subiste a la azotea. Prescinde de las explicaciones. ¡Di esto!

—No lo diré —le respondió Colin en otro murmullo—. ¿Quieres que nos encierren a todos por perjurio y Dios sabe cuántas cosas más? No, no lo diré.

—¡Señor Nicolson! —lo llamó la voz del destino.

—¿Sus esfuerzos, al prestar los primeros auxilios, no obtuvieron ningún resultado?

—No, ninguno.

—¿Y después, qué?

—Bajé para decir a las mujeres que se quedasen en el salón de baile, para que así no vieran el cadáver de la señora Stratton, y mientras tanto el señor Sheringham lo trasladó abajo.

—Sí, perfectamente. Una admirable precaución. Ahora bien, cuando usted subió a la azotea, señor Nicolson, ¿se fijó en una silla volcada?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—Más o menos en el punto medio entre la horca y la puerta, pero quizá más cerca de la horca que de la puerta.

—Ya comprendo. ¿Hubo alguna cosa en particular que hiciera que se fijara en ella o simplemente la vio porque sí?

—La primera vez no la vi, sino que tropecé con ella. Por eso recuerdo que estaba allí.

—¡Ah, claro! ¿Tropezó con ella?

—Sí y, dicho sea de paso, me rebañé ligeramente la espinilla.

—¿Ah, sí? ¿En serio? Quizá podría mostrarme la señal. Sepa que yo soy médico y...

—Bueno, la cosa tiene poca importancia —dijo Colin al tiempo que se levantaba, daba una vuelta alrededor de la mesa y se subía solemnemente la pernera del pantalón.

Con igual solemnidad, el *coroner* examinó la leve señal mostrada por Colin.

—Sí, efectivamente. Nada serio, como usted acaba de decir. De todos modos, siempre es aconsejable curar adecuadamente una herida, por ligera que sea. Sí. Entonces, con respecto a la silla, ¿a qué distancia calcula usted que se encontraba de la horca?

—Entre unos tres metros y medio y unos cuatro y medio.

Por fin, el *coroner* formuló con toda claridad sus preguntas.

—¿Estaba, en su opinión, excesivamente lejos de la horca para que la señora Stratton la hubiera proyectado hasta aquel sitio de un puntapié al... en el caso de haber querido emprender un viaje a la

eternidad?

—Sí.

—Gracias, señor Nicolson. Esto es todo. ¿Cómo? ¿Qué dicen? ¿Qué? Los médicos quieren... Sí, muy bien, muy bien. A continuación examinaré la declaración médica. Doctor..., déjeme ver, sí, el doctor Chalmers primero, por favor.

Colin, con absoluta calma, volvió a sentarse junto a Roger.

—Supongo que sabes —le murmuró Roger, furioso— que acabas de colgar a David Stratton... Ni más ni menos que esto: acabas de colgarlo.

6

Las declaraciones de los tres doctores fueron impecables.

El doctor Chalmers y el doctor Mitchell declararon que la muerte debió de producirse muy poco tiempo después de que la señora Stratton abandonara el salón de baile, posiblemente al cabo de unos minutos y con toda seguridad no después de media hora. El doctor Bryce no dudaba de que todas las magulladuras que aparecían en el cuerpo de la víctima podían haber sido producidas —y así lo daba por sentado— por la violentísima danza apache a la que, según le habían contado, se había librado la señora Stratton en compañía del señor Ronald Stratton. Era perfectamente evidente para Roger, que escuchaba malhumorado las declaraciones, que los tres médicos habían tenido una reunión la noche anterior, en la que las ideas que él se había esforzado en implantar en la mente del doctor Mitchell habían dado unánime fruto.

Palabras y frases tan sugestivas como «egolatría», «depresión alcohólica», «melancolía aguda», «inclinación suicida» y «manchas de la autopsia» llenaron los ámbitos de la admirada sala.

La señora Stratton estaba loca de atar y los médicos no dudaron en declararlo. Sin embargo, los tres estaban firmemente de acuerdo en el hecho de que habría sido totalmente imposible ponerla bajo custodia o certificar el hecho a no ser con el consentimiento de ella. Y aunque estaba loca, tampoco lo estaba tanto. Ni el más ligero patinazo afeó el magnífico discurso presentado por los doctores.

Pero Roger encontró muy poco solaz pese al excelente puesto

que ocupaba. De muy poco podía servir aquella declaración después de que Williamson, la señora Lefroy y Colin le hubieran pisoteado su magnífico planteamiento de suicidio y lo hubieran hecho trizas ante sus mismas narices.

Bien, él había hecho todo cuanto estaba en su mano para proteger a David Stratton. Aquel hombre merecía una segunda oportunidad y Roger le había dado una. Todo cuanto pudiera ocurrir ahora, sólo era responsabilidad suya.

El *coroner* farfullaba palabras en voz baja.

—... un testigo más antes de pasar a las declaraciones de la policía, con las que pondré fin a la encuesta. Señora... sí, señora Williamson, por favor.

Roger levantó los ojos. No se esperaba que llamaran a la señora Williamson, dado que había tenido tan escaso papel en los procedimientos. ¿Para qué querían su declaración? Seguramente se trataba de pruebas confirmatorias en relación con la fiesta, pese a que se habría dicho que ya tenían suficientes como para tener las cosas claras con respecto a aquel particular.

—No me propongo hacerle ninguna pregunta acerca de la primera parte de la velada, señora Williamson. Me parece que ya ha quedado todo claro. Lo único que quiero que diga al jurado es una cosa: ¿subió la noche de autos a la azotea el señor Stratton en un determinado momento?

—Sí.

Roger sintió que todos sus músculos se tensaban.

«¡Santo Dios! —pensó, aterrado—, ella lo vio mientras él lo hacía».

—¿Qué hora era?

—Fue inmediatamente después de que se marcharan el doctor Chalmers y el doctor Mitchell.

Roger miró a Colin.

—¿Qué demonios...? —le murmuró, pero Colin se encogió de hombros.

—Bien, entonces debía de hacer alrededor de una hora que la señora Stratton había salido del salón de baile, ¿no es así?

—Sí, creo que sí.

—Bien. ¿Subió usted a la azotea por alguna razón en particular?

—No. Quería simplemente apartarme unos momentos de la

gente, estar sola, tomar el fresco un poquito.

—Sí, sí, claro. Muy comprensible. Ahora, ¿quiere usted explicar con todo detalle qué hizo en la azotea, señora Williamson, si es usted tan amable?

Roger y Colin volvieron a intercambiar miradas de sorpresa.

—Me quedé uno o dos minutos disfrutando del fresco y después, a través de la escalerilla, subí al tejado de más arriba. Yo...

—Sí, un minuto, por favor, señora Williamson. Creo que será mejor que les dé una pequeña explicación, caballeros, y después seguiremos con la declaración del superintendente Jamieson, pero me parece que primero debo explicarles que el tejado de la casa del señor Stratton es sumamente curioso. Aparte del extenso sector plano acerca del cual hemos estado hablando hasta ahora, hay otra pequeña parte, también plana, formada por el sector cubierto comprendido entre los gabletes y que atraviesa la parte final del sector más grande del que hablábamos al principio. Un pequeño tramo de escaleras de hierro, instalado junto a la puerta, da acceso a esta zona superior y la testigo se ha referido a esta escalera en su declaración. ¿Sí, señora Williamson?

—A través de la escalera llegué al tejado superior, donde me quedé un rato contemplando las luces de Londres, que se divisaban a distancia. Hacía una noche tan hermosa que me entraron deseos de coger una silla y de instalarme unos minutos allí sola. No quería que nadie me molestara, pero estaba segura de que nadie me localizaría. Volví a bajar las escaleras para coger una silla y entonces me di cuenta de que había una debajo de la horca, la cogí y, ya volvía a subir escaleras arriba con ella, cuando oí que mi marido me llamaba. Así es que la dejé y volví a meterme dentro.

—Bien. ¿Recuerda dónde dejó la silla?

—Debió de ser entre la horca y la escalera de hierro, pero no recuerdo exactamente el sitio.

—La escalera de hierro se encuentra junto a la puerta de la casa. El hecho, señores, es que debe quedar establecido que la silla acerca de la cual hemos oído hablar a tres testigos diciendo que estaba en medio de la azotea es la misma silla que la señora Williamson dice que llevó desde el lugar que ocupaba debajo de la horca al sitio donde la dejó, lo que explica que no se encontrara en el primer sitio momentos más tarde. ¿Es así, señora Williamson? Usted ha dicho

que dejó la silla. ¿La dejó con cuidado o la dejó tirada de cualquier manera?

—La dejé de cualquier manera y oí que había caído, pero no me paré a recogerla.

—Exactamente. Ahora bien, gracias a las pruebas médicas, sabemos que la señora Stratton tenía que estar muerta cuando usted cogió la silla que se encontraba junto a ella. ¿No se dio usted cuenta?

—No —dijo la señora Williamson, con un estremecimiento que no trató de disimular.

—Esto quiere decir que usted no sabía que la habían echado en falta.

—No.

—Usted ha dicho que la silla se encontraba debajo de la horca. ¿Puede ampliar este dato? ¿Estaba debajo de un travesaño de la horca, por ejemplo?

—No, que yo recuerde, estaba más o menos debajo del centro del triángulo.

—En su opinión, ¿podía haberla empujado hasta allí la señora Stratton en caso de haber hecho uso de ella y con el propósito de suicidarse?

—Sí, fácilmente.

—Gracias, señora Williamson. Esto es todo.

Roger estaba estrechando frenéticamente el brazo de Colin.

—¡Colin! ¿Te das cuenta? Fue suicidio. Ahora, después de todo, resulta que se suicidó —murmuró, excitado, aprovechando el rumor de las voces que se levantaron en la sala cuando la señora Williamson se dirigió a su asiento—. ¡Tantos dolores de cabeza para nada!

—Yo nunca he creído que pudiera haber sido nuestro David —le devolvió Colin, impasible.

7

El veredicto no fue puesto en ningún momento en entredicho.

Las conclusiones del *coroner* fueron breves y expresadas en tono amable. Desaprovechando una oportunidad que habría complacido

a muchos de los que formaban parte de su comunidad, no consideró oportuno dedicar un discurso a Ronald Stratton en torno a la morbosa cuestión dada su condición de visitante distinguido, si bien se sintió obligado a señalar que no había que pasar por alto el aspecto de la sugestión que es posible ejercer en las personas cuando se trata de seres desequilibrados e impresionables. Una vez descargada su conciencia de ese peso, procedió a hacer un compendio de las declaraciones, al objeto de dar a conocer su opinión inequívoca y decir de paso que, en un caso tan simple como aquél, cualquier otra opinión diferente habría sido imposible, extremo que quedaba confirmado con las declaraciones que habían podido escucharse. El estado mental de la persona muerta no hacía sino remachar una conclusión obvia de por sí.

—Después de todo, señores —concluyó el *coroner*—, todo cuanto deben hacer ahora es contestarse primero a la pregunta de si la señora Stratton murió a consecuencia de los efectos de la estrangulación y, en segundo lugar, si cometió esta acción sin ayuda de nadie. Una vez contestados estos dos puntos, no queda prácticamente más que pronunciar el veredicto.

Y el jurado lo pronunció.

XV

UN ÚLTIMO VISTAZO

1

ROGER Y COLIN se dirigían andando desde Westerford a Sedge Park, donde debían comer. Habrían tenido sitio en el coche de los Williamson pero, después de una breve y animada conversación fuera de la sala de justicia, Roger había decidido que le apetecía más andar. Y había decidido, además, que Colin lo acompañase.

—¡Lo contó a la policía ayer por la mañana! —dijo Roger con voz declamatoria—. Resulta que había subido a la azotea para ver qué estaba haciendo su marido y optó por decírselo al superintendente. ¿Le pasó por la cabeza, acaso, decírmelo a mí? ¡En absoluto!

—¿Por qué demonios tenía que decírtelo a ti? —le preguntó Colin, cargado de razón.

Pero Roger no estaba para razonar nada.

—Bueno, por lo menos habría podido decírselo a Ronald... no sé... a alguien. ¡Me figuraba que no tenía ninguna importancia! ¡Vaya con la tía esa!

—¡Vamos, vamos, Roger!, no hay para tomárselo tan a pecho.

—No, claro, pero piensa en el espantoso lío que habríamos podido armar. El cielo ha querido que yo esta mañana no les saliese diciendo que la silla había estado todo el tiempo debajo de la horca y que allí estaba cuando cortamos la cuerda. Si me lo hubieran preguntado, lo habría soltado así.

—Entonces habrías cometido perjurio —señaló Colin lleno de ecuanimidad.

—No, no lo habría cometido.

—¿Por qué?

—Pues porque no me han tomado juramento, como tú o cualquiera que tenga ojos en la cara ha podido ver. Como tampoco se lo han tomado a la señora Lefroy, si te interesa saberlo.

—¡Bah, no me vengas con subterfugios!

—No son subterfugios. De todos modos, no tenemos por qué discutir este punto. La cosa es que si Lilian Williamson hubiera explicado que su hermano era un asesino, yo me habría ahorrado un montón de trabajo inútil y habría muchas conciencias que se habrían salvado de escuchar desagradables aldabonazos.

—No la tuya, desde luego, Roger. No puedes oír aldabonazos en algo que no tienes.

—Después de todo, ha sido un suicidio. En serio, que estoy muy contento.

—Y lo que es más, que la policía lo sabía perfectamente desde ayer por la mañana.

—Sí y que de todo este alboroto sólo tienes la culpa tú, por haber limpiado aquella maldita silla, precaución que ahora vemos era tan innecesaria como oficiosa.

—Cuantas menos cosas digas sobre mis motivos para limpiar la silla, mejor para ti. Te cogí desprevenido, Roger.

—Sí, es verdad —admitió éste, francamente—, casi tan flagrantemente como yo me figuraba haber cogido a mi supuesto asesino. Pero, por el amor de Dios, cuando haya que recomendar a alguien por sus dotes de oficiosidad, que sea al inspector. ¡Mira que ponerse a trabajar con insufladores en un caso de suicidio tan evidente como éste! Son como niños disfrutando con sus juguetes nuevos. Y ahora que caigo, cuando la mañana siguiente estábamos Ronald y yo en la azotea y el policía hacía como que estaba preocupadísimo por la posición de la silla, todo era una filfa. Ya había metido su insuflador por todas partes y como estaba tan excitado con el resultado, quería mantenernos quietos hasta que hubiera dado la mala noticia al superintendente.

—El cual se dio cuenta de que, aun cuando no podía ponerse en duda la causa de la muerte, había habido un poco de trapicheo y

quería llegar hasta el final.

—Exactamente, y entonces se puso a administrarnos a todos una dosis masiva de alarma y de malos tratos. Supongo que si lo hizo es porque consideró que era su deber.

—Ha sido una suerte —dijo Colin, pensativo— que no te hiciera caso cuando querías hacerme decir que la silla había estado debajo de la horca desde el principio.

—Tal como se han puesto las cosas —dijo Roger fríamente—, así es.

—Y también ha sido una suerte que todo aquel galimatías que habías preparado con Agatha medio desmayada y Osbert haciendo de *Sir* Walter Raleigh con el pañuelo no haya llegado a ninguna parte, Roger.

—Ahora no hay duda de que así es —dijo Roger, todavía más fríamente que antes.

—Y es una suerte —siguió meditando Colin— que Osbert tuviera el buen sentido de hablar del asunto con Lilian anoche en su dormitorio, que enderezara los entuertos y que esta mañana hablara con la señora Lefroy para que la versión de los hechos que ella diera cuadrara con la de él. Agatha es una mujer formidable y lo ha entendido en seguida.

—Y supongo que también debe de ser una suerte —dijo Roger, esta vez glacial— que a ninguno se le ocurriera hablar del asunto conmigo, ¿verdad?

Colin meditó un momento.

—Bueno, por lo menos esto ha evitado posteriores complicaciones, ¿no te parece, Roger?

Y después de estas palabras miró, esperanzado, a su compañero.

Pero Roger había quedado como congelado en un silencio ártico.

De todos modos, poco le quedaba que decir.

2

Celia Stratton, Agatha Lefroy y Lilian Williamson estaban reunidas en la sala de estar y charlaban y reían, muy excitadas.

—Os aseguro que no podría volver a vivirlo. Ha sido algo terrible. Cuando me he sentado, por poco me desmayo de veras.

—Has estado estupenda. ¿A mí no se me había torcido el sombrero? Me daba la impresión de que, de un momento a otro, me resbalaría sobre la oreja.

—Estabas la mar de bien, toda modosita. El sombrero lo llevabas perfectamente encasquetado. ¿Yo no parecía una imbécil?

—¡Qué va! Estabas maravillosa. ¿Yo...?

—¡No, mujer!, tú...

—¿Pero es que...?

3

Ronald y David Stratton, en el estudio del primero, estaban administrándose una copa de jerez que necesitaban como agua de mayo.

—¡A tu salud, David!

—¡A la tuya!

—Gracias a Dios que todo ha acabado...

—Sí.

—¿Te sientes bien?

—De maravilla.

—¿No queda ningún resquicio?

—En absoluto.

—Bien, menos mal que todo ha quedado arreglado. Y al final se ha visto que había sido un suicidio.

—¿Al final?

—Me parece que a Sheringham se le había metido en la cabeza que habías sido tú.

—¿Que yo qué?

—Que tú habías colgado a Ena. No sé si te habías dado cuenta.

—¡Ah! ¿Es a eso a lo que iba? No me había dado cuenta.

—Quería ser noble contigo y salvarte de la horca.

—Muy decente por su parte, si realmente pensaba hacerlo.

—¡Qué idea tan descabellada!

—No lo digas tanto. Alguna vez lo había pensado, pero me faltaba valor.

—Bueno, Ena te ha ahorrado el trago. ¿Otro jerez?

—Gracias, de mil amores.

—¡A tu salud!

—¡Mil veces a la tuya!

4

El señor Williamson, en el jardín, estaba debatiéndose con un problema de ética. ¿Puede decirse que una persona ha cometido perjurio, con total buena fe, cuando jura una cosa que no recuerda, pero que alguien recuerda por él?

¿O no hay que considerarlo perjurio?

Al señor Williamson aquello lo tenía muy preocupado.

5

El doctor Chalmers, en la sala de operaciones, cogió la garrafa de cloroformo y llenó con ella la botella que tenía en la mano. Era un inconveniente que el *coroner* los hubiera entretenido tanto rato precisamente el día en que no contaba con su auxiliar, ausente por resfriado. Todo aquello había retrasado enormemente las cosas que le quedaban por hacer.

Muy bien, la encuesta se había desarrollado perfectamente. El doctor Chalmers no había pensado en ningún momento que pudiera ser de otra manera, pero de todos modos era agradable que hubiera terminado.

La autopsia había sido horrible, pero había sido necesario pasar por ella.

Sí, había sido un buen trabajo, un trabajo realizado muy limpiamente. El doctor Chalmers no había sentido ni la más ligera sombra de remordimiento. Sin embargo, le sorprendía no haber experimentado un poco de desasosiego, ya fuera porque le remordiese la conciencia o por miedo. Siempre había oído decir que los asesinos se movían inquietos por sus casas, que saltaban, violentos, en cuanto alguien les dirigía la palabra. El doctor Chalmers, en cambio, se sentía encantado. Jamás en la vida se habría figurado que era capaz de una cosa como aquélla y el hecho de que la hubiera podido realizar le procuraba incluso una cierta satisfacción.

Por supuesto que no había habido el más mínimo riesgo.

Repuso el tapón en la garrafa de cloroformo y la colocó en el estante, puso un tapón de corcho en la botella, le colocó una etiqueta y la envolvió con un trozo de papel blanco.

—¡Phil! —le gritó una voz doliente desde el otro lado del pasillo.

—¿Qué hay?

—¿Vienes hoy a comer?

—Sí, amor mío.

El doctor Chalmers volvió aquel día a su casa para comer y dio cuenta de la comida con sano apetito.

El doctor Chalmers no era hombre de imaginación.

6

Aquella tarde, a las seis y media, Mike Armstrong acudió al minúsculo saloncito del minúsculo apartamento que Margot Stratton tenía en Bloomsbury.

—¡Hola, cariño! —le dijo Margot, llena de entusiasmo.

—¡Hola!

—¿Has pasado un buen día?

—No ha sido malo. He traído un periódico: lleva una nota sobre la encuesta.

—¡Oh!, déjame ver. ¿Dónde está?

Mike Armstrong se lo indicó. Margot la leyó rápidamente.

—«Suicidio en un acceso de enajenación transitoria». Perfecto, está muy bien —dijo, con evidente alivio.

—No estoy conforme con lo de «transitoria».

—No, claro.

Margot dejó el periódico sobre sus rodillas y contempló a su prometido.

—¿Esto quiere decir que todo está terminado?

—Sí.

—¿No les queda nada más por averiguar? Quiero decir, ¿están seguros de que es suicidio?

—Claro, es evidente.

—¿Estás seguro de que no saldrán con más interrogatorios?

—No creo. ¿Por qué más interrogatorios?

Margot no contestó directamente y, en lugar de hacerlo, dijo:

—Cariño, no te lo dije, pero ayer, cuando vino aquel hombre, por poco me muero del susto.

—¿El inspector? ¿Por qué? Dijo que era una consulta de rutina. Seguro que vuelven a interrogar a todos los que estuvieron presentes.

—Lo sé, pero lo que yo temía era que hoy me hicieran declarar.

—No había nada que tú pudieras declarar que no hubiera sido ya declarado por otros.

—¡No es verdad!

—¿Qué quieres decir?

—Cariño, si no lo digo, reviento. ¿Sabes guardar un secreto?

—Supongo que sí.

—Sí, sé que puedes. Bueno, pues... ¡Ena no se suicidó!

—¿Qué?

—Sí, resulta que yo sé que no se suicidó.

—¿Y cómo lo sabes?

—¿Juras que no dirás nunca una palabra a nadie de lo que voy a decirte?

—Sí.

—Pues bien, Phil Chalmers intentó matarla.

—¿Cómo?

—Sí, lo sé.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Por qué?

—Pues porque quería entrometerse en la boda de Ronald y Agatha y porque últimamente estaba haciendo la vida imposible a David.

—Pero esto, ¿cómo lo sabes tú, cariño?

—Pues mira, te lo diré. ¿Sabes que antes de que los Chalmers se fueran a su casa yo estaba buscándote? Pues bien, subí a la azotea.

—¿Ah, sí?

—Oye, amor mío, lo que voy a decirte guárdatelo sólo para ti, ¿lo harás?

—Por supuesto.

—Bueno, pues me quedé junto a la puerta y te llamé. Al principio me pareció que no había nadie, pero de pronto oí una voz ahogada que me llamaba por mi nombre: «¡Margot!». Eché una

mirada pero no vi a nadie. De pronto descubrí a Ena. Al primer momento no la reconocí, pero era Ena. ¡No puedes imaginar dónde estaba!

—Por supuesto que no lo puedo imaginar.

—Pues colgada de la cuerda. ¡Colgada de la cuerda, lo que oyes!

—¿Cómo? —dijo Mike, incrédulo—. ¿Cómo iba a hablar si hubiera estado colgada de la cuerda?

—No estaba colgada del cuello. Estaba agarrada a la cuerda que colgaba sobre su cabeza y hacía esfuerzos para encaramarse, como si quisiera librar el cuello del peso de su cuerpo. Estaba suspendida de la cuerda... amor mío, es horrible decirlo, pero es la verdad... colgada igual que un mono.

—¡Santo Dios!

—Lo primero que hice fue correr hacia ella, pero ella me pidió con gritos ahogados que arrimara la silla. Yo miré alrededor y vi una silla, tumbada allí en la azotea, junto a la puerta, así es que la cogí y la coloqué debajo de ella y ella en seguida se descargó sobre la silla.

—¡Vaya, menos mal!

—Esto es lo que yo tenía miedo que se me escapara ayer cuando vino ese hombre. Pensaba que a lo mejor habría alguien que recordaría que Ena se colgó de la viga de la sala de estar y que, atando cabos, pensaría que también podía haberse colgado de la cuerda. Pero tuve la suerte de que a nadie se le ocurriera.

—¡Dios mío! ¿Y qué ocurrió después?

—Pues mira, que ella se quedó allí de pie en la silla, con la cuerda alrededor del cuello, resoplando como una loca durante un buen rato... y después comenzó a despotricar.

—¿Cómo a despotricar?

—Sí, entiéndelo, estaba lívida de rabia, supongo que también por miedo, pero sobre todo de rabia. Se puso a hablar de lo que pensaba hacer. A lo que se veía, figurábamos todos en el reparto: Ronald, David, Agatha, Celia... todos, además de Phil. A lo que se veía, consideraba que había habido una conspiración contra ella y que Phil había subido a la azotea como ejecutor de la decisión. De todos modos, pensaba llamar a la policía en seguida y cargar a Phil con la acusación de intento de homicidio, después pondría los impedimentos necesarios para que Ronald y Agatha no se casaran y

haría que David deseara no haber nacido (cosa que, el pobre desgraciado, ya estaba deseando desde el día en que se había casado con ella) y Dios sabe cuántas cosas más.

—Pero, cariño, aunque visto ahora tiene su lado cómico, supongo que a ella no se lo parecía: allí, de pie en la silla, echando sapos y culebras por la boca, con la cuerda todavía en el cuello. ¿Estaba tan furiosa que ni siquiera había aflojado la cuerda o lo que pretendía era impresionar a la audiencia? Ya sabes, el matarife y el cordero. Lo que no me explico es cómo no se había ahogado y cómo podía estar todavía agarrada a la cuerda.

—Pues mira, la cuerda era bastante gruesa y tiesa. Dijo algo sobre eso... sobre su simpático cuñado y sobre que había calculado mal, y que si la cuerda no hubiera sido tan gruesa y se hubiera escurrido, no habría estado allí para contarlo.

—Bueno, venga, ¿y después qué ocurrió?

—Me quedé un ratito más hasta que empecé a lamentar haber subido a la azotea. David me había estado haciendo confidencias durante el rato de la charada y Dios sabe que, antes de que me las hiciera, yo ya tenía bastante manía a la mujer en cuestión. Aparte de esto, tenía ganas de hacer un favor a Ronald y la verdad es que mejor se lo habría hecho dejándola allí y yéndome abajo que dándole la silla. Según me dijo, no habría aguantado ni medio minuto más si no llego yo.

—¿Qué hiciste, pues?

—Corté la perorata y le dije que se dejase de tonterías. Le dije que Phil era incapaz de haber hecho una cosa como aquélla, lo que todavía la sacó más de sus casillas. Insistió en que Phil había hecho lo que me había contado. Me dijo que había estado hablando con él, que él la había dejado que se subiese a la silla y que pusiese la cabeza por el lazo y que, así que ella lo hizo, él había sacado la silla de debajo. Y que ahora ella iba a llamar a la policía y que lo acusaría de intento de homicidio y que esto era lo que haría y que...

—¿Y después qué?

Margot dudó un momento.

—A mí, Phil es un hombre que me gusta, ¿y a ti?

—Sí, claro, es un buen tipo.

—La verdad, así es... Oye cariño, sea lo que fuere lo que yo haya podido hacer, tú me querrás lo mismo, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—¿Seguro que sí?

—Seguro que sí. ¿Qué hiciste?

Margot tosió un poco, como disculpándose de lo que iba a decir.

—Pues mira, tesoro —dijo sencillamente—, volví a retirar la silla.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff
18. *LA HUIDA*, Charles Williams
19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey
25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill

27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis
33. *CAÍDA MORTAL*, B. M. Gill
34. *SECRETOS PELIGROSOS*, William P. McGivern
35. *CAMINO DEL MATADERO*, Ruth Rendell
36. *CUIDADO CON ESA MUJER*, David Goodis
37. *UN CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*
QUEEN
Ellery Queen
38. *ME MUERO POR CONOCERTE*, B. M. Gill
39. *SU ALTEZA Y EL JOCKEY*, Peter Lovesey
40. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS*, Anthony Berkeley
41. *ETERNA DESPEDIDA*, Ruth Rendell
42. *LA VIUDA*, Nicholas Freeling
43. *AMOR DE MADRE*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *MISTERIO PARA TRES DETECTIVES*, Leo Bruce
45. *EL JURADO NÚMERO DOCE*, B. M. Gill
46. *TRAPOS SUCIOS*, Roger L. Simon
47. *LOS CONDENADOS*, Malcolm Bosse
48. *CAUSAS NO NATURALES*, Thomas Noguchi
49. *ESTACIÓN TÉRMINO*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *ARRASTRADO POR EL VIENTO*, Janwillem Van de Wetering



ANTHONY BERKELEY COX (5 de julio de 1893 - 9 de marzo de 1971), escritor británico del género policial que a lo largo de su vida escribió bajo varios nombres: Francis Iles, Anthony Berkeley, y A. Monmouth Platts.

Nació en Watford, Inglaterra, y estudió en el Sherborne School; University College de Londres. Ejerció la abogacía y se dedicó a la política, la diplomacia y el periodismo. Sus primeros trabajos en esta actividad, el periodismo, fueron escritos humorísticos para la revista *Punch*, en la que colaboró asiduamente.

Durante la Primera Guerra Mundial prestó servicios en el ejército y posteriormente ejerció como periodista en el *Daily Telegraph*, en la década de los años 30, después de la Segunda Guerra Mundial trabajó para el *Sunday Times* y para *The Guardian* de mediados de los años 50 hasta 1970.

En 1925 publicó, anónimamente, su primera novela de misterio y, en 1928, fundó el «Detection Club», en Londres del que fue primer secretario honorario. Firmó gran parte de sus obras con el seudónimo de Francis Iles y escribió también obras de humor. También realizó numerosos guiones cinematográficos.